

Tom Sharpe
Una dama en apuros
BANG!!
COMPACTOS ANAGRAMA

Los singulares antihéroes de *Una dama en apuros* son dos fanáticos de las novelas de aventuras que, víctimas de la astuta trampa que les tiende un enemigo, emprenden una aventura real: la liberación de una dama que ha sido secuestrada en su castillo del sur de Francia. Y no hay aventura comparable a la de seguirles en su intento de rescate, pues Tom Sharpe vuelve a demostrar aquí que es un maestro en el desarrollo de las más enloquecidas tramas: engaños, persecuciones, tiroteos, apariciones de la policía secreta internacional, confusiones y desastres se van sucediendo en medio de un clima de descontrol absoluto que culmina en el mayor caos imaginable.

Tan salvaje como siempre, Sharpe utiliza su negro humor para hacer una ejemplar sátira de la irracionalidad, en la que quizá solo se salvan ese par de maravillosos chiflados que protagonizan esta historia: Glodstone, prototipo de maduro romántico enamorado de una civilización desaparecida que simboliza en su adorado Bentley del 27; y Peregrine, el alumno difícil que entiende peligrosamente al pie de la letra todo lo que le dicen y que tiene no menos peligrosas tendencias asesinas.

TOM SHARPE

Una dama en apuros

Título original: *Vintage Stuff*

Portada: Julio Vivas

Ilustración de Peret

Traducción de J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez

Primera edición: marzo de 1985

ISBN: 84-339-1270-4

1

La llegada de Peregrine Roderick Clyde-Browne al mundo quedó autenticada por su certificado de nacimiento. Su padre se llamaba Oscar Motley Clyde-Browne, de profesión abogado; y su madre, Marguerite Diana, apellido de soltera Churley. Su domicilio era The Cones, Pine Tree Lane, Virginia Water. El acontecimiento se publicó en *The Times*, con esta nota adicional: «Muchísimas gracias al personal de la Clínica St. Barnabas.»

El agradecimiento era prematuro, pero sin embargo sincero. Hacía mucho tiempo que el señor y la señora Clyde-Browne esperaban un hijo y cuando Peregrine fue concebido el matrimonio estaba ya a punto de solicitar ayuda médica. La señora Clyde-Browne tenía entonces treinta y seis años y su marido casi cuarenta. Así que es comprensible su alegría cuando, tras un parto sorprendentemente fácil, nació Peregrine, que pesó 3 kilos 100 gramos el 25 de marzo de 196…

—Es un bebé precioso —dijo la Hermana privilegiando los sentimientos de la señora Clyde-Browne más que la realidad. La belleza de Peregrine era de las que suele contemplarse tras un accidente automovilístico particularmente espantoso—. Y es tan bueno…

Lo último se ajustaba más a la verdad. Peregrine fue bueno desde que nació. Raras veces lloraba, comía a sus horas y sólo tenía el resuello suficiente para convencer a sus padres de que era absolutamente normal. En suma, durante los cinco primeros años, fue un niño ejemplar y sólo cuando siguió siéndolo a lo largo del sexto, el séptimo y el octavo, empezaron los Clyde-Browne a preguntarse si no sería más modélico de lo verdaderamente razonable en un niño.

—¿Conducta: Impecable? —decía el señor Clyde-Browne, leyendo el informe escolar; Peregrine iba a una escuela primaria carísima—. Me parece un poco preocupante.

—Pues no entiendo por qué. Peregrine siempre ha sido un niño buenísimo. Y creo que eso nos honra como padres.

—Tal vez, pero cuando yo tenía su edad nadie decía que mi conducta fuera impecable… por el contrario…

—Es que tú fuiste un niño sumamente díscolo. Tu propia madre lo confesaba.

—Claro que sí —dijo el señor Clyde-Browne, cuyos sentimientos hacia su difunta madre no eran muy claros—. Y no me gusta demasiado eso de «se esfuerza mucho» en todas las asignaturas. Preferiría que su trabajo fuese impecable y su conducta dejase algo que desear.

—No puedes tenerlo todo, hombre. Si se portara mal, le llamarías golfo o vándalo o algo por el estilo. Agradece que se esfuerce en el trabajo y que no se meta en líos.

En fin, de momento el señor Clyde-Browne dejó las cosas como estaban y Peregrine siguió siendo un niño modelo. Sólo después de otro curso de conducta impecable y mucho esfuerzo, el señor Clyde-Browne decidió hacer una visita al director y a pedirle un informe completo sobre su hijo.

—Me temo que no hay posibilidad de que consiga ingresar en Winchester —dijo el director cuando el señor Clyde-Browne expresó esta esperanza—. Concretando, le diré que es sumamente dudoso que logre ingresar en Harrow.

—¿Harrow? Yo no quiero que vaya a Harrow —dijo el señor Clyde-Browne, que tenía una opinión poco entusiasta del alumnado de dicho centro—. Quiero que reciba la mejor educación que pueda proporcionar el dinero.

El director suspiró y se acercó a la ventana. El suyo era un colegio de enseñanza primaria muy caro.

—Concretando más, y tenga usted en cuenta que llevo unos treinta años dedicado a la enseñanza, Peregrine es un chico especial. Un chico muy especial.

—Eso ya lo sé —dijo el señor Clyde-Browne—. Y sé también que todos los informes que he recibido dicen que su conducta es impecable y que se esfuerza mucho. Mire usted, soy tan capaz como el que más de afrontar los hechos. ¿Acaso intenta decirme que mi hijo es tonto?

El director se volvió de espaldas a la mesa, con un gesto de desaprobación.

—Yo no diría tanto —murmuró.

—¿Cuánto diría, entonces?

—Creo que quizás fuera más exacto decir que es un muchacho de «desarrollo tardío». Concretando más el asunto, Peregrine tiene dificultades para la conceptualización.

—También yo, si vamos al caso —dijo el señor Clyde-Browne—. ¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Bien, verá, concretando más…

—Es la tercera vez que enuncia usted una cuestión que no concreta en absoluto utilizando esa frase —dijo el señor Clyde-Browne, utilizando su actitud profesional más desagradable—. Ahora quiero la verdad.

—En resumen, le diré que se lo toma todo como el Evangelio.

—¿Como el Evangelio?

—De forma literal. Absolutamente literal.

—¿Que se toma el Evangelio literalmente? —exclamó el señor Clyde-Browne, con la esperanza de poder expresar su opinión sobre la educación religiosa en un mundo racional.

—No sólo el Evangelio, sino todo —dijo el director, al que la entrevista le estaba resultando casi tan ardua como enseñar a Peregrine—. Parece incapaz de diferenciar entre lo general y lo particular. Por ejemplo, el tiempo.

—¿Qué tiempo? —preguntó el señor Clyde-Browne, con un brillo vidrioso en los ojos.

—Simplemente el tiempo. Si un profesor pone en clase un trabajo y añade: «Tómese su tiempo», Peregrine, invariablemente, dice: «Las once en punto.»

—¿Quiere usted decir que dice invariablemente «las once en punto»?

—O la hora que sea. Podrían ser las nueve y media, o las diez menos cuarto.

—En tal caso, no puede decir invariablemente «las once en punto» —dijo el señor Clyde-Browne, recurriendo al interrogatorio exhaustivo, para lograr salir de aquella confusión.

—Bueno, no invariablemente las once en punto —admitió el director—. Pero sí invariablemente una u otra hora. Lo que le indique el reloj. Esto es lo que quiero decir con lo de que se lo toma todo literalmente. En consecuencia, enseñarle se convierte en una experiencia bastante desquiciante. El otro día mismo les dije en clase que tenían que romperse los codos y Peregrine se puso a hacerlo inmediatamente. Y lo mismo pasó con la historia sagrada. El reverendo Wilkinson dijo que todo el mundo debía emprender una nueva vida, arrancar la hoja de la vida anterior. Y en el recreo, Peregrine se puso a trabajar con las camelias. Mi esposa se disgustó muchísimo.

El señor Clyde-Browne siguió su mirada por la ventana y contempló las camelias deshojadas.

—¿Pero no hay alguna forma de explicar la diferencia entre expresiones metafóricas o coloquiales y expresiones reales? —preguntó quejumbrosamente.

—Sólo a base de muchísimo tiempo y trabajo. Y, claro, tenemos que pensar en los otros niños. La lengua inglesa no se adapta fácilmente a la lógica pura. Lo único que podemos hacer es esperar que Peregrine se desarrolle de pronto y aprenda a no hacer lo que le dicen al pie de la letra.

El señor Clyde-Browne regresó a The Cones más triste, pero no más sabio. Aquella noche, tras una acalorada discusión con su esposa (a quien atribuía enteramente la responsabilidad del caso por educar a Peregrine habituándole a una excesiva docilidad), intentó explicar a su hijo los peligros que entrañaba el hacer exactamente lo que le dicen a uno.

—Podrías meterte en unos líos espantosos, ¿comprendes? La gente dice continuamente cosas que no significan exactamente lo que parece, y si tú haces lo que te dicen, todo lo que te dicen, acabarás metiéndote en un callejón sin salida.

Peregrine le miró desconcertado.

—¿Qué callejón es ése, papá? —preguntó.

El señor Clyde-Browne observó a su hijo con una mezcla de cautelosa curiosidad e irritación mal disimulada. Ahora que lo pensaba, la adhesión de

Peregrine a lo literal le recordaba la astucia que desplegaba la señora Clyde-Browne cuando, enfrentada con los hechos, prefería no discutir. Le recordaba concretamente los casos de utilización extravagante del dinero de los gastos de la casa… Tal vez la estupidez de Peregrine fuese tan deliberada como la de su madre. En cuyo caso, aún había esperanza.

—No me refiero a ningún callejón concreto. Se trata simplemente de una expresión que significa un mal fin.

Peregrine consideró esto un instante.

—¿Pero cómo puedo meterme en un sitio que no existe? —preguntó finalmente.

El señor Clyde-Browne cerró los ojos en una muda plegaria. Comprendió perfectamente la desdicha de los profesores que habían tenido que lidiar a diario con aquella lógica fantasmal.

—No importa que exista o no exista —dijo, controlando a duras penas la cólera—. Lo que quiero decir es que si no andas con ojo… no, olvida eso —a saber lo que podría intentar Peregrine—. Si no aprendes a establecer una distinción entre expresiones reales y meras exhortaciones, te verás metido en un berenj… en líos terribles, ¿me explico?

—Sí, papá —dijo Peregrine, mirando al señor Clyde-Browne a la cara con una expresión poco halagüeña para las expectativas de su padre; pero el señor Clyde-Browne había agotado su repertorio de tópicos.

—Entonces, lárgate, y no hagas todas las condenadas cosas que te digan —le gritó, imprudentemente.

Durante los días que siguieron, supo con horror a qué extremos podía llegar la obediencia perversa de su hijo. Peregrine dejó de ser un niño modelo y se convirtió en un delincuente modelo. Se negaba a pasarle la mermelada en el desayuno cuando se lo pedía, volvía a casa del colegio con un ojo morado, precisamente porque el director había dicho a los niños que no debían pelearse; mató el gato de la señora Worksop con la escopeta de aire comprimido, porque su madre le advirtió que tuviera cuidado y no fuese a matar al gato de la señora Worksop; y para empeorar las cosas, le dijo a la señora Worksop, a modo de disculpa a la inversa, que se alegraba de haber matado a su minino.

—No entiendo qué le pasa —se lamentó la señora Clyde-Browne cuando descubrió que Peregrine, en vez de ordenar su habitación como le había mandado, había vaciado los cajones en el suelo y prácticamente había destrozado el cuarto—. Nunca había hecho una cosa así. Es rarísimo. No creerás que tenemos un duende en la casa, ¿verdad?

El señor Clyde-Browne contestó con una amonestación inaudible. Sabía muy bien lo que tenían en casa, un hijo con el criterio moral de un microprocesador y con una misteriosa habilidad para la utilización equivocada de la lógica.

—Olvida lo que te dije el otro día —masculló, apartando a Peregrine de su conejito, antes sobrealimentado y ahora famélico y medio muerto de hambre—. De ahora en adelante, harás lo que tu madre y yo te digamos. No me importa los líos que puedas armar en el colegio, pero no quiero que esta casa se convierta en un infierno ni que mates a los gatos de los vecinos porque te dicen que no lo hagas, ¿me has entendido?

—Sí, papá —dijo Peregrine y volvió a su menos problemática conducta modélica anterior.

2

Los Clyde-Browne sacaron conclusiones distintas del descubrimiento de que su hijo no era como los demás muchachos. La señora Clyde-Browne se aferró a la creencia de que Peregrine era un genio, con todas las excentricidades propias de un genio, mientras que su marido, con mayor espíritu práctico y mucho menos entusiasmo por los inconvenientes provocados por el hecho de tener un prodigio adolescente en casa, consultó al médico de la familia, luego a un psiquiatra especializado en la infancia, luego a un asesor sobre anomalías educacionales y, por último, a un especialista en pruebas de aptitud. Los veredictos fueron contradictorios. El médico de la familia expresó su simpatía personal; el psiquiatra lanzó algunas calumnias desagradables sobre la vida sexual de los Clyde-Browne; y el asesor pedagógico, seguidor de Ivan Illich, criticó el sistema pedagógico seguido en el colegio de Peregrine por no hacer hincapié en el aprendizaje. Sólo el especialista en pruebas de aptitud dio al señor Clyde Browne el consejo práctico que éste buscaba, diciéndole que, en su opinión, el mejor futuro de Peregrine estaba en el ejército, donde se estimaba muchísimo la obediencia estricta a las órdenes, por muy disparatadas que fueran. Pensando en esto, el señor Clyde-Browne decidió tomar las medidas necesarias para que Peregrine fuese a un colegio privado, a cualquiera que estuviera dispuesto a admitirle.

También ahí tuvo problemas. La señora Clyde-Browne insistía en que su bomboncito necesitaba la mejor enseñanza. El señor Clyde-Browne replicó indicando que si aquel pequeño oligofrénico era un genio, no necesitaba que le enseñasen nada. Pero el problema principal fueron los directores de los colegios privados, que, evidentemente, consideraban la desesperación del señor Clyde-Browne un indicio casi tan alarmante como el historial escolar del niño. Al final, y gracias a un cliente acusado con todo fundamento de malversación de fondos de un club de golf, el señor Clyde-Browne se enteró de la existencia de Groxbourne, en el curso de una conversación en busca de circunstancias atenuantes. Como Peregrine ya tenía quince años, el señor Clyde-Browne no se lo pensó dos veces y sin más preámbulos se dirigió al colegio en pleno curso.

Groxbourne, situado en un sector de suaves colinas boscosas de South Salop, era prácticamente desconocido en los círculos académicos. Desde luego, en Oxford y Cambridge jamás habían oído hablar de aquel centro, y la escasa reputación que

poseía parecía limitada a unos cuantos centros de capacitación agrícola.

—¿Ingresan sus alumnos con facilidad en el ejército? —preguntó ávidamente el señor Clyde-Browne al director, que, como iba a retirarse, se mostraba dispuesto a aceptar a Peregrine pensando que ya lidiaría con él su sucesor.

—La lápida de caídos en combate que hay en la capilla le indicará nuestro historial —dijo el director, con quejumbrosa timidez, y le condujo hasta la lápida. El señor Clyde-Browne examinó la terrible lista y quedó impresionadísimo.

—Seiscientos treinta y tres en la Primera Guerra y trescientos cinco en la Segunda —dijo el director—. Creo que pocos colegios del país habrán contribuido a la defensa de la patria con tanta generosidad. Yo atribuyo estos resultados a nuestros excelentes servicios deportivos. Los campos de juego de Waterloo y todo eso…

El señor Clyde-Browne asintió. La experiencia había amortiguado sus esperanzas en cuanto al futuro de Peregrine.

—Y además, tenemos un curso especial para retrasados hiperactivos —continuó el director—. Lo lleva el mayor Fetherington, y hemos comprobado que es de gran ayuda para el muchacho más dotado en el aspecto práctico, cuyas necesidades no quedan suficientemente cubiertas con el aspecto puramente académico. Naturalmente, es un servicio extra, pero comprobará usted que beneficia a su hijo.

El señor Clyde-Browne asintió para sí. Fuesen cuales fuesen las necesidades de Peregrine, jamás se beneficiaría de una educación puramente académica.

Recorrieron los claustros de la capilla hacia la parte de atrás del patio de *squash*, donde les recibieron con una andanada de disparos. Una docena de muchachos con rifles tumbados en el suelo disparaban contra blancos en un campo de tiro para rifles de pequeño calibre.

—Hola, mayor —dijo el director a un hombre apuesto que se golpeaba con un bastoncito las botas de montar sumamente lustradas—. Me gustaría presentarle al señor Clyde-Browne, cuyo hijo estará con nosotros durante el próximo curso.

—Espléndido, espléndido —dijo el mayor, pasando el bastoncito a la mano izquierda y estrechando la mano del señor Clyde-Browne, mientras, casi al mismo

tiempo, conseguía ordenar a los muchachos que bajaran los rifles, descargaran, quitaran los cerrojos y utilizaran las baquetas—. ¿Tiene buena puntería su chico?

—Muy buena —dijo el señor Clyde-Browne, recordando el incidente del gato de la señora Worksop—. Tiene muy buena puntería, sí.

—Espléndido. Después de la baqueta, un trapo con aceite.

Los chicos siguieron sus instrucciones y engrasaron los cañones.

—El mayor le enseñará todo esto —dijo el director, y desapareció.

Luego, una vez inspeccionados los rifles y enviada la pequeña columna a la armería, el señor Clyde-Browne inició una gira por los terrenos del curso de asalto con el mayor. A una alta pared de ladrillo de la que colgaban sogas, sucedía una zanja llena de barro, más sogas suspendidas de árboles cruzando un barranco, luego alambre espinoso, un estrecho túnel medio lleno de agua y, por último, sobre el borde de una cantera, una torre de madera de la que bajaba un cable tenso hasta un postecito de hierro situado a unos treinta metros.

—El Tobogán de la Muerte —explicó el mayor—. Se moja la cuerda para que no queme, se engancha al cable, se agarra con fuerza con ambas manos y allá va.

El señor Clyde-Browne atisbó inquieto las rocas allá abajo, a unos quince metros. Comprendía perfectamente por qué le llamaban el Tobogán de la Muerte.

—¿Y no hay muchos accidentes? —preguntó—. Quiero decir, ¿qué pasa cuando alguien cae junto a ese poste de hierro del fondo?

—No —dijo el mayor—. Tocan primero el suelo con los pies y se sueltan. Primero les enseñamos la técnica de aterrizaje de los paracaidistas. Mantener las rodillas unidas y encogidas y rodar sobre el hombro izquierdo.

—Comprendo —dijo el señor Clyde-Browne dubitativamente, rechazando la invitación del mayor de que lo intentara personalmente.

—Luego, tenemos la escalada de roca. Somos muy buenos en eso. Sube el primer muchacho y coloca la guía y cuando han superado un breve período de adiestramiento, en dos minutos toda la patrulla está arriba.

—Asombroso —dijo el señor Clyde-Browne—. ¿Y nunca hay accidentes?

—Un par de piernas rotas de vez en cuando. Pero eso también pasa en el campo de rugby. En realidad, podríamos decir que es menos probable que los chicos que hacen este curso se lastimen que el que lastimen, y mucho, a otras personas.

Entraron en el gimnasio y presenciaron una exhibición de combate sin armas. Cuando terminó, el señor Clyde-Browne ya había tomado una decisión. Por muchos fallos que pudiera tener Groxbourne, sin duda garantizaría el ingreso de Peregrine en el Ejército. Volvió al despacho del director muy satisfecho.

—Bueno, creo que le pondremos en el internado del señor Glodstone —dijo el director, mientras el señor Clyde-Browne sacaba el talonario de cheques—. Glodstone es maravilloso con los chicos. Y en cuanto al precio…

—Pagaré tres cursos por adelantado.

El director le miró inquisitivamente.

—¿No prefiere esperar a ver si le gusta el ambiente?

Pero el señor Clyde-Browne se mostró inflexible. Después de conseguir que admitieran a Peregrine en algo parecido a un colegio privado, no tenía intención de permitir que le expulsaran.

—Incluyo mil libras más para el fondo de restauración de la capilla —dijo—. He visto que tienen ustedes abierta una suscripción.

Y, tras extender un cheque por diez mil libras, salió de allí de muy buen humor. Le había animado en especial el enterarse de que el curso de retrasados hiperactivos se ampliaba a las vacaciones de verano, durante las cuales, el mayor Fetherington se llevaba al grupo al norte de Gales a «practicar un poco de montañismo y marchas a campo través».

«Eso nos permitirá largarnos solos», se dijo muy contento el señor Clyde-Browne, mientras corría en su coche rumbo al sur. Claro que no fue éste el argumento que utilizó para convencer a su esposa, a quien una amiga había dicho que Groxbourne era el último colegio al que enviaría a su hijo.

—Elspeth dice que es un sitio brutal y que casi todos los chicos son hijos de granjeros y que el nivel de enseñanza es horroroso.

—Hay que elegir entre Groxbourne o la escuela pública local.

—Pero tiene que haber otros colegios…

—Los hay. Muchos. Pero no admitirán a Peregrine. Claro que si quieres que tu hijo se mezcle con esas golfillas que van a la escuela pública, no tienes más que decirlo.

La señora Clyde-Browne no quería eso. Una de sus creencias más arraigadas era que sólo la clase obrera enviaba a sus hijos a las escuelas públicas y de ningún modo podía permitir que Peregrine adquiriese sus deplorables hábitos.

—Es una vergüenza que no podamos permitirnos un tutor privado —gimoteó, pero el señor Clyde-Browne no estaba dispuesto a acceder.

—El chico tiene que aprender a valerse por sí mismo y a afrontar las realidades de la vida. Y no lo conseguirá quedándose en casa para que le mimes. Y menos con un inútil que sólo es capaz de encontrar trabajo como tutor.

Este comentario indicaba tanto su propia visión de la horrible realidad del mundo como su patente convicción de que Peregrine se había pasado los quince primeros años de su vida aprovechándose de los demás o viéndose perdido cuando tenía que valerse por sí mismo.

—Bueno, a mí me hubiera gustado —dijo la señora Clyde-Browne con cierto vigor.

—Y a mí no —continuó su marido, en un arrebato de furia defensiva—. Si no hubiese sido por tu insistencia en criarle como a una muñeca de porcelana, no sería el imbécil que es ahora. Pero claro, tenía que ser «Peregrine haz esto y Peregrine haz aquello» y «No te manches la ropa, Peregrine». Bien pensado, es asombroso que el chico no sea más tonto de lo que es.

En esto era injusto; las peculiaridades de Peregrine se debían tanto a la influencia de su padre como a la de su madre. La carrera del señor Clyde-Browne como abogado, con experiencia forense, le predisponía a dividir el mundo en los totalmente inocentes y los totalmente culpables, sin estados de incertidumbre intermedios. Peregrine había asimilado las rígidas concepciones del bien y del mal de su padre, y su madre se las había reforzado. Las pretensiones sociales de la señora Clyde-Browne y su resistencia a pensar lo peor de cualquiera que perteneciese a su círculo de amistades, todos cuyos miembros debían ser personas

excelentes, puesto que los Clyde-Browne les conocían, había limitado el ámbito de los totalmente buenos a Virginia Water y el de los totalmente malos al resto del mundo. La televisión no había contribuido en absoluto a ensanchar sus perspectivas. Sus padres habían censurado tan severamente los programas que podía ver, reduciéndolos a aquellos en los que aparecían vaqueros y policías como modelos de perfección y pieles rojas y sospechosos como modelos de perversión, que Peregrine había podido prescindir de toda incertidumbre o duda moral. Ser valiente, sincero, honrado y estar dispuesto a matar a quien no lo fuese, era ser bueno; ser menos que eso, era ser malo.

Y con estos prejuicios impecables fue conducido a Groxbourne y entregado al señor Glodstone por sus padres, que mostraron un estoicismo auténticamente inglés al separarse de su hijo. En el caso del señor Clyde-Browne no tuvo que controlarse en absoluto, pero su esposa perdió el control en cuanto salieron del recinto de aquel colegio. La inquietaba en especial el señor Glodstone.

—Ese señor Glodstone parece tan raro —mascculló entre lágrimas.

—Sí —dijo bruscamente el señor Clyde-Browne, y se contuvo para no añadir que era mucho pedir que pareciera normal un hombre dispuesto a dedicar la vida a intentar combinar los deberes de guardián de zoo, carcelero y profesor de muchachos medio idiotas, con escasas esperanzas de normalidad.

—Quiero decir que, ¿por qué llevará monóculo en el ojo de cristal?

—Probablemente para evitar ver demasiado claramente con el otro —dijo enigmáticamente el señor Clyde-Browne, y dejó que ella cavilara desconcertada sobre el comentario hasta que llegaron a casa.

—Sólo espero que Peregrine sea feliz allí —dijo la señora Clyde-Browne cuando giraron para entrar en Pine Tree Lane—. Si no lo es, quiero que me prometas…

—Si no, irá a la escuela pública —dijo el señor Clyde-Browne, dando la discusión por terminada.

3

Pero los temores de la señora Clyde-Browne carecían de base. Peregrine era absolutamente feliz. A diferencia de muchachos más sensibles, a quienes el colegio resultaba un anticipo del infierno, él se encontraba en su elemento. Esto se debía en buena parte a su tamaño. A sus quince años Peregrine medía un metro ochenta y pesaba setenta y tantos kilos y, gracias al erróneo consejo de un profesor de educación física de la escuela primaria, que había observado que aunque hiciese un centenar de planchas todas las mañanas no llegaría a comprender la teoría de la gravedad, era, además, inmensamente robusto. Y en Groxbourne, el tamaño y la fuerza contaban.

El colegio, fundado en la última mitad del siglo diecinueve por un clérigo incurablemente optimista con el objeto de infundir fervor anglocatólico a los hijos de los granjeros locales, había permanecido tan oscurantista y anticuado que sus tradiciones eran las de una época anterior. Seguían vigentes los viejos hábitos de servidumbres, palizas y humillaciones y también el ritual de la capilla por la mañana y a última hora del día, duchas frías, dormitorios bien aireados y comida saludable, aunque incomestible. En suma, Groxbourne conservaba las costumbres de su fundador sin colmar sus ambiciones religiosas. Para Peregrine, tales consideraciones abstractas carecían de sentido. Le bastaba con ser lo bastante fornido para que no le intimidaran, con que la campana del colegio sonara a intervalos regulares a lo largo del día indicándole que había acabado una clase o que era la hora de la comida, y con no tener que pensar nunca lo que tenía que hacer.

Y, sobre todo, allí se apreciaba su tendencia a tomar las cosas literalmente. Desde luego, ningún profesor le animó nunca a tomarse su tiempo. Siempre era: «Ahora, silencio y a trabajar». Peregrine se adaptó de tal forma que, por primera vez en su vida, se encontró más cerca de los primeros de la clase que de los últimos.

Pero donde más destacaba su habilidad para tomar las cosas literalmente era en el campo de juego. En el rugby, se lanzaba por el balón con una falta tal de temor que se ganó un puesto en el juvenil XV y la admiración del entrenador, un galés muy calificado para apreciar tácticas asesinas.

—Nunca he visto un chico igual —le dijo el señor Evans a Glodstone después de un partido en el que Peregrine había seguido las instrucciones absolutamente al pie de la letra, actuando con una furia tal que cuando metía la bota para lanzar el balón, parecía como si quisiese catapultar a todo el equipo contrario; y se había lanzado con tal ferocidad sobre un adversario que tuvieron que sacarle del campo conmocionado, mientras Peregrine exigía sus *shorts* como trofeo.

Otro tanto sucedía en boxeo. Peregrine incorporaba una violencia tal al deporte que aterraba a sus adversarios y llegó a alarmar al instructor.

—Cuando te dije «Ahora procura que se trague los dientes», no quería decir que siguieras atizándole estando inconsciente —le dijo, pues Peregrine, después de dejar grogui a otro muchacho, había seguido atizándole sin parar en la boca, mientras le sujetaba contra las cuerdas con la otra mano.

Hasta el mayor Fetherington estaba impresionado. Lo que había dicho el señor Clyde-Browne de que su hijo tenía buena puntería resultó cierto. Peregrine tenía una puntería certera. En el campo de tiro con armas de pequeño calibre sus proyectiles erraban el blanco tan raras veces que el mayor, sospechando que sólo uno había dado en el blanco, puso una gran pantalla de papel detrás y descubrió su error asombrado. Todos los proyectiles de Peregrine atravesaban la diana. Y el curso de asalto no le infundió temor alguno. Escaló el muro de ladrillo con notable agilidad, se lanzó alegremente a la zanja llena de barro, cruzó balanceándose sobre el barranco y recorrió el túnel inundado sin pestañear. Sólo el Tobogán de la Muerte le planteó algún problema. No es que le fuera difícil bajar por él, enganchado al cable, sino que interpretó mal las instrucciones del mayor de volver al punto de partida y procedió a subir de nuevo por el cable a pulso. Pero cuando estaba a la mitad y colgando a unos doce metros sobre las rocas del fondo, el mayor ya no miraba; había cerrado los ojos y rezaba.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó Peregrine cuando llegó arriba.

El mayor abrió los ojos y le miró con una mezcla de alivio y cólera.

—Muchacho —dijo—, esto es un curso de asalto, no un lugar de adiestramiento de artistas del trapecio y acróbatas de circo, ¿ha comprendido?

—Sí, señor —dijo Peregrine.

—Pues en el futuro, hará exactamente lo que se le diga.

—Sí, señor. Pero usted dijo que volviéramos…

—Sé lo que dije y no hace falta que me lo recuerde —gritó el mayor y suspendió el resto de las prácticas de la tarde para lograr que su pulso recuperase la normalidad. Al cabo de dos días, lamentaría su arrebato. Al volver de una marcha de ocho kilómetros bajo la lluvia, descubrió que faltaba Peregrine.

—¿Alguno de ustedes, muchachos, sabe a dónde fue? —preguntó al pequeño grupo de retrasados hiperactivos exhaustos, cuando se reunieron en los vestuarios.

—No, señor. Estaba con nosotros cuando llegamos al fondo de la garganta de Leignton. No sé si recuerda que le preguntó a usted algo.

El mayor miró al cielo, cada vez más oscuro (había empezado a nevar) y creyó recordar que Peregrine le había preguntado si podía cruzar el río a nado en vez de utilizar el puente. Le había hecho la pregunta justo en el momento en que el mayor acababa de tropezar con una piedra, y caerse en un matorral de ortigas, así que no podía recordar lo que le había contestado. Tenía idea, eso sí, de que su respuesta había sido algo brusca.

—Bien, si dentro de media hora no ha regresado, tendremos que enviar una patrulla de rescate y comunicarlo a la policía —murmuró y subió a su habitación a consolarse tomándose un coñac, convencido de que seguramente Clyde-Browne se había ahogado en el río. Al cabo de doce horas, sus esperanzas y temores resultaron infundados. La policía, utilizando alsacianos, había descubierto a Peregrine muy contento, a unos quince kilómetros en un pajar.

—Pero usted me dijo que me perdiera, señor —explicó cuando le devolvieron al colegio a las cinco de la mañana.

Al mayor Fetherington se le atragantaban las palabras:

—Pero no quería decir que… —comenzó.

—Y el otro día me dijo usted que hiciera exactamente lo que me dijera —continuó Peregrine.

—Dios nos asista —dijo el mayor.

—Sí, señor —dijo Peregrine, y se fue a la enfermería del colegio, con la

Hermana enfermera.

Pero si su firmeza fue un fastidio para el mayor, su popularidad entre los muchachos se mantuvo muy alta. No sólo no se dejaba intimidar nunca, sino que garantizaba la seguridad de otros muchachos nuevos que siempre podían recurrir a él para que pelease por ellos. Y gracias a su envergadura y a su aspecto (el boxeo había agravado aún más una catadura que no había sido dulce ni siquiera cuando era un bebé) ni el más frustrado veterano de sexto curso podía encontrarle sexualmente tentador. En suma, Peregrine era un alumno de colegio privado tan prodigiosamente ejemplar como niño ejemplar había sido previamente. Fue esta casualidad extraordinaria lo que primero atrajo la atención del señor Glodstone hacia él y conformó su destino.

La opinión de la señora Clyde-Browne respecto al señor Glodstone era correcta. Se trataba de un individuo muy peculiar. Hijo de un contralmirante tan derechista que había celebrado el ataque nazi a Londres con fuegos artificiales la noche de Guy Fawkes de 1940, Rodney Glodstone no sólo había perdido a su padre sino también su propio ojo izquierdo, gracias a los esfuerzos patrióticos aunque ineptos de un guardabosque que había dirigido un cohete hacia su patrón y había errado. Con el ojo se fueron las esperanzas de Glodstone de hacer carrera en la Marina. El contralmirante tuvo problemas con la policía y le internaron en la isla de Man, donde murió dos años después. Tras esta muerte poco honrosa, su hijo quedó prácticamente sin medios. El señor Glodstone se vio obligado a dedicarse a la enseñanza.

—Un caso de desarrollo reprimido —había sido el veredicto del director en su momento, y había resultado acertado. Las únicas virtudes del señor Glodstone como profesor, aparte del hecho de que su difunto padre hubiera sido presidente del Consejo de Dirección en Groxbourne, eran su capacidad para leer, escribir y hablar inglés con acento de clase alta. Debido a la escasez de maestros en época de guerra, esto había bastado. Además, Glodstone era un entusiasta del criquet, y proporcionaba al colegio una nota de distinción social enseñando esgrima. También era excelente en el capítulo de la disciplina y no tenía más que cambiar el monóculo del ojo de cristal al propio para infundir el temor de Dios en el curso más indómito. Cuando acabó la guerra ya era parte del colegio y un personaje demasiado notable como para prescindir de él. Se llevaba bien con los chicos de un modo saludable y compartía sus intereses. Aficionado a los trenes de juguete, se había comprado una vía férrea muy complicada y la había instalado en el sótano del gimnasio, donde, rodeado de sus «camaradas» representaba en miniatura su más temprana ambición sin las terribles consecuencias que habría tenido, sin lugar

a dudas, su realización a mayor escala.

Lo mismo sucedía con sus intereses intelectuales. La edad mental del señor Glodstone era, en cuanto a la literatura, de unos catorce años. Nunca se cansaba de leer y releer las clásicas historias de aventuras de su juventud, y siempre buscaba con la imaginación un héroe más ortodoxo que su padre que le sirviese de modelo, encontrando uno en cada una de sus viejas novelas favoritas. Era a temporadas D'Artagnan, Richard Hannay, Sherlock Holmes, la Pimpinela Escarlata (lo que explicaba su monóculo) y Bulldog Drummond; cualquier personaje de ficción que fuese un defensor valeroso y romántico de lo viejo, lo bueno y lo auténtico, contra lo nuevo, lo malvado y lo falso, tal como él y sus autores preferidos juzgaban estas cosas.

En términos psicológicos, podría decirse que el señor Glodstone tenía un problema crónico de identidad que resolvía mediante la sustitución literaria. También en esto compartía su entusiasmo con los muchachos, y si su enseñanza de la literatura inglesa difícilmente podía hacerles pasar con nivel de aprobado, no digamos ya de sobresaliente, al menos tenía el mérito de resultar emocionante y fácilmente comprensible hasta para los quinceañeros más lerdos. Curso tras curso, Groxbourne despedía a los alumnos que: dejaban el colegio, imbuidos de la creencia inamovible de que los problemas del mundo, y en especial la defunción del Imperio Británico, se debían a una conspiración de desaseados bolcheviques, opulentos financieros judíos y negros y alemanes degenerados de mirada torva que jamás perdían la compostura. Según su punto de vista, y el del señor Glodstone, lo que hacía falta era un grupo decidido de jóvenes ricos dispuestos a reforzar la ley «saliéndose de ella» hasta el punto de liquidar a bayonetazos a los políticos de izquierdas en sus propios sótanos o, en casos más extremos, arrojarlos en bañeras llenas de ácido nítrico. El que no llevaran a la práctica los remedios de Bulldog Drummond se debía en gran medida a la falta de oportunidades y a la necesidad de levantarse al alba para ordeñar y acostarse antes de que el mundo delincuente estuviera del todo despierto. Pero les salvaba ante todo su propia falta de imaginación; y luego, el sentido común de sus esposas.

El señor Glodstone tenía menos trabas. Su imaginación, que iba haciéndose más incontrolable con la edad, podía imbuir los acontecimientos más vulgares de sentidos arcanos así como dotar a las sucesivas amas de llaves del colegio de encantos que, desde luego, la mayoría no poseían. Sólo un sentido exagerado de su propia posición social le impedía abordarlas. Así que era sexualmente autosuficiente, se sentía culpable por sus fantasías parcialmente realizadas y hacía cuanto podía por exorcizarlas tomando un baño frío todas las mañanas, invierno y

verano. Durante las vacaciones, visitaba a uno u otro de sus numerosos y en algunos casos, aún ricos parientes, o seguía, en la medida en que lo permitían las circunstancias diferentes, los pasos de sus héroes de ficción.

Así, como Richard Hannay en *Treinta y nueve escalones*, aunque sin el incentivo de un individuo asesinado en sus habitaciones, tomó el tren matutino de Londres rumbo a Escocia y se pasó varias noches demasiado incómodas intentando dormir entre los brezos, hasta decidir que era más probable coger una neumonía que el que se presentara una aventura en aquel rincón del mundo tan sombrío y castigado por la lluvia. Al verano siguiente, había seguido la ruta de Richard Chandos hasta Austria, esta vez en moto, con la esperanza de localizar El Gran Pozo de Wagensburg, sólo para descubrir que Carintia estaba llena de coches de turistas y de veraneantes alemanes. El señor Glodstone se retiró a las carreteras secundarias y recorrió los senderos de los bosques en una vana tentativa de dotar a la zona de su antigua magia. Y así, cada verano, hacía un peregrinaje al escenario de una historia de aventuras y regresaba desilusionado pero con un brillo aún más fanático en su ojo. Algún día impondría la realidad de su mundo literario a la del mundo existente. De hecho, por la época en que Peregrine pasó a su cuidado, era sumamente dudoso el que el encargado del internado tuviera una idea de la década en que vivía. Las máquinas y los vagones de su tren de juguete sugerían los años veinte, con sus Wagons Lits y Pullman arrastrados por locomotoras de vapor.

Pero su posesión más peligrosa y la que más le enorgullecía, y que procedía de un tío difunto, era un Bentley de 1927 en el que, hasta que el director le pidió que ahorrase al colegio una tragedia múltiple, aterraba a unos cuantos muchachos favorecidos y a todos los usuarios de la carretera recorriendo a una velocidad increíble las estrechas rutas rurales y atravesando los pueblecitos de los alrededores.

—Pero es un coche hecho para correr, devora los kilómetros —protestó Glodstone—. No hay un coche igual hoy día en la carretera.

—Afortunadamente —dijo el director—. Y puede devorar cuantos kilómetros desee en vacaciones, pero no quiero que la enfermería del colegio se convierta en un repleto depósito de cadáveres como resultado de su forma demencial de conducir.

—Como usted diga, director —dijo Glodstone, y a partir de entonces dejó el Bentley en perfectas condiciones encerrado, aguardando a que llegara el día en que, como él decía, pudiera demostrar sus muchos méritos.

Ese día pareció más próximo con la llegada a Groxbourne de Peregrine Clyde-Browne. El señor Glodstone había encontrado el discípulo perfecto, un muchacho dotado de las condiciones físicas, el valor y los atributos mentales de un auténtico héroe. Desde el mismo instante en que sorprendió a Peregrine en los lavabos dándole una paliza monumental a Soskins Major por obligar a un novato a limpiarle el culo, el señor Glodstone comprendió que su vocación involuntaria no había sido desperdiciada.

Pero, con una discreción que nacía de haber visto lo que les había sucedido en el pasado a algunos profesores al mostrar demasiado pronto interés por chicos concretos, demostró su propia imparcialidad diciendo a los veteranos del internado:

«Quiero que ustedes, muchachos, me vigilen a Clyde-Browne, no podemos permitirle creerse más de lo que es. He visto cómo se echaban a perder muchos muchachos porque eran buenos en el deporte. La popularidad se les sube a la cabeza y empiezan a creerse los amos del mundo.»

Durante el resto del trimestre, las supuestas aspiraciones de Peregrine a la condición de amo del mundo quedaron erradicadas por completo. Cuando no estaba copiando mil veces una frase por no limpiar como es debido los zapatos de un veterano, estaba ofreciendo el trasero al encargado del internado que esgrimía su vara por hablar en el dormitorio después de apagadas las luces (cosa que no había hecho), o por tardar demasiado en las duchas. En suma, Peregrine se vio sometido a un bautismo de castigos que habría impulsado a fugarse o sumido en una crisis nerviosa a un muchacho normalmente sensible. A Peregrine no le sucedió ni lo uno ni lo otro. Lo soportó. La verdad es que ni siquiera se le pasó por la cabeza que le estuviesen asignando un tratamiento especial. Sólo cuando el ama de llaves, que había encontrado sangre en los pantalones de su pijama, le acusó de un pecado singularmente bestial contra natura, se vio obligado a explicarse.

—Lo que pasa es que ayer me dieron doce palos y anteayer ocho —dijo—. Uno no puede evitar sangrar.

—¿Quiere decir que le han dado veinte golpes desde el martes? —preguntó el ama de llaves, sobrecogida.

—Puede usted contarlos si quiere —dijo Peregrine con toda naturalidad—. Aunque, en realidad, aún se notan los dieciséis que me dieron la semana pasada y es difícil distinguirlos.

Al cabo de media hora, una vez inspeccionado el trasero por el ama de llaves y el médico, Peregrine estaba en la enfermería tumbado boca abajo en la cama y el director había mandado llamar al señor Glodstone. Como era bastante más progresista que su predecesor y tenía ideas contundentes sobre los castigos corporales y llevaba tiempo esperando la ocasión de enfrentarse a Glodstone, la reunión resultó bastante tensa.

—¿Se da usted cuenta de que podrían demandarnos por lo que le han hecho a ese pobre chico? —preguntó.

—No veo por qué —dijo Glodstone, encendiendo la pipa muy tranquilo—. Clyde-Browne no se ha quejado, ¿verdad?

—¿Quejado? No, no se ha quejado. Lo cual sólo demuestra lo brutal de sus métodos. Es evidente que este pobre chico está demasiado aterrado para protestar, por miedo a que le den otra paliza si lo hace.

El señor Glodstone soltó un anillo de humo.

—¿Eso lo ha dicho él?

—No. Lo digo yo y lo que quiero decir…

—Si no lo dice él, no entiendo cómo puede hablar usted en su nombre —dijo el señor Glodstone—. ¿Por qué no se lo pregunta?

—Claro que lo haré —dijo el director, mordiendo el anzuelo—, aunque no estoy dispuesto a que le intimide usted con su presencia. Hablaré con él a solas y tendrá usted la amabilidad de esperar aquí mientras lo hago.

Y, dejando al señor Glodstone interesándose por su correspondencia personal con una curiosidad que éste habría considerado repulsiva en uno de sus «camaradas», se dirigió a la enfermería. Cuando regresó, Glodstone había puesto un poco más de leña en la chimenea, así como dos sobre aún sin abrir sólo para divertirse, y el director se vio obligado a contemporizar. Peregrine se había negado a quejarse por su tratamiento y, pese a las súplicas del director, había dicho que era muy feliz en el internado de Gloddie y que en realidad a los chicos había que pegarles.

—¿Qué le dije yo? —dijo Glodstone, y dio una sonora chupada a la pipa—. A los chicos les gusta que se tenga mano dura, y Clyde-Browne es un chico como

es debido, tiene realmente buena madera.

—Quizás —dijo malhumorado el director—. Pero sea cual sea la madera de que está hecho, no quiero más palizas este trimestre. Quizás le interese saber que el padre de este chico es un abogado muy famoso y que ha pagado los gastos de su hijo por adelantado. Un hombre de su posición podría ponernos un pleito que hundiese el colegio.

—Como usted diga, director —dijo Glodstone, y se fue, mientras el director se ocupaba de nuevo distraídamente de su menguada correspondencia y consideraba medidas extremas para librarse de aquel horrendo Glodstone.

Glodstone vació la pipa en el florero de jacintos que había a la salida del despacho y volvió a sus dependencias. Allí, seleccionó uno de sus libros favoritos, *Mr. Stanfast*, de John Buchan, y lo llevó a la enfermería.

—Pensé que tal vez te apetezca leer algo, muchacho —dijo dirigiéndose al cogote de Peregrine.

—Muchísimas gracias, señor —dijo Peregrine.

—Y he de decirte que fue un buen detalle no dejar mal al equipo —continuó el señor Glodstone—. Así que cuando acabes éste, se lo dices al ama de llaves y te traeré otro.

Se había iniciado la infección literaria de Peregrine.

4

Y prosiguió. Cuando le permitieron salir de la enfermería, Peregrine había terminado todas las Aventuras de Richard Hannay y estaba enfrascado en las de Bulldog Drummond. Se fue a casa en vacaciones con varios volúmenes de la biblioteca de Glodstone, una carta del director explicando que se proponía abolir los castigos corporales y disculpándose por el hecho de que hubiesen pegado a Peregrine, un informe excelente sobre su trabajo durante el curso y un testimonio claramente entusiasta del señor Glodstone. El señor Clyde-Browne leyó la carta del director con sentimientos confusos y no se la mostró a su esposa. En su opinión, había razones suficientes para pegar a Peregrine, pero, en cualquier caso, el informe parecía sugerir que aquel animal se había metido en la cabeza de una vez que no tenía que hacer al pie de la letra lo que le decían. El señor Clyde-Browne interpretó esto como una buena señal. Su opinión sobre el excelente informe y sobre el testimonio de Glodstone era reticente.

—Parece que está haciendo magníficamente su trabajo —dijo la señora Clyde-Browne—. Ha sacado Alfa en todas las asignaturas.

—No quiero ni pensar cómo deben ser los que sacan Beta —dijo el señor Clyde-Browne, a quien extrañaba que en Groxbourne hubiese profesores que supieran griego suficiente para utilizar la letra alfa.

—Y el señor Glodstone dice en su nota que ha demostrado tener un carácter notable y que es un honor para el internado contarle entre sus alumnos.

—Sí —dijo el señor Clyde-Browne—. También dice que Peregrine es un jefe nato, y es la mentira más grande que he oído en mi vida.

—Lo que pasa es que no confías en absoluto en tu propio hijo.

El señor Clyde-Browne movió la cabeza.

—Confío plenamente en lo que tengo que confiar. Ahora que si el maldito imbécil del director cree… en fin, no importa.

—Claro que importa. A mí me importa mucho, y agradezco que Peregrine haya encontrado al fin alguien que aprecie sus verdaderas dotes.

—Si sólo es eso… —dijo el señor Clyde-Browne con énfasis algo avieso.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Nada. Nada en absoluto.

—Claro que sí, si no no lo habrías dicho.

—Es sólo que la carta me parece un poco rara. Y creo recordar que también a ti te pareció un poco raro el señor Glodstone.

La señora Clyde-Browne se ofendió.

—Si estás pensando lo que creo, eres más retorcido aún de lo que había imaginado.

—Bueno, ya se sabe que esas cosas pasan —dijo el señor Clyde-Browne, que había contado entre sus clientes culpables con varios profesores degenerados.

—No a Peregrine —dijo con firmeza la señora Clyde-Browne, y, por una vez, su marido tuvo que darle la razón.

Cuando, al día siguiente, con el pretexto de tener que segar el césped en diciembre, interrogó a Peregrine sobre el tema, se hizo evidente que éste adoptaba una actitud muy sana hacia la sexualidad.

—¿Onanismo? ¿Qué es eso? —gritó Peregrine, por encima del estruendo de la segadora.

El señor Clyde-Browne ajustó la válvula.

—Masturbación —cuchicheó torpemente, tras decidir que auto-erotismo provocaría la misma mirada en blanco.

—¿Mastur qué? —dijo Peregrine.

—El señor Clyde-Browne escudriñó en su mente buscando una palabra que su hijo pudiera entender y decidió no probar con «auto-abuso».

—Hacerse pajas —dijo al fin, con un espasmo convulsivo—. ¿Se hacen muchas pajas en el colegio?

—Ah, te refieres a eso —gritó Peregrine mientras la segadora se detenía en seco, arruinando el sistema protector del señor Clyde-Browne—. Hacerse pajas; los del internado de Harrison se hacen muchas pajas y a los del de Slymne les gusta darle al cirulo, pero nosotros, los del Gloddie…

—Cállate, cállate —aulló el señor Clyde-Browne, convencido de que la mitad del vecindario iban a enterarse de los pasatiempos del internado de Gloddie—. No quiero saberlo.

—¿Por qué me lo preguntaste, entonces? —gritó Peregrine—. Me preguntaste si se hacían muchas pajas y yo te lo estaba explicando.

El señor Clyde-Browne, lívido, intentó poner en marcha la segadora.

—De todos modos, en el internado de Gloddie eso no pasa, si es lo que te preocupa —continuó Peregrine, sin advertir el aspecto lastimoso de su padre—. Y cuando el ama de llaves creyó que se habían aprovechado de mí, yo le dije…

El señor Clyde-Browne hizo revivir de nuevo a la segadora, apagando el resto de la explicación. Sólo más tarde, en el garaje, y después de haber advertido a su hijo de que si subía la voz por encima del susurro lo lamentaría, pudo al fin Peregrine demostrar su inocencia. Lo hizo en un lenguaje que asombró a su padre.

—¿Dónde demonios aprendiste eso de «darle al cirulo»? —le preguntó.

—No sé. Todo el mundo lo dice de los del internado de Slymne.

—Yo no lo digo —dijo el señor Clyde-Browne—. Y qué tiene que ver el fango[1] con eso… no, no me lo digas. Ya me lo imagino.

—Slymne es una mierda —dijo Peregrine.

El señor Clyde-Browne reconsideró la frase y le pareció gramaticalmente confusa y francamente grosera.

—Debería haberlo imaginado —dijo al fin—. Pero no me explico por qué inviertes el orden de las cosas y utilizas además el artículo indefinido.

Peregrine le miró desconcertado.

—Bueno, todos los otros chicos piensan que Slymne es un blandengue y que anda lamiéndole el culo al director. Lleva pajarita.

—¿Quién?

—El señor Slymne.

—¿El señor Slymne? ¿Quién diablos es el señor Slymne?

—Es el profesor de geografía y siempre ha habido enemistad entre su internado y el de Gloddie.

—Comprendo —dijo vagamente el señor Clyde-Browne—. De todos modos, no quiero que uses palabras groseras delante de tu madre. No estoy dispuesto a pagar el dinero que pago mandándote a un colegio como Groxbourne para que luego vengas a casa hablando como un carretero.

Pero al menos el señor Clyde-Browne se convenció de que el extraordinario entusiasmo que sentía el señor Glodstone por su hijo no se basaba en el sexo, aunque no podía entender cuál era la causa. Peregrine seguía tan lerdo como siempre e igualmente incapaz de satisfacer las esperanzas de los Clyde-Browne. De todos modos, parecía contento y toscamente saludable. Hasta su madre estaba impresionada por su ansia de volver al colegio al final de las vacaciones, y empezó a cambiar de opinión respecto a Groxbourne.

—Deben haber cambiado las cosas con el nuevo director —dijo, y por el mismo proceso por el que no veía nada malo en sus amistades, porque las conocía, pasó a atribuir cierta distinción a Groxbourne, porque era el colegio de Peregrine. Hasta el señor Clyde-Browne estaba relativamente satisfecho. Tal como había predicho él, Peregrine se quedó en las vacaciones de verano en el colegio y permitió a sus padres unas vacaciones sin molestias; se fue a Gales a hacer el curso de supervivencia del mayor Fetherington. Y, al final de cada trimestre, el informe de Peregrine indicaba que le iban muy bien las cosas. Sólo en geografía desmerecía el muchacho, que le echaba la culpa al señor Slymne.

—Es que nos tiene rabia a todos los de Gloddie —le dijo a su padre—. Pregúntale a cualquiera.

—No necesito hacerlo. Si insistes en llamar a ese pobre desgraciado Slimey,

te lo mereces de sobra. En fin, no entiendo cómo puedes ir tan bien en clase y no consigues aprobar el nivel elemental.

—Gloddie dice que eso no importa. Lo que importa es lo que hagas después.

—Entonces, la idea que tiene de la realidad el señor Glodstone deja mucho que desear —dijo el señor Clyde-Browne—. Si no apruebas las asignaturas de estudio, no podrás hacer nada después.

—Bueno, no sé —dijo Peregrine—. Estoy en el equipo de rugby y en el de fútbol y Gloddie dice que si eres bueno en los deportes…

—Al diablo lo que dice el señor Glodstone —dijo el señor Clyde-Browne, y abandonó el tema.

Sus sentimientos hacia Glodstone eran sólo un vago eco de los que le inspiraba el señor Slymne. Este detestaba a Glodstone. Le aborrecía desde que había llegado a Groxbourne, hacía unos quince años. Era un odio natural. El señor Slymne había sido, en su juventud, un hombre sensible y el que un bufón tuerto con monóculo, que afirmaba abiertamente que un chico al que se le zurraba era un chico mejor, le bautizara con el apodo de «Slimey» en su primera semana en el colegio, le había indignado, por decirlo de modo suave. Las opiniones del señor Slymne sobre el castigo eran humanitarias y sensibles. Glodstone y Groxbourne habían cambiado todo esto. En una tentativa desesperada de ganarse un cierto respeto e impedir que sus alumnos le llamaran Slimey en la cara, había ideado castigos que no incluían la agresión física. Iban desde correr diez veces hasta el portón de entrada al recinto del colegio y volver, una distancia total de unos ocho kilómetros, a aprenderse de memoria el *Preludio* de Wordsworth y, en casos extremos, prohibir al infractor acudir a los campos de deportes. Este último método provocó conflictos. Groxbourne quizás no destacase por sus niveles académicos, pero el rugby y el criquet eran otro asunto, y cuando los chicos que destacaban en estos deportes empezaron a quejarse de que no podían participar en los partidos que jugaba el colegio con otras instalaciones porque el señor Slymne les había castigado, los otros profesores le pidieron explicaciones.

—Pero no puedo permitir que se socave mi autoridad de este modo, llamándome motes en la cara —se quejó Slymne en la reunión del claustro de profesores convocada cuando castigó a seis muchachos del equipo dos días antes del partido contra Bloxham.

—No estoy dispuesto a salir al campo con un equipo formado sólo por la mitad de los titulares —protestó furioso el señor Doran, entrenador de criquet—. Tal como están las cosas, Bloxham nos dará una paliza y quedaremos en ridículo. Desde que tuvimos la epidemia de paperas en 1952, nunca habíamos entrenado tan poco como este año, y luego estuvimos en cuarentena, y como no pudimos jugar con otros colegios, no hubo problema. ¿Por qué no puede usted pegarles a los chicos como cualquier profesor decente?

—No estoy de acuerdo con eso —dijo el señor Slymne—. ¿Qué tiene que ver la decencia con la agresión física…?

Intervino el director:

—Lo que usted parece no entender, señor Slymne, es que uno de los azares inevitables de la vida escolar es que le pongan a uno motes. Me he enterado de que a mí me llaman Bruin,[2] porque me apellido Bear[3]

—No lo dudo —dijo el señor Slymne—, pero Bruin es un nombre agradable, y no socava su autoridad.

—¿Y cree usted que a mí me gusta que me llamen el Orangután? —preguntó el señor Doran—. ¿O a Glodstone que le llamen Cíclope, o al ama de llaves que la llamen Miss Mundo 1914?

—No —dijo el señor Slymne—, me imagino que no. Pero a usted no le llaman Orangután a la cara.

—Por supuesto —dijo el señor Glodstone—. Cualquier chico que sea tan imbécil como para llamarme Cíclope sabe que le cae el pelo, así que no lo hace.

—Yo creo que pegar es un procedimiento bárbaro —dijo el señor Slymne—, que no sólo embrutece a los chicos…

—Los chicos son brutales. Es algo que está en la naturaleza del animal —dijo Glodstone.

—…sino que también embrutece a los profesores que lo hacen. Glodstone es un caso evidente.

—Creo que no es absolutamente necesario pasar a ataques personales —dijo el director, pero el señor Glodstone renunció a defenderse con una sonrisa

malévola.

—Se equivoca usted una vez más, Slymne. Yo no pego. Conozco mis limitaciones y se lo dejo a los veteranos de mi internado, para que lo hagan por mí. Un chico de dieciocho años tiene un brazo derecho extremadamente fuerte.

—Y supongo que el ama de llaves obliga a los muchachos a hacer por ella su trabajo sucio cuando la llaman Miss Mundo 1914 —replicó Slymne.

Habló entonces el mayor Fetherington.

—No necesita hacerlo. Recuerdo un incidente de hace dos o tres años con Hoskiss Minor. Creo que utilizó un enema de jabón… ¿O era de detergente líquido? Algo así. Tuvo que estar una semana sin jugar, el pobre diablo.

—Lo que nos lleva de nuevo a la cuestión principal que aquí se discute —dijo el director—. El partido contra Bloxham es un punto importante de nuestro calendario deportivo. Tiene también importancia social para el colegio. Asisten muchísimos padres y no quedaríamos nada bien ante ellos si nos permitiéramos perder. En consecuencia, voy a tener que levantar ese castigo, señor Slymne. Espero que encuentre usted medios más adecuados para imponer su voluntad a los muchachos. No me importa cómo lo haga usted, pero, por favor, tenga en cuenta que primero y ante todo Groxbourne es un colegio con un gran historial deportivo.

—Pero, director, el objetivo de la educación es…

—Formar el carácter y la moral de los muchachos. Puede leerlo usted en la declaración del fundador.

Desde aquella derrota, el señor Slymne había tenido que soportar otras humillaciones. Intentó conseguir trabajo en otros colegios más progresistas, pero supo muy pronto que le consideraban totalmente inaceptable precisamente por haber enseñado en Groxbourne. Forzado a seguir allí, los chicos le menospreciaban y el señor Glodstone le convirtió en el hazmerreír de la sala de profesores, refiriéndose siempre a él como «nuestro precioso objetorcillo de conciencia». El señor Slymne respondía más sutilmente a estos ataques elevando el nivel de las clases de geografía por encima de todas las demás asignaturas y ejercitando, al mismo tiempo, el sarcasmo tan exclusivamente con los muchachos de Glodstone, que éstos suspendían mientras que los otros chicos aprobaban.

Pero el objetivo principal de su venganza se centraba en el propio Glodstone; con el paso de los años, se había convertido en una obsesión casi tan demente como el ansia de aventuras del propio Glodstone. La obsesión del señor Slymne era más metódica. Vigilaba estrechamente los hábitos de su enemigo, anotaba todos sus movimientos, le observaba con prismáticos desde su habitación de la torre y llevaba un dosier de los muchachos con los que Glodstone hablaba con más frecuencia. Había albergado al principio la esperanza de cazarle acariciando a un muchacho (Slymne se había comprado una cámara con lentes telescópicas para registrar incontrovertiblemente los hechos), pero la vida sexual secreta de Glodstone se mantenía tercamente oculta. No le sirvió de nada a Slymne el anzuelo de varias revistas *gay* que pidió a nombre de Glodstone. Este se había ido derecho con ellas al director y había amenazado incluso con avisar a la policía si las seguía recibiendo. En consecuencia, el señor Slymne y todo el colegio habían tenido que soportar un sermón desusadamente largo sobre los males de la pornografía, los efectos perniciosos de la masturbación en los deportistas (en el sermón se aludía a la masturbación denominándola «bestialismo» y, por último, contra la práctica cobarde de escribir cartas anónimas). El sermón concluyó con el comentario más ominoso de todos: «¡Si esto continúa, me veré obligado, contra mi voluntad, a remitir el asunto a la policía y al largo brazo de la ley!».

Por primera vez en su vida agnóstica, el señor Slymne rogó a Dios porque el propietario de la sexshops de Soho al que había hecho el pedido no importunase más al señor Glodstone y porque la amenaza del director no fuera tan seria como parecía. Era un punto de vista que evidentemente compartían los chicos, cuya vida sexual durante los días siguientes se redujo tanto que en la lavandería del colegio tuvieron que hacer horas extras.

Pero gracias a este episodio pudo el señor Slymne vislumbrar por vez primera la auténtica debilidad del señor Glodstone.

—El miserable que me mandó esa porquería debería saber que yo sólo leo libros viriles y decentes. Rider Haggard y Henty. Novelas de aventuras antiguas y como es debido, no esa basura moderna, como *Por siempre Ambar* —se había ufanado Glodstone aquella noche en la sala de profesores—. ¡Lo que yo digo es que a esos malditos mariquitas tendrían que cortarles los huevos y se acabó!

—Al parecer, algunos de ellos comparten su opinión, Glodstone —dijo el capellán—. El otro día, sin ir más lejos, leí un caso extraordinario de un individuo que se sometió a una operación de ese género, y se convirtió en mujer. Uno se pregunta…

Pero Slymne ya no escuchaba. Posó la taza de café y salió de allí con la extraña impresión de que había descubierto el secreto del éxito de Glodstone y de su popularidad entre los chicos. Aquel condenado era también un chico, un chico y un fanfarrón. Durante unos segundos extraordinarios todo se invirtió en la mente del señor Slymne. Todos los chicos eran adultos y el claustro de profesores estaba formado por muchachos, chicos que habían crecido más y exponían con más seguridad sus opiniones y esgrimían la autoridad que se les asignaba; pero, de todos modos, chicos pequeños, chicos horribles también en su ser más íntimo. Era como si se hubieran quedado reducidos a una adolescencia perpetua, que explicaba por qué estaban aún en el colegio y no se habían atrevido a correr los riesgos y a afrontar los peligros del mundo exterior. Mientras cruzaba el patio pensando en este notable descubrimiento, tan curioso en la transposición de sus ideas anteriores como uno de los negativos que alzaba hacia la luz en su cámara oscura, el señor Slymne sentía un súbito alivio. Quedaba liberado de las responsabilidades de su carrera. Ya no era un profesor, ya no era un hombre maduro de treinta y ocho años, tenía dieciocho; no, quince; y tenía derecho al espíritu bullicioso y la crueldad irracional de un chico de quince años, pero con la maravillosa diferencia de años de conocimientos y experiencia adulta en los que apoyarse para su guerra con Glodstone. Destruiría a aquel fanfarrón sin el menor problema.

Con algo parecido a la alegría, el señor Slymne subió las escaleras de la torre de dos en dos hasta su cuarto y añadió a los datos ya recopilados que Glodstone sólo leía novelas de aventuras. Se oía ruido de lucha en los dormitorios, abajo. El señor Slymne se levantó del escritorio, bajó las escaleras y a los diez minutos había cambiado todas las pautas de su vida zurrando a tres chicos sin pestañear.

5

—¿Te has enterado de la conversión de Slimey? —dijo el mayor Fetherington en el desayuno a la mañana siguiente.

Glodstone le miró por encima del *Daily Express.*

—No me digas que ha ingresado en la Iglesia. Dios ayude a sus feligreses.

—No ha habido tanta suerte. El tipo al fin ha aprendido a tratar a los chicos como es debido. Anoche pegó a tres porque estaban haciendo una pelea de almohadas en el dormitorio.

El señor Glodstone posó el periódico y miró airadamente al mayor, con su ojo de lince.

—Es una broma, supongo.

—Nada de eso. Cleaves, Milshott y Bedgerson. Les vi el trasero esta mañana cuando se cambiaban para el entrenamiento físico de primera hora. Unos buenos zurriagazos, además. No hay duda.

—Extraordinario. No creía que ese enano fuera capaz de hacerlo —dijo Glodstone, y volvió al periódico sólo levemente desconcertado.

Pero cuando el señor Slymne llegó al cabo de cinco minutos, Glodstone se alarmó verdaderamente.

—Dios santo —dijo con voz sonora—. Jamás creí que llegaría el día en que se levantase para desayunar con nosotros, Slymne.

Slymne se sirvió huevos con tocino y sonrió casi cordialmente.

—Decidí hacer un cambio —dijo—. Uno se mete en la rutina y no sale de ella. He pensado salir a correr también.

—Pues no vaya usted a hacerse daño —dijo Glodstone en tono desagradable

—. No sé cómo nos las arreglaríamos sin sus objeciones de conciencia. Aunque me han dicho que ya no las tiene. Así que pegó a esos chicos anoche, ¿eh?

—Lo estaban pidiendo y lo consiguieron —dijo el señor Slymne, ignorando el sarcasmo.

—No hay nada como la coherencia —dijo Glodstone, y salió del comedor.

Aquella mañana, sus clases padecieron su mal humor; puso abundante trabajo a los estudiantes para tenerles ocupados mientras él cavilaba. Aquel cambio de conducta de Slymne era desconcertante. Le fastidiaría muchísimo que aquel maldito tipejo cambiara de pronto sus hábitos y empezara a atizar a los muchachos y a salir a correr por las mañanas. Slymne había sido siempre una especie de pauta de blandenguería frente a la cual Glodstone podía medir su propia conducta resuelta y viril. Maldita sea, a lo mejor el condenado Slymne se descolgaba de pronto casándose. Mirando fijamente por la ventana, Glodstone sentía bullir en sí una nueva oleada de resentimiento ante semejante idea. La aventura le había esquivado. El romance amoroso también. Y estaba haciéndose viejo.

—Quizás no fuera mala cosa casarse con alguna mujer, después de todo —murmuró para sí; pero la verdad era que, aparte de una prima lejana sin dinero que se le había insinuado una vez el día de San Valentín, no se le ocurría ninguna mujer de su nivel social con quien pudiera casarse. Había algunas madres divorciadas, claro está, cuya presencia a principio de curso o de trimestre le había emocionado, pero sus visitas eran demasiado breves para llegar a intimar con ellas. De todos modos, no eran mujeres de su clase. Glodstone las expulsó de sus pensamientos hasta que recordó a la Comtesse de Montcon. No había llegado a conocerla, pero Anthony Wanderby, hijo suyo de un matrimonio anterior, estaba en su internado y, pese a que Glodstone le detestaba (era el típico niño mimado yanqui y siempre andaba haciéndose el enfermo), no le habían pasado desapercibidos los sobres y el papel timbrados en los que la Comtesse le escribía desde su Château de Francia. Glodstone había dotado a la Comtesse (en las alusiones a ella, demasiado frecuentes en la sala de profesores, se atenía al francés) con todas aquellas cualidades de belleza y nobleza que jamás había encontrado fuera de los libros, pero que en alguna parte tenían que existir. Desde luego, el Château existía. Glodstone lo había buscado en su mapa Michelin del Perigord y lo había encontrado majestuosamente emplazado sobre el río La Boose, un afluente del Dordoña. Una carretera estrecha descendía junto al río y las laderas de enfrente estaban coloreadas de verde, lo cual significaba que eran bosques. Había pensado muchas veces en coger el Bentley y buscar alguna excusa para dejarse caer por allá,

pero… De todos modos, no tenía sentido pensar en ella. De todos modos, habría algún maldito franchute, Monsieur le Comte, de por medio.

Pero aquella noche, después de un día de desasosiego, subió temprano a sus habitaciones y se sentó a fumar una pipa, estudiando de nuevo el mapa y examinando las breves cartas que la Comtesse le había escrito. Luego, las dobló cuidadosamente y volvió a colocarlas en la caja de puros que guardaba en su escritorio antes de vaciar la pipa golpeándola en el alféizar de la ventana y acostarse.

—Maldito Slymne —masculló, tumbado en la oscuridad.

Mucho más le hubiese maldecido de haberle visto desplazarse de la azotea de la capilla de enfrente y bajar las escaleras con la cámara cuidadosamente sujeta en la mano izquierda mientras con la derecha tanteaba la pared. Hizo una pausa al llegar abajo, se cercioró de que el patio estaba vacío y cruzó luego hacia la torre con la cámara y los objetivos de 300 mm ocultos bajo la chaqueta. Al cabo de diez minutos, tras encerrarse en el cuarto de baño y bajar la persiana hermética de la ventana, se puso a llenar el tanque de revelado.

Los extraños cambios de humor y de conducta de Glodstone y Slymne eran demasiado complejos para que Peregrine los advirtiese. Como siempre, lo tomaba todo literalmente: así, como la cara de Glodstone, con su bigote recortado, el monóculo y el ojo de cristal, daba la impresión de fuerza y autoridad mientras que la de Slymne no, despreciaba a este último. Además, le encantaba aquella amistad de hombre a hombre con Glodstone, consecuencia de su lectura entusiasta de todos los libros de su biblioteca, hasta el punto de que recibió permiso para ayudar a limpiar el Bentley las tardes de domingo lluviosas. Allí en el garaje, con la lluvia repiqueteando arriba en la cúpula de cristal (el garaje había sido en tiempos cochera y aún colgaban en las paredes unas cuantas bridas viejas), fue asimilando el código del caballero inglés, que era la manía especial de Glodstone. Había fundido ya en su mente a Richard Hannay, Bulldog Drummond y todos los demás héroes destacados, incluido James Bond, en una imagen única y había conferido todas sus virtudes al señor Glodstone. En realidad, sus lecturas habían superado las de Gloddie, que se habían detenido hacia 1930. James Bond era todo un carácter. Glodstone no estaba seguro del todo respecto a ello.

—La cosa es —le dijo a Peregrine una tarde que habían levantado el capó del Bentley y estaban limpiando el estupendo motor—, la cosa es que Bond no es un tipo decente y normal que se ve metido en una aventura por casualidad. Es una

especie de funcionario del gobierno a sueldo y, en realidad, su actitud hacia las mujeres es bastante infame y sórdida. Y siempre anda volando de un sitio para otro y dedicándose al juego y dándose la gran vida. No es un caballero, comprendes…

—No señor, no lo es —dijo Peregrine, y borró a Bond de la lista.

Glodstone se sentó en el estribo del coche y sacó la pipa.

—No sé si me entiendes, pero su trabajo es combatir el delito. El tipo es un profesional. Le dicen lo que tiene que hacer y tiene respaldo oficial. La cosa no ha de ser así. Tiene que pasar de modo accidental. Un tipo va en su coche y para a descansar un rato y ve que se comete un asesinato, y naturalmente, tiene que hacer algo y, por Júpiter que lo hace, desde luego. Coge al puerco sin cobertura legal, se arriesga; y si las cosas salen mal y le agarran ha de aceptar que así es el destino. Y, además, otra cosa: es un individuo que siempre está en forma, afinado como un violín, y que conoce el campo como la palma de la mano, mientras que el malhechor no. Así es como tiene que ser.

Allí delante del Bentley, los sentimientos de Peregrine eran casi religiosos. Los tópicos del señor Glodstone abrían las puertas de un mundo idílico donde tipos sencillos tomaban decisiones sencillas y los malhechores eran sencillamente malhechores y recibían su merecido. Eso se correspondía exactamente con su propia concepción de la vida; un día tendría la suerte de ser testigo de un asesinato y también él podría hacer algo.

Pero, aparte de estas visiones ocasionales del futuro, estaba entregado en cuerpo y alma a los deportes, seguía el curso de tiro del mayor, el curso de asalto, nadaba en ríos de aguas gélidas y escalaba peñascos en Gales durante las vacaciones de verano y se preparaba para la carrera militar que su padre había decidido que siguiera. En cuanto a los estudios propiamente dichos, seguía siendo un desastre. Cada año se examinaba y suspendía. Era la única nube en su simple horizonte. Había otras empezando a formarse.

La noche en que el señor Slymne vigilaba a su enemigo desde el tejado de la capilla, más tarde, tras subir a su dormitorio de la torre y encerrarse en el baño, el señor Slymne instaló su amplificador y fijó los negativos. En ellos se veía al señor Glodstone sosteniendo un sobre y colocándolo en una caja de puros. Pero los positivos de 8 por 10 no eran bastante grandes para indicar más. El señor Slymne giró el amplificador, puso varios libros en el zócalo y enfocó el suelo del cuarto de

baño. Esta vez el negativo apareció tan ampliado que el positivo incluía sólo la mano de Glodstone, la parte inferior de su rostro y el sobre. Cuando apareció en el cuenco de revelado, Slymne se inclinó ávidamente sobre él. Había algo en la parte de atrás del sobre, ahora podía verlo, pero sólo cuando pasó el positivo al fijador y encendió la luz reconoció el borrón de un timbre heráldico. ¿Un timbre heráldico? Los pensamientos de Slymne se centraron en los antecedentes familiares de Glodstone. Este siempre había presumido de su familia, pero nunca había mencionado un escudo heráldico, y Glodstone era precisamente el tipo de individuo que lo habría pregonado hasta la saciedad.

Si no era de su familia, ¿qué andaba haciendo él con sobres semejantes? ¿Y por qué los guardaba en una caja de puros? De cualquier modo, se había enterado de algo nuevo que podía añadir al dosier. El señor Slymne cogió, pues, el positivo y estaba a punto de lavarlo cuando su mente cauta consideró los peligros que entrañaba el que lo encontrasen. Sería sumamente embarazoso tener que idear una excusa que explicase por qué había fotografiado a Glodstone desde el tejado de la capilla. Era mucho mejor destruirlo inmediatamente. Rompió las fotos en húmedos trocitos y los echó al inodoro. Tiró también los negativos. Mientras lavaba los cuencos y los recogía, el señor Slymne consideraba cuál sería su próxima maniobra. Podría provocar a Glodstone para que iniciara alguna discusión sobre heráldica. Tendría que hacerlo con mucho tacto.

Entretanto, lo único que podía hacer era escuchar. Dos días después, cuando iba a sus habitaciones, oyó hablar a dos chicos.

—Tambon dice que es un castillo grandísimo como los que se ven en la tele, con torres y todo —decía un chico al que Slymne reconoció como Paittier.

—Seguro que estuvo haciéndole la pelota a Wanderby para que le invitara —dijo Mowbray—. Siempre anda dándole coba y Wanderby es un presumido y un imbécil. Porque su madre es condesa y recibe cartas con el escudo impreso, el tipo se cree que va a casarse con una alteza real.

—Además, según Tambon, la condesa es como una vieja vaca. Dice que a él le daba mucho miedo. Pregúntale cómo es.

Un grupo de chicos bajaba por la escalera, así que Slymne se vio obligado a seguir. Se dirigió apresuradamente a la sala de profesores, muy caviloso. ¿Sería pura coincidencia el que Glodstone tuviera sobres timbrados en una caja de puros y que uno de los chicos de su internado fuese hijo de una condesa que utilizaba

papel de escribir timbrado? Y si no lo era, ¿qué podía significar? Probablemente nada, pero merecía la pena investigarlo. Por un instante, consideró la posibilidad de sacar a colación el tema de Wanderby delante de Glodstone y observar su reacción. Pero la mente de Slymne, afinada por la desdicha de tantos años de ofensas y desprecios, tenía un nuevo filo de astucia protectora. No debía hacer nada que despertase la más leve sombra de sospecha en Glodstone. Además, existía un medio sencillo de descubrir si había alguna relación entre Glodstone y la madre de Wanderby. Slymne esperó la ocasión.

La oportunidad llegó poco después.

—Voy a llevar a un grupo de chicos a ver el Museo del Ferrocarril a York —dijo Glodstone una noche—. No me gusta verles por aquí cuando sus padres no vienen a llevárselos.

—Quiere airear un poco el Bentley, ¿eh? —dijo el mayor—. Al director no le gustará, muchacho.

—No voy a darle la oportunidad de que no le guste. Alquilé un charabán para el viaje.

—¿Un charabán? Querrá decir un autobús. Esa palabra está completamente pasada de moda —dijo el capellán.

—Yo sigo aferrado a las cosas antiguas, padre —dijo Glodstone, frotándose la nariz con la pipa para darle un brillo grasiento—. Siguen siendo las mejores.

El señor Slymne apreció el arcaísmo. Era otra de las facetas irritantes del carácter de Glodstone, que parecía ignorar que el mundo había cambiado. Pero era bueno saber que Glodstone estaría fuera mientras el colegio estaba casi vacío. Excelente.

Y así, después de la visita de los padres y de que hubiese salido el coche con Glodstone y los entusiastas de las locomotoras de vapor, el señor Slymne se deslizó silenciosamente por el corredor que unía su internado con el de Gloddie, comprobando con sumo cuidado que todos los estudios estaban vacíos y que no había nadie por allí, y llegó hasta la puerta de las habitaciones de Glodstone. Vaciló un momento y escuchó, pero no se oía ninguno de los sonidos habituales de la escuela. Tenía vía libre; pero su corazón latía más deprisa. Dos suspiros profundos para aquietarlo y ya se encontraba en el interior de la habitación; la puerta se cerró tras él. Se dirigió al escritorio. La caja de puros se encontraba en un cajón de la

izquierda. Slymne abrió el de arriba y sólo había libros de ejercicios y una pipa rota. La caja estaba en el segundo. Manteniéndose por debajo del nivel de la ventana, se arrodilló y la abrió. Dentro estaban los sobres con cartas. Con súbita decisión, Slymne tomó la primera, la sacó, examinó la parte posterior, observó el sello francés y se la guardó con cuidado en el bolsillo de la chaqueta. Luego cerró el cajón y volvió a toda prisa a su habitación.

Una vez allí, sacó la carta y la leyó, sintiéndose cada vez más desazonado a medida que lo hacía. Se trataba sólo de una nota breve, escrita con letra grande y fluida, en la que se informaba al señor Glodstone de que Anthony tardaría una semana más en volver al colegio porque su padre estaba en París y tendría que volver a Estados Unidos el 10 de septiembre. La carta terminaba así: «Sinceramente suya, Deirdre de Montcon». El señor Slymne se quedó un rato sentado contemplándola e intentando imaginar por qué querría guardar Glodstone una carta corriente como aquélla tan meticulosamente en una caja de puros y por qué la contemplaba de aquel modo casi reverencial, con aquella expresión que había visto en su rostro a través de las lentes telescópicas. Quizás debiese examinar las otras cartas de la caja. Podrían revelar una relación más íntima. Lo haría cuando volviese a colocar aquella en su sitio, pero entretanto la fotografiaría. Midió primero el sobre y anotó sus dimensiones exactas. Luego, ajustó las microlentes de cincuenta y cinco milímetros de su Nikon, fotografió la carta y el sobre y, por último, aproximándose a unos centímetros, fotografió la dirección del papel y el timbre heráldico del sobre. Hecho esto, se guardó carta y sobre en el bolsillo y volvió sigilosamente a la habitación de Glodstone, muy atento a cualquier ruido que pudiera indicar la presencia de alguien cerca. Pero el colegio seguía aún silencioso y el olor a moho que Slymne asociaba siempre a las estancias vacías durante las vacaciones, parecía impregnar todo el lugar.

Dentro ya de la habitación de Glodstone, Slymne examinó las cartas de la caja de puros, volvió a colocar la que llevaba en el mismo fondo de la caja y no descubrió nada interesante. ¿Por qué demonios guardaba Glodstone aquellas cartas y las manejaba como si de algo precioso se tratara? Slymne examinó la estancia buscando una clave. La fotografía del contralmirante Glodstone en la cubierta del transatlántico *Ramillies* no le decía nada. Y tampoco una acuarela de una mansión victoriana que Slymne supuso sería la casa de la familia Glodstone. Un sujetapipas, otras fotografías de Glodstone al volante de su Bentley, las chucherías y recuerdos usuales de un profesor solterón y estantes llenos de libros. Un número asombroso de libros. Slymne no había sospechado siquiera que Glodstone pudiera ser un lector tan omnívoro. Estaba a punto de acercarse a los estantes cuando le detuvo un ruido. Alguien subía las escaleras.

Slymne se volvió. Con comprensible rapidez, cruzó la puerta del dormitorio de Glodstone y se incrustó tras ella contra el lavabo, mientras alguien entraba en el estudio. Slymne contuvo el aliento y sintió una horrible debilidad. ¿Quién demonios podía ser si el colegio estaba supuestamente vacío? ¿Y cómo diablos explicaría él su presencia allí, oculto en el dormitorio? Imaginó por un momento que podría ser la mujer que limpiaba la habitación de Glodstone y le hacía la cama. Pero la cama estaba hecha y, fuese quien fuese quien había entrado en el estudio, estaba colocando un libro en la librería. Pasaron unos minutos; el intruso tomaba otro libro. Luego, silencio y el ruido de la puerta abriéndose y cerrándose de nuevo. Slymne se apoyó en la pared con alivio, pero no se atrevió a moverse de allí y aventurarse hasta el estudio hasta que no pasaron cinco minutos.

En el escritorio encontró una hoja de papel y un mensaje escrito con letra clara pero infantil. «Querido señor Glodstone, le he devuelto *Rogue Male*. Era tan bueno como me dijo usted. Tomo prestado *El prisionero de Zenda*. Espero que no le importe. Clyde-Browne.»

Slymne contempló el mensaje y dejó luego vagar su mirada por la estancia. Todos los libros eran novelas de aventuras. Recorrió un estante que contenía Henty y Westerman, Anthony Hope, A. E. W. Mason, todo Buchan. Mirase donde mirase, había novelas de aventuras. Era natural que aquel animal se ufanase de que sólo leía cosas decentes y viriles. Slymne cogió un libro de una mesita lateral, lo abrió: «El castillo se alzaba en el bosque en la estribación de una ladera; todas sus murallas se veían, salvo las que se alzaban hacia el norte.»

Era suficiente. Slymne había encontrado la relación entre el tesoro de cartas mundanas de la Comtesse de Montcon y Glodstone, su Bentley y su beligerante defensa de todo lo anticuado.

Cuando llegó la noche, y con los rumores de coches y voces de chicos, Slymne, sentado en la oscuridad de su habitación, meditaba un plan en el que pudiese utilizar toda el ansia adolescente de Glodstone por la aventura violenta y lo romántico para meterle en un buen embrollo. Era una perspectiva deliciosa.

6

Durante el resto del curso, Slymne se empapó de novelas de aventuras. Fue una tarea muy desagradable, pero tenía que hacerlo para poder llevar a cabo sus planes. Hizo estas lecturas en secreto y, para dar la impresión de que sus intereses iban en dirección completamente distinta, ingresó en el coro de madrigales del director, compró discos de Tippett y Benjamin Britten y, aparentemente para asistir a la actuación Ashkenazy en el Festival Hall, bajó en su coche a Londres.

—Slimey está intentando ganarse al director con esa seudo-música —fue el comentario de Glodstone; pero las actividades de Slymne en Londres nada tenían que ver con la música. Evitando cuidadosamente tiendas de artículos de escritorio más actuales, encontró en Paddington un impresor dispuesto a reproducir el papel de cartas y los sobres de la Comtesse de Montcon.

—Tendré que ver el original si quiere que lo haga exactamente —le dijo a Slymne, que le había mostrado fotos del timbrado y de la dirección impresa—. Y será caro.

—Muy bien —dijo Slymne, imaginando desasosegado que el hombre le tomaba por un falsificador o un chantajista o por ambas cosas.

A la semana siguiente, halló una excusa para estar presente en el despacho del secretario cuando llegó el correo y logró robar la carta de la Comtessa a su hijo. Aquel sábado, con el pretexto de que tenía que ir a ver a un dentista de Londres porque tenía problemas con las encías, Slymne volvió a la imprenta con el sobre que había abierto cuidadosamente con vapor. Regresó a Groxbourne con un trozo de algodón incómodamente embutido en la boca para sugerir un tratamiento dental.

—Me temo que tendrán que arreglárselas sin mí. Ordenes del dentista —explicó con voz apagada al director—. No me está permitido cantar, de momento.

—Por Dios, ya nos las arreglaremos lo mejor que podamos en su ausencia —dijo el director, que más tarde comentaría a su esposa que peor no podrían hacerlo.

Al día siguiente, apareció la carta perdida de Wanderby, bastante manchada de barro, junto a la entrada del despacho del secretario; le echaron la culpa al cartero.

Al final del trimestre, Slymne había completado sus preparativos preliminares. Había recogido los sobres y el papel de escribir y lo había depositado casi todo en una caja de metal cerrada en casa de su madre en Ramsgate, por el momento. Había renovado el pasaporte y había cambiado dinero por cheques de viaje. Mientras el resto del personal docente se dispersaba durante las vacaciones de Pascua, el señor Slymne tomaba el transbordador y cruzaba el Canal hacia Boulogne. Allí alquiló un coche. Con él se dirigió a la frontera belga y giró luego hacia el sur en un pequeño puesto fronterizo, cerca de Armentières. Había elegido aquel lugar cuidadosamente. Hasta Slymne tenía recuerdos de viejos croando «*Mademoiselle d'Armentières, parlez-vous*?» en evocación de sus días felices de matanzas en la Primera Guerra Mundial; y el nombre despertaría en el bueno de Glodstone exactamente las emociones trasnochadas que él pretendía. Igual que la ruta. Slymne hizo frecuentes paradas para consultar sus mapas y las guías buscando alguna vía pintoresca en medio de aquel tétrico paisaje industrial; pero al fin renunció. En realidad, aquello reforzaría el aire romántico de las carreteras boscosas y de los valles verdes de más al sur y los escoriales y las minas de carbón tenían la ventaja de aportar a aquella ruta una realidad muy convincente. Si uno deseaba entrar en Francia sin llamar la atención, sin duda aquélla era la ruta. Así que Slymne procuró seguir carreteras secundarias, lejos de las autopistas y de las grandes ciudades durante el día, recurriendo a los hoteles urbanos sólo de noche. Durante todo este tiempo tomó notas y se cercioró de que mantenía el espíritu de las lecturas de Glodstone sin acercarle demasiado al mundo real.

Por esa razón, evitó Rouen y cruzó el Sena por un puente más al sur, pero se permitió seguir por la Route 836, Eure abajo, antes de retroceder hasta Ivry-la-Bataille y anotar un hotel de allí y su número de teléfono. Después, otra desviación por Houdan y Faverolles hasta Nogent-Le-Roi y Chartreuse. Vaciló respecto a Chartreuse, pero después de echar un vistazo a la catedral se tranquilizó. Sí, Chartreuse inspiraría a Glodstone. ¿Y el Château Renault en la carretera de Tours? A cuatro millas del Château Renault, precisamente, Mansel y Chandos habían gaseado a Brevet en su propio coche. Slymne rechazó la idea y eligió la carretera secundaria de Meung-sur-Loire como más discreta y reservada. Tenía que convencer a Glodstone del peligro que suponía cruzar ríos en ciudades grandes. Apuntó en su cuaderno: «Los puentes estarán vigilados», y siguió adelante.

Tardó diez días en planear la ruta y, para asegurarse bien, no se acercó

siquiera a los alrededores del Château Carmagnac, con una excepción: la décima noche se acercó al pueblecito de Boosat y echó al correo dos cartas en buzones separados. Para ser exactos, echó los sobres, ambos con un timbre heráldico en la parte posterior y con su propia dirección mecanografiada en una etiqueta adhesiva por delante. Luego, giró hacia el norte y volvió por la ruta que había seguido hasta Boulogne, comprobando todas las marcas que había hecho en sus mapas y confrontándolas con los comentarios de su cuaderno y añadiendo más información.

Cuando se embarcó rumbo a Folkestone estaba orgulloso de su trabajo. Tenía ciertas ventajas haberse licenciado en geografía después de todo. Y los dos sobres estaban esperándole en casa de su madre. Con sumo cuidado, despegó las etiquetas adhesivas y abrió con vapor los sobres levemente engomados. Luego, se puso a trabajar con un tampón para borrar la fecha del sello postal, mientras dejaba bien visible Boosat. Durante los tres días siguientes, estudió detenidamente la foto de la carta de la Comtesse a Glodstone y reprodujo una y otra vez su letra grande y fluida. Cuando volvió a Groxbourne, hasta a la propia condesa le habría resultado difícil, sin leerlas, decir cuál de las cartas era de su puño y letra y cuál no. Las dotes del señor Slymne habían podido desplegarse al fin.

Era más de lo que podía decirse de Peregrine Clyde-Browne. La discrepancia entre su informe escolar y su fracaso en todas las asignaturas había convencido finalmente al señor Clyde-Browne de que enviar a su hijo a Groxbourne podía haber tenido la ventaja de mantener a aquel bruto fuera de casa la mayor parte del año, pero no había aumentado, en absoluto, las posibilidades de meterle en el Ejército. Por otra parte, había pagado las mensualidades de tres cursos, por no mencionar ya su aportación al fondo para la restauración de la capilla, y le enfurecía pensar que hubiese malgastado el dinero.

—Podemos estar prácticamente seguros de que nos quedaremos empantanados con este cretino al final del curso de verano —gruñó—. Y a este paso, jamás en su vida conseguirá un trabajo.

—Creo que eres muy duro con él. El doctor Andrews dice que seguramente lo que le pasa al chico es que es de desarrollo retrasado.

—¿Y cuánto va a retrasarse, vamos a ver? Tendrá cincuenta años antes de que llegue a darse cuenta de que *oui* es sí en francés. No una señal para ir al retrete. Y yo tendré noventa.

—Y estarás en tu segunda infancia —replicó la señora Clyde-Browne.

—Sí, claro —dijo su marido—. En cuyo caso, tú tendrás problemas dobles. Peregrine no habrá pasado de la primera. En fin, si quieres compartir la vejez con un adolescente de mediana edad, allá tú. Yo no.

—Ya que tengo que pasar *mi* mediana edad con un hombre insensible e irritable.

—No soy insensible. Puede que tenga mal carácter, pero no soy insensible. Lo único que intento es conseguir lo mejor para tu… está bien, nuestro hijo, mientras aún estoy a tiempo.

—Pero los informes dicen…

Pero la paciencia del señor Clyde-Browne se había agotado.

—¿Los informes? ¿Los informes, dices? Me creería antes lo que dice un libro blanco del gobierno que esos malditos informes. Están destinados a engañar a los padres de los subnormales para que sigan mandando buen dinero. Lo que yo quiero son unos resultados decentes en los exámenes.

—En ese caso, deberías haber seguido mi consejo y haberle puesto a Peregrine un profesor particular —dijo la señora Clyde-Browne, tejiendo con cierta ferocidad.

El señor Clyde-Browne se desmadejó en una silla.

—Puede que en eso tengas razón —admitió—. Aunque la verdad es que no creo que ningún hombre instruido aguante todo el curso. Peregrine le mandará al manicomio en un mes. De todos modos, merece la pena intentarlo. Tiene que haber algún tipo muy especial que pueda programarle con la información suficiente para que consiga aprobar. Lo investigaré.

Como consecuencia de esta decisión desesperada, Peregrine hubo de pasar las vacaciones de Pascua con el doctor Klaus Hardboldt, que había pertenecido al cuerpo educacional del Ejército. El doctor tenía unas credenciales inmejorables. Pese a los obstáculos hereditarios, había conseguido que el hijo del duque de Durham entrara en Cambridge, y había logrado el notable record de enseñar a dieciocho oficiales de la guardia a chapurrear ruso sin cecear.

—Creo que puedo garantizarle que su hijo pasará los exámenes —le dijo al señor Clyde-Browne—. Denme a cualquiera durante tres semanas de adiestramiento ininterrumpido y les garantizo el resultado.

El señor Clyde-Browne comentó que así lo esperaba; y había pagado espléndidamente. Y el doctor Hardboldt había cumplido su promesa. Peregrine se había pasado tres semanas en el colegio del doctor, en Aldershot, con resultados asombrosos. Los métodos del doctor se basaban en sus detenidas observaciones de la conducta de los perros y en unas relaciones bastante estrechas con varios miembros del tribunal examinador.

—No imaginen que espero que piensen ustedes, porque no es así —explicó la primera mañana—. Ustedes están aquí para obedecer. Exijo que usen sólo una facultad, la de la memoria. Aprenderán de memoria las respuestas a las preguntas que les pondrán en el examen. Los que no sean capaces de recordar las respuestas serán sometidos a un régimen de pan y agua: los que recuerden las respuestas palabra por palabra podrán comer filetes. ¿Está claro?

La clase asintió.

—Cojan el papel que tienen delante y denle la vuelta.

Todos hicieron los que les decía.

—Esa es la respuesta a la primera pregunta que les pondrán en el examen de matemáticas. Tienen veinte minutos para aprendérsela de memoria.

Transcurridos los veinte minutos, Peregrine fue capaz de repetir la respuesta. El proceso continuó durante todo el día. Incluso después de cenar se reanudó, y pasaba de medianoche cuando Peregrine se fue a la cama. A la mañana siguiente a las seis, le despertaron y le pidieron que repitiese las respuestas que había aprendido el día antes en una grabadora.

—Esto es lo que se llama consolidación —dijo el doctor—. Hoy aprenderán las respuestas a las preguntas de francés. La consolidación se efectuará mañana antes del desayuno.

Al día siguiente, Peregrine devoró ávidamente la clase de geografía y fue recompensado a la cena con un filete. Al final de la semana, sólo un chico de la clase seguía siendo incapaz de recordar las respuestas a todas las preguntas de historia, geografía, matemáticas, química, biología y literatura inglesa.

El doctor Hardboldt no se inmutó.

—Siéntese, caballero —ordenó cuando el muchacho se cayó de la silla por tercera vez, por debilidad. El muchacho logró incorporarse y colocarse en posición de sentado.

—Buen perro —dijo el doctor sacando un paquete de caramelos de chocolate —. Ahora pide.

Cuando el chico alzó las manos, el doctor le dejó caer un caramelo en la boca.

—Bueno. Ahora, veamos, Parkinson, si es usted capaz de obedecer esta orden sencilla, no hay la menor duda de que puede usted aprobar el examen.

—Pero es que no sé leer —gimoteó Parkinson, intentando claramente menear el rabo.

El doctor Hardboldt le miró agriamente.

—¿No sabe leer? Tonterías, señor: todo muchacho cuyos padres pueden permitirse pagar mis honorarios ha de saber leer.

—Pero es que soy disléxico, señor.

El doctor se estiró.

—Bien —dijo—. En tal caso, tendremos que prepararle para pasar los exámenes oralmente. Haga el favor de entregar esta nota a mi secretaria.

Mientras Parkinson salía tambaleante de la clase, el doctor se volvió al resto de los alumnos.

¿Hay algún otro… muchacho aquí que no sepa leer? No quiero vacilaciones. Si no saben leer, díganmelo. Haremos que les trate el hipnotizador.

Pero ninguno necesitaba los servicios del hipnotizador.

Dedicaron la segunda semana a escribir literalmente las respuestas a las preguntas y a hacer más consolidación. A Peregrine le despertaban a menudo durante la noche y le interrogaban.

—¿Cuál es la respuesta a la pregunta cuatro del examen de historia? —decía el doctor.

Peregrine atisbaba el fiero bigote con ojos nebulosos.

—La política de Home Rule para Irlanda de Gladstone no pudo convertirse en ley a causa de Chamberlain, que había sido alcalde radical de Birmingham, se había escindido del partido liberal y…

—Buen perro —decía el doctor cuando concluía y le recompensaba con un caramelo.

A la tercera semana la consolidación se hizo más rigurosa:

—Una mente cansada es una mente receptiva —proclamó el doctor el domingo por la noche—. De ahora en adelante, sólo dormirán ustedes cuatro horas cada veinticuatro; se destinará una hora de cada seis a descanso. Antes de irse a dormir, anotarán las respuestas a un examen y, cuando les despierte, volverán a escribirlas antes de pasar al tema siguiente. De este modo, aunque quieran no podrán suspender los exámenes.

Tras otros siete días de condicionamiento, Peregrine volvió a casa exhausto y con el cerebro tan atiborrado de las respuestas a las preguntas de los exámenes que despertaba de cuando en cuando a sus padres con un ladrido y con el recitado maquinal de las órdenes del doctor. Además, el doctor Hardboldt insistió en que Peregrine no volviese a Groxbourne hasta después de haberse examinado.

—Es absolutamente esencial que no se vea expuesto a la confusión de otros métodos de enseñanza —dijo—. No hay nada más perjudicial para la capacidad de aprendizaje de un animal que los estímulos contradictorios.

—Pero Peregrine no es un animal —protestó la señora Clyde-Browne—. Es un sensible y delicado…

—Animal —dijo su marido, cuya opinión sobre su hijo coincidía totalmente con la del doctor.

—Exactamente —dijo el doctor Hardboldt—. La mayoría de los profesores cometen un error al no utilizar con sus alumnos los métodos que se utilizan para adiestrar a los animales. Si se puede enseñar a una foca a sostener en equilibrio una pelota sobre la punta de la nariz, también se puede enseñar a un muchacho a

aprobar los exámenes.

—Pero las preguntas cambian de un año a otro —dijo el señor Clyde-Browne.

El doctor Hardboldt movió la cabeza.

—No puede ser. Si cambiasen, nadie podría enseñar las respuestas, ¿no le parece? Esas son las reglas del juego.

—Espero que tenga usted razón —dijo la señora Clyde-Browne.

—La tengo, señora —dijo el doctor—. El tiempo lo demostrará.

Y en lo referente a Peregrine, el tiempo lo demostró. Regresó a Groxbourne al cabo de un mes con el aspecto de un sonámbulo, y pasó los exámenes con todos los indicios de que esta vez lo conseguiría. Hasta el director, al mirar los exámenes antes de enviárselos a los examinadores externos, se quedó impresionado.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo habría creído posible —murmuró, y escribió de inmediato a los Clyde-Browne para asegurarles que podían seguir adelante con sus planes de preparar a Peregrine para ingresar en el Ejército.

El señor Clyde-Browne leyó la carta con satisfacción.

—Lo ha conseguido. Dios santo, no hay duda —exclamó.

—Pues claro, ¿qué esperabas? —dijo la señora Clyde-Browne—. Siempre he dicho que es un muchacho muy dotado.

El señor Clyde-Browne la miró.

—No me refería a él… —empezó a decir, pero decidió no seguir.

7

Pero el futuro de Peregrine lo estaban decidiendo influencias mas sutiles que las del doctor militar. El señor Glodstone había pasado las vacaciones buscando, según él, «alguna maldita mujer» para casarse.

—La cosa es que uno no quiere casarse por debajo de su nivel —le confesó al mayor Fetherington, después de convidarle a varios whiskies.

—Por supuesto —dijo el mayor, cuya esposa había muerto de aburrimiento hacía diez años—. Aun así, si uno tiene grafito en el lápiz, en alguna parte tendría que hacer su marca.

Glodstone le miró dubitativo. La metáfora del mayor era demasiado grosera para su imaginación romántica.

—Tal vez; pero también ha de haber amor. En fin, sólo un sinvergüenza se casaría con una mujer a quien no amase, ¿no lo cree así?

—Supongo que sí —dijo el mayor, al que le gustaba demasiado el whisky para formular sus propias experiencias—. De todos modos, hay que pensar en el futuro. Una vez conocí a un tipo, jugaba muy bien al tenis en sus tiempos; se casó con una mujer a la que conoció porque se sentó a su lado en Wimbledon. Magnífica pareja. A las dos semanas cayó en sus brazos desesperadamente enamorado. Nunca se puede saber si no lo intentas.

Glodstone consideró la moraleja del ejemplo y le pareció poco iluminadora.

—A mí no me pasan esas cosas —dijo, y cerró la botella de whisky.

—Lo que a usted le pasa —dijo el mayor— es que tiene gustos de champán e ingresos de cerveza. Mi consejo es que reduzca sus aspiraciones. Pero aun así, nunca se sabe. El azar tiene una forma extraña de disponer las cosas.

Por una vez, el señor Slymne habría compartido la discrepancia muda de Glodstone. Él estaba dejando lo menos posible al azar. Tras descubrir la vena

desaforadamente romántica de Glodstone, había decidido explotarla, pero aún tenía que resolver ciertos problemas. El primero de ellos se relacionaba con el festival deportivo. Tal vez se presentara la Comtesse de Montcon; y si aquella maldita mujer resultaba ser tan tremenda como sugería la conversación que había escuchado, todos sus preparativos serían inútiles. Glodstone difícilmente acudiría en ayuda de una mujer que fuese patentemente capaz de cuidar de sí misma. No; era esencial que Glodstone imaginara a una criatura pobre, indefensa, o, para ser exactos, una criatura rica indefensa y bella como una sílfide, con una inocencia increíble. Slymne tenía la firme sospecha de que la Comtesse era más robusta. Una madre capaz de enviar a su hijo a Groxbourne tenía que serlo. Slymne examinó su dosier y comprobó que Tambon había dicho «La Condesa es como una vieja vaca», y se convenció aún más. Echó un vistazo también subrepticiamente al libro de padres visitantes de la oficina del tesorero y no halló prueba alguna de que la Comtesse hubiera visitado el colegio.

Pero, para asegurarse, pidió en la clase de geografía que todos los muchachos cuyas madres fuesen a asistir al festival deportivo levantaran la mano. Wanderby no la levantó. Solventado este problema, Slymne se concentró en el siguiente; cómo redactar la carta de la Comtesse a Glodstone. Al final, se decidió por el enfoque directo. Apelaría con más eficacia a la galantería de Glodstone que cualquier otro método demasiado sutil. Y además tendría que incluir instrucciones muy concretas. Slymne escribió la carta, reproduciendo una y otra vez la letra de la Comtesse para practicar, y luego, en una visita de fin de semana a Londres, pasó la noche en la habitación de un hotel haciendo una serie de llamadas directas a Francia. Cuando regresó a Groxbourne, tenía ya listas todas las instrucciones. Sólo le quedaba una duda. Tal vez Glodstone tuviese ya algo previsto para las vacaciones de verano. En cuyo caso, era esencial que recibiera pronto la carta. Y también tendría que enterarse de los movimientos del propio Wanderby en las vacaciones, pues podrían resultar un obstáculo. Slymne utilizó de nuevo la clase de geografía para enterarse de dónde pasaría el chico el verano.

—Voy a ir a Washington con mi padre y con su novia —proclamó insolentemente Wanderby.

Complació mucho al señor Slymne esta explicación, que utilizó en la sala de profesores aquella noche, con buenos resultados.

—He de decir que tenemos unos padres un poco extraños —dijo sonoramente—. Estaba explicando las diferencias horarias en segundo B esta mañana y ese chico norteamericano, Wanderbury, dijo de pronto que su padre

tenía una querida en Washington.

Glodstone dejó de chupar la pipa.

—¿Pero no es usted siquiera capaz de recordar los apellidos de sus alumnos? —preguntó malhumorado—. Se llama Wanderby. ¿Y qué es eso de que su padre tiene una querida?

Slymne parecía advertir por primera vez la presencia de Glodstone.

—Está en su internado, ¿no? Producto típico de un hogar roto. En fin, yo simplemente digo lo que dijo el chico.

—¿Tiene la costumbre de husmear en los asuntos familiares de sus alumnos en clase?

—Por supuesto que no. Como he dicho, estábamos estudiando las diferencias horarias y Wandebly…

—Wanderby, por amor de Dios —le interrumpió disgustado Glodstone.

—…comentó sin que nadie le preguntara que en el verano iría a Washington y que su padre…

—Muy bien, ya le oí perfectamente antes —dijo Glodstone y se apresuró a terminar el café y salió de la sala.

Cuando cruzaba el patio aquella misma tarde, Slymne observó complacido que Glodstone estaba sentado en su escritorio junto a la ventana con una caja de puros al lado. El comentario sobre el hogar roto y la querida del padre de Wanderby había acrecentado la imagen romántica que Glodstone tenía de la Comtesse. Slymne concluyó aquella noche la tarea de redactar las instrucciones de la Comtesse y guardó la carta con llave en su archivo.

Allí permanecería la carta otras cinco semanas. El último trimestre del curso se prolongaba tediosamente. Llegó y pasó el Día del Deporte, los partidos de criquet se ganaron o perdieron y la melancolía de Glodstone se intensificó con la llegada del buen tiempo y la animación de los jóvenes. Se dedicó a limpiar más a menudo su Bentley y, precisamente en la vieja cochera, una tarde le preguntó a Peregrine qué haría cuando se fuera.

—Mi padre quería que entrara en el Ejército, pero como ahora he conseguido aprobar, habla de que entre en un banco de la ciudad.

—No es el tipo de vida que yo habría imaginado. Aburridísima.

—Bueno, se debe a mis notas de matemáticas —dijo Peregrine—. Y a mi madre. A ella no le gusta que entre en el ejército. De cualquier forma, antes tendré un mes libre porque iré al curso del mayor a Gales. Es muy divertido hacer esas marchas nocturnas y dormir al aire libre.

Glodstone suspiró recordando su juventud y tomó una súbita decisión.

—A la porra el director —murmuró—. Sacaremos a la yegua a dar una vuelta. Después de todo, es su último trimestre aquí y ha hecho más de lo que le tocaba por mantenerla en forma y relumbrante. Vaya hasta los portones de la escuela y le recogeré allí en diez minutos.

Y así, rodaron veloces durante una hora por carreteras rurales con el viento en la cara y el gran tubo de escape murmurando suavemente detrás.

—Conduce usted muy bien —dijo Peregrine, cuando doblaban una curva y enfilaban bajo arcadas de robles—. Y qué bien va el coche.

Glodstone sonrió.

—Esto es vida, ¿eh? No hay quién pueda con un Bentley. Es una yegua veterana con muchas ganas de correr.

Llegaron a un pueblo y, siguiendo el mismo impulso que les había llevado hasta allí, Glodstone se detuvo junto a un bar.

—Dos pintas de su mejor cerveza amarga, señor —dijo sonoramente, provocando que el individuo preguntase si Peregrine tenía ya dieciocho años.

—No… —dijo Peregrine, pero el estruendo de la voz de Glodstone ahogó su respuesta.

—Por supuesto que sí. Maldita sea ¿acaso imagina usted que iba a traer aquí a un bebedor sin la edad legal?

—He conocido casos —dijo el tabernero—. Así que traeré una amarga y una

limonada y pueden sacar los vasos fuera a una mesa.

—Creo que lo que haremos será irnos a beber a otra parte —dijo Glodstone saliendo de la taberna—. Esto es lo que pasa en este maldito mundo hoy en día, la gente ya no sabe cuál es su sitio. En tiempos de mi padre, ese tipo habría perdido la licencia sólo por esto. En fin, con esos modales, lo más seguro es que la cerveza sea pésima.

Siguieron hasta el pueblo siguiente y allí pararon. Esta vez Glodstone bajó la voz y les sirvieron. Sentados fuera en un banco, admirando sus propios reflejos en la relumbrante carrocería del coche y recreándose en los comentarios que provocaba, Glodstone se animó.

—Digan lo que quieran, no hay nada como una pinta de la buena cerveza amarga inglesa —dijo.

—Sí —repuso Peregrine, que en realidad no le gustaba demasiado.

—Esto no se encuentra en ningún otro país. Los hunos zampan su Lager a galones y los holandeses tienen su propia cerveza, que no está mal, pero no tiene cuerpo. Lo mismo los belgas, pero es todo cerveza embotellada. No crea, de todos modos, es mejor que la basura de los franchutes. Cobran un dineral por ella, además, pero es que los franceses son así con todo. Es curioso, si uno se pone a pensar, el que los países bebedores de vino nunca han tenido nada que hacer con los que beben cerveza, a la hora de pelear. Probablemente tenga algo de cierto el dicho de que no tienen estómago para la lucha.

Peregrine bebió un poco más de cerveza para indicar su adhesión, mientras Glodstone escupía sus prejuicios y el mundo se encogía hasta que sólo hubo un lugar decente donde estar, y ése era sentado en la penumbra estival de un pueblo inglés bebiendo cerveza inglesa y contemplando el propio reflejo en la carrocería de un coche inglés fabricado en 1927. Pero mientras volvían al colegio, la melancolía de Glodstone retornó.

—Le voy a echar de menos, caballerete —dijo—. Me gusta, sí. Es usted de fiar. Así que si alguna vez puedo hacer algo por usted, no tiene más que decirlo.

—Se lo agradezco mucho, señor —dijo Peregrine.

—Y otra cosa. De ahora en adelante, podemos olvidar el «señor». Quiero decir que, bueno, estamos a final de curso ya. De todos modos, creo que sería mejor

que se bajara del coche antes de que lleguemos a la entrada del colegio. No hay necesidad de dar motivos de queja al director, ¿no cree?

Así pues, Peregrine regresó caminando por la avenida de hayas hasta el colegio, mientras Glodstone aparcaba el Bentley y consideraba malhumorado su futuro.

—Tú y yo estamos aquí fuera de lugar, vieja —murmuró, dando unas palmaditas cariñosas al Bentley en un faro—. Nacimos en un mundo distinto.

Subió a su habitación, se sirvió un whisky y se sentó en la penumbra crepuscular preguntándose qué demonios iba a hacer durante las vacaciones. Si fuera más joven podría ir con el mayor Fetherington a hacer el curso de supervivencia a Gales. Pero no, parecería un poco ridículo y, de todos modos, al mayor no le gustaría que nadie se inmiscuyese en su terreno privado. Glodstone se acostó al fin bastante desesperado, y se pasó media hora releyendo *Treinta y nueve escalones*. «¿Por qué demonios no puede surgir en mi vida, por una vez, algo interesante?» pensó, cuando apagaba la luz.

Sucedió al cabo de una semana. Cuando el último vagón abandonó la estación y los coches partieron, Slymne atacó. El despacho del secretario estaba oportunamente vacío cuando introdujo el sobre dirigido a G. P. Glodstone, Esq., en el atestado buzón de Glodstone. Slymne había calculado muy bien el momento. Glodstone tenía fama de no molestarse en recoger las cartas hasta que el buzón estaba lleno. «No es más que basura», había comentado una vez. «Cualquiera creería que yo soy un chupatintas y no un maestro.» Pero como era fin de curso, se vería obligado a recoger la correspondencia. Aun así, esperaría hasta el último minuto. De hecho, Glodstone tardó tres días en llevarse el montón de cartas a su habitación y recorrerlas y tropezar con el sobre con el timbre familiar, un águila que arrancaba las entrañas de una oveja. Glodstone contempló un instante casi en éxtasis el timbre heráldico antes de abrir el sobre con un abrecartas. Vaciló de nuevo. Las cartas de los padres eran, con demasiada frecuencia, listas de agravios por el tratamiento que recibían sus hijos. Glodstone contuvo el aliento mientras la sacaba y la ponía sobre la mesa. Pero sus temores carecían de fundamento.

«Querido Señor Glodstone», leyó, «confío que me perdonará por escribirle, pero no tengo nadie más a quien recurrir. Y aunque no nos conozcamos personalmente, Anthony ha mostrado tal admiración por usted (afirma que es usted el único caballero que hay entre los profesores de Groxbourne) que creo que sólo en usted puedo confiar». Glodstone volvió a leer la frase… nunca había

sospechado que el condenado Wanderby fuese tan perceptivo… y luego, continuó leyendo con emoción creciente.

«No me atrevo a explicar nada en una carta, por miedo a que sea interceptada; sólo le diré que me hallo en un grandísimo peligro y que necesito urgentemente ayuda en una situación que es tan peligrosa como honorable. No puedo decirle más. Si se considera usted en condiciones de prestarme la ayuda que tan desesperadamente requiero, acuda a la consigna de equipajes de la Estación Victoria y presente el volante adjunto. No puedo decirle más, pero sé que comprenderá usted que es necesaria esta precaución.»

La carta concluía así: «Suya en la desesperación, Deirdre de Montcon. P. D.: Queme usted la carta y el sobre de inmediato.»

Glodstone estaba transfigurado. Al fin había llegado la ocasión que llevaba unos treinta años esperando. Leyó la carta varias veces y luego cogió el volante de la consigna, lo guardó en la cartera y quemó ceremoniosamente carta y sobre y, como medida de precaución suplementaria, arrojó las cenizas al inodoro y tiró de la cadena. Segundos más tarde, hacía el equipaje, y, al cabo de media hora, el Bentley salía de la cochera con un Glodstone rejuvenecido al volante.

Desde la ventana de sus habitaciones de la torre, Slymne le vio salir con una emoción distinta. El odioso Glodstone había mordido el anzuelo. Luego, Slymne bajó también sus maletas al coche y salió de Groxbourne, aunque no tan deprisa. De todos modos, iría siempre un paso por delante de su enemigo.

8

A última hora de la tarde, Glodstone aparcó el Bentley en una calle próxima a la Estación Victoria. Había hecho el recorrido en un estado de euforia salpicado de fugaces relampagueos de aprensión que le decían que todo aquello era demasiado bueno para ser cierto. Tenía que haber algún error. Desde luego, se había equivocado totalmente con Wanderby. ¿Qué decía la carta? «Afirma que es usted el único caballero que hay entre los profesores.» Lo cual era bastante cierto; pero nunca había imaginado a Wanderby capaz de apreciarlo. Aun así, claro, su madre era la Comtesse y sin duda el chico sabía distinguir a un caballero cuando le veía.

Aunque, desde luego, Glodstone se había pasado casi todo el viaje concentrado en idear los medios de llegar hasta el Château Carmagnac lo antes posible. Dependería del mensaje que hallase en consigna, pero si cogía el transbordador de Weymouth a Cherburgo, podía viajar de noche y estar allí en veinticuatro horas. Llevaba consigo el pasaporte y se había parado en su banco en Bridgnorth para sacar dos mil libras de su cuenta y cambiarlas por cheques de viaje. Era el total de sus ahorros pero aún tenía su pequeña herencia a la que recurrir. No es que el dinero contase en sus cálculos. Estaba a punto de emprender la expedición de sus sueños. Además, iría sólo. En este punto, se deslizó en su ánimo un leve sentimiento de decepción. En sus fantasías, siempre se había imaginado acompañado por uno o dos amigos devotos, un reducido grupo de compañeros cuya consigna sería la de Los Tres Mosqueteros: «Todos para uno y uno para todos». Por supuesto, de joven hubiera sido distinto, pero a los cincuenta años, Glodstone sentía la necesidad de compañía. Si pudiese llevarse al joven Clyde-Browne con él… pero ya no había tiempo para aquello. Tenía que actuar con rapidez.

Mas el mensaje que halló esperándole en la consigna de la estación le hizo cambiar de opinión. Le sorprendió encontrarse con que en realidad se trataba de una pequeña maleta marrón.

—¿Está usted seguro de que es esto? —preguntó con cierta imprudencia al empleado.

—Oiga, amigo, ¿es suyo, no? Usted me dio el resguardo y ése es el maletín —dijo el tipo, y se volvió para atender a otro cliente.

Glodstone examinó la etiqueta del asa y se convenció. En la etiqueta, limpiamente mecanografiado, estaba su propio nombre. Volvió al coche con una nueva sensación de cautela y paró dos veces en una esquina para asegurarse de que no le seguían. Luego, con la maleta en el asiento de al lado, se dirigió a casa de una tía anciana que tenía en Highgate, que se veía obligado a utilizar cuando estaba en Londres. Glodstone habría preferido con mucho su club El Viejo Automóvil, más acorde con sus antecedentes, pero no alquilaban habitaciones.

—Vaya, quién iba a suponerlo, pero si es Gerald —dijo la anciana, un tanto gratuitamente, en opinión de Glodstone—. Ni siquiera me mandaste unas letras para decirme que venías.

—No tuve tiempo. Un asunto urgente —dijo Glodstone.

—Menos mal que tu habitación está justo como la dejaste, aunque tendré que poner una botella de agua caliente para secar las sábanas. Siéntate, anda, y tomaremos un poco de té.

Pero Glodstone no estaba de humor para estos detalles domésticos. Contrastaban demasiado prosaicamente con su emoción. De todos modos, su tía desapareció en la cocina, mientras él subía a su habitación y abría la maleta. Esta estaba llena de periódicos franceses y sólo después de sacarlos todos halló el segundo sobre. Lo abrió y sacó varias hojas. Todas estaban timbradas y la letra inconfundible de la Comtesse.

«Querido señor Glodstone: Gracias por llegar hasta aquí», leyó. «Lo esperaba de usted; pero, aunque viniese usted en mi ayuda, mucho me temo que no se haga cargo de los peligros con que habrá de enfrentarse y no querría hacerle correr tan grave riesgo sin advertirle adecuadamente. Aunque mi situación es desesperada, no puedo permitir que venga usted desprevenido. Los que me asedian son muy hábiles en los mecanismos del delito, mientras que usted no. Esto tal vez sea una ventaja para usted, pero, por su propia seguridad y por la mía, manténgase en guardia y, si puede, venga armado, pues se trata de una cuestión de vida o muerte y ya se ha cometido un asesinato.»

—Ya está servido el té, querido —dijo la anciana tía desde el atestado salón.

—Está bien, bajo en seguida —dijo malhumorado Glodstone.

Estaba a punto de emprender un asunto de vida o muerte y ya se había cometido un asesinato, y de pronto aparecían tías ancianas que le llamaban querido y le servían el té. Era algo claramente fuera de lugar. Siguió leyendo. «Incluyo la ruta que debe usted seguir. Los puertos están vigilados y de ningún modo debe parecer usted más que un caballero inglés que hace turismo por Francia. Es vital, por tanto, que se tome su tiempo y que no confíe en nadie. Los hombres con quienes ha de enfrentarse tienen agentes entre la gendarmería y están fuera de toda sospecha. No podría encarecerle lo bastante su influencia. Ni me atrevo a enumerar sus crímenes por escrito.»

En esta ocasión la carta terminaba así: «Suya en gratitud, Dierdre de Montcon», y, como la vez anterior, en la posdata se le ordenaba quemar carta y sobre.

Glodstone pasó a la otra hoja. Estaba escrita a máquina y decía que debía cruzar el Canal de Dover a Ostende en el transbordador de primera hora de la mañana el 28 de julio y seguir hasta Iper antes de pasar la frontera y entrar en Francia al día siguiente. A partir de allí, su ruta estaba marcada por hoteles en los que «hay habitaciones reservadas a su nombre». Glodstone repasó la lista asombrado. Considerando los terribles peligros que evidentemente estaba afrontando la Comtesse, sus instrucciones eran extraordinariamente explícitas. Sólo cuando volvió la página encontró una explicación. La Comtesse había escrito de su puño y letra: «En caso de que tenga necesidad de ponerme en contacto con usted, mis mensajes estarán esperándole cada noche en sus habitaciones. Y ahora que he escrito esto a mano, cópielo por favor y quémelo.»

Glodstone buscó en su bolsillo una pluma, pero le interrumpió su tía.

—Se está quedando frío el té, querido.

—Maldita sea —dijo Glodstone, pero bajó al salón y pasó una media hora sumamente impaciente escuchando los últimos cotilleos de la familia. Cuando tía Lucy pasó a hablar de las diversas enfermedades que habían padecido sus sobrinonietas y sobrinonietos, Glodstone estaba prácticamente a punto de aullar.

—Perdóname, pero he de atender un asunto de la mayor urgencia —dijo, cuando ella se lanzaba a una relación particularmente clínica de los síntomas contraídos por su primo Michael, o, más bien, expandidos a consecuencia de las paperas.

—Los testículos —continuó implacablemente tía Lucy.

—Perdón —dijo Glodstone, cuya atención estaba concentrada en las instrucciones de la Comtesse.

—Te decía que se le hincharon los…

—He de irme —dijo Glodstone, y salió de la estancia con cierta rudeza.

—Qué chico tan extraño es este Gerald —murmuró la anciana mientras retiraba las cosas del té.

Su opinión se vio confirmada unos cuarenta minutos después, cuando descubrió que el pasillo se estaba llenando de humo.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí dentro? —preguntó a la puerta del baño, que parecía ser el origen del fuego.

—Nada —dijo sofocadamente Glodstone, pensando que ojalá no hubiera sido tan concienzudo en lo de seguir las instrucciones de la Comtesse de quemar toda prueba.

La carta y el itinerario se habían ido por el inodoro con bastante facilidad, pero su intento de hacer una bola con el sobre y deshacerse de él por la misma vía había fracasado lamentablemente. El sobre siguió flotando obstinadamente con el sello heráldico claramente visible. Y la cisterna tampoco había ayudado gran cosa. Construida para tiempos más ociosos, se llenaba muy despacio y no se vaciaba más aprisa. Por fin, Glodstone había recurrido a los periódicos franceses. También eran acusadores, así que envolvió en ellos el sobre empapado para que ardiese también. En realidad no se equivocaba en sus previsiones, pero lo logró con un coste considerable. Los periódicos eran tan fieros como sus editoriales. Cuando las llamas brotaron impetuosas del inodoro, Glodstone bajó la tapa y se puso a tirar de la cadena para extinguir lo que parecía una hoguera doméstica. Y en ese momento intervino su tía.

—Sí, claro que sí —gritó a través de la puerta—. Has estado fumando ahí dentro y has prendido fuego a algo.

—Sí —balbució Glodstone, a quien esta explicación le pareció relativamente plausible. Nadie podía decir que no había estado fumando. El humo seguía saliendo por las rendijas de la tapa del inodoro de un modo alarmante. Cogió la

toalla de detrás de la puerta e intentó ahogar el humo antes de ahogarse él.

—Si no sales ahora mismo, me veré obligada a llamar a los bomberos —amenazó su tía, pero Glodstone ya no podía más. Abrió la puerta y salió como una exhalación, buscando aire, al pasillo.

Su tía examinó el humo que aún salía por la tapa del inodoro.

—¿Qué demonios andabas haciendo? —dijo, y extinguió rápidamente los humeantes restos de *Le Monde* con un cubo de agua de la cocina, antes de examinar los fragmentos con ojos críticos.

—Llevas demasiado tiempo soltero —proclamó al fin—. A tu tío Martin le encontraron muerto en el cuarto de baño con un ejemplar de *La Vie Parisienne* y me parece que tú has salido a él. Lo que necesitas es una esposa razonable que se ocupe de tus necesidades más bajas.

Glodstone guardó silencio. Si su tía decidía sacar tan groseras conclusiones, allá ella; mejor eso que el que sospechara el verdadero carácter de su empresa. De todas formas, el incidente había privado en cierto modo al asunto de algo de su encanto inmediato.

—Cenaré fuera —dijo con cierta altivez, y se pasó la velada en el club, planeando el paso siguiente. La cosa se complicaba por la fecha en que se le pedía que cruzase el Canal, el 28 de julio. Tenía que esperar cinco días. Luego, estaba la cuestión de conseguir armas. La carta decía claramente «venga armado», pero eso era más fácil decirlo que hacerlo. Ciertamente, él tenía una escopeta en una granja de un primo en Devon, pero las escopetas no entraban en la categoría de armas propiamente dichas. Necesitaba un revólver, algo que pudiera ocultar con facilidad en el Bentley, y difícilmente podría entrar en una armería de Londres y pedir un Smith & Wesson del treinta y ocho con cien peines. Tendría que ponerse en contacto con algún miembro del hampa. Tenía que haber muchísimas personas que vendían armas en Londres. Glodstone no conocía a nadie y no tenía ni la más nebulosa idea de dónde buscar. Era todo terriblemente desconcertante y estaba ya a punto de renunciar a la idea de ir armado, cuando recordó que el mayor Fetherington tenía revólveres y munición en la armería del colegio. De hecho, en el colegio había varias armas viejas. Y él sabía perfectamente dónde el mayor guardaba las llaves. Sería muy fácil coger un arma y podría devolverla antes de que empezara el curso. Bastante más animado, Glodstone pidió un coñac antes de volver a casa de su tía. A la mañana siguiente, estaba de nuevo en la carretera y, a

la hora de comer, en Groxbourne.

—Qué extraño que regrese tan pronto —dijo la secretaria del colegio—. El mayor también ha vuelto, pero ya no puede galopar. Ha tenido un accidente.

—Maldita sea —dijo Glodstone horrorizado, al ver deshacerse sus planes—. Quiero decir, qué fatalidad. ¿Y dónde está?

—Arriba, en sus habitaciones.

Glodstone subió a las habitaciones del mayor, y llamó a la puerta.

—Adelante, quienquiera que sea —gritó el mayor.

Estaba sentado en un sillón, con una pierna apoyada en un taburete.

—Ah, es usted, Gloddie, muchacho. Me alegro de verle. Creí que se había largado.

—He vuelto a buscar una cosa. ¿Qué demonios le ha pasado? ¿Se cayó por un barranco en Gales?

—Ni siquiera llegué al maldito Gales. Resbalé en una cagada de perro en Shrewsbury y me di de morros, sabe. Lo único que pude hacer fue conducir el maldito minibús otra vez de vuelta, hemos tenido que cancelar el curso de supervivencia y ahora tengo al amigo Perry conmigo y no sé qué hacer con él.

—¿Peregrine Clyde-Browne? —preguntó Glodstone con súbita esperanza.

—Sus padres andan por Italia. Tardarán tres semanas en volver y él ha estado intentando hablar por teléfono con un tío suyo, pero ese tipo no está nunca. No sé qué hacer con el muchacho, la verdad.

—¿Cuánto tiempo tardará en curar ese tobillo? —preguntó Glodstone, considerando de pronto la posibilidad de haber encontrado justamente a las dos personas que más podía agradarle tener consigo en caso de apuro.

—Mañana tengo que hacerme una radiografía. Quack cree que tengo el coxis fracturado.

—¿El coxis? Creí que me había dicho que se había dislocado el tobillo.

—Escuche, amigo —dijo conspiratoriamente el mayor—, es para consumo público. No puedo permitir que anden diciendo por ahí que me he dado un golpe donde el mono esconde las nueces. No inspiraría confianza, ¿no le parece? Quiero decir, ¿confiaría a un hijo suyo para un curso de supervivencia a un individuo que no es capaz de ver una cagada de perro cuando la tiene delante?

—Bueno, en realidad yo no… —comenzó Glodstone, pero el mayor, que cambiaba de posición el trasero en lo que parecía un salvavidas de plástico semihinchado, le interrumpió.

—Otra cosa. El director no lo sabe, así que, por amor de Dios, no se le ocurra decir nada. Ese desgraciado está deseando encontrar cualquier excusa para eliminar el curso de supervivencia. No puedo permitirme perder el trabajo.

—Puede confiar en mí —dijo Glodstone—. ¿Quiere que le traiga algo?

El mayor asintió.

—Un par de botellas de whisky. No puedo pedirle al ama de llaves que me las traiga. Ya es bastante lata el tener que soportar que me ayude a ir al retrete; y encima se queda allí fuera sin moverse, preguntándome a cada poco si necesito ayuda. Le aseguro, amigo, todo esto no es nada agradable.

—Yo me encargo del whisky —dijo Glodstone, que quería poner fin a la conversación.

Era evidente que el mayor estaba liquidado en lo referente a la gran aventura. Bajó en busca de Peregrine. No le costó mucho encontrarle. El rumor de disparos procedente del campo de tiro de armas de pequeño calibre indicaba dónde estaba el muchacho. Glodstone le encontró utilizando un veintidós para agujerear el centro de un blanco. Observó complacido al muchacho un instante y luego se acercó a él.

—Hola, señor, qué alegría verle —dijo Peregrine entusiasmado, incorporándose—. Creí que se había ido.

Glodstone pasó el monóculo al ojo bueno.

—Un imprevisto. La gran ocasión —dijo.

Peregrine le miró desconcertado.

—¿La gran ocasión, señor?

Glodstone miró cautamente a su alrededor antes de contestarle.

—La llamada a la acción —dijo con solemnidad—. No puedo dar más detalles, sólo puedo decir que es cuestión de vida o muerte.

—Demonios, señor, quiere usted decir que…

—Digamos sólo que se me ha pedido ayuda. Tengo entendido que sus padres están en Italia y que, de momento, no tiene nada en perspectiva.

La mente literal de Peregrine se debatió un momento con la frase, antes de captar su significado.

—No, señor, he estado intentando localizar a mi tío por teléfono, pero no he podido.

—En cuyo caso, no le echarán de menos. Ese es el punto número uno. El punto número dos es que tenemos tres semanas para hacer el trabajo. Supongo que tiene pasaporte.

Peregrine negó con la cabeza. Glodstone se limpió cuidadosamente el monóculo.

—En tal caso, tendremos que pensar en algo.

—¿Quiere decir que vamos a ir al extranjero?

—A Francia —dijo Glodstone—. Es decir, si entra en el juego. Antes de contestar, ha de saber que tendremos que actuar al margen de la ley, puede suceder cualquier cosa. Quiero decir que no será ninguna excursión.

Peregrine ya estaba entusiasmado.

—Claro que entro en el juego, señor. Puede usted contar conmigo.

—Buen chico —dijo Glodstone y le dio una palmada en el hombro—. En cuanto al pasaporte, tengo una idea. ¿No llevó el señor Massey el año pasado al quinto curso de francés a Boulogne?

—Sí señor.

—Y Barnes tenía gripe y no pudo ir. Si no me equivoco, el tesorero dijo que guardaría su pasaporte de visitante temporal. Es posible que siga en su despacho.

—Pero yo no me parezco nada a Barnes.

Glodstone sonrió.

—Ya se parecerá en el momento en que haya que cruzar la frontera —dijo—. Ya nos ocuparemos de eso. Y ahora, las armas. No tendrá por casualidad usted la llave de la armería, ¿eh?

—Bueno, sí, señor. El mayor dijo que podía ocuparme de la armería siempre que no me volase la cabeza.

—En tal caso, haremos una visita a la sala de armas. Necesitamos ir armados y no echarán de menos dos revólveres.

—Sí que los echará de menos, señor —dijo Peregrine—. El mayor siempre comprueba si están todas las armas.

—No creo que pueda hacerlo en su estado actual —dijo Glodstone—. Aun así, me gusta tenerlo todo bien previsto.

Por una vez, Peregrine tenía la solución.

—Hay una tienda en Birmingham donde venden armas de imitación magníficas, señor. Quiero decir que si…

—Espléndido —dijo Glodstone—. El mayor quiere un par de botellas de whisky. Podremos matar dos pájaros de un tiro.

Aquella noche se hizo la sustitución y se guardaron dos Webeleys del treinta y ocho con varios peines de munición en cajas de cartón bajo los asientos del Bentley. Y también se había resuelto el problema del pasaporte. Glodstone había encontrado el de Barnes en el despacho del tesorero.

—Ahora sólo falta convencer al mayor de que se va a casa de su tío. Dígale que tomará el tren de las diez y yo le recogeré en la parada del autobús del pueblo. No quiero que nos vean salir juntos del colegio. Así que suba a su habitación y

vuelva luego. Tenemos un largo día por delante mañana.

Glodstone subió a sus habitaciones y se sentó, a la luz del crepúsculo, a estudiar su ruta en el mapa y a beber ginebra. Hasta las nueve no se acordó del whisky del mayor. Le subió las dos botellas.

—Bendito sea, amigo mío —dijo el mayor—. Encontrará un par de vasos en el aparador. Me ha salvado la vida. Y Perry se va mañana a casa de su tío.

—¿De veras? —dijo Glodstone—. Parece que está usted muy bien de salud.

—Me parece que voy a necesitarla. Es una lata estar aquí anclado sin nadie con quien charlar. ¿Se va a quedar por aquí mucho tiempo?

Glodstone vaciló. Le caía bien el mayor y el whisky añadido a la ginebra había complementado la intoxicación y la embriaguez que le producía la perspectiva de su aventura.

—Que quede entre estas cuatro paredes —dijo—. Y que no salga de ellas; me ha sucedido la cosa más extraordinaria que pueda imaginarse y…

Vaciló. La condesa le había pedido que guardara el máximo secreto, pero no había problema por contárselo al mayor, y si algo iba mal siempre sería una ventaja el que alguien estuviera enterado.

—He recibido una llamada de la Comtesse de Montcon, la madre de Wanderby. Al parecer, tiene un gravísimo problema y me necesita.

—Ha de ser grave, sí —dijo el mayor, reticentemente, pero Glodstone estaba demasiado borracho para captar el mensaje. Cuando terminó el relato, el mayor Fetherington había trasegado varios whiskys solos en rápida sucesión y le miraba de un modo peculiar.

—Oiga, Gloddie, no es posible que hable usted en serio. Debe haberlo soñado.

—Claro que no —dijo Glodstone—. Es lo que he estado esperando toda mi vida. Y llega ahora. Siempre he sabido que llegaría. Es el destino.

—Bueno, bueno, ese es su trofeo. ¿Qué quiere usted que haga yo?

—Nada. Sé en qué situación se encuentra. Pero recuérdelo, ha jurado guardar el secreto. Nadie, absolutamente nadie, debe saberlo. Quiero que me lo prometa con un apretón de manos.

—Si usted quiere —dijo el mayor—. Venga esa mano. Nada de nombres, ni una palabra. Puede confiar usted en mí. De todos modos… páseme la botella. Así que cruzará usted el canal por Ostende…

—Sí —dijo Glodstone; y se levantó tambaleante—. Será mejor que duerma un poco.

Se dirigió vacilante hacia la puerta, bajó las escaleras. Por el camino, se encontró al ama de llaves y ni se la miró. Ya no tenía ningún atractivo para él. La Comtesse de Montcon le quería y se había iniciado el gran romance de su vida. Cruzó el patio. Brillaba la luz en el dormitorio de Peregrine, pero Glodstone no se fijó.

—Hay que joderse —dijo el mayor, por desgracia en el momento justo en que entraba el ama de llaves.

Peregrine cerró el libro y apagó la luz. Acababa de terminar *El día del chacal.*

9

Slymne, en Ramsgate, apenas durmió. Lejos de Groxbourne y en la atmósfera más sana de la casa de su madre, Slymne pudo ver considerables fallos en su plan. Para empezar, había falsificado dos cartas de la condesa; y si Glodstone no había seguido las instrucciones de quemar aquellos malditos papeles y llegaba a enseñárselos a ella, la situación podría llegar a ser sumamente problemática. Aquella mujer muy bien podría avisar a la policía y la policía muy bien podría encontrar sus huellas dactilares en las cartas. Al menos, Slymne suponía que podrían hacerlo, con los modernos métodos de la ciencia forense, y aunque no pudiesen, aún estaba el asunto de las reservas de habitaciones en los hoteles. En su opinión, éste había sido su mayor error. Nunca hubiera debido hacer las reservas por teléfono desde Inglaterra. Si la policía localizaba las llamadas, empezaría a plantearse los motivos y saldría a colación su propio viaje por Francia en las vacaciones de Pascua… Slymne prefería no pensar en las consecuencias. Perdería el puesto en el colegio y Glodstone disfrutaría de lo lindo cuando se descubriera el pastel. En realidad, ahora se daba cuenta de que todo el asunto había sido un error fatal, una aberración mental que lo más probable era que arruinase su carrera. Así que, mientras Glodstone y Peregrine iban camino de Londres al día siguiente, y se inscribían en habitaciones separadas, una de ellas con baño, Slymne se concentraba en hallar los medios de parar la máquina que con tanto éxito había puesto en marcha. El mejor modo posiblemente fuese enviar al colegio un telegrama con el remite de la condesa contradiciendo sus instrucciones anteriores. Pero decidió no hacerlo. Por una parte, siempre comunicaban por teléfono los telegramas antes de enviar el mensaje impreso y la secretaria del colegio tomaría el recado; y, por otra parte, Glodstone probablemente se hubiera ido sin dejar dirección. Para cerciorarse, Slymne aprovechó que su madre salió a comprar y se metió un trozo grande de algodón muy molesto en la boca, para disimular la voz, y telefoneó al colegio. Tal como esperaba, contestó la secretaria.

—No, señor Slymne —dijo, ante su horror—. No le encuentra usted por pelos. Quiero decir que estuvo aquí hasta ayer. Pero ya se ha ido. Y ya sabe cómo es en lo de las cartas. Se amontonan en su buzón incluso al final de curso y nunca deja una dirección a la que puedan remitírsele las cosas. ¿Quiere que le dé algún recado si vuelve?

—No —dijo Slymne—. Y no me llamo Slymne. Me llamo… me llamo… ejem… Fortescue. Dígale simplemente que le ha llamado el señor Fortescue.

—Si usted lo dice, señor Fortescue… pero tiene usted la misma voz que un profesor de aquí. Estuvo con dolor de muelas todo el trimestre pasado y…

Slymne había colgado el teléfono y se había sacado el algodón de la boca. Tenía que haber algún medio de detener a Glodstone. ¿Y si hiciera una llamada anónima a las autoridades aduaneras francesas diciendo que Glodstone era un traficante de drogas? ¿Le harían volver en la frontera? No, las llamadas telefónicas estaban descartadas, y, en cualquier caso, no había razón alguna para suponer que los funcionarios de aduanas francesas le creyeran. Peor aún, ese intento podría empujar a Glodstone a emprender una acción más desesperada, como cruzar la frontera a pie y alquilar un coche una vez que estuviera ya seguro en Francia e ir en él directamente al Château. Una vez abierta la caja de Pandora de la imaginación adolescente de Glodstone resultaría sumamente difícil cerrarla. Y todo dependía de si Glodstone había quemado o no las cartas acusadoras. ¿Cómo no había contado con la posibilidad de que el hombre pudiese guardarlas como prueba de su *bona fides*? La respuesta era que Glodstone era muy tonto. Pero, ¿lo era? Las dudas de Slymne crecían. Poniéndose en el lugar de Glodstone, decidió que guardaría las cartas por si el asunto era un fraude. Y, por otra parte, ahora que lo pensaba, las instrucciones de quemar toda la correspondencia resultaban claramente sospechosas, y muy bien podrían haber despertado los recelos de Glodstone. Como sus dudas y sus angustias aumentaban, Slymne decidió actuar.

Hizo la maleta, buscó el pasaporte, cogió el dosier en que tenía las fotos de las cartas de la Comtesse, junto con varias hojas de papel y sobres timbrados, y ya se disponía a salir cuando volvió su madre.

—Pero yo tenía entendido que me habías dicho que este verano te quedarías en casa —le dijo—. Después de todo, pasaste las vacaciones de Pascua en el Continente y no creo que puedas permitirte andar pindongueando por ahí…

—Volveré dentro de unos días —dijo Slymne—. Y no voy a pindonguear por ahí. Se trata de un asunto serio.

Salió de casa malhumorado y fue en el coche al banco a por más cheques de viaje. Aquella tarde, estaba en Dover y se había incorporado a la cola de coches que esperaban en el transbordador, cuando vio horrorizado el escandaloso Bentley verde de Glodstone aparcado a un lado ante la barrera de la oficina de embarque.

No había duda alguna. La matrícula era GUY 444. El cabrón estaba haciendo caso omiso de las instrucciones de la condesa y salía antes de lo previsto. No podía plantearse siquiera pasar a Calais y enviar un telegrama de la condesa, dirigido a Glodstone al transbordador Dover-Ostende. Y Slymne se había comprometido ya a tomar el transbordador de Calais él mismo. Mientras la cola de coches avanzaba despacio a través del servicio de aduanas e inmigración y descendía por la rampa hacia el barco, la angustia de Slymne iba en aumento. ¿Por qué demonios no podía haber hecho aquel hombre lo que se le decía? Además, se hacían evidentes más implicaciones embarazosas. Se había despertado el recelo de Glodstone y si bien había decidido proseguir la «aventura», lo hacía siguiendo un itinerario propio. Y lo más alarmante aún era que iba a viajar en el mismo barco, y que muy bien podría reconocer en la cubierta de coches el Cortina de Slymne. Angustiado por todos estos temores, Slymne desapareció en los lavabos del barco, donde vomitó varias veces, prematuramente, antes de que la nave zarpara. Con mucho sigilo, subió a cubierta y contempló el muelle en retroceso con la esperanza de que aún estuviera allí el Bentley. No estaba.

Slymne sacó una conclusión obvia y pasó el resto del viaje sentado en un rincón fingiendo leer el *Guardian* y ocultando la cara a los pasajeros. Así pues, no pudo fijarse en un joven de un color de pelo extrañamente negro que se apoyaba en la barandilla del barco y viajaba con un pasaporte a nombre de William Barnes.

Al final, incapaz de soportar la angustia, bajó hasta la cubierta de coches en cuanto se avistó la costa francesa e hizo un inventario acelerado de los vehículos. El Bentley de Glodstone no estaba entre ellos. Y mientras salía en su Cortina del barco en Calais, y seguía las señales de *Toutes directions*, se sentía aún más confuso. Probablemente Glodstone cruzase el Canal en el transbordador siguiente. ¿O iría a Boulogne o tal vez se atendría a las instrucciones originales de ir a Ostende? Slymne tomó una carretera lateral y aparcó junto a un bloque de viviendas y, tras considerar todas las posibilidades de horarios del transbordador y destinos decidió que sólo había un modo de descubrirlo. Con una sensación de fatalidad, volvió a la oficina y preguntó al agobiado funcionario, en un francés algo incoherente, si podría localizar a un tal Monsieur Glodstone. El funcionario le miró incrédulo y contestó en perfecto inglés.

—¿Un tal señor Glodstone? ¿Me pregunta usted en serio si puedo decirle si un tal señor Glodstone ha cruzado, está cruzando o se propone cruzar el Canal de Dover a Calais, de Dover a Boulogne o de Dover a Ostende?

—Oui —dijo Slymne, aferrándose a su supuesta identidad extranjera—. Je

suis.

—Pues puede dejar de suisar —dijo el empleado—. Pasan por aquí unos ochocientos vehículos a la hora y unos mil pasajeros, y se cree usted que yo…

—Sa femme est morte —dijo Slymne—. C'est tres important…

—¿Que ha muerto su mujer? Ah, bueno, eso es distinto, claro. Enviaré un aviso a todos los transbordadores…

—No, no lo haga —empezó a decir Slymne, pero el funcionario había desaparecido en la parte trasera de la oficina, y evidentemente estaba comunicando la terrible noticia a algún funcionario superior. Slymne se volvió y salió de allí a toda prisa. Sabría Dios cómo reaccionaría Glodstone ante la noticia de que era viudo cuando jamás había tenido esposa.

Con una sensación aún mayor de desesperación, Slymne volvió al coche y salió precipitadamente de Calais, con una intención dominante. Llegase a Calais o a Boulogne o a Ostende, Glodstone tendría que seguir hacia el sur para llegar al Château Carmagnac, y, con un poco de suerte, se atendría a la ruta que él le había trazado. Al menos, Slymne albergaba la firme esperanza de que lo hiciera, y como era la única esperanza que tenía, debía aferrarse a ella necesariamente. Tal vez consiguiera que aquel cerdo se desviara en algún sitio y el mejor para empezar sería Ivry-La-Bataille. El lugar tenía el tipo de pintoresquismo romántico que atraería más a Glodstone, y el hotel en el que le había reservado habitación estaba Muy Recomendado en la *Guide Gastronomique*. Mientras viajaba en plena noche, Slymne rezaba porque el estómago de Glodstone le resultase un aliado.

No tenía por qué haberse preocupado tanto. Glodstone seguía aún en Inglaterra y tenía sus propias preocupaciones. Se relacionaban éstas básicamente con Peregrine y la discrepancia entre la apariencia de éste, alterada por el teñido oscuro de su pelo y el de William Barnes que constaba en su pasaporte. La transformación había tenido lugar en el hotel de Londres. Glodstone había mandado a Peregrine a comprar un tinte en una droguería y le había dicho que se lo pusiera. Había sido un gravísimo error. Peregrine había entrado en el hotel con el cabello de un tono rubio que no destacaba y había salido dieciséis horas y diez toallas después con el aspecto, en opinión de Glodstone, de alguien a quien ningún funcionario de inmigración riguroso dejaría salir del país, y no digamos ya entrar.

—No le dije que se bañase con esa maldita sustancia —dijo Glodstone,

examinando los restos sucios de la bañera y las toallas teñidas—. Sólo le dije que se tiñera el pelo.

—No sé, señor, pero en el folleto no había instrucciones sobre el cabello.

—¿Qué demonios quiere decir? —dijo Glodstone que lamentaba haber estado tomando el té para que nadie pudiera tacharle de corruptor de menores en lugar de vigilar la operación—. ¿Qué decía la etiqueta del frasco?

—Era polvo, señor, yo hice lo que decía que se hiciera para la lana.

—¿La lana?

Peregrine cogió un trozo de papel manchado y prácticamente ilegible.

—Intenté encontrar las instrucciones para el cabello, pero lo único que había era mezclas/poliester/algodón, nylon resistente, rayón acetato y lana, así que elegí lana. En fin, fue lo que me pareció más seguro. En todos los demás decía que había que hervir diez minutos.

—Santo cielo —dijo Glodstone, y le arrebató el papel.

El rótulo decía: «DYPERM, el tinte para todo uso que no se decolora». Tras descifrar laboriosamente las instrucciones, Glodstone miró desesperado a su alrededor otra vez. Lo de «para todo uso y no se decolora», era cierto. Hasta la alfombrilla de baño estaba indeleblemente teñida con pisadas.

—Le dije que comprara tinte para el cabello, no una sustancia para teñirlo todo. Es un milagro que aún siga con vida. Esta porquería es para lavadoras.

—Pero es que en la droguería sólo tenían una cosa que se llamaba «Tinte Temporal», y a mí no me pareció muy útil, así que…

—Ya sé, ya sé lo que hizo —dijo Glodstone—. Pero dígame ahora cómo demonios vamos a explicar lo de esas toallas… Santo cielo, si ha teñido hasta las cortinas de la ducha y son de plástico. Parece imposible. ¿Y cómo demonios ha conseguido poner la pared así? Parece que haya estado rociando toda la habitación con esa porquería…

—Eso fue cuando me di una ducha después, señor. Decía que había que aclarar cuidadosamente y lo hice en la ducha y se me metió un poco en la boca y lo

escupí. Tenía un sabor espantoso.

—Huele también bastante mal —dijo lúgubremente Glodstone—. Le aconsejo que vacíe la bañera y que intente quitarle esa capa de tinte esmaltado con un poco de detergente y que se de luego otro baño con agua limpia.

Y volvió al bar a tomar ginebras y dejó a Peregrine haciendo lo posible para parecerse menos a algo que no le resultase tan difícil clasificar a la oficina de relaciones raciales. Pero lo cierto es que DYPERM no cumplió lo prometido en el rótulo y Peregrine bajó a cenar irreconocible, pero al menos moderadamente desteñido, salvo el pelo y las cejas.

—Bueno, es un alivio —dijo Glodstone—. De todos modos, creo que es mejor que vaya mañana en el transbordador más lleno a ver si tenemos la suerte de que le dejen pasar entre la multitud. Ya le diré aquí al encargado del hotel que tuvo un accidente con una botella de tinta.

—Bien, señor, ¿y qué he de hacer cuando llegue a Francia? —preguntó Peregrine.

—Ir a ver a un médico si se siente raro —dijo Glodstone.

—No, quiero decir que a dónde tengo que ir…

—Comprará un billete de tren y cruzará por Armentières; se inscribirá en el hotel que esté más cerca de la estación y no se moverá de allí más que para ir a la estación cada dos horas. Yo procuraré cruzar por Bélgica lo antes posible. Y no se le olvide esto, si le paran en Calais, no debe mencionar mi nombre. Invente alguna historia. Diga que siempre había querido hacer un viaje a Francia y que usted mismo birló el pasaporte.

—¿Quiere usted decir que debo mentir, señor?

El tenedor de Glodstone, que iba camino de la boca de éste, se detuvo un momento y volvió al plato. Aquella extraña habilidad de Peregrine para tomarse todo lo que le decían literalmente empezaba a exasperarle.

—Si quiere expresarlo de ese modo, sí —dijo con suma impaciencia—. Y deje de llamarme «señor». Ya no estamos en el colegio. Y un lapsus como ése podría echarlo todo a perder. De ahora en adelante yo le llamaré Bill y a mí puede llamarme… Patton.

—Sí, sen… Patton —dijo Peregrine.

Aún así, Glodstone se acostó preocupado aquella noche. A la mañana siguiente, tras una agria discusión con el encargado del hotel por el asunto de las toallas, enfiló la carretera de Dover con Peregrine al lado. Con comprensible urgencia, le registró como William Barnes en el transbordador y en el tren a Armentières y se alejó rápidamente antes de que el barco zarpase. Durante el resto del día, anduvo paseando por el acantilado que quedaba sobre la estación atisbando con los prismáticos a los pasajeros que regresaban, con la esperanza de que Peregrine no estuviera entre ellos. También revisó entre tanto sus reservas de alimentos enlatados, el hornillo de gas y la cacerola, el cesto de excursión, los dos sacos de dormir y la tienda. Por último, colocó con celo los revólveres bajo los asientos del coche y desenroscó los extremos de los palos de la tienda y escondió las municiones en su interior. Y, como hacía buen tiempo y no había señales de que los funcionarios de inmigración devolviesen a Peregrine, se sintió más animado.

—Después de todo, el que no se arriesga no pasa la mar —explicó tranquilamente a una gaviota que chillaba encima suyo en el aire. En la clara atmósfera estival podía divisar vagamente la línea de la costa de Francia en el horizonte. Al día siguiente estaría allí. Aquella noche, mientras Peregrine pugnaba por explicar al encargado que quería una habitación en el hotel de Armentières y Slymne corría desesperadamente hacia Ivry-La Bataille, Glodstone cenaba en una taberna de pueblo y luego bajaba a la estación del transbordador a confirmar su embarque para Ostende a la mañana siguiente.

—¿Dice usted que se llama Glodstone, señor? —preguntó el funcionario.

—Así es —dijo Glodstone, alarmándose al ver que el hombre se excusaba y pasaba a otra oficina con una expresión extraña. Salió un funcionario de más categoría, con expresión aún más extraña.

—¿Quiere usted acompañarme, señor Glodstone, por favor? —dijo quejumbrosamente, y abrió la puerta de una habitación pequeña.

—¿Para qué? —dijo Glodstone, ya preocupado de veras.

—Lo lamento, pero he de darle una noticia un poco triste, señor. Quizás será mejor que se siente usted…

—¿Qué noticia triste? —dijo Glodstone, con ominoso presentimiento.

—Tiene que ver con su esposa, señor.

—¿Mi esposa?

—Sí, señor Glodstone. Siento tener que decirle…

—Pero si yo no tengo esposa —dijo Glodstone, mirando fijamente al funcionario con su monóculo.

—Ah, entonces ya lo sabe —dijo el hombre—. Mi más sentido pésame. Yo perdí a la mía hace tres años. Sé muy bien cómo se siente usted.

—Lo dudo mucho —dijo Glodstone, cuyos sentimientos vagaban imprecisos —. En realidad, incluso diría que no puede usted saberlo.

Pero el funcionario no admitía que rechazase su compasión. Los años que llevaba detrás de la ventanilla le habían conferido el don de saber consolar a la gente.

—Quizás no —murmuró—. Como dice el bardo, los matrimonios se hacen en el cielo y todos hemos de cruzar ese límite del que ningún viajero retorna.

Lanzó una mirada lacrimosa hacia el Canal, pero Glodstone no estaba de humor para citas con múltiples errores.

—Escuche —dijo—, no sé de dónde ha sacado usted la idea de que estoy casado, porque no lo estoy. Y como no estoy casado, me gustaría que me explicara cómo he podido perder a mi esposa.

—¿Pero no es usted el señor G. P. Glodstone, que embarca para Ostende en el transbordador de mañana por la mañana?

—Sí. Pero he de decirle que no existe ninguna señora Glodstone y que nunca ha existido.

—Qué cosa tan rara —dijo el hombre—. Acabamos de recibir un mensaje de Calais para un tal señor Glodstone, diciendo que su esposa ha muerto y usted es el único señor Glodstone que figura en las listas de embarque. Siento muchísimo haberle causado esta molestia.

—Sí, desde luego que me ha molestado —dijo Glodstone, que empezaba a

considerar aún más siniestro el mensaje que la muerte real de algún pariente próximo—. Me gustaría saber quién lo envió.

El hombre volvió a la oficina y telefoneó a Calais.

—Al parecer, se presentó un hombre que hablaba francés con mucho acento inglés y quiso saber en qué transbordador cruzaría usted —dijo—. No hablaba inglés y el funcionario de allí no le decía en qué transbordador iba usted, así que el hombre dijo que dijese que su esposa había muerto.

—¿El funcionario lo ha descrito?

—No le he preguntado, francamente, dado que…

Pero el monóculo de Glodstone surtió efecto, y el funcionario volvió al teléfono. Volvió con la información de que cuando transmitían el mensaje el hombre había desaparecido.

Glodstone había tomado una decisión.

—Creo que no iré en ese transbordador —dijo—. ¿Hay alguna plaza en los transbordadores de esta noche?

—Sí, queda alguna en el de la medianoche, pero…

—Bien. Entonces iré en ése —dijo Glodstone, en tono autoritario—. Y bajo ningún pretexto deben dar a ese individuo información sobre mis movimientos.

—No tenemos por costumbre facilitar información de ese género —le dijo el funcionario—. Soy contrario a la sola idea de hacerlo.

—Y yo soy contrario a que me digan que acaba de morir una mujer que no tengo —dijo Glodstone.

Embarcó a la media noche y antes del amanecer estaba en Bélgica. Al salir de los muelles, vigiló la posible presencia de sospechosos, pero todo estaba oscuro y desierto. Glodstone estaba seguro de una cosa. La Comtesse no había exagerado en lo que le había dicho acerca de la brillante inteligencia delictiva de aquéllos a quienes se enfrentaba. El que supiesen de su viaje, era prueba sobrada de ello. Además, existía la terrible posibilidad de que el mensaje hubiera sido una advertencia.

—Si le tocan un solo cabello… —murmuró Glodstone ferozmente, y se ajustó las gafas protectoras mientras el Bentley devoraba kilómetros camino de Iper y el oscuro puesto fronterizo que había más allá.

10

—Cielo santo, señor, que alegría verle, señor… Quiero decir Patton, señor —dijo Peregrine cuando el Bentley se detuvo a la entrada de la estación ferroviaria aquella mañana. Glodstone le examinó a través de las gafas protectoras con su ojo único y hubo de admitir que le complacía bastante ver a Peregrine. Estaba agotado, llevaba veinticuatro horas sin dormir y el paso fronterizo que Slymne le había elegido estaba tan oculto que se había pasado varias horas intentando encontrarlo.

—Iré a desayunar algo mientras traes tus cosas del hotel —dijo—. No quiero que nos demoremos aquí demasiado tiempo. Así que de prisa. He de decirte que saben que voy, pero no saben que vienes conmigo.

Y con este comentario extrañamente preciso, Glodstone salió del coche y entró en un café donde, para su disgusto, se vio obligado a desayunar café au lait y croissants. Al cabo de media hora, el Bentley, que había atraído a un número desconcertante de forofos de los automóviles de época, se lanzó una vez más a la carretera.

—Hasta ahora les hemos burlado —dijo Glodstone—, pero es evidente que saben que la Comtesse ha estado en comunicación conmigo. Lo cual viene a demostrar el peligro que corre. Y así, de ahora en adelante, debemos estar en guardia y con los ojos bien abiertos para advertir cualquier cosa sospechosa.

Y explicó la historia del hombre que había acudido a la oficina de embarque de Calais y había dejado el mensaje de advertencia.

—Lo cual significa que pueden estar amenazándola por nuestra llegada.

—¿Su esposa? —preguntó Peregrine—. No sabía que tuviera usted.

Glodstone apartó por un momento su ojo de la carretera para mirarle furioso y volvió a centrarlo en la carretera justo a tiempo de evitar aplastar a un rebaño de vacas que bloqueaban el paso.

—A la Comtesse, majadero —gritó, mientras el coche se detenía con un

estruendo.

—Ah, a ella —dijo Peregrine—. ¿Entonces por qué dijeron que su esposa había muerto?

Para desahogar su furia y evitar la violencia física, Glodstone tocó la bocina. Las vacas siguieron tan tranquilas a su ritmo.

—Porque —dijo Glodstone, controlándose a duras penas— ni siquiera el puerco más osado se acercaría a un funcionario de la oficina de embarque y le diría: «Dígale al señor Glodstone, que si se atreve a venir, la Comtesse morirá.» Lo que ellos menos desean es que intervenga la policía.

—Sí, ya me imagino, claro. Aun así…

—Y otra cosa —continuó Glodstone antes de que la estupidez de Peregrine hiciera que le subiera aún más la presión sanguínea—, el tipo preguntó en qué transbordador cruzaría yo, lo cual significa que no saben que crucé por Ostende. Al menos no lo sabían anoche. Y tardarán tiempo en descubrirlo, y cuando lo descubran habremos llegado a Château. La sorpresa cuenta, así que nos daremos prisa.

—Cuando esas vacas se quiten de en medio —dijo Peregrine—. ¿Cree que podrían estar bloqueando la carretera a propósito?

Glodstone le miró incrédulo durante unos segundos.

—No —dijo—. No lo creo.

Por fin pudieron continuar. Glodstone se debatía mentalmente con el problema de los hoteles. La Comtesse había reservado habitaciones para poder comunicarse con el en ruta, y si él evitaba aquellos hoteles y continuaba directamente hacia el Château corría el riesgo de perderse un mensaje vital. Por otra parte, era necesario actuar con la máxima rapidez. Se decidió al fin por una solución de compromiso y cuando llegaron a Gisors, donde tenía que pasar la primera noche, mandó a Peregrine al hotel a cancelar la reserva.

—Explica que me he puesto enfermo y que no vendré —le dijo—. Y pregunta si hay algún recado para mí.

Aparcó el Bentley donde no se viera desde el hotel, a la vuelta de la esquina,

y Peregrine fue a hacer el recado. Volvió a los cinco minutos.

—El encargado hablaba inglés —dijo.

—Es lo menos que podría hacer. Después de todo les salvamos de los hunos en dos guerras mundiales y nos lo han agradecido bien. Montañas de cochina mantequilla y lagos de vino y el maldito Mercado Común —dijo Glodstone, que estaba deseando echarse una siestecilla— ¿Y ningún mensaje o carta para mí?

Peregrine negó con un gesto y Glodstone puso de nuevo el Bentley en marcha. El cochazo estuvo todo el día devorando kilómetros y una enorme cantidad de gasolina, pero Glodstone siguió escrupulosamente las carreteras secundarias de la tortuosa ruta de Slymne. Ya por la tarde, llegaron a Ivry-La-Bataille y Glodstone entró tambaleándose en el hotel y se quitó al fin las gafas de protección.

—Creo que tienen una habitación reservada a mi nombre. Glodstone —dijo en un francés algo menos penoso que el de Slymne e infinitamente más comprensible que el de Peregrine.

—Así es, Monsieur. Número cuatro.

Glodstone cogió la llave y luego se detuvo.

—¿Hay algún recado para mí?

El encargado miró unos sobres que tenía al lado hasta dar con el conocido sobre timbrado.

—La trajeron esta misma tarde, Monsieur.

Glodstone cogió la carta y la abrió. Cinco minutos después la llave de su habitación estaba otra vez en el tablero y Glodstone se había ido.

—Puedes meter otra vez el equipaje en el coche —le dijo a Peregrine—. La Comtesse ha enviado un mensaje.

—¿Un mensaje? —dijo ávidamente Peregrine.

—Cállate y sube al coche —dijo Glodstone, mirando con recelo a su alrededor. Ya te explicaré por el camino.

—Bien, ¿qué es? —dijo Peregrine cuando salieron del pueblecito.

—Echa un vistazo a esto —dijo Glodstone, y le entregó la carta.

—Es de la Condesa pidiéndole que no siga porque la vida de ella corre peligro —dijo cuando la leyó.

—En tal caso, ¿por qué la entregó un hombre con acento inglés que se negaba a hablar inglés? En suma, nuestro amigo, el que dejó el recado en Calais. Y otra cosa, no hay más que comparar esta letra con la de las cartas anteriores para darse cuenta de que esos infames la han torturado para obligarla a que la escribiera.

—Dios santo, ¿está seguro…? —empezó a decir Peregrine; pero la mente de Glodstone había elaborado ya una serie de nuevas conclusiones.

—Lo que quiero decir es que ellos saben qué ruta seguimos y dónde vamos a pasar la noche; lo cual puede agradarles mucho a ellos, pero no se corresponde con mi libro.

—¿Qué libro? —preguntó Peregrine escudriñando una biblioteca mental que iba desde *Treinta y nueve escalones* a *El día del chacal*, intuyendo más el funcionamiento de la mente de Glodstone de lo que él creía.

Glodstone ignoró el comentario. Estaba demasiado ocupado trazando una nueva estrategia.

—La cuestión es meterse en el pellejo del otro tipo —dijo—. Estoy seguro de que nos están vigilando o nos esperan. Y saben que hemos recibido este mensaje y que seguimos. Y eso les concederá una pausa para pensar. Te das cuenta, nos han advertido ya dos veces de que no debemos seguir. Creo que es hora de entrar en su juego. Volveremos hacia Anet y luego nos dirigiremos a Mantes y pasaremos la noche allí. Mañana descansaremos y recorreremos el lugar y después, por la noche, en cuanto oscurezca, nos pondremos otra vez en camino e iremos a Carmagnac.

—Seguro, eso les confundirá —dijo Peregrine mientras el Bentley giraba a la izquierda cruzando el Eure y se dirigía de nuevo hacia el norte.

Pero Slymne ya estaba confuso. Había conducido toda la noche para llegar a Ivry-La-Bataille, pero no se había atrevido a quedarse allí y había seguido hasta Dreux. Había redactado la carta de la Comtesse en un hotel de Dreux y tras un

breve sueño había vuelto con el mensaje amenazador para que Glodstone lo recogiera. Luego, había estado vigilando la carretera desde una vía lateral y había visto pasar el Bentley. Con una maldición sofocada puso en marcha su Ford Cortina y siguió a una discreta distancia a tiempo de ver al Bentley cruzar el puente y girar poco después hacia la carretera de Mantes. Slymne se sintió muy satisfecho de momento, hasta que comprendió que, si Glodstone se hubiese propuesto renunciar a la expedición no habría tenido por qué dejar el hotel y tomar la carretera hacia el sur. Lo natural habría sido pasar la noche en Ivry-La-Bataille y volver hacia Calais a la mañana siguiente. Pero Glodstone no había actuado lógicamente y, para complicar aún más las cosas, no estaba solo. Viajaba con otra persona. Slymne no había podido verle bien la cara, pero evidentemente Glodstone había convencido a algún otro maldito romántico para que le acompañara en su aventura. Otra complicación. Con exasperación aún mayor, siguió al Bentley preguntándose qué podría hacer. Al menos el cochazo no era difícil de localizar. En realidad, era bastante escandaloso; en cambio su Cortina pasaba bastante desapercibido y podía igualar fácilmente al Bentley en velocidad.

Cuando llegaron a las afueras de Mantes, Slymne hizo otro plan. Si Glodstone abandonaba la población rumbo al norte, magnífico. Pero si giraba hacia el sur, Slymne se dirigiría hacia el Château e intervendría antes de que Glodstone pudiese llegar a ver a la condesa. Aún no había decidido qué acción emprendería, pero tendría que pensar algo. De momento, tenía que pensar en otras cosas. En vez de pasar de largo por Mantes, el Bentley se detuvo a la puerta de un hotel. Slymne se detuvo en una calle lateral. Al cabo de cinco minutos, sacaron el equipaje del Bentley y luego llevaron el vehículo al garaje del hotel.

Slymne se estremeció. Era evidente que Glodstone iba a pasar allí la noche, pero no tenía forma de saber cuándo saldría a la mañana siguiente; y la idea de permanecer despierto por si aquel maldito decidía salir al amanecer no le resultaba nada atractiva. Y además no podía quedarse en aquella calle tan próxima al hotel. Según todas las leyes de la naturaleza, Glodstone tenía que estar exhausto, pero aún así era muy capaz de salir a dar un paseo por los alrededores antes de irse a la cama, y reconocería el Cortina de inmediato si lo veía. Slymne puso el coche en marcha y volvió por donde había llegado hasta que se paró y se preguntó que demonios podía hacer. No podía enviar otro mensaje de la condesa. A menos de que fuese adivina, ésta no podía saber dónde se había alojado Glodstone; y, de cualquier modo, las cartas no recorrían cientos de kilómetros en un par de horas.

Slymne consultó el mapa y no le sirvió de mucho consuelo. Puede que todas las carreteras llevaran a Roma, pero Mantes no le iba a la zaga en cuanto a las

carreteras que salían de ella. Había incluso una autopista que iba a París, por debajo de la cual habían pasado al entrar en la ciudad. Slymne la desechó. Glodstone odiaba las autopistas y si seguía de nuevo hacia el sur seguramente elegiría carreteras secundarias. Vigilando la intersección en las afueras de la ciudad estaría en posición de seguir si Glodstone tomaba una. Pero el «si» era demasiado incierto para la tranquilidad de Slymne y, en cualquier caso, seguir no bastaba. Tenía que detener a aquel imbécil e impedir que llegara al Château con aquellas malditas cartas.

Slymne continuó hasta que encontró un café y se pasó la hora siguiente cenando lúgubremente y maldiciendo el día en que había ido a Groxbourne, e incluso más vehementemente el día que había ideado aquel absurdo plan.

—Debía estar loco —murmuró con la segunda copa de coñac y luego, tras pagar la cuenta, volvió al coche y consultó el mapa otra vez.

Esta vez su atención se centró en el distrito que rodeaba el Château. Si Glodstone continuaba con su misión infernal, tendría que pasar por Limoges y Brive o hallar tortuosas carreteras secundarias para rodear estas poblaciones. Slymne pensó de nuevo en la peculiar psicología de Glodstone y decidió que lo más probable era lo último. Así que debía descartar cualquier tentativa de adelantarse a aquel animal. Tendría que idear algún medio de seguirle.

Pero, de momento, necesitaba dormir. Al fin pudo hacerlo en una habitación cochambrosa encima del café donde le mantuvo despierto el sonido de una máquina de discos así como la idea obsesiva de que Glodstone podría haberse ido ya del hotel y estar viajando frenéticamente a través de la noche camino de Carmagnac. Pero cuando se levantó a las seis, medio grogui, y, después de tomar varios cafés solos, volvió al pueblo, comprobó satisfecho que un joven de pelo negro que le parecía extrañamente familiar estaba lavando el Bentley.

Slymne pasó por el otro lado de la calle sin demorarse, pero entró en la primera tienda de ropa que pudo encontrar y salió ataviado con una boina y la chaqueta azul que supuso que le haría parecer el típico campesino francés. Durante el resto del día atisbó desde las esquinas, desde cafés que permitían una visión del hotel, desde la entrada de las tiendas de la misma calle; pero Glodstone no apareció.

En realidad, se enfrentaba casi con el mismo dilema que Slymne. Después de viajar durante veinticuatro horas seguidas, estaba agotado y tenía problemas con la

digestión por haber comido demasiados champiñones con el filete la noche anterior. En suma, no estaba en condiciones de hacer ninguna investigación y sentía ciertos recelos respecto a la carta de la Comtesse.

—Es evidente que los puercos la obligaron a escribirla —le explicó a Peregrine—. Y, sin embargo, ¿cómo sabían que íbamos a estar en Ivry-La-Bataille?

—Seguramente la torturaron hasta que se lo dijo —dijo Peregrine—. Quiero decir que, bueno, ellos son capaces de cualquier cosa.

—Pero ella no —dijo Glodstone, negándose a creer que una heroína desvalida, y además condesa, cediese ni ante la tortura más ruin—. Aquí hay un mensaje para nosotros, si sabemos interpretarlo.

Peregrine examinó la carta de nuevo.

—Pero si ya la hemos leído. Dice…

—Sé lo que parece que dice —replicó Glodstone—. Lo que yo quiero saber es lo que intenta explicarnos.

—Que volvamos a Inglaterra y que, si no lo hacemos, ella…

—Bill, amigo mío —interrumpió Glodstone exasperado—. Pareces incapaz de meterte en esa cabeza dura que las cosas raras veces son lo que parecen ser. Por ejemplo, fíjate en su letra.

—A mí no me parece mala —dijo Peregrine—. Es un poco temblona, pero si acaban de torturarla es natural, ¿no? Quiero decir que si le han arrancado las uñas o han usado atizadores al rojo…

—Dios santo —dijo Glodstone—, lo que intento explicarte es que la Comtesse puede haber escrito con letras temblona con la intención de indicarnos que aún tiene problemas.

—Sí —dijo Peregrine—. Y los tiene, ¿no? Van a matarla si nosotros no regresamos a Dover. Es lo que dice ella.

—¿Pero es lo que quiere decir? Y no me digas «Sí…» bueno, no importa. Ella escribió esa carta bajo presión. De eso estoy seguro. Además, si podían asesinarla impunemente, ¿por qué no lo han hecho ya? Algo ha cambiado. En todos sus

mensajes anteriores, la Comtesse me decía que quemase la carta, pero en éste no lo dice. Y hay otra clave. Ella quiere que sigamos. Desviaremos hacia nosotros el fuego. Saldremos en cuanto oscurezca y tomaremos la carretera por la que habríamos ido si no hubiésemos leído esta carta.

Glodstone se levantó; salió al pasillo y se dirigió al baño con una caja de cerillas. Volvió a la habitación muy animado y se encontró a Peregrine mirando por la ventana.

—Oiga, Patton —murmuró—, estoy seguro de que nos están vigilando. Hay en la esquina un franchute y estoy seguro de que le he visto antes en algún sitio.

—¿Dónde? —preguntó Glodstone mirando a la calle.

—No sé. Pero se parece a alguien que conozco.

—No me refiero a eso —dijo Glodstone—. Quiero decir ¿dónde está?

—Se ha ido —dijo Peregrine—. Pero ha estado todo el día rondando por ahí.

—Bien —dijo Glodstone, con una sonrisa malévola—. Iremos bien prevenidos. Esta noche nos seguirán, así que iremos armados. Me gustaría saber lo que tiene que explicarnos ese espía. Si vuelves a verle otra vez, dímelo.

Pero Slymne no volvió a aparecer. Había tenido un día abrumador y le dominaban unos sentimientos particularmente agresivos contra los escritores de novelas de aventuras. Aquellos majaderos deberían probar suerte, aprender lo que era andar deambulando por ciudades francesas fingiéndose campesinos e intentando vigilar un hotel antes de escribir tantas bobadas sobre tales cosas. Le dolían los pies, hacía un calor tremendo y había bebido más tazas de café de las necesarias para el buen funcionamiento de su sistema nervioso. Le habían mandado largarse varios tenderos cansados de que un tipo de aire furtivo con gafas oscuras y boina pasara media hora seguida contemplándoles. Había tenido también el problema de tener que evitar la calle del hotel, lo cual significaba tener que bajar por una calleja trasera, seguir por otra calle y subir luego por una tercera para observar desde distintas esquinas. En conjunto, Slymne había calculado que en el curso del día había recorrido más o menos unos veinticinco kilómetros. Y, pese a tanto trabajo, sólo había conseguido enterarse de que Glodstone no había abandonado el hotel o que, si lo había hecho, no había utilizado el Bentley.

Y era el Bentley lo que más le interesaba a Slymne. Mientras vagaba por las

calles o contemplaba tan amenazadoramente los escaparates de las tiendas, su mente, estimulada por el exceso de cafeína, intentaba idear medios de seguir a aquel coche sin tenerlo a la vista. En los libros era muy fácil. La realidad era, de nuevo, una cosa muy distinta. Por otra parte, si él pudiese al menos lograr que el Bentley tuviese que detenerse en algún sitio solitario, Glodstone tendría que abandonar el coche e ir en busca de ayuda. Slymne recordó la vez que un alumno de Groxbourne muy emprendedor, un chico de catorce años, había metido una patata por el tubo de escape del coche del profesor de arte, con tan buena fortuna que éste había tenido que avisar a un remolque y fue preciso desmontar el motor hasta que encontraron al fin la causa. Y se había comentado también lo del coche de otro profesor que habían destrozado antes de la guerra echándole azúcar en el depósito de gasolina. Inspirado por estos recuerdos Slymne entró en un café y pidió un calvados. Bajo su influencia, y la del siguiente, invirtió el orden de prioridades. Si Glodstone partía de nuevo hacia el sur, Slymne podría llevarle la delantera siguiendo por las vías principales. Pero no en el Cortina. Un vistazo a la matrícula lo echaría todo a rodar.

Slymne abandonó el café en busca de un garaje, donde pudiera alquilar un coche. Cuando lo encontró, cambió el equipaje del Cortina a un Citroën, compró dos kilos de azúcar, luego un kilo de clavos, varias latas grandes de aceite en varios garajes y luego aparcó cerca del hotel. Si Glodstone se ponía aquella noche en marcha, tendría una sorpresa desagradable. Miró cansinamente el reloj. Eran las nueve en punto. Concedería a Glodstone hasta la medianoche. Pero a las diez y media, el capó del Bentley asomó cautamente por la puerta del garaje, se detuvo un momento, y enfiló hacia el sur. Slymne le dejó ir y cuando había doblado ya la esquina puso el coche en marcha y salió tras él. Cinco minutos después le vio entrar por la carretera de Anet. Slymne pisó a fondo, poniendo el coche a más de ciento treinta por la N-183; y antes de que Glodstone pudiera haber entrado en la Forêt de Dreux, el Citroën iba seis kilómetros por delante de él.

11

En realidad, no tenía por qué haberse apresurado tanto. Glodstone estaba tomándose las cosas con calma. Se había desviado dos veces por carreteras secundarias y había apagado las luces.

—Es que —dijo— quiero darles una oportunidad de pasar. Han estado esperando para ver lo que íbamos a hacer, y seguro que nos han seguido. Pero no sabrán qué carretera hemos tomado y tendrán que mirar.

—Sí, pero cuando no nos encuentren ¿no vigilarán en las carreteras por delante de nosotros? —preguntó Peregrine, que estaba sacando muy contento los revólveres de sus escondrijos bajo los asientos.

Glodstone negó con un gesto.

—Más tarde quizás, pero por el momento supondrán que estamos viajando deprisa. Quiero decir, que sería lo que harían si estuvieran en nuestro pellejo. Pero iremos despacio. Y Francia es un país grande. Si nos perdemos aquí, tendrán un millar de carreteras en las que buscar más al sur. Y creo que aquí vienen.

—¿Cómo lo sabe? —cuchicheó Peregrine al pasar un Jaguar a toda velocidad la carretera secundaria. Glodstone puso en marcha el Bentley.

—Porque los faros franceses son amarillos y esos eran blancos —dijo—. Y si no me equivoco, nuestro inglés de Calais es el enlace. Es muy probable que también él esté fuera de toda sospecha. Algún miembro rico del foro que pertenece al club White's y que se mueve en los mejores círculos. En fin, un Jaguar puede ser demasiado ostentoso en Londres, pero va muy bien en Francia por la velocidad.

Y con esta agradable invención, Glodstone enfiló la carretera con el Bentley y partió tranquilamente tras las luces traseras que se alejaban.

Slymne completó sus preparativos en la Forêt de Dreux. Había elegido el final de una recta larga con una curva larga al final, para la emboscada. Había aparcado el coche en un sendero que no se veía desde la carretera y se disponía a

derramar una lata de aceite en la carretera en cuanto viese los faros del Bentley. Era una medida desesperada, pero Slymne era un hombre desesperado y algo borracho y el recordar que le llamaban Slimey le había infundido una lúgubre resolución. Había que detener a Glodstone, y rápidamente. Mientras esperaba, Slymne hizo algunos cálculos más. El Bentley reduciría velocidad antes de entrar en la curva, luego llegaría al aceite, resbalaría y patinaría. Slymne consideró cuál sería su paso siguiente, y decidió que un tronco cruzado en la carretera sería de gran ayuda. Encontró un tronco caído y, en el momento en que acababa de cruzarlo en la carretera aparecieron las luces de los faros. Slymne vació la lata de aceite y cruzó la carretera para colocarse en lugar seguro. Allí permaneció echado en el bosque, esperando a su hombre.

Pero, en realidad, se había equivocado. No era un hombre sino toda una familia, el señor y la señora Blowther, de Cleethorpes, y sus dos hijos, que estaban gozando del privilegio que otorgaban las rectas carreteras francesas de poder viajar a casi ciento cincuenta kilómetros por hora en su flamante Jaguar cuando llegaron a la mancha de aceite. Por un instante siguieron su camino. Fue un breve respiro. Al cabo de un segundo, el coche inició el patinazo, el señor Blowther, bajo la falsa impresión de que le habían reventado los dos neumáticos delanteros, pisó el freno a fondo. El Jaguar giró como un derviche danzante hasta que tropezó con el tronco y luego dio un salto mortal en el aire. Cuando aterrizó, sobre el techo y con un crescendo de cristales rotos y metal rajado, Slymne comprendió que había cometido un error espantoso y corría ya hacia el coche. O lo intentaba. Tras el resplandor de los faros ahora destrozados, el bosque resultaba negro como el carbón y se había llenado de un extraordinario número de agujeros, matorrales espinosos y árboles invisibles. Cuando pudo divisar el coche accidentado de más cerca, los Blowther, aún milagrosamente vivos, salían arrastrándose por el parabrisas y daban rienda suelta a sus sentimientos ultrajados. El señor Blowther, convencido de que el tronco caído había sido la causa de la catástrofe, se mostraba particularmente vehemente con los malditos guardabosques franceses y con los abetos, y sólo se contuvo cuando la señora Blowther, más maternalmente, empezó a decir quejumbrosamente que había que salvar a los niños y que se ahorrase aquellos comentarios.

—¿Ahorrar dices? ¿Ahorrar? —gritó su esposo aún demasiado ensordecido para oír claramente—. Desde luego que tendremos que ahorrar. Diez años de ahorro necesitaremos para comprar otro Jaguar. Porque no te creas que ese montón de chatarra estaba totalmente cubierto con el seguro. Sólo estaba asegurado contra terceros. Y has de saber que el único tercero es ese tronco de abeto.

En la espesura, temblaba el auténtico tercero. No sólo se había equivocado de coche sino que acababa de recordar dónde se había dejado las latas de aceite. Se las había dejado en el bosque, llenas de huellas dactilares. Slymne regresó al bosque con bastante más éxito ahora que ya no tenía los ojos cegados por el brillo deslumbrante de los faros, y había recuperado las latas cuando apareció el Bentley. Slymne se deslizó entre la maleza y rezó porque emulase al Jaguar. Pero frustró sus esperanzas el señor Blowther, que corrió hacia la curva e intentaba hacer señas al Bentley para que se detuviera cuando se encontró con la capa de aceite. Braceó frenéticamente un instante hasta perder el equilibrio y caerse. Cuando se había puesto ya de pie cuatro veces y había caído tres y había rodado hasta la cuneta, su aspecto ya no inspiraba confianza. Hasta Slymne lo advirtió. Evidentemente a Glodstone, dadas sus sospechas, causaría peor impresión. Frenó el Bentley y se quedó mirando receloso al señor Blowther.

—No se mueva —le gritó—. Tenga en cuenta que le tenemos cubierto.

El señor Blowther se ofendió.

—¿Moverme, dice? —gritó—. Debe estar usted loco de remate. Pero si no puedo ni soplar sin caerme de culo. En cuanto a lo de que estoy cubierto, no sé cuál será su opinión al respecto, pero yo tengo la sensación de haberme transformado en un árbol de Navidad. Maldito acebo…

—Basta ya —gritó Glodstone, para quien el norteño acento rural del señor Blowther sólo probaba que se trataba de un gángster y que todo aquello era una trampa—. Ponga las manos en alto y retroceda. Y recuerde que si da un paso en falso es hombre muerto.

El señor Blowther contempló fijamente la oscuridad que había tras los grandes faros, incrédulo.

—Escuche, amigo —dijo—. Si cree usted que voy a levantar las manos y a intentar dar un paso por este suelo resbaladizo y no ser hombre muerto, está usted listo.

—Contaré hasta diez —dijo Glodstone lúgubremente—. Uno, dos…

Pero el señor Blowther estaba harto ya. Había tenido un accidente automovilístico espantoso y ahora se encontraba en una pesadilla inexplicable. Caminó. Para ser más exactos, se deslizó lateralmente y aterrizó sobre un hombro, antes de rodar otra vez a la cuneta. Al desaparecer en ella, el Bentley penetró en la

cancha de aceite y empezó a patinar a derecha e izquierda, desapareciendo en la curva. Gracias a esta oscilación y balanceo errático de los faros, Glodstone se ahorró la visión del destrozado Jaguar entre los árboles y de la afligida señora Blowther buscando su bolso entre el desastre y un pañuelo con el que sonarle los mocos a un pequeño Blowther. Todas sus energías se concentraban en mantener el Bentley en la carretera.

—Dios santo —dijo, cuando el coche se estabilizó al fin—. Hemos corrido un grave peligro. Esto nos demuestra la clase de puercos con los que tenemos que vérnoslas.

—¿Cree que vendrán detrás de nosotros? —preguntó Peregrine esperanzado, acariciando el revólver.

—Por supuesto —dijo Glodstone—. Pero les daremos su merecido. Hay un cruce ahí cerca y voy a desviarme a la izquierda. De ahora en adelante, seguiremos sin detenernos toda la noche.

Tras ellos, Slymne se debatía con dos latas de aceite vacías y con su conciencia. Por las vehementes manifestaciones del señor Blowther y las quejas de la señora Blowther de que su marido utilizase semejante lenguaje delante de los niños, había deducido que, aunque era responsable del destrozo de un magnífico coche, los ocupantes se las habían arreglado para salir ilesos. Era un pequeño consuelo. Indudablemente, acudiría la policía y le sería extremadamente difícil explicar su presencia allí y la posesión de las latas de aceite, dos kilos de azúcar y gran cantidad de clavos. Peor aún, tenía el papel de cartas con el timbre heráldico y las notas que había tomado de la prevista aventura de Glodstone en su maleta. Dadas las circunstancias, lo más prudente parecía ser desaparecer lo antes posible de allí.

Protegido por la discusión de los Blowther, volvió al Citroën, guardó las latas en el maletero y, conduciendo sin luces, siguió la carretera guiado por el hueco de cielo nocturno entre los árboles. Quince kilómetros más allá, limpió las latas de aceite de huellas dactilares, las tiró al río desde un puente y enterró el pañuelo en una zanja. Para asegurarse aún más, tiró también al río el azúcar y recorrió kilómetro y medio antes de deshacerse de los clavos. Por último, quemó el resto del papel timbrado y de los sobres y volvió a Mantes, pensando en tratados de extradición. Por primera vez en su vida, Slymne era decididamente contrario a ellos. Era también decididamente contrario a seguir en Francia. Fuese lo que fuese lo que pudiera encontrar Glodstone cuando llegara al Château y aunque aún

tuviera en su poder las cartas falsificadas, Slymne no tenía ninguna intención de pasar varios años de su vida en una prisión francesa por destrozar un coche y poner varias vidas en peligro. Lo más prudente parecía ser dejar el Citroën en el garaje y correr a toda velocidad camino de Calais en su Cortina. Con un poco de suerte, podría cruzar el Canal y sentirse seguro en Ramsgate antes siquiera de que la policía iniciara sus investigaciones. Y así pues, Slymne entró furtivamente en Mantes y pasó el resto de la noche intentando dormir algo en el patio de un garaje de coches de alquiler. A las ocho de la mañana, estaba de nuevo en la carretera camino de Calais.

Mucho más al sur, el Bentley seguía recorriendo kilómetros. Glodstone se detuvo por fin a un lado en una carretera secundaria y bostezó.

—Parece que les hemos perdido —dijo Peregrine, que se había pasado toda la noche mirando por la ventanilla de atrás, con la esperanza de poder disparar contra sus perseguidores.

—No es lo único perdido —dijo Glodstone lúgubremente, mirando el mapa —. Supongo que podremos determinar nuestra posición cuando lleguemos al próximo pueblo. De todos modos, aún no nos hemos salvado de la quema.

—¿De veras? —dijo Peregrine, entendiendo demasiado literalmente sus palabras, alarmando así a Glodstone—. Pero nosotros podemos ver en millas a la redonda y ellos no saben dónde estamos.

Glodstone sacó una pipa y la encendió.

—Pero saben a dónde nos dirigimos —dijo—. Y si yo estuviera en su pellejo, concentraría mis fuerzas en las carreteras que llevan al Château. Quiero decir que no perdería más tiempo investigando cuando es evidente a dónde nos dirigimos.

Extendió el mapa en la hierba y se arrodilló junto a él.

—Bien, aquí está el Château y, como ves, está endemoniadamente bien emplazado. Hay cinco carreteras que llevan a Boosat, pero sólo una que va del pueblo y pasa por el Château. La desviación para llegar tiene que partir de esta carretera y, por el aspecto del terreno, yo diría que sale de aquí. Pero primero tiene que cruzar un río y eso significa un puente. Eso indica que sólo tienen que vigilar la carretera que va de Boosat hacia el norte y de Frisson hacia el sur y vigilar el puente para tendernos una trampa. En suma, si vamos por ahí, estaremos a su merced. Así que no iremos. En vez de esa ruta, iremos hacia el sur por esta

carretera de aquí hasta Floriac. Queda a unos treinta kilómetros con terreno de montaña deshabitado en medio y sin ninguna carretera a Boosat. Si podemos encontrar una base en algún sitio de por allí, podremos viajar a pie hasta estos altos de aquí que dominan el Château. Puede que los tengan vigilados, pero lo dudo. De todos modos, tendremos que actuar con cautela y con mucha calma. Y ahora, vamos a desayunar algo. Después, lo dejaremos por hoy y descansaremos algo.

Peregrine volvió a subir al Bentley y sacó la cocina de gas de campo y el cesto; y, después de desayunar, Glodstone estiró un saco de dormir.

—Nos turnaremos para vigilar —dijo—. Y recuérdalo, si alguien se detiene, despiértame. Y deja de jugar ya con esos malditos revólveres. Guárdalos. No debemos llamar la atención.

Mientras Glodstone dormía tumbado en los asientos traseros del Bentley, Peregrine montaba guardia. Pero la carretera era poco más que una senda y el campo llano y tranquilo y no pasaba nadie. Sentado en el estribo, Peregrine dormitaba bajo el sol matutino y se sentía sumamente feliz. Por la mente de una persona menos literal podría haber cruzado la idea de que sus sueños se habían hecho realidad; pero Peregrine había aceptado los sueños como realidad desde su más temprana infancia y no tenía ningún vacío que cubrir. De todos modos, se sentía emocionado y dotaba al paisaje que le rodeaba de peligros ciertamente inexistentes. A diferencia de los héroes de Glodstone, románticos y nacidos de la nostalgia, los de Peregrine eran más modernos. Sentado allí en el estribo, no era Bulldog Drummond y Richard Hannay, sino Bond y El Chacal; un hombre con licencia para matar. Incluso una vaca que le miró por una cerca pareció advertir el peligro y retrocedió y se puso a pacer más en el interior del prado, en un lugar más seguro.

Así transcurrió la mañana, Glodstone roncando en el saco de dormir y Peregrine examinando el mundo en busca de oportunidades de matar. La tarde le correspondió a Glodstone. Apoyado en la puerta y chupando la pipa, planeó su campaña. Una vez hallada la base, necesitarían suministros suficientes para mantenerse lejos de las carreteras y de los pueblos durante semanas si fuera necesario. Sacó un cuaderno, hizo una lista y luego, decidiendo que aquellas compras había que hacerlas lo más lejos posible de Château, despertó a Peregrine y se dirigieron a la población más próxima. Cuando salieron de ella, la parte de atrás del Bentley estaba llena de latas de comida, botellas de agua mineral, un botiquín de primeros auxilios bien surtido y una cuerda de nylon extraordinariamente

larga.

—Y ahora que estamos bien preparados —dijo Glodstone, parando para estudiar de nuevo el mapa—, daremos una gran vuelta hacia el sur, para que nadie pueda sospechar cuál es nuestro destino. Si alguien preguntase, vamos a pasar unas vacaciones haciendo montañismo en los Pirineos.

—Con todas esas linternas y velas creo que sería mejor decir que somos espeleólogos —dijo Peregrine.

—Sí, sería mejor esconder todo eso. ¿Qué más? Necesitaremos una buena reserva de gasolina para llegar hasta allí y poder salir luego sin tener que utilizar los garajes de la zona. Y para eso necesitaremos dos grandes latas de reserva.

Aquella noche, cogieron de nuevo la carretera, pero esta vez su ruta fue más hacia el este y por un paisaje más inhóspito y deshabitado que todo lo que habían visto hasta entonces. A las cuatro de la mañana, Glodstone consideró que ya se habían alejado lo suficiente para poder volver hacia el Château sin peligro.

—Estarán vigilando las carreteras norte-sur —dijo—. Pero nosotros llegaremos por el este, y además, la carretera de Floriac queda fuera de la ruta habitual.

Así era. Mientras el sol salía tras ellos, subieron una colina y contemplaron un vallecito boscoso tras el cual ascendía toda una panoplia de robles y añosas hayas hacia una sierra. Glodstone paró el Bentley y sacó los prismáticos. Abajo en la carretera no había signo alguno de vida y no pudieron localizar ningún tipo de vivienda entre los árboles.

—Bien, ahora ya tenemos nuestra ruta de entrada y de salida segura, y, si no me equivoco, allá abajo hay un camino que podríamos utilizar.

Soltó el embrague y el Bentley avanzó casi silenciosamente. Cuando llegaron a la desviación, Glodstone frenó.

—Baja y echa un vistazo a ese camino —dijo—. Mira a ver si lo han utilizado últimamente y hasta dónde llega por el bosque. Yo creo que se dirige hacia el Château Carmagnac.

Peregrine bajó del coche, cruzó la carretera y se internó entre los árboles con una pericia silenciosa que había aprendido del mayor Fetherington en el curso de

supervivencia de Gales. Volvió con la noticia de que el camino estaba casi cubierto de yerba y terminaba en un claro.

—Hay un viejo aserradero, pero está medio derruido y hace siglos que nadie va por allí.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Glodstone.

—Bueno, si ha ido alguien desde luego no ha sido en coche —dijo Peregrine —. Hay árboles cruzados en el camino y nadie los ha movido para pasar. No es difícil, porque no son pesados, pero juraría que llevan un par de años ahí.

—Magnífico. ¿Y hay sitio para dar la vuelta?

—De sobra, en el aserradero. Hay una camioneta vieja oxidándose, a la entrada, y podemos dejar el Bentley en un cobertizo que hay detrás.

—Creo que de momento nos servirá —dijo Glodstone y enfiló el camino con el Bentley.

Estaba cubierto de yerba, tal como había dicho Peregrine, y los dos árboles caídos eran lo suficientemente ligeros para poder retirarlos y volver a colocarlos luego en su sitio. Cuando llegaron al aserradero abandonado, Glodstone se convenció. Imperaba en el lugar, en los edificios casi en ruinas con la maquinaria oxidada, una atmósfera de prolongado abandono.

—Ahora que estamos aquí, utilizaremos el camino lo menos posible y recorreremos el resto a pie. Ahí es donde tenemos ventaja. Los puercos de esta clase, no saben andar por el monte y no les gusta dejar el coche. De cualquier modo, hemos llegado aquí pasando inadvertidos y, de momento, estarán muy ocupados vigilando las carreteras y esperando ver pasar un Bentley. Creo que seguirán así durante un par de días y que luego empezarán a pensar otra vez. Pero para entonces, nosotros ya habremos examinado el terreno y estaremos en condiciones de actuar. No sé qué haremos en concreto, pero cuando caiga la noche quiero estar en un lugar desde el que pueda observar el Château.

Mientras Peregrine descargaba las cosas del Bentley y las apilaba en lo que evidentemente había sido el despacho del director, Glodstone examinó los otros edificios y se convenció de que el lugar estaba tan desierto como parecía. No había indicios de que alguien hubiera visitado el aserradero desde que lo habían cerrado. Hasta las ventanas del despacho estaban intactas y había un calendario colgado de

la pared en el que se veía un gatito presuntamente muerto hacía mucho y un jarrón de flores marchitas, con la fecha de agosto de 1949.

—Lo cual indica —dijo Glodstone— que ni siquiera la gente de por aquí viene.

Lo mejor de todo fue el descubrimiento del gran cobertizo que había detrás de la vieja camioneta. Sus puertas de hierro corrugado estaban oxidadas en los goznes, pero empujándolas fue posible guardar el Bentley y, una vez cerradas las puertas, nada indicaba que el lugar estuviera habitado de nuevo.

—De todos modos, es mejor que uno de los dos duerma junto al coche —dijo Glodstone—. Y de ahora en adelante, iremos armados. No creo que nos molesten, pero estamos en territorio enemigo y sería una estupidez estar desprevenidos.

Y tras este sobrio comentario, cogió el saco de dormir y se metió en el despacho, mientras Peregrine se acomodaba junto al Bentley, con el revólver brillando confortadoramente a la luz del sol que penetraba por una rendija de la puerta.

12

Glodstone no estuvo en condiciones de salir hacia el Château hasta media tarde.

—Tenemos que estar preparados para cualquier eventualidad y eso significa no dejar nada al azar —dijo—. Y si por alguna razón nos vemos obligados a separarnos, hemos de procurar llevar encima cada uno raciones de hierro[4] suficientes para una semana.

—Ya entiendo por qué se les llama raciones de hierro —dijo Peregrine mientras Glodstone metía otras cinco latas de carne en la mochila. No prestó atención al comentario. Sólo cuando acabó e intentó levantar su propia mochila captó plenamente el sentido del comentario. Por entonces, cada mochila contenía diez latas de alimentos variados, una linterna con dos pilas de repuesto, camisas y calcetines, un hornillo de gas, munición para los revólveres, un cuchillo del ejército suizo con artilugios para sacar piedras de los cascos de los caballos y, más razonablemente, para abrir botellas. Fuera, llevaban un saco de dormir y una lona de la que colgaba una cacerola de excursión, una botella de agua, una brújula y un mapa de la zona con una funda de plástico. Hasta los bolsillos llevaban llenos de útiles de emergencia: en el caso de Peregrine, cuatro libras de chocolate, y en el de Glodstone, una botella de coñac y varias latas de tabaco de pipa.

—Creo que eso es todo —dijo, hasta que se acordó del Bentley. Desapareció en el garaje y salió diez minutos después con las bujías.

—Tenemos que asegurarnos de que nadie nos lo robe. No es que sea probable que lo encuentren, pero es mejor no correr riesgos.

—No sé si podremos con tantas cosas —dijo Peregrine, que apenas si había conseguido echarse la mochila a la espalda y recibía el suplemento de un rollo de cuerda de nylon en torno a la cintura.

—Bobadas. Tenemos que estar un tiempo en el campo y hemos de tenerlo en cuenta —dijo Glodstone, e inmediatamente lo lamentó. Su mochila pesaba increíblemente y sólo apoyándola en un bidón de aceite oxidado pudo echársela a

la espalda. Apenas podía caminar. Impulsado por el peso, se vio lanzado involuntariamente hacia adelante; avanzó, tambaleándose, agobiado por la carga y por la idea de que no podía ser el primero en renunciar. Al cabo de media hora, había cambiado de idea; se había parado ya dos veces, aparentemente para comprobar la dirección con la brújula y consultar el mapa.

—Yo diría que estamos a unos veinte kilómetros al suroeste —dijo laboriosamente—. A este paso, tendremos suerte si llegamos antes de que oscurezca.

Pero Peregrine mostraba un punto de vista más optimista.

—Siempre puedo adelantarme yo siguiendo una ruta más fácil. En realidad, veinte kilómetros no es mucha distancia.

Glodstone prefirió guardarse lo que pensaba. En su opinión, veinte kilómetros con aquella carga de artículos diversos a la espalda, por aquel terreno diabólicamente boscoso y empinado equivalían a setenta y cinco por terreno llano; y el que no encontrasen sendero de ningún tipo, aunque por un lado fuera tranquilizador, por otro era terriblemente embarazoso. Y la evidente preparación física de Peregrine y la facilidad con la que subía cuestas empinadas y se abría paso entre la maleza, no ayudaba gran cosa. Glodstone se debatía jadeante, se arañaba y se golpeaba con las ramas de los árboles y Peregrine varias veces le tuvo que ayudar a ponerse de pie. Para colmo de males, como jefe de la expedición no podía quejarse, y sólo yendo él delante podría asegurar al menos que Peregrine no marcase el ritmo. Incluso esta ventaja tenía sus inconvenientes, encarnados en el revólver de Peregrine.

—Aparta ese maldito chisme —gritó Glodstone cuando se le cayó por segunda vez—. Lo que me faltaba ahora es que me pegaran un tiro en la espalda.

—Es que quiero llevarlo en la mano por si nos tienden una emboscada. Dijo usted que teníamos que ir preparados para cualquier cosa.

—Puede que lo dijese, pero nadie sabe que estamos aquí y ni siquiera hay senderos. Creo que podemos suponer que no estarán esperándonos —dijo Glodstone, poniéndose dificultosamente en pie.

Veinte minutos y cuatrocientos metros de ladera boscosa después, llegaron a una planicie seca y rocosa.

—La Causse de Boosat —dijo Glodstone, aprovechando la oportunidad para consultar el mapa y sentarse en una piedra—. Ahora, si alguien nos ve, tendremos que decir que somos excursionistas y que vamos a Frisson.

—Pero Frisson queda allá —dijo Peregrine, señalando hacia el sur.

—Lo sé, pero fingiremos que nos hemos perdido.

—Les parecerá muy raro, ya que llevamos mapas y brújulas —dijo Peregrine —. Pero si usted lo dice…

—Sí —dijo Glodstone con acritud, y se levantó.

Durante la hora siguiente recorrieron la llanura pedregosa; Glodstone se sentía cada vez más irritable. Hacía un calor tremendo y empezaban a dolerle los pies. De todos modos, se obligaba a seguir y hasta que no llegaron a un barranco seco de paredes empinadas no decidió revisar su táctica.

—De nada sirve que lleguemos esta noche al Château —dijo—. Y, de cualquier modo, éste parece un lugar muy adecuado para dejar una reserva de alimentos. Dejaremos aquí la mitad de las latas. Siempre podremos volver luego a buscarlas si las necesitamos.

Se desenganchó la mochila, la dejó caer al suelo y empezó a desatarse las botas.

—Yo no lo haría —dijo Peregrine.

—¿Por qué no?

—Porque el mayor Fetherington dice que si te quitas las botas en ruta se te hinchan los pies.

—¿De veras lo dice? —dijo Glodstone, al que estaba empezando a fastidiarle la constante intromisión del mayor Fetherington, incluso por delegación—. Bueno, la verdad es que sólo voy a estirarme los calcetines. Se me han arrugado dentro de las botas y no quiero que me salgan ampollas.

Con todo eso, no se quitó las botas. Soltó el saco de dormir, abrió la mochila y sacó seis latas.

—Bien, ahora cavaremos un agujero y enterraremos aquí las provisiones de emergencia.

Mientras Peregrine excavaba un agujero en una de las paredes del barranco, Glodstone encendió la pipa y examinó de nuevo el mapa. Según su comprobación habían recorrido sólo unos diez kilómetros, así que les quedaban unos quince para llegar. Y quince kilómetros más por aquel terreno pedregoso en un mismo día le dejarían para el arrastre.

—Seguiremos una o dos horas más —dijo, cuando Peregrine concluyó la operación de enterrar las latas—. Mañana por la mañana, saldremos temprano y estaremos en buenas condiciones para examinar los alrededores antes de que se levante nadie en el Château.

Siguieron otras dos horas por la llanura pedregosa, y lo más amenazador que encontraron fueron unas cuantas ovejas bastante flacuchas. Peregrine dijo que por qué no mataban una de un tiro.

—Así nos ahorraríamos algunas latas y creo que nadie echará de menos una oveja —dijo—. El mayor siempre nos dice que tenemos que vivir sobre el terreno.

—Si estuviera con nosotros ahora, no te diría que te dedicases a matar ovejas —dijo Glodstone—. El tiro se oiría en varios kilómetros a la redonda.

—Bueno, podría degollarla —dijo Peregrine—. Así nadie oiría nada.

—Se pondría a balar como una desesperada —dijo Glodstone—. Y, además, se acabó la discusión. Ni hablar. Tendríamos que cocinarla y verían el humo…

Pero esto a Peregrine no le convenía.

—Podríamos asarla a trozos con las cocinas de gas y así…

—Escucha —dijo Glodstone—, hemos venido aquí a rescatar a la condesa, no a matar ovejas. Así que no perdamos el tiempo discutiendo ese asunto.

Por fin encontraron una hondonada con varios endrinos y matorrales y Glodstone decidió acampar allí.

—No podemos estar ya a más de cuatro kilómetros del río, y desde allí ya podremos ver el Château —dijo, y desenrollaron los sacos de dormir y pusieron

una lata de agua a calentar en una de las cocinas de campaña. Sobre ellos, el cielo crepuscular iba oscureciéndose y ya se veían algunas estrellas. Comieron unas sardinas, calentaron alubias e hicieron café. Glodstone le añadió un poco de coñac, y empezó a sentirse algo mejor.

—No hay nada como la vida al aire libre —dijo, mientras se metía en el saco de dormir y colocaba la dentadura postiza en la taza de café vacía.

—¿No sería mejor que uno de los dos hiciera guardia? —preguntó Peregrine —. En fin, creo que no tenemos que dejar que nos cojan por sorpresa.

Glodstone buscó la dentadura postiza tanteando.

—En primer lugar, nadie sabe que estamos aquí —dijo cuando logró encontrarla y volver a ponérsela—. Y, en segundo, hemos hecho una jornada infernal hoy y necesitaremos todas nuestras fuerzas para cuando lleguemos al Château.

—Bueno, no sé. Sólo hemos recorrido unos dieciocho kilómetros. Y no es para tanto. A mí no me importa hacer la primera guardia. Y puedo despertarle a media noche.

—Yo en tu lugar no lo haría —dijo Glodstone, y volvió a colocar la dentadura en la taza.

Luego se acomodó, e intentó ponerse a gusto para dormir. No resultaba fácil. El suelo era irregular y tuvo que incorporarse de nuevo para sacar varias piedras que había debajo del saco de dormir. Aun así, no lograba conciliar el sueño; permanecía allí tendido con la sensación de tener la cadera apoyada en un pequeño montículo. Se cambió de lado y por fin le pareció sentirse cómodo hasta que empezaron a llegarle las protestas del hombro derecho. Se giró otra vez y apoyó el hombro izquierdo en una piedra. Volvió a incorporarse y la quitó, derribando al mismo tiempo la taza de café.

—Maldita sea —masculló, tanteando con las manos para encontrar la dentadura. Mientras lo hacía, Peregrine, que había estado atisbando recelosamente por el borde de la hondonada, bajó deslizándose hacia él.

—No avance ni un centímetro más —dijo claramente Glodstone.

—¿Por qué?

—Porque se me ha caído la dentadura y no la encuentro —masculló Glodstone, consciente de que su autoridad quedaría erosionada por aquella admisión de un defecto físico y aterrado ante la posibilidad de que Peregrine pisara la dentadura y se la destrozara. Al final, encontró la parte de arriba apoyada en algo sospechosamente parecido a un montoncito de cagarritas de oveja. Glodstone la colocó de nuevo precipitadamente en la taza, tomando nota mentalmente de que debía lavarla con cuidado por la mañana antes de desayunar. Pero la parte de abajo seguía sin aparecer. Cogió la linterna y estaba a punto de utilizarla, cuando Peregrine demostró una vez más su mayor pericia y su visión nocturna diciéndole en un cuchicheo que no la encendiera.

—¿Por qué diablos, si puede saberse? —preguntó Glodstone.

—Porque hay algo que se mueve por allí.

—Será una oveja.

—¿Puedo salir sigilosamente a ver lo que es? Si es uno de esos puercos y le capturamos, podremos obligarle a que nos diga cómo entrar en el castillo y qué es lo que pasa allí.

Glodstone suspiró. Fue un suspiro largo y profundo; el suspiro de un hombre que aún no ha recuperado la parte inferior de su dentadura postiza y sabe que la otra parte, la de arriba, probablemente esté manchada de mierda de oveja, y que además se enfrenta con la necesidad de explicar que era extremadamente improbable que uno de los «puercos» (término que, aunque lo hubiese utilizado muy liberalmente en el pasado, aborrecía ahora) estuviese acechando en una llanura pelada como aquélla en plena noche.

—Escucha —bisbiseó a través de sus peladas encías—. Aunque fuera uno de ellos, ¿qué crees tú que pensarían los otros cuando no apareciera por la mañana?

—Supongo que pensarían que…

—Que estamos muy cerca y que le hemos echado el guante y que nos lo ha contado todo. Así que estarían doblemente de *qui-vive* y…

—¿Cómo dices?

—De vigilancia, hombre. Y lo más importante es que los cojamos por sorpresa.

—No entiendo cómo —dijo Peregrine—. Ellos saben perfectamente que vamos para allá. Recuerde la trampa del aceite en la carretera…

—Lo cual explica que creen que llegaremos por carretera, no por el monte. Ahora cállate de una vez y duerme un poco.

Pero Peregrine había vuelto a asomarse al borde de la hondonada y escrutaba la noche. Glodstone reanudó la búsqueda de la parte de dentadura perdida y al fin la halló cubierta de arena. La echó en la taza y colocó ésta en lugar seguro dentro de la mochila. Se acurrucó luego otra vez en el saco y rezó para que Peregrine le dejara dormir un poco. Pero aún tardó un buen rato en quedarse dormido. Le atormentaba la sensación creciente de que había cometido un error al llevar con él a Peregrine. El ya no era joven y había algo en la destreza y la fuerza de Peregrine y en su maldito conocimiento del terreno que le irritaba. Por la mañana tendría que dejar muy claro quién mandaba allí.

Despertó al cabo de una hora más o menos. El tiempo había cambiado y estaba lloviznando. Glodstone contempló lúgubremente, con su único ojo, la niebla gris y sintió un escalofrío. Estaba tieso y helado y se sintió doblemente agraviado al ver que Peregrine había tapado su saco de dormir con la lona y que había en los pliegues pocitos de agua. En cambio el saco de Glodstone se había mojado, la parte inferior estaba empapada.

—Si sigo aquí más tiempo, mañana tendré una neumonía —masculló y salió del saco, se puso un jersey, se echó la lona sobre los hombros y encendió la cocina de gas. Una taza de café con un poco de coñac le quitó los escalofríos. Torpemente, puso agua en un vaso y se colocó la dentadura; el sabor terroso y algo más que terroso le recordó dónde había estado. Escupió las dos piezas y las lavó lo mejor que pudo. Luego, encogido debajo de la lona, tomó el café y procuró animarse planeando la estrategia que seguiría al día siguiente cuando llegasen al Château.

Era bastante más difícil de lo que había previsto. Todo había ido muy bien en el viaje a través de Francia, eludiendo la persecución; y ahora que estaban tan cerca de su objetivo empezaban los obstáculos y las dificultades. No podían presentarse así por las buenas en la puerta principal y preguntar por la condesa. Tendrían que hacerle saber a ella de algún modo que estaban en las proximidades y esperaban sus instrucciones. Y esto tendrían que hacerlo sin descubrir el juego a nadie más. La frase le hizo detenerse en su razonamiento. «¿Descubrir el juego?» En el pasado, siempre había concebido la gran aventura como un juego; pero ahora, en aquel amanecer frío y húmedo, acurrucado en una hondonada de un

lugar remoto de Francia, la gran aventura adquiría una realidad nueva y más bien inquietante, una realidad que entrañaba la posibilidad auténtica de muerte o tortura y algo más casi igual de alarmante. Por un breve instante, Glodstone percibió intuitivamente que era muy improbable que le hubieran pedido que rescatara a una condesa, a la que no conocía ni había visto jamás, de unos villanos que ocupaban su propio Château. Pero una gota que le bajó por la nariz y cayó en la taza de café puso fin a este breve acceso de perspicacia. Estaba allí, en aquella hondonada. Había recibido cartas de ella y se produjeron dos tentativas de impedirle llegar, una en Dover y otra en el bosque de Dreux. Aquéllos eran hechos indiscutibles y eliminaban toda duda sobre la verosimilitud de la misión.

—Ya no aguanto más —murmuró, y se incorporó. Por el borde de la hondonada barrían la llanura láminas de lluvia ligera que oscurecían el horizonte y conferían al paisaje quebrado un aspecto de «tierra de nadie», tal como Glodstone la había visto en fotografías tomadas en la Primera Guerra. Se volvió y acució a Peregrine.

—Es hora de ponerse en marcha —dijo, y de pronto descubrió horrorizado que le apuntaba el cañón de un revólver.

—Ah, es usted —dijo Peregrine, que, evidentemente tenía el sueño ligero y despertaba instantáneamente—. Es que creí.

—Da igual lo que creyeras —aulló Glodstone—. ¿Por qué tienes que dormir con ese maldito revólver? Podrías haberme pegado un tiro…

Peregrine salió del saco.

—Pero si no lo tenía montado, hombre —dijo, sin la menor sombra de excusa—. Era sólo por si nos atacaban por la noche.

—Bueno, pues no nos atacaron —dijo Glodstone—. En vez de eso, podrías haberme avisado de que estaba lloviendo. Me puse pingando.

—Pero si me dijo que no le despertara. Dijo…

—Sé lo que dije, pero hay una gran diferencia entre ponerse a decir tonterías y confundir a las ovejas con personas y dejarme coger una neumonía…

—Era un cerdo de verdad —dijo Peregrine—. Cuando empezó usted a roncar, pasó por ahí delante y estuve a punto de salir a liquidarlo.

—Bueno, está bien, desayunemos —dijo Glodstone—. Lo único bueno de esta lluvia es que podremos aproximarnos al Château sin que nos vean. Sobre todo si salimos lo antes posible.

Pero descubrieron que lo de acercarse al Château era más fácil decirlo que hacerlo. Cuando llevaban recorridos unos tres kilómetros, terminaba la llanura y había un profundo barranco con las paredes cubiertas de matorrales espinosos. Glodstone se asomó y vaciló. Era imposible bajar por allí.

—Creo que lo mejor será rodear por el norte —dijo; pero Peregrine estaba consultando su mapa.

—Si no me equivoco —dijo, adoptando una expresión que Glodstone consideraba propia y que, en consecuencia, le ofendió—, ya estamos demasiado al norte. El Château queda a unos cuatro kilómetros y medio de aquí en dirección sur-suroeste.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Glodstone, intuyendo que Peregrine le iba a ganar la partida una vez más.

—Porque conté los pasos.

—¿Los pasos?

—Hemos recorrido unos tres mil metros y si hubiésemos ido en la dirección correcta ahora estaríamos en estos bosques de aquí.

—¿Qué bosques? —dijo Glodstone mirando cansinamente a su alrededor.

—Los del mapa —dijo Peregrine—. Están pintados en verde y el río queda justo a continuación.

Glodstone miró el mapa y se vio obligado a aceptar que había bosques frente al Château.

—Debo tener la brújula estropeada —dijo—. Está bien, dirige tú. Pero, por amor de Dios, cuidado y no corras. No podemos arriesgarnos a que nos descubran ahora.

Y tras intentar asegurarse de que Peregrine no iniciaría la marcha a una velocidad imposible, le siguió. Esta vez no hubo errores y al cabo de una hora

habían llegado al bosque que aparecía en el mapa. Fueron subiendo hacia la cima de unos cerros.

—El río tiene que estar al otro lado —dijo Peregrine—. Sólo tenemos que llegar arriba del todo y veremos el Château en frente.

—Sólo… —murmuró Glodstone, desenganchando los pantalones empapados de un zarzal. Pero Peregrine seguía cuesta arriba abriéndose paso entre la maleza con una agilidad felina y una destreza que Glodstone era incapaz de emular. Antes de que llegaran a coronar el cerro, tuvo que recuperar dos veces el monóculo de entre la maleza y, otra vez, Peregrine se quedó de pronto inmóvil y le hizo señas de que hiciera otro tanto y tuvo que quedarse embarazosamente con un pie sobre un montón de ramitas.

—¿Pero qué diablos pretendes? —preguntó en un áspero susurro—. No puedo quedarme aquí a la pata coja como una cigüeña.

—Juraría que he oído algo —dijo Peregrine.

—Otra maldita oveja, supongo —masculló Glodstone; pero Peregrine era inmune al sarcasmo.

—En el bosque no hay ovejas. Son rumiantes. Comen yerba y…

—Sí, tienen dos estómagos. Lo sé muy bien. No he venido aquí a oír una conferencia sobre fisiología animal. Vamos, en marcha.

—Pero usted dijo…

Glodstone posó el pie alzado para poner fin a la discusión y, echando a un lado a Peregrine, prosiguió la subida. Cuando llegó arriba, se detuvo un instante a tomar aliento; pero inmediatamente volvió a quedarse sin él ante la vista que tenía ante sí. Como un templo sagrado al que hubiera llegado al fin, el Château Carmagnac se alzaba en un picacho rocoso a menos de un kilómetro, con la Garganta del Boose en medio. El Château superaba incluso las expectativas de un Glodstone que había consagrado su vida a las más exacerbadas quimeras. Torres y torretas coronadas por tejados como agujas se arracimaban alrededor de un patio abierto, que parecía colgar sobre el río. Una ornada balaustrada de piedra coronaba el despeñadero, y hacia el sur, bajo la torre más grande, había un pasaje abovedado cerrado por dos enormes portones.

Comprendió de pronto que podrían verle desde las ventanas, y se echó al suelo; sacando los prismáticos, escudriñó el lugar en un éxtasis mezclado con una cierta angustia, como si el Château fuese algún espejismo que pudiera desvanecerse en cualquier momento. Pero los prismáticos sólo ampliaron su alborozo. Todo era perfecto en el Château. Colgaban maceteros de geranios de la primera planta, junto con un balcón de piedra; un pequeño mirador se encaramaba en un leve promontorio que dominaba el despeñadero; macetas de naranjos se alineaban a ambos lados de las escaleras que bajaban desde las puertas de una torre redonda, cuyas paredes estaban abiertas a intervalos mostrando una escalera que llegaba hasta el final. En suma, todo era tal como Glodstone se lo había imaginado. Y, mientras observaba, el sol atravesó las nubes y las torrecillas y las losas del patio brillaron a su luz en un tono argentino.

Glodstone dejó los prismáticos y estudió el terreno de los alrededores. Contrastaba, más bien desagradablemente, con el propio Château; mientras éste tenía un aire festivo, no podía decirse lo mismo de su entorno. Para decirlo claramente, todo era lúgubre y pelado, en la misma medida en que el Château era bello y ornamental. Habían plantado unos cuantos nogales canijos, y presumiblemente irrigados para proporcionar una avenida a la parte del camino más próximo a los portones; pero el resto del Château estaba rodeado de terreno pelado que no proporcionaba la menor protección. Y el camino, por su parte, era impresionante. Cortado en la roca hacia el sur del Château, subía culebreando por el despeñadero, en una serie de curvas increíbles que sugerían un afán verdaderamente maníaco por lo espectacular de parte de su diseñador. Por último, para que la llegada por la carretera fuese aún más segura, salvaba el río un puente de madera sin barandilla.

—Muy astutos —murmuró Glodstone—. No hay manera de cruzar ese puente sin que te vean llegar.

Como para demostrar la veracidad de tal observación, una camioneta giró bajo ellos en la carretera y cruzó despacio y ruidosamente las tablas del puente antes de iniciar la ascensión por el sendero excavado en roca en primera. Glodstone vio cómo llegaba a los nogales y desaparecía dando la vuelta por la parte posterior del Château. Se concentró luego esperanzado en la parte norte para ver si localizaba por allí una vía más fácil de acceso. Desde luego, la pendiente era menos perpendicular que la del despeñadero, pero los pocos endrinos canijos que lograban crecer entre las rocas proporcionaban escasa protección. Y las propias rocas no parecían muy de fiar, a juzgar por el número de ellas que habían rodado hasta el fondo y formaban una barrera a lo largo de la orilla del río. Por último,

aunque no menos importante, como un elemento más en la lista de peligros naturales, estaba el propio río. Hacía una curva al pie del precipicio con una corriente sombría y malévola que sugería que era profundo y estaba sometido, además, a peligrosas corrientes.

—Bueno, ya hemos hecho un examen preliminar del terreno —dijo Glodstone a Peregrine—. Ahora lo que necesitamos es establecer un campamento base en un lugar oculto a su vista y meternos dentro algo caliente mientras pensamos cuál será el paso siguiente.

Volvieron arrastrándose tras el borde y hallaron un lugar adecuado para acomodarse entre los helechos. Mientras Peregrine calentaba unas alubias, Glodstone, sentado sobre la mochila, fumaba una pipa y consideraba la situación.

13

Glodstone se pasó todo el día siguiente tumbado al sol, secándose y vigilando el Château.

—Han de tener algún sistema para vigilar los accesos —le dijo a Peregrine—. Y para hacer señales cuando aparece alguien sospechoso; en cuanto lo averigüemos, podremos burlarlo.

—Sí, pero no estamos en la carretera —dijo Peregrine—. Creo que lo más sencillo sería cruzar el río a nado y subir luego por ese despeñadero… ¿qué problema hay?

—Ninguno —dijo Glodstone, cuando consiguió recuperar el habla—. ¿Y cuándo piensas que lo hagamos? ¿A pena luz del día?

—Hombre no, tendríamos que hacerlo después de anochecido.

Glodstone mordió la pipa intentando controlarse.

—Escucha —dijo al fin—, si propones en serio que intentemos escalar lo que parece la cara norte del Eiger en pequeña escala, en plena oscuridad, debes tener menos aún entre las orejas de lo que yo creía. Hemos venido aquí a salvar a la condesa, no a suicidarnos. ¿Por qué crees que el Château está amurallado en tres partes y sólo hay una balaustrada por la parte del río?

Peregrine consideró el asunto detenidamente.

—No creo que sea muy seguro construir un muro alto encima de un despeñadero —dijo—. Quiero decir que con los despeñaderos nunca se sabe, ¿no? Una tía mía de Dorset se compró una casa cerca de un acantilado y ahora no puede venderla porque algunas de las otras se están deslizando hacia abajo, el terreno cede y…

—Al diablo tu maldita tía —dijo Glodstone destrozando una lata de carne con el abridor—. El motivo de que no haya muro de ese lado es que no tienen

necesidad de protegerlo. Sólo a un idiota de remate se le ocurriría intentar escalar ese precipicio.

—Clide lo hizo —dijo obstinado Peregrine.

—¿Clide? ¿Pero de quién demonios me hablas ahora?

—Cuando conquistó Quebec. Fue navegando hasta…

—Wolfe, por amor de Dios. Es que no te acuerdas de nada…

—Está bien, fue Wolfe. Nunca he sido yo muy bueno en historia.

—Sí, ya me he dado cuenta —dijo Glodstone, echando trozos de carne en la cazuela. Pero Peregrine no había terminado.

—De todas formas, en realidad no es un acantilado. Y no tendríamos que empezar desde abajo. Hay un saliente arriba y podríamos llegar hasta él por el camino.

—Claro, y lo habrán dejado sin vigilancia para facilitarnos las cosas, supongo —dijo Glodstone.

—Siempre podíamos ir dando una vuelta por la parte sur y subir luego por allí —continuó Peregrine—. Así bajaríamos al camino desde arriba, en vez de llegar del otro lado. Por ahí no nos esperarían nunca.

—Seguro, eso te lo garantizo —dijo Glodstone, poniendo distraído la cazuela sobre el hornillo y encendiéndolo—. Y si yo estuviera en su lugar, tampoco esperaría que alguien hiciera algo tan estúpido.

—Luego, cuando llegáramos al saliente… —pero se interrumpió y se quedó mirando la cazuela humeante—. Oiga, nunca había visto preparar así la carne. ¿No tendría que revolverla un poco?

Glodstone retiró rápidamente la cacerola del fuego y se quemó la mano.

—Fíjate, mira lo que me he hecho por tu culpa —dijo, lívido.

—No ha sido por mi culpa —dijo Peregrine—. Yo lo único que dije…

—Luego cuando llegáramos al saliente. Eso fue lo que dijiste. Bueno, vamos a dejar las cosas claras. Ni siquiera nos acercaremos a ese saliente. Por ese despeñadero no hay quien suba, y se acabó.

—Yo sólo quería decir que no le dije que se pusiera a preparar la carne de ese modo. El mayor Fetherington nos enseñaba siempre que teníamos que poner las latas en agua caliente y calentarlas así. Primero hay que abrirlas, claro, porque si no luego pueden explotar.

—Y también debió enseñaros, seguro, a escalar los jodidos acantilados en plena noche, ¿no? —dijo Glodstone, volviendo al lenguaje grosero, como válvula de escape para no explotar él también.

—Bueno, pues sí, realmente —dijo Peregrine—. Utilizábamos tampones.

—¿Utilizabais qué? —preguntó Glostone olvidándose momentáneamente de la mano quemada, ante la extraordinaria visión que conjuraba aquella palabra.

—Unos chismes de acero; se clavan con el martillo en la roca —dijo Peregrine.

—Para tu información te diré que se llaman crampones, y se les conoce también con el nombre de garfios de escalada.

—Pues el mayor no les llamaba así. Siempre dice que hay que llamarles tampones, porque si no los clavas bien en la roca, acabas como un tampón usado tú mismo. No sé qué querría decir con eso.

—Yo sí —dijo con tristeza Glodstone.

Estas revelaciones de los repugnantes métodos de enseñanza del mayor estaban afectando de modo negativo a su moral. Había emprendido una aventura para rescatar a una noble dama, y el idilio se estaba convirtiendo ya en una experiencia sórdida y desquiciante. Buscando un cierto alivio temporal, mandó callarse a Peregrine, volvió arrastrándose hasta el punto de observación y repasó las notas que había tomado sobre los ocupantes del Château, según las observaciones realizadas durante el día con el propósito de llegar a descubrir alguna pauta siniestra en sus movimientos.

La camioneta que habían visto subir por el camino a las siete de la mañana, había descendido por él al cabo de veinte minutos. A las doce, había salido a la

terraza un joven en chándal, había dado treinta y ocho vueltas a la misma, y luego se había tocado cincuenta veces la punta de los pies, había hecho veintidós planchas, se había echado de espalda y había levantado los pies en el aire demasiado erráticamente para que Glodstone pudiera seguir la cuenta, y al final había vuelto agotado hacia la puerta de la torre redonda de la derecha, bajo la vigilante mirada de una mujer de buen porte con bata de flores que había aparecido en el balcón de arriba. Glodstone había desviado hacia ella su atención, pero desapareció antes de que pudiera percibir nada siniestro en su apariencia, salvo que tal vez llevara rizadores. A las ocho y media, había salido por la puerta de la torre un viejo con una regadera y había regado, más bien protocolariamente, varios setos de flores, lo que, considerando lo que había llovido durante la noche, a Glodstone le pareció claramente sospechoso.

Pero el interés de Glodstone no se despertó de veras hasta las diez. Salieron entonces a la terraza varios individuos enzarzados en una acalorada discusión. Luego se les unió la mujer que había visto antes en el balcón. La enfocó con los prismáticos y deseó ardientemente que no fuera la condesa. La imaginaba mucho más delicada y vulnerable. En cambio los hombres correspondían plenamente a sus expectativas.

—Hacía mucho tiempo que no veía a un grupo de tipos tan desagradables —le dijo a Peregrine pasándole los prismáticos—. Echa un vistazo a ese cabrón calvo del bigote y los zapatos maricones.

—¿Los qué?

—Los… los zapatos de dos colores. Creo que ése es el jefe de la banda.

—Parece que se está peleando con un puerco de traje gris.

—Seguramente porque nos perdieron en la carretera. No me gustaría cruzarme en su camino.

Peregrine caviló sobre esto.

—Pero no tenemos más remedio —dijo al fin—. A eso hemos venido, ¿no?

—Sí —dijo Glodstone—. Sí, así es. Sólo quería decir… Está bien, no importa. Te lo enseñaba porque me parece un tipo particularmente desagradable.

—Qué lástima que no trajéramos un rifle —dijo Peregrine al cabo de unos

minutos—. Podría haber liquidado a un par de ellos desde aquí sin problema.

—Sin duda. Y revelarías nuestra posición y lo echarías todo a perder. Por amor de Dios, hombre, intenta comprender que no podemos hacer nada que ponga en peligro la vida de la condesa. Cuando actuemos, tenemos que tenerlo todo bien previsto. De lo contrario, está perdida.

—Pero habríamos liquidado también a unos cuantos. Además, no lo olvido.

—Menos mal que no trajimos rifle —dijo Glodstone—. Y ahora, vamos a comer algo. Ellos han entrado, seguro que a comer, y yo también tengo hambre.

Volvieron a la hondonada y se acomodaron y comieron pan francés duro y camembert rancio remojado con vin très ordinaire.

—Cree usted que tienen centinelas apostados… —dijo Peregrine cuando Glodstone encendió la pipa.

—Seguro. Pero no aquí. Deben estar en las carreteras o en el lado más alejado del Château. Allí el terreno es bastante llano y es por donde esperarían un ataque.

—Yo no. Yo…

—No quiero que me lo expliques —dijo Glodstone—. Voy a echar un sueñecito y te aconsejaría que hicieras otro tanto. Nos espera una larga noche.

Se acomodó al sol y se tumbó, mirando el cielo despejado. Si no fuese por el ansia de acción de Peregrine y su preferencia por recurrir a la matanza con cualquier pretexto, se habría sentido absolutamente feliz. Tendría que controlarle. Se fue sumiendo en el sueño con esta idea. Y cuando despertó, se encontró a Peregrine examinando el cañón de un revólver.

—Está perfectamente limpio. Los he engrasado los dos.

Glodstone afirmó su autoridad.

—Mira —dijo—, la expedición de esta noche sólo es una expedición de reconocimiento. Es sumamente improbable que encontremos una vía de acceso fácil. Tenemos que investigar todas las posibles vías de acceso… Sí, ya sé que sólo hay una vía de acceso por donde los nogales. Cállate de una vez y escúchame.

Vamos a averiguar los posibles medios de entrar en el lugar. Y sólo actuaremos cuando hayamos podido elaborar un plan concreto y absolutamente seguro. Tienes que meterte esto en la cabeza.

—Si usted lo dice —dijo Peregrine—. De todos modos, yo había pensado que podríamos…

—No me interesa en absoluto lo que tú pienses. Quien manda aquí soy yo y éstas son las órdenes.

Y, sin esperar respuesta, Glodstone volvió al punto de observación. Aquello haría callarse a aquel imbécil, pensó. Y así fue.

Por la noche, iniciaron la marcha. Peregrine permanecía hosco y silencioso.

—Vamos a ir río arriba —dijo Glodstone—. Tengo la impresión de que encontraremos un vado por ese lado.

Peregrine guardó silencio. Pero cuando al cabo de media hora bajaron la ladera y cruzaron la carretera hasta la orilla, se hizo evidente que Glodstone se había equivocado. El Boose corría lúgubre y se iba curvando hacia el despeñadero, en cuya cima se alzaba el Château recortado contra un cielo iluminado por las estrellas. Ni siquiera la imaginación de Glodstone podía dotar al lugar de algo más romántico que un aire de tétrica amenaza; cuando un coche dobló la curva en la carretera sobre ellos, sus faros iluminaron un instante el río, se sintió francamente aterrado. Los oscuros remolinos de agua indicaban que el Boose era profundo y de corrientes rápidas.

—Bueno, al menos tenemos algo claro —dijo—. Ahora sabemos por qué no están vigilando por este lado. Está demasiado bien protegido. El río se encarga de eso.

A su lado, Peregrine se limitó a gruñir.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Glodstone.

—Usted me dijo que no abriera la boca y que me limitara a escuchar —dijo el chico—. Esas fueron sus órdenes y es lo que estoy haciendo.

—¿Y no estás de acuerdo conmigo, supongo? —dijo Glodstone.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de que es imposible pasar por aquí —dijo Glodstone, e inmediatamente lo lamentó.

—Yo podría cruzar por aquí nadando sin problema, si es eso lo que quiere decir.

—No estoy dispuesto a permitir que corras ese riesgo. Tendremos que intentarlo más allá.

Recorrieron la orilla durante casi un kilómetro y comprobaron que el río se ensanchaba y se hacía más peligroso. Glodstone hubo de admitir la derrota.

—Tendremos que buscar otra ruta río abajo mañana a la luz del día —dijo.

—No entiendo por qué no me deja cruzar nadando con la cuerda —dijo Peregrine—. Podría atarla a algo del otro lado y usted podría pasar sujeto a ella.

—¿Y qué me dices de los revólveres y del equipo de las mochilas? Se mojaría todo.

—No necesariamente. En cuanto pase usted, podría volver yo y pasarlo todo. El mayor…

Pero Glodstone ya estaba harto de los métodos del mayor Fetherington.

—Si consigues cruzar.

—Lo conseguiré —dijo Peregrine, y cogió la cuerda, se la enrolló a la cintura y se metió en el río.

Solo ya, Glodstone se sentó desconsolado en la oscuridad. Para reunir algún valor, concentró sus pensamientos en la condesa. Ella le había advertido que el asunto sería peligroso y era indudable que le había dicho la verdad. Por otra parte, también ella había corrido un terrible riesgo al escribirle. Y además, había apelado a él como caballero, y los caballeros no vacilan ante un simple riesgo. Después de todo, su padre había combatido en Jutlandia, y un tío-abuelo materno suyo había estado en el ataque a Alejandría en 1881. Con esta tradición náutica en la familia, él no podía dejar de cumplir ahora con su deber. Y, en cualquier caso, no podía mostrar el más leve temor ante Peregrine. Ya galleaba bastante sin motivos el muy

bruto.

De todos modos, se sintió claramente decepcionado cuando Peregrine regresó con la noticia de que no había ningún problema.

—Hay un poco de corriente, nada más. Pero es muy fácil si nada corriente arriba, y, de todos modos, tendrá la cuerda.

Glodstone se quitó las botas, ató los cordones de ambas y se las echó al cuello. Lo principal era actuar con rapidez y no pensar. Aun así, vaciló al coger la cuerda mojada.

—¿Estás absolutamente seguro de que no viste nada sospechoso? No podemos permitirnos caer en una trampa.

—No vi nada, sólo rocas y cosas. Y, de todos modos, usted dijo que por este lado no vigilaban porque…

—Ya sé lo que dije. No tienes que andar repitiéndomelo todo el tiempo. Escucha, en cuanto llegue al otro lado te daré un tirón a la cuerda como señal. ¿Has entendido?

—Sí —dijo Peregrine—. Pero, ¿no debería mantener yo la cuerda tensa y atada a algo?

Glodstone no le oyó. Se había lanzado ya al río y estaba experimentando plenamente lo que Peregrine había descrito como «un poco de corriente». Para el modo de pensar de Glodstone (no es que tuviera muchas oportunidades de pensar) aquel majadero no distinguía entre corriente y remolino. Y en cuanto a lo de nadar río arriba… Glodstone, luchando desesperadamente por mantener la cabeza fuera del agua sin conseguirlo (lo de atar las botas y echárselas al cuello había sido un gran error. Las muy condenadas se habían llenado de agua y no hacían más que empujarle hacia abajo), conteniendo el aliento cuando se sumergía y soltando chorros cuando afloraba, se aferraba a la cuerda con todas sus fuerzas, mientras la corriente le arrastraba río abajo a creciente velocidad. Sólo la cuerda le salvó y en el instante en que le llegaba la certeza de que se ahogaría, chocó contra una roca, se vio balanceándose en aguas algo menos turbulentas y sus pies tocaron terreno firme. Se quedó inmóvil unos instantes. Luego se encaramó en un saliente rocoso. El saliente quedaba bajo el agua, pero serviría como asiento y cuanto pudo secarse bien los ojos vio que se encontraba en la base del despeñadero. No le agradaban mucho los acantilados, pero, dadas las circunstancias, eran

infinitamente preferibles a aquel río espantoso. Glodstone se apartó más de él y se incorporó. Al hacerlo, dio un tirón a la cuerda.

Río arriba, Peregrine respondió a la señal. Había tenido ciertas dificultades para encontrar la cuerda en la oscuridad, pero al final la había encontrado. Y ahora Glodstone le indicaba que estaba seguro en la otra orilla. Peregrine tiró de la cuerda. Lo mismo hizo durante un instante Glodstone, pero la perspectiva inminente de verse otra vez arrastrado a aquel infernal torrente, junto con su incapacidad para mantenerse de pie en aquella roca resbaladiza resultaron demasiado para él. Con un gemido, se desplomó y se soltó. Ahora sabía con terrible certeza que nunca debería haber llevado a Peregrine. «Ese maldito subnormal», masculló, pero en seguida se dio cuenta de que su única esperanza era que aquel subnormal comprendiese lo que había pasado. Era una pobre esperanza, pero se aferró a ella tan desesperadamente como a la roca. Como siempre, se equivocaba. Peregrine estaba ocupado ideando un método para transportar los revólveres y las mochilas a la otra orilla sin que se mojaran. Subiendo río arriba se había fijado en algo que parecía un descargadero de basura. Arrastrándose a lo largo de la orilla, hizo una serie de interesantes descubrimientos, entre ellos el del armazón completo de una cama, una cerca de jardín podrida, varias bolsas de plástico llenas de basura, lo que parecía y olía como un perro muerto y, por último, un viejo bidón de aceite. Eso era exactamente lo que necesitaba. Lo sacó del río y estaba a punto de meter en él las mochilas cuando cayó en la cuenta de que no se mantendrían a flote recto si no lo cargaba bien. Después de buscar algunas piedras, volvió otra vez a la carretera y bajó con un bloque de hormigón que señalizaba el margen. Lo echó en el bidón, ató éste a la cuerda, y lo soltó en el agua. El bidón se mantenía recto. Colocó entonces dentro los revólveres y las mochilas, y, asentándolo bien en la orilla, desató la cuerda del árbol.

Al cabo de cinco minutos estaba en la otra orilla.

—Ya está todo —cuchicheó. No hubo respuesta. Se acuclilló y miró hacia la ladera rocosa; se preguntaba dónde se habría metido Glodstone cuando algo se movió y a su izquierda rodó un morrillo grande, seguido de una cascada de piedrecillas. Evidentemente, Glodstone había ido a hacer un reconocimiento. Y, como siempre, estaba haciendo mal las cosas. Regresaría al cabo de uno o dos minutos y, entretanto, tendría que hacer pasar el equipo.

Apoyando la espalda en la ladera y los pies en una roca grande, Peregrine agarró la cuerda y empezó a tirar. Por un instante, parecía que el bidón de aceite se

resistía a sus esfuerzos; luego, con un impulso, entró en la corriente y avanzó entre los remolinos, casi tan deprisa como Glodstone. Desde luego, siguió el mismo curso. Y Glodstone, que acababa de sacar su pipa mojada y estaba chupándola malhumorado, percibió de pronto que un elemento nuevo y posiblemente más peligroso que el propio río había entrado en sus limitados dominios. El bidón golpeó con un sonido metálico la roca en que se acuclillaba Glodstone; sólo echándose a un lado pudo evitar que le destrozara las piernas. Luego, mientras contemplaba furioso aquella última amenaza, el objeto se deslizó corriente arriba, dejándole caviloso y desconcertado. Era evidente que fuese lo que fuese aquello que había intentado matarle, no podría avanzar contra corriente a menos que alguien lo arrastrara… Glodstone captó el mensaje, pero ya era demasiado tarde para agarrar el bidón. En cualquier caso, la idea de que el plan de Peregrine de intentar rescatarle consistía el dejar que pesados objetos metálicos golpeasen el saliente en que se encontraba, indicaba que aquel majadero estaba loco. Manteniéndose bien pegado a las paredes del acantilado, esperó la siguiente intentona. No llegó.

Peregrine sacó el bidón del río, lo descargó rápidamente, desató la cuerda y lo guardó todo entre las rocas. Sólo entonces empezó a preguntarse qué hacer. Si Glodstone se había adelantado, volvería o le avisaría de algún modo para que se le uniese. Pero como los minutos pasaban y no sucedía nada, se le ocurrió una idea nueva y más aterradora. Tal vez Glodstone hubiera caído en una trampa. Le había dicho que no estarían vigilando aquel lado del Château porque estaba demasiado bien protegido, pero eso era justamente lo contrario de lo que el mayor Fetherington le había enseñado. «Recordad esto —les había dicho—, el único lugar en el que no esperéis que ataque el enemigo será precisamente el que elegirá. El secreto de la estrategia es hacer lo que el adversario menos espera.» Pero Glodstone no había enfocado así las cosas. Por otra parte, ¿por qué no habían esperado para capturarle a él también? También para esto encontró Peregrine una respuesta fácil: los puercos habían pensado que Glodstone estaba solo y no sabían que había dos. Además, no sabía moverse por el campo, y se le podía oír a un kilómetro de distancia. Y desde luego había cruzado, porque había dado un tirón a la cuerda.

Con la sagacidad de un predador peligroso, Peregrine se echó el rollo de cuerda al hombro, se metió uno de los revólveres en el cinturón, amartilló el otro y comenzó a ascender lentamente por la ladera. Cada pocos metros se detenía y escuchaba; pero aparte de una cabra que cruzó entre las rocas, no oyó ni vio nada sospechoso. Al cabo de veinte minutos había llegado a la cima y estaba ante el foso seco que había bajo las murallas del Château. A la izquierda, estaba el acantilado,

mientras que a la derecha había una torre de ángulo. Vaciló unos instantes. La idea de subir por el acantilado aún le atraía, pero ahora era demasiado fácil. Estaba ya a punto de dar un rodeo a la torre, cuando encontró lo que quería para hacer una entrada auténticamente peligrosa. Recorría la pared de la torre una tira metálica. El conductor de un pararrayos. Tiró de él para ver si estaba firme y comprobó que la tira de cobre aguantaba. A los cinco minutos, había llegado al pico de la torre y estaba en el tejado. Gateó por él y atisbó el patio. Estaba vacío, pero en algunas ventanas de la primera planta había luz y enfrente de él, bajo el paso abovedado que llevaba a los portones de entrada, brillaba una lámpara sobre los guijarros. Esto eliminaba la posibilidad de bajar deslizándose por la cuerda. Le verían con demasiada facilidad.

Se incorporó y recorrió el tejado hacia la torre y vio que del emplomado salía una trampilla cuadrada en forma de caja. Se arrodilló junto a ella, alzó la tapa y atisbó en la oscuridad. Evidentemente era un medio de acceso al tejado, pero ¿qué había abajo? La abrió más y metió la cabeza por la abertura. Silencio. Abajo no se movía nada; tras escuchar atentamente, sacó la linterna e iluminó el interior brevemente. Examinó el corredor y, sobre todo, unas escalerillas metálicas empotradas en la pared. Apagó la linterna, se apoyó en las escalerillas, cerró la trampilla y descendió. Avanzando con la mayor precaución se deslizó por el corredor hasta una puerta del fondo. Allí se volvió a parar con todos los sentidos alerta; pero el silencio era absoluto. Abrió la puerta y a la luz que llegaba de una ventana entreabierta, vio que se encontraba ante la escalera curvada de una torre.

Manteniéndose pegado a la pared exterior, descendió hasta que llegó a otra puerta. Seguía sin oírse nada. Abrió un poquito la puerta y vio un largo corredor, al fondo del cual brillaba una luz en un rellano. Peregrine cerró la puerta y siguió bajando. Si Glodstone estaba prisionero en algún sitio, estaría en alguna celda de los sótanos. Tal vez la condesa también estuviera allí. En realidad, era donde primero tenía que mirar. Peregrine llegó al nivel del suelo, e ignorando la puerta que daba al patio, siguió las escaleras de bajada. Todo estaba muy oscuro y, tras tomar la precaución de esperar y escuchar de nuevo, encendió la linterna. La base de la torre le había llevado al punto de unión de dos pasadizos. Uno salía por su derecha, bajo el ala este, mientras que el otro desaparecía a lo lejos bajo el cuerpo principal del Château. Peregrine eligió este último y, cuando ya iba hacia la mitad, oyó murmullo de voces en una puerta lateral. Era evidente que las voces no venían de aquella estancia, sino de la que quedaba justo encima. Encendió la linterna un instante y vio que en otros tiempos aquello había sido una cocina.

Había una cocina de hierro negra y vieja y, en medio de la estancia, una gran

mesa de madera cubierta de polvo. Tras ella, un gran fregadero de piedra y una ventana y una puerta que daban a un área hundida. A un lado del fregadero, y sobre el borde murado de lo que parecía un pozo colgaba una cadena. Cubría ahora el pozo una tapa de madera. Peregrine cruzó la habitación, alzó la tapa, enfocó hacia abajo la linterna y vio, muy al fondo, un leve reflejo de luz. Podría ser útil para ocultarse en caso de emergencia, pero, de momento, lo que más le interesaban eran las voces. Comprobó que el sonido llegaba por lo que parecía un pequeño hueco de ascensor del fondo de la cocina. Apagó la linterna y se asomó por la abertura. En la habitación de arriba dos hombres discutían acaloradamente.

—Es que no me entiendes, Jan —decía uno, con acento americano—. El punto de vista que adoptas no está orientado al poder. Pero lo que digo yo es que de las pruebas experimentales irrefutables del pasado, se deduce que no hay ninguna alternativa a la Realpolitik o Machtpolitik, si te gusta…

—No me gusta —dijo un hombre con acento extranjero—. Y tengo motivos para saberlo. Estuve allí, en la batalla del Kursk. ¿Crees que me gustó aquello?

—Claro, claro, supongo que no. Pero lo que pasó allí fue el derrumbe de la Machtpolitik orientada hacia el poder.

—Y tanto que sí —dijo el alemán—. ¿Sabes cuántos Tigers perdimos?

—Dios santo, no estoy hablando desde el punto de vista logístico. Existía una situación de preguerra que estaba desequilibrada.

—Y también un hombre desequilibrado. Eso es lo que vosotros no tenéis en cuenta. La psique humana. Tú sólo puedes ver lo material, el producto deshumanizado y no personalista de una especie económicamente dependiente. Pero nunca impulsos psíquicos que trascienden lo material.

—Eso no es cierto. Yo admito la interdependencia de lo individual y el entorno socioeconómico, pero la base sigue siendo la misma, la persona es el proceso.

El alemán se echó a reír.

—Sabes, cuando te oigo hablar así, recuerdo a nuestro colega soviético. El individuo es libre en virtud de la misma colectividad que le hace no-libre. En tu caso, el colectivo impone al individuo una libertad que éste no desea. En el caso soviético, tenemos el estancamiento del capitalismo de Estado y en el

norteamericano, el caos de la economía de libre empresa. Y en ambos, el individuo está atado con el dogal de los monopolios de poder militaristas, sobre los cuales no tienen ningún control. ¿Y tú lo racionalizas como Realpolitik?

—Sin ella tú no estarías ahí sentado, Heinie —dijo brutalmente el norteamericano.

—Profesor Botwyk —dijo el alemán—, me gustaría recordarle que ninguno de los dos estaría aquí sentado si no hubieran muerto veinte millones de rusos. Le ruego que no lo olvide. En fin, buenas noches.

Salió de la estancia y Peregrine pudo oír durante un rato al otro individuo caminando arriba. No había entendido nada de la conversación, salvo que tenía algo que ver con la guerra. Por fin, el norteamericano también se fue. Bajo él, en el pasillo, Peregrine siguió el sonido de sus pisadas. Giraron hacia la mitad del corredor. Peregrine se detuvo y encendió un instante la linterna. Unos escalones daban a una puerta. Los subió con cautela y abrió la puerta despacio. Había alguien de pie en la terraza y había encendido un puro. Mientras Peregrine observaba, el individuo se alejó. Peregrine se deslizó tras él. Era la oportunidad perfecta para enterarse de lo que le había pasado a Glodstone. En el momento en que el hombre se quedaba contemplando el valle y fumando su puro, Peregrine atacó. Para ser exactos, se lanzó sobre él de un salto y le echó un brazo al cuello, mientras con el otro le retorcía el suyo en la espalda. El puro brilló un instante, y luego se apagó el brillo.

—Si dices una palabra, eres hombre muerto —murmuró Peregrine superfluamente.

Con más humo en los pulmones del que tenía por costumbre inhalar, y con lo que parecía la soga de la horca en forma humana alrededor del cuello, el defensor de la Matchtpolitik estaba por una vez mudo. Se debatió un instante, pero la presa de Peregrine se reforzó.

—¿Qué habéis hecho con él? —exigió en cuanto el otro dejó de debatirse.

La única respuesta del norteamericano fue un acceso de tos.

—Tampoco quiero que tosas —continuó Peregrine, y rápidamente hizo innecesaria por completo la advertencia—. Dime ahora mismo dónde le habéis metido.

—¿Pero a quién, santo cielo? —jadeó el profesor cuando se le permitió respirar de nuevo.

—Lo sabes muy bien.

—Juro que…

—Yo en tu caso no lo haría.

—¿Pero de quién diablos me hablas?

—De Glodstone —murmuró Peregrine—. El señor Glodstone.

—¿El señor Glodstone? —masculló el profesor, al que ahora le zumbaban los oídos por falta de oxígeno—. ¿Quiere que le diga dónde está el señor Gladstone?

Peregrine asintió.

—Pero si está muerto desde hace…

No terminó la frase. La confirmación de que Glodstone había sido asesinado era cuanto necesitaba saber. Con un brazo clavado en la tráquea del profesor Botwyk, empujó a éste contra la balaustrada. El profesor intentó liberarse por un instante, pero fue inútil. Mientras perdía el conocimiento era vagamente consciente de estar cayendo. Era preferible que le estrangularan a uno.

Peregrine le vio caer sin mucho interés. Glodstone había muerto. Uno de los puercos había pagado por ello, pero aún tenía que pensar en la condesa. Con la mente repleta de tópicos espantosos, Peregrine se volvió hacia el Château.

14

Durante la hora siguiente, los ocupantes del Château Carmagnac se vieron sometidos a algunas de las espantosas consecuencias de la educación literaria de Peregrine. El hecho de que fueran una extraña mezcla de ingleses de vacaciones que habían hecho caso de los anuncios del *Lady* ofreciendo unas vacaciones tranquilas *au Château* y un reducido grupo de pensadores internacionales patrocinados por gobiernos profundamente nacionalistas para asistir a un simposium sobre «Distensión o destrucción», aumentaba el consiguiente malentendido. La ausencia de la condesa tampoco ayudó.

—No tengo ni la más remota idea, amigo mío —dijo el señor Hodgson, un comerciante de chatarra de Huddersfield, al que Peregrine había sorprendido en el corredor, intentando localizar el interruptor de la luz.

—¿No sabes por casualidad dónde está el retrete?

Peregrine le golpeó en el vientre con el revólver.

—No te lo voy a preguntar otra vez. ¿Dónde está la condesa?

—Oye, amigo, si supiera dónde está te lo diría. Como no lo sé, no puedo decírtelo. Lo único que quiero es encontrar el retrete.

Peregrine le asestó un golpe y pasando por encima del cuerpo tendido, fue en busca de alguien más informativo. Encontró a Dimitri Abnekov.

—No capitalista. No rublos. No nada —dijo pasando apresuradamente a un inglés abreviado en vez de su norteamericano normalmente fluido, con la esperanza de que esto le identificase más fácilmente como miembro del bando de las masas oprimidas que se expresasen a través de la acción antisocial de Peregrine. Se sentía particularmente vulnerable en pijama.

—Quiero saber dónde está la condesa —dijo Peregrine.

—¿Condesa? ¿Condesa? No sé nada. Condesa basura aristócrata. Debería ser

abolida como en mi país. ¿Sí?

—No —dijo Peregrine—. Tú vas a decirme dónde…

Pero no se lo diría. Estalló en un tropel de palabras rusas y fue recompensado con uno de los golpes especiales del mayor Fetherington, que le incapacitó para decir nada más. Peregrine apagó la luz y salió apresuradamente de la habitación. Fuera encontró al signor Badiglioni, un eurocomunista católico, que sabía sobre terrorismo lo suficiente para tener el buen sentido de lanzarse en tromba por la puerta más próxima y cerrar por dentro. Dio la casualidad de que era la puerta de la habitación de la doctora Hildegard Keister, especialista danesa en terapia quirúrgica para delincuentes sexuales, que estaba cortándose las uñas de los pies con unas tijeras y enseñando una buena porción de muslo, lo que dejó un poco lelo al signor Badiglioni.

—¿Me deseas? ¿Sí? —preguntó la doctora en danés, avanzando hacia él con una amplitud de criterio escandinava que el signor Badiglioni malinterpretó por completo. Balbuciendo frenéticas disculpas, intentó abrir la puerta, pero la buena doctora ya estaba a su lado.

—Hay un terrorista afuera —gimió.

—La sensualidad correspondida es algo natural —dijo la doctora, y le arrastró hacia la cama.

En el corredor, Peregrine se consagraba a una tentativa de diálogo con el pastor Laudenbach, el alemán que había estado en la batalla del Kursk Salient y cuyo pacifismo era, en consecuencia, lo bastante vehemente para que se negara a ceder ante la amenaza de Peregrine de volarle los sesos si no dejaba de decir sus oraciones y le explicaba dónde estaba la condesa. Al final, prevalecieron las convicciones del pastor y Peregrine le dejó completamente ileso.

Tuvo aún menos éxito con su siguiente víctima. El profesor Zukacs, un economista de principios teóricos marxista-leninistas tan estrictos que le habían tenido gran número de años en las prisiones húngaras en beneficio del progreso industrial del país y que había sido enviado a la conferencia con la vana esperanza de que desertara, estaba demasiado acostumbrado a jóvenes con revólveres patrullando por corredores, como para desconcertarse lo más mínimo.

—Yo te ayudaré a encontrarla —le dijo a Peregrine—. Mi padre estuvo con Bela Kun en la Primera Revolución y mató condesas. Pero no suficientes,

¿comprendes? Lo mismo ahora. El aburguesamiento de las masas acaba con la conciencia proletaria. Sólo si…

Les interrumpió el delegado mexicano que asomó la cabeza por la puerta de su dormitorio y manifestó el deseo de que mataran condesas en otro sitio, pues él ya tenía bastantes problemas con el insomnio sin tener que añadirle conciencia proletaria.

—Trotskista —masculló el profesor Zukacs—, lacayo del imperialismo…

Peregrine se alejó de allí y les dejó discutiendo. Hasta para su limitada inteligencia era evidente que la condesa no estaba en aquella ala del Château. Siguió por el corredor y halló un pasadizo a la derecha. Justamente se preguntaba en qué habitación entrar cuando decidieron el asunto por él. Oyó gemidos cerca. Avanzó hacia ellos y se detuvo ante una puerta. Los gemidos ahora eran muy claros. Se oía el rechinar de un somier.

Peregrine no tuvo dificultad alguna para interpretar aquellos sonidos. Alguien, amordazado y atado a una cama, se estaba debatiendo para intentar liberarse. Además, sabía quién era ése alguien. Giró la manecilla de la puerta con sumo cuidado y descubrió sorprendido que estaba abierta. La habitación estaba tan a oscuras como el corredor, y los sonidos eran aún más acongojantes. Era evidente que la condesa estaba sufriendo mucho. Jadeaba y gemía y los gruñidos esporádicos hacían aún más aguda la hondura de su desesperación. Peregrine se acercó silenciosamente a la cama y tendió una mano. La retiró al instante. Prescindiendo de otras posibles peculiaridades físicas de la condesa, una cosa era segura: tenía un trasero notablemente peludo y musculoso. Además, estaba completamente desnuda.

De todos modos, la condesa había captado el mensaje de que llegaba ayuda. Había dejado de brincar en la cama y Peregrine estaba a punto de explicar que iba a sacarla de allí en un santiamén cuando gimió de nuevo y habló.

—Más, más. ¿Por qué te has parado? Estaba llegando…

Peregrine estuvo a punto de decir que no tenía que molestarse más porque estaba allí él y la desataría, cuando oyó la voz de un hombre.

—¿Cuántas manos tienes? —preguntó.

—¿Manos? ¿Manos? ¿Cuántas manos? ¿Es eso lo que me has preguntado?

—Exactamente.

—Ya me lo pareció —murmuró la mujer—. En un momento como éste te pones a hacerme preguntas tontas… ¿cuántas manos te crees que voy a tener, tres?

—Sí —dijo el hombre—. Y una de ellas fría y callosa.

—¡Vaya, callosa! Lo único calloso y grosero que hay aquí eres tú. Debería haberme dado cuenta. Anda, vamos, querido, déjate de tonterías y no pares.

—Está bien —dijo el hombre dubitativamente—. De todos modos, yo juraría que…

—No seas chiflado, querido. Venga, sigue.

Comenzó de nuevo el rechinar de los muelles del somier, aunque esta vez acompañados de unos gruñidos bastante menos entusiastas del hombre y de frenéticas súplicas pidiendo más y más por parte de la mujer. Acuclillado en la oscuridad junto a la cama, Peregrine comprendió confusamente que, por primera vez en su vida, estaba presenciando un acto sexual. No sabía qué hacer. Sólo estaba seguro de que no podía tratarse de la condesa. Las condesas no se retorcían y gemían por las camas con hombres peludos que se ponían a moverse encima de ellas. De todos modos le interesaba ver lo que hacían, pero no podía quedarse allí estando en peligro la vida de la condesa. Al incorporarse, la esterilla se deslizó bajo él y resbaló. Para no caerse, tendió una mano y esta vez agarró la rodilla alzada de la mujer. De la cama surgió un ahogado grito y cesaron los movimientos. Peregrine se fue a toda prisa de puntillas hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre.

—Manos —balbució la mujer—. ¿Dijiste manos?

—Dije una mano.

—Te creo. Acaba de agarrarme la rodilla.

—Pues no era mía.

—Lo sé. ¿Dónde está el interruptor? Enciende la luz.

Su voz había adquirido ya un tono histérico, así que Peregrine tanteó

buscando el pomo de la puerta y tropezó con un jarrón. El ruido de porcelana rompiéndose se sumó al escándalo.

—Déjame —gritaba la mujer—. Tengo que salir de aquí. Hay algo espantoso en esta habitación. Oh, Dios mío. ¡Alguien tiene que hacer algo!

Peregrine lo hizo. No pensaba quedarse escuchando aquellos chillidos. Encontró la puerta y salió rápidamente al corredor. Tras él, a los gritos de la mujer se habían sumado los de su amante.

—¿Cómo demonios voy a hacer algo si tú no me sueltas? —gritaba.

—¡Socorro! —gritaba la mujer.

Mientras a lo largo del corredor se abrían puertas y se encendían luces, Peregrine desaparecía al fondo y se lanzó por una gran escalera de mármol abajo hacia la luz desvaída que iluminaba la salida al exterior; tropezó en su huida con el delegado inglés, Sir Arnold Brymay, que había estado intentando dar con algún argumento racional para rebatir la tesis de todos los demás delegados de que el papel colonial de Inglaterra en el Ulster era tan negativo para la paz del mundo como la cuestión del Oriente Medio, las intervenciones de Estados Unidos en América del Sur y las de Rusia en Afganistán y Polonia, temas sobre los cuales no había el mismo acuerdo. Como en realidad era especialista en medicina tropical, no había podido dar con el argumento adecuado.

—Pero qué diablos… —comenzó a decir cuando Peregrine tropezó con él, pero Peregrine esta vez estaba decidido a obtener una respuesta clara.

—¿Ve esto? —dijo metiéndole el revólver bajo la nariz, con una ferocidad que no dejaba la menor duda sobre lo que era—. Pues bien, como diga una sola palabra, apretaré el gatillo. Venga, ¿dónde está la condesa?

—Me dice que no diga una palabra y luego me hace una pregunta. ¿Cómo quiere que la conteste? —preguntó Sir Arnold, que por algo había estado estudiando la cuestión irlandesa.

—Cállese —dijo Peregrine, y le obligó a cruzar la puerta más próxima; una vez en el interior de la habitación, cerró.

—Una bromita más y le estampo los sesos en el techo.

—Bueno, veamos, si fuese usted tan amable de apartar ese arma de fuego de mi fosa nasal izquierda, podríamos concretar este asunto —dijo Sir Arnold, sacando la conclusión lógica de que o estaba tratando con alguno de los otros delegados, que había perdido el juicio, o más probablemente con el IRA.

—Le he preguntado que dónde está la condesa —gruñó Peregrine.

—¿Qué condesa?

—Lo sabe de sobra. Si no me contesta, es el final.

—Eso parece —dijo Sir Arnold, intentando ganar tiempo.

Se hizo evidente que arriba había surgido un nuevo problema.

—Déjame salir —gritaba el antiguo amante.

—No puedo —chillaba la mujer—. Estoy toda rígida.

—Como si yo no lo supiera. Y dejad de tirarme de las piernas, cabrones, ¿queréis destriparme o qué? ¿Es que no os dais cuenta de que nos hemos quedado enganchados como los perros?

—¡Santo cielo!—dijo Sir Arnold—. Esto es espantoso.

—Conteste a la pregunta.

—Bueno, es que depende de a qué condesa se refiera.

—La condesa de Montcon.

—¿De veras? Un nombre insólitamente revelador,[5] y que además, por las cosas que se oyen allí arriba, un nombre que a ese joven le habría parecido infinitamente más invitador, ¿no cree?

—Está bien —dijo Peregrine—. Usted se lo ha buscado y aquí lo tiene.

Y empujando a Sir Arnold contra la pared, le apuntó asiendo el revólver con ambas manos.

—Está bien, está bien. En realidad, no está aquí —dijo el especialista en

esquistosomiasis, decidiendo que había llegado el momento de inventar algo para que no le matase—. Está en Antibes.

—¿Y dónde vive esa tía? —preguntó Peregrine.

—¿Vive? —dijo Sir Arnold, a quien se le agotaba la sangre fría entre aquel método de interrogatorio y la discusión de arriba. Una mujer voluble que afirmaba saber todo lo que había que saber sobre los perros que se trataban por experiencia personal con sus bull terriers, acababa de intentar separar a la pareja arrojándoles un cubo de agua fría con resultados predeciblemente negativos.

—Mierda —gritó el joven—. Métase en la cabeza que no soy un bull terrier, imbécil. Como vuelva a hacer eso me quedaré enganchado a un cadáver.

Sir Arnold distrajo su atención de esta cuestión académica y afrontó su muerte inminente. Peregrine había empezado a contar.

—Antibes es un lugar, por Dios —dijo, empezando a farfullar.

—Lo sé, pero ¿dónde está? —preguntó Peregrine.

—Cerca de St. Tropez.

—¿Y cuál es la dirección?

—¿Qué dirección?

—La de esa Tía Heeb.[6]

Pero la tensión de estar retenido a punta de pistola por un maníaco que creía que Antibes era una persona mientras arriba ahogaban a una pareja que afirmaba que no eran bull terriers, resultaba demasiado para Sir Arnold.

—No puedo soportarlo. No puedo soportarlo —farfulló, y lo demostró, derrumbándose en el suelo.

Peregrine vaciló un instante. Sintió la tentación de despertar a aquel puerco a patadas, pero un rumor de pasos y voces excitadas en el corredor, le detuvieron. Además, estaba bastante seguro ya de que la condesa no estaba en el Château. Y no tenía ningún sentido arriesgarse a que le capturaran. Abrió una ventana, comprobó que el patio estaba despejado y luego saltó ágilmente el seto de flores. A los cinco

minutos, había llegado al tejado, del que bajó deslizándose por el conductor del pararrayos con una falta de vértigo que habría asombrado a Glodstone.

No era precisamente asombro lo que necesitaba Glodstone. Desde que se había encaramado en aquel reborde del fondo del acantilado su opinión sobre las aventuras había cambiado. No tenían nada que ver con los espléndidos relatos que él había leído. Muy al contrario, eran espantosas pesadillas en las que uno recorría kilómetros de terreno intransitable con una pesadísima mochila, que pasaba noches de insomnio tiritando de frío bajo la lluvia, comía carne enlatada chamuscada, aprendía lo que era sentirse ahogado y acabar empapado y encaramado en salientes rocosos, cuya única salida era lanzarse al río y perecer. Tras haber experimentado la espantosa costumbre de aquel río de tragarse cosas como si fuera un torrencial inodoro, sabía que nunca sería capaz de cruzarlo a nado.

Por otra parte, tampoco era muy agradable la perspectiva de tener que seguir allí. El símil del retrete no constituía en este caso un símil. Era algo literal. El sistema de desagüe del Château era extremadamente primitivo y, en opinión de Glodstone, típicamente francés. Todo lo que transportaba lo arrojaba por una tubería incrustada en el acantilado justo encima de donde se encontraba Glodstone y caía directamente al río. En realidad, gran parte de las aguas residuales caían sobre Glodstone. Este se preguntaba si no sería preferible arriesgarse a morir ahogado que verse tratado cual una letrina humana, cuando advirtió que bajaba por el aire algo más corpóreo. Pareció colgar un instante sobre la tubería y luego se deslizó hacia adelante y fue a dar al río. Con la idea demencial de que aquello enseñaría a Peregrine a no ser tan imbécil como para ponerse a escalar acantilados en plena noche, Glodstone sujetó el cuerpo inerte y lo arrastró hasta el saliente en que se encontraba. Luego buscó su boca y, cuando llevaba ya medio minuto dándole el beso de la vida, cayó en la cuenta de que había varias discrepancias entre Peregrine y aquellos que estaba intentando resucitar. Desde luego, Peregrine no tenía bigote y no era totalmente calvo, además de lo cual parecía improbable que hubiese desarrollado una súbita afición al coñac y a los cigarros puros.

Por uno o dos instantes, Glodstone interrumpió lo que su sentido del deber le obligaba a realizar. No podía dejar morir a aquel insensato sin hacer algo. Además había empezado a tener una horrible sospecha de lo que había sucedido. Peregrine debía haber imaginado que él se había ahogado al intentar cruzar el río, y, en vez de acudir en su auxilio, había logrado introducirse en el Château y sin duda estaba evidentemente decidido a asesinar a todos aquellos a los que pudiera poner la mano encima. Glodstone quería mantenerse al margen de aquel asunto.

Una cosa era rescatar a la condesa y otra muy distinta tirar a individuos calvos por precipicios. En cualquier caso, aquel rematado imbécil nunca conseguiría sus propósitos. Le matarían a él y luego… Por primera vez en su vida, Glodstone tuvo un vislumbre de sentido de la realidad.

Esto era más de lo que podía decirse del profesor Botwyk. Gracias al brutal tratamiento al que Peregrine le había sometido, había permanecido inconsciente durante la caída y esto le había salvado. Ahora comenzaba a volver en sí. Era un alivio más bien dudoso. Pese a su convicción de que el futuro del mundo dependía del almacenamiento de armas de destrucción masiva, e incluso universal, el profesor era, por otra parte, un padre de familia de lo más convencional; y verse de pronto tumbado allí, completamente empapado, mientras alguien que llevaba tres días sin afeitarse y hedía como un urinario público se dedicaba a inflarle era casi tan traumático como lo de que le asfixiaran introduciéndole una bocanada de humo de puro en los pulmones. Con un esfuerzo desesperado apartó la boca de la de Glodstone.

—¿Pero qué demonios pretende usted? —mascculló débilmente.

Glodstone retrocedió. Sabía muy bien lo que pretendía, volver a la vida a uno de los gángsteres más peligrosos del mundo. Pero no parecía el momento adecuado para decirlo.

—Cálmese, no se inquiete —murmuró rezando porque el puerco no fuera armado; debería haber pensado antes en ello—. Ha sufrido usted una peligrosa caída y puede que se haya roto algo.

—¿El qué? —dijo Botwyk, examinándose.

—Bueno, en realidad, no sé. No soy especialista en esas cosas, pero, dada su condición, no debe moverse.

—Eso es lo que usted se cree —dijo Botwyk, que iba recordando poco a poco algunos de los horrores por los que había pasado—. Espere a que le ponga la mano encima al cabrón que me estrangulaba.

—No es eso lo que quiero decir —dijo Glodstone, que compartía sus sentimientos respecto a Peregrine—. Sólo le aconsejo que no se mueva. Podría hacerse daño.

—Cuando salga de aquí, voy a hacerle algo más que daño a ese hijo de puta.

Puede estar usted seguro. Voy a…

—Está bien —dijo Glodstone, que no quería oír los detalles sanguinarios; no quería tener participación alguna en aquel justo castigo—. De cualquier modo, fue una suerte que yo pasase por casualidad y le viera caer. Si no le hubiera rescatado, a estas horas estaría usted muerto.

—Supongo que sí —mascculló el profesor Botwyk—. ¿Y dice usted que me vio caer?

—Sí. Me tiré al agua y crucé el río y logré sacarle —dijo Glodstone, y se sintió un poco mejor. Al menos, había establecido una coartada. Aunque el siguiente comentario del profesor Botwyk la ponía en duda.

—Déjeme decirle una cosa, hermano. No me caí. Me tiraron.

—¿De veras? —dijo Glodstone, intentando enturbiar aquella certeza con un escepticismo razonable—. Quiero decir, ¿está usted seguro de que no sufre una conmoción?

—Claro que estoy seguro —dijo Botwyk, cuya hipocondría latente se veía comprensiblemente estimulada—. Tal como me siento, podría tener cualquier cosa. Pero hay algo seguro. Un tipo miserable me tiró; y lo único que recuerdo es que estaba aquí. También intentó estrangularme, por supuesto.

—Santo cielo —dijo Glodstone—, ¿y vio usted… ejem… vio quién… ejem… le empujó?

—No —dijo acremente Botwyk—. Pero estoy seguro de que descubriré quién es y cuando lo descubra…

Intentó incorporarse apoyándose en un codo, pero intervino Glodstone. Ya era bastante horroroso verse en aquel saliente con un asesino peligroso; sólo faltaba que el puerco supiese encima que no le pasaba nada grave.

—No se mueva —cacareó—. Es vital que no lo haga. Sobre todo no mueva la cabeza.

—¿La cabeza? ¿Qué tiene mi cabeza de especial? —le preguntó Botwyk—. ¿No estaré sangrando o algo parecido?

—Por lo que puedo ver, no —dijo Glodstone, inclinándose hacia los pies del profesor—. Claro que está demasiado oscuro para ver bien, pero yo…

—¿Por qué tanto parloteo entonces con eso de que no me mueva? —dijo Botwyk, mirándole nervioso.

—No me agrada tener que decirlo —dijo Glodstone—. Sólo creo que…

—Basta ya —dijo Botwyk, ya en estado de pánico—. Me importa un rábano lo que usted prefiera o no prefiera. Dígamelo.

—Es que no estoy seguro de que deba…

—Bien, pues yo sí. ¿Y por qué demonios me está quitando los zapatos?

—Sólo para poder hacer unas pequeñas pruebas —dijo Glodstone.

—¿En mis pies? ¿Qué es lo que me pasa en la cabeza? Se ha puesto usted a parlotear diciendo cosas de mi cabeza y de que no la mueva y todo eso y ahora se pone a hacerme pruebas ahí abajo. ¿Qué relación tiene una cosa con otra?

—Es por la columna vertebral —dijo sombríamente Glodstone. Tuvo que sujetar de inmediato al profesor—. Por amor de Dios, no se mueva… Lo que quiero decir es que…

—Sé lo que quiere decir —cacareó Botwyk—. Santo cielo, tengo que… ¿Pretende decirme usted que…? ¡Oh, santo cielo!

Se desplomó de nuevo sobre la roca y se quedó inmóvil.

—Eso es —dijo Glodstone, encantado de haber ganado por fin la partida—. Ahora, me dirá usted si siente algo cuando…

—Sí, por supuesto —chilló Botwyk—. Sin duda alguna.

—Pero si aún no le he hecho nada.

—¡El tío me dice que aún no me ha hecho nada! Me explica que tengo la columna vertebral rota. ¿Y eso no es nada? ¿Cómo se sentiría usted si le hubieran estrangulado y arrojado por un acantilado y cuando llegara al fondo un maldito inglés le hiciera el boca a boca y le dijera luego que tenía la columna vertebral rota

y que no moviera la cabeza? ¿Cree que no siento nada? ¿Y mi esposa, qué me dice de mi esposa? Se va a poner contentísima al tenerme todo el día rondando por la casa convertido en un inválido y encima sin poder luego hacer nada por la noche. Usted no la conoce. Se dedicará a menear el trasero con todo…

Evidentemente, la perspectiva era demasiado para él. Se detuvo y enfurecido alzó la vista hacia el cielo.

—Bueno —dijo Glodstone, dispuesto a vengarse por lo de maldito inglés—. Si siente usted…

—No siga —dijo Botwyk—, cállese ya. Voy a quedarme aquí echado y no me moveré hasta que haya suficiente luz para que usted cruce a nado el río y consiga una ambulancia y el mejor equipo médico de rescate que pueda obtenerse con dinero y…

Ahora le tocaba a Glodstone aterrarse.

—Un momento, un momento —dijo, deseando ardientemente no haber presumido tan a la ligera de lo de cruzar el río a nado—. Al rescatarle a usted, me disloqué un tobillo. No puedo volver a…

—Un tobillo, un tobillo —gritó Botwyk—. ¿Se cree usted que en mi estado me puede importar un tobillo dislocado más o menos? Usted está loco. Alguien tiene que hacerlo.

—Bueno, lo siento —dijo Glodstone irritado, pero Botwyk le hizo callar.

—¿Sentir? —chilló—. Como vuelva usted a usar esa maldita palabra, seguro que alguien lo lamentará.

—Lo lamento —dijo Glodstone—. Quería decir…

—Escuche, amigo —dijo Botwyk—. No tiene nada que ver. Su tobillo y mi columna vertebral son dos cosas muy distintas, ¿no cree usted?

—Sí, claro, supongo que sí —dijo Glodstone.

—El tobillo no se necesita para funcionar por la noche y sentir y todo eso. No es igual que la columna vertebral. Así es como lo veo yo. Así que deje de hablar ya de sentir.

—Bien —dijo Glodstone después de una pausa en la que había buscado una frase que no enfureciese a aquel tipo—, según mi opinión, es posible que no le pase a usted nada en la columna vertebral. La manera de saberlo es…

—Quitarme los malditos zapatos, como hizo usted hace un momento —dijo Botwyk—. Tengo noticias que darle…

Pero, fuese cual fuese la noticia que estaba a punto de comunicarle quedó ahogada por ruido de sirenas. Un coche, seguido de una ambulancia, irrumpió por la carretera de enfrente y giró entrando por el puente, camino del Château.

—Por amor de Dios, haga algo —gritaba Botwyk—. Tenemos que llamar la atención de esa gente.

Pero Glodstone estaba demasiado preocupado para contestar. Fuese lo que fuese lo que hubiera hecho Peregrine, incluía algo más que arrojar a aquel puerco malhablado por el acantilado, y si lograban darle caza… La idea le horrorizó. De cualquier modo, lo mejor era mantener una buena relación. O, por lo menos, la mejor relación posible, con aquel imbécil.

—¿Qué, lo nota? —preguntó, hincándole a Botwyk el dedo gordo en la planta del pie, cuando el profesor dejó de gritar.

Botwyk se incorporó bruscamente.

—Pues claro, cómo coño no voy a notarlo —masculló—. ¿Cómo coño espera usted que no lo note? Tengo unos pies sensibles, diablos.

—Es un alivio —dijo Glodstone—. Durante un rato creí que se había roto usted realmente la columna.

—Santo cielo —dijo Botwyk, y se retrepó en silencio en la roca.

15

No era el único que guardaba silencio. El señor Hodgson, el comerciante de chatarra que se moría de ganas de ir al lavabo y que había sido el receptor de uno de los golpes especiales del mayor Fetherington, sólo era capaz de garrapatear que había sido víctima de un ataque de uno de aquellos malditos extranjeros y que cuanto antes llegara a su casa de Huddersfield, más seguro se sentiría. La opinión de Dimitri Abnekov, expresada también por escrito, era que un comando de la CIA había intentado deliberadamente silenciar al delegado soviético, lo cual era una violación de la carta de las Naciones Unidas y del acuerdo de Helsinki, en lo referente a la libertad de expresión. El signor Badiglioni, tras haber sido sometido al tratamiento clínico de la doctora Keister, a lo que ella llamaba unilateralmente en este caso, «sensualidad correspondida», no estaba dispuesto a decir nada. Y Sir Arnold Brymay prefería no hacerlo. El profesor Zukacs, había estado demasiado enzarzado en una polémica con el delegado mexicano sobre el asunto del asesinato de Trotski y el fracaso del gobierno mexicano en la colectivización de granjas distribuidas ya entre los campesinos, para recordar algo tan contemporáneo como su encuentro con Peregrine. Por último, la señora Rutherby y el señor Coomb, una vez separados uno de otro por el Dr. Voisin, acusaban de su terrible experiencia a la señora Branscombe, la juez del bull terrier, que negaba tener la costumbre de entrar en los dormitorios ajenos para desahogar su lesbianismo latente echando cubos de agua a las parejas heterosexuales.

El único que enfocaba el problema de un modo más o menos racional era el pastor Laudenbach.

—El problema que hemos de plantearnos es por qué, tan desesperadamente, un joven querrían encontrar una condesa. Es un fenómeno que no resulta fácilmente explicable. Sobre todo, teniendo en cuenta que el muchacho era inglés.

—Oh, yo no aseguraría esto último —dijo Sir Arnold, que se veía amenazado por la posibilidad de un incidente internacional sumamente embarazoso.

—Yo diría que sí —dijo el doctor Grenoy, el delegado francés.

El doctor Grenoy había estado durmiendo durante todo el incidente, pero el

honor de Francia estaba en juego y, en cualquier caso, buscaba la oportunidad de desviar a los delegados del simposium del tema del papel de su país en África Central. Por otra parte, estaba deseoso de que el escándalo no llegase a los medios de difusión.

—Estoy seguro de que este lamentable suceso tiene una explicación fácil en la simple delincuencia —continuó—. El factor esencial es que si bien todos hemos tenido que sufrir ciertas molestias, en realidad nadie ha resultado herido. Pueden estar seguros de que por la mañana se habrán tomado todas las medidas de protección necesarias. Se lo garantizo personalmente. De momento, propongo que volvamos a nuestras habitaciones y…

El delegado soviético estaba protestando.

—¿Dónde está el norteamericano, dónde está Botwyk? —cuchicheaba—. En nombre de la Unión de…

—No nos pongamos nerviosos —suplicó el doctor Grenoy, tan deseoso como Sir Arnold de evitar un incidente internacional— La ausencia del profesor sin duda se debe a una prudencia muy comprensible de su parte. Si alguien fuese a su habitación…

El pastor Laudenbach se ofreció voluntario, pero volvió al cabo de unos minutos diciendo que el profesor Botwyk no estaba en su habitación y que su cama no había sido utilizada.

—¿Qué les decía yo? —dijo el doctor Abnekov—. Es una conspiración deliberada para desestabilizar la conferencia, obra de elementos:

—Oh, santo cielo —dijo Sir Arnold, apelando a su colega francés, cosa muy inusual en él—. ¿Es que nadie puede tratar con un poco de sentido común este trivial asunto? Si ese maldito yanqui hubiese sido el instigador de algo, no habría sido tan imbécil como para desaparecer. En realidad, no veo ninguna implicación política. Aquel chiflado sólo quería saber dónde estaba una condesa. Yo le dije que estaba en Antibes. Seguramente se dirige hacia allá en este momento.

—¿Condesa? ¿Condesa? Eso es un mero subterfugio —dijo el doctor Abnekov, recuperando al fin el uso de la palabra—. Típicas tácticas imperialistas para obscurecer el auténtico problema. Aquí no hay ninguna condesa.

El doctor Grenoy tosió inquieto.

—Lamento comunicar que la hay —dijo—. La propietaria del Château… —se encogió de hombros. El nombre de Montcon no le parecía muy propio para hacerlo público.

—Ahí está el asunto —dijo más animado Sir Arnold—. Esa mujer debe tener algún amante…

Pero le interrumpió la llegada de uno de los conductores de la ambulancia.

—Parece ser que hay una explicación de la ausencia del profesor Botwyk —dijo el doctor Grenoy, tras una consulta en murmullos con el recién llegado—. Le han encontrado en el río sobre una roca.

—¿Muerto? —preguntó esperanzado el doctor Abnekov.

—No. En compañía de otro hombre. Ya se ha avisado a los servicios de salvamento y le rescatarán en cualquier momento.

Los delegados salieron a mirar en tropel a las terrazas. El doctor Grenoy y Sir Arnold se quedaron atrás consultándose sobre la necesidad de reestablecer la colaboración francobritánica, al menos por el momento.

—Usted no mete en esto a los británicos y yo no diré una palabra sobre Madame de Montcon —dijo Sir Arnold.

—Es ese maldito norteamericano el que me preocupa —dijo el doctor Grenoy—. Puede exigir una operación de seguridad de gran alcance. Menos mal que no hay ningún representante de Libia.

Salieron a la terraza a tiempo de ver a varios hombres-rana con una balsa hinchable pasando al otro lado del río a Botwyk y a Glodstone.

—Ojalá no insista en celebrar una conferencia de prensa —dijo Sir Arnold—. A los norteamericanos les encanta armar escándalo con esas cosas.

El doctor Grenoy, a su lado, tomó mentalmente nota de que tenía que procurar que la televisión francesa, controlada por el Estado, no diera facilidades.

Pero Botwyk ya no estaba interesado en nada que se relacionara con la publicidad. Le preocupaba más el estado de su propia salud. Además de estrangularle, de tirarle al río y de haber sido sugestionado por Glodstone de que

podía haberse roto la columna, también había sido objeto de las atenciones del sistema de desagüe del Château. Le afectó en especial el que le alcanzase en la cara un súbito paño higiénico no identificado. Con una expresión demente, le sacaron a la orilla y le subieron luego a la ambulancia. A Glodstone también le subieron a la ambulancia y les llevaron a ambos al Château. Sólo al llegar allí, abrió Botwyk la boca brevemente.

—Sólo quiero un baño desinfectante y una cama —le dijo, tambaleante a la luz de la mañana, al doctor Voisin—. Si quieren más información, pregúntenle a él.

Pero Glodstone tenía sus motivos para mostrarse reticente.

—Yo estaba casualmente en el sitio justo en el momento justo —dijo—. Pasaba por allí y le vi caer. Crucé a nado y le saqué del agua.

Y, consciente de encontrarse en el campo enemigo, siguió penosamente a Botwyk y al doctor escaleras arriba hacia el cuarto de baño.

Desde el fondo del valle, Peregrine observaba con interés todo esto. Se alegraba de que Glodstone estuviese aún vivo, pero le decepcionó mucho el que aquel puerco al que había creído muerto hubiera logrado sobrevivir. De cualquier modo, nada podía hacer ya hasta que volviera a oscurecer. Se arrastró hasta el vivac, colgó la ropa a secar y se metió en el saco de dormir. Durante unos instantes se preguntó si no debería tomar la precaución de trasladarse a otro sitio, por si torturaban a Glodstone y le obligaban a decirles dónde tenían la base; pero Gloddie no hablaría jamás, por muchas cosas que le hicieran. Tranquilizado por este convencimiento, se quedó dormido.

Deirdre, Comtesse de Montcon, nunca dormía en el Château durante la temporada turística. Jamás habría dormido allí en el resto del año si hubiera podido evitarlo, pero, además, durante el verano tenía que pensar en su anonimato y, además, quedándose durante la noche en Boosat, estaba segura de poder conseguir la mejor verdura en el mercado y la mejor carne en la carnicería. Nadie podía quejarse en el Château Carmagnac de que la cocina no fuese excelente o el servicio fuese pobre. No sabía nadie tampoco que la experta cocinera era una condesa. Más importante aún, nadie sospechaba que la mujer que subía conduciendo la furgoneta Renault todas las mañanas y se pasaba el día trajinando en la cocina y dando órdenes a los otros sirvientes era, en realidad, inglesa, ni que su mayor ambición fuera retirarse a un anonimato aún mayor en su chalet de Bognor Regis. Sobre todo, no debían saber que tenía un pasado.

Su nombre de soltera era Constance Sugg, de avenida Selsbon 421, Croydon, y había ido ascendiendo por una serie de cambios de identidad y de adulterios provechosos hasta el título que poseía en la actualidad. De hecho, en verdad podía decirse que tenía muchísimos pasados. Había sido la señorita Croydon a los diecisiete años; aspirante a estrella de Hollywood a los diecinueve; masajista en un salón sumamente dudoso de San Francisco a los veintidós; directora de un rancho para turistas tres años después, y, durante diez, esposa de Siskin J. Wanderby. Por entonces, Wanderby, un hombre demasiado aficionado a arriesgar el dinero, había hecho y perdido varias fortunas y Constance, que entonces se llamaba Anita Blanche y era madre de Anthony B. Wanderby se había divorciado de él, alegando que no saber de una semana para otra si era la mujer de un millonario o de alguien destinado al callejón de los borrachos constituía una forma particularmente radical de crueldad mental. Por entonces, Wanderby se hallaba a punto de ganar un dineral con pozos de petróleo en Texas, y a ella le había parecido el momento oportuno para conseguir una pensión de divorcio sustanciosa. Pero el negocio de Texas se esfumó y se vio obligada a vivir de su propia fortuna. Como estaba en Las Vegas, se cambió el nombre por el de Betty Bonford y allí se estableció como gancho para incautos en el Caesar's Palace. Y allí precisamente conoció a su futuro marido, Alphonse Giraud Barbier, Comte de Montcon.

El conde, de cincuenta años, había logrado ya una reputación considerable como play-boy, jugador y borracho, como consecuencia de haber seguido al pie de la letra el consejo de su madre viuda. «No te cases por dinero, Alphonse», le había dicho, «vete a donde está el dinero». Y Alphonse lo había hecho. Cuando aterrizó en Las Vegas, había recorrido casi todos los casinos, clubs selectos, estaciones de esquí y hoteles caros de Europa y ya sólo disponía de su último millón de francos y del Château Carmagnac. Se proponía casarse con la primera mujer rica que aceptase lo que quedaba de él. Era lo que le habían ordenado. Así que obedeció de nuevo y le propuso matrimonio a Deirdre Gosforth (que había vuelto a cambiar de nombre) con la errónea creencia de que una mujer que podía ganar cien mil dólares tres noches seguidas a los dados tenía que estar forrada. El hecho de que los dados estuvieran cargados, y que ella tuviera que devolver sus ganancias en dirección, a él jamás se le pasó por la cabeza, ni siquiera cuando le llevó envuelto en una niebla alcohólica a casarse y luego en un reactor a París. Deirdre se llevó también, por una vez, todas sus ganancias.

Hasta que no llegaron al Château no comprendió el conde su error; y la nueva condesa no supo que al enganchar a su último incauto se había quedado ella también enganchada. Peor aún, no podía siquiera pensar en regresar a Estados Unidos después de haberse llevado cien de las grandes propiedades del Sindicato.

Así que se había consolado pensando que un hombre que desayunaba café solo con Armagnac avanzaba hacia el otro mundo a pasos agigantados y que, como viuda, podría vender el Château. Pero esta ilusión no le duró mucho. El conde demostró poseer una constitución más vigorosa que el intelecto y, aunque el Château pudiera estar en posesión suya, no podía figurar en su testamento. Si no tenía un heredero volvería a la familia, y las dos hermanas del conde no tenían intención alguna de perderlo en favor de una vampiresa yanqui. En realidad, habían hecho todo lo posible por lograr que el matrimonio se anulara. Deirdre había replicado manteniendo el nivel de alcohol del conde demasiado alto para que éste recordase dónde se había casado y para que no se preocupase.

En la vendetta que siguió, no puede decirse que ganase ninguna de las partes. El anuncio prematuro por parte de Deirdre de que estaba embarazada había impulsado a las dos hermanas a consultar a los abogados de la familia mientras que los esfuerzos de Deirdre por lograr el resultado sólo unilateralmente deseado, habían acabado con el conde. Desde el traumático momento en que Deirdre comprendió que el desmayo alcohólico de su cónyuge era definitivo y que durante los últimos diez minutos había estado copulando con un cadáver con una hernia estrangulada, la condesa había llegado a un arreglo con la familia.

—Si quieren que me largue, páguenme —dijo a sus parientes después del funeral—. Quiero un millón.

—¿Francos? —preguntó esperanzado el anciano tío René.

—Dólares.

—Imposible. Imposible. ¿De dónde íbamos a sacar una suma tan fantástica?

—Vendiendo esta basura.

—Sólo un loco pagaría…

—No como está —dijo Deirdre—. Lo convertimos en un Château de luxe. La mejor cocina de Francia, los mejores vinos, la categoría más alta de la *Guide Bleu. Y* cuando el negocio esté consolidado será fácil venderlo.

Los parientes se habían mirado pensativos. El dinero era elocuente, pero tenían que pensar en el orgullo de la familia.

—¿Acaso espera usted que nos convirtamos en mesoneros?

—Déjenmelo a mí —les dijo Deirdre—. Yo me encargo de llevar el negocio y…

—El apellido Montcon aún significa algo en Francia. No somos unos pequeñoburgueses cualesquiera —dijo una de las hermanas.

—Pues no mancharemos el apellido. Ya me encargaré yo de la tarea. Ustedes no tendrán que ensuciarse las manos y de aquí a cinco años ponemos en venta el Château y nos repartimos el dinero.

Tras muchas discusiones, la familia había aceptado y la condesa, ahora sólo Deirdre, se había puesto a trabajar y había acabado descubriendo que había hecho el primo una vez más. La familia no tenía la menor intención de vender. Ella podía tener su participación en los beneficios, pero nada más. Ni siquiera podía servir de nada su amenaza de arrastrar el buen nombre de los Montcon por el lodo, de llevarles a juicio. La familia ya no existía y las hermanas y sobrinas estaban muy contentas con los apellidos de sus maridos y con los ingresos que obtenían a costa del trabajo de Deirdre. Aún peor, la hermana más pequeña del difunto conde se había casado con el doctor Grenoy, agregado cultural de la embajada francesa en Washington, que había utilizado su posición para investigar un poco más detenidamente los antecedentes de Deirdre. Desde ese momento, Deirdre se había convertido en una subordinada. El doctor Grenoy lo había dejado bien claro:

—Hay… ¿cómo lo diría?… ciertos caballeros de una ciudad famosa por el juego y la violencia, que tienen muy buena memoria. Les gustaría saber dónde se ha invertido su dinero.

A Deirdre se le había endurecido la mirada, y el doctor Grenoy prosiguió:

—Pero eso no tiene por qué preocuparle. En Francia somos más civilizados. Naturalmente, tendremos que hacer un reajuste de su porcentaje, previendo contingencias desagradables…

—Un momento —dijo Deirdre—. Yo me mato a trabajar y usted me dice que…

—Madame —interrumpió el doctor Grenoy—. Hay ventajas suplementarias que aún no he mencionado. No necesito subrayar su comprensible deseo de anonimato, pero tengo algo que ofrecer. Conferencias patrocinadas por empresas internacionales, por la UNESCO, por la Sociedad para la Conservación de la Naturaleza.

Estoy en situación de influir en la elección del lugar y con el servicio que usted proporciona… ¿He de añadir más?

—¿Y la reducción de mi porcentaje se la embolsará usted?

El doctor Grenoy asintió. Deirdre tuvo que aceptar, con la reserva mental de que llevaría una contabilidad meticulosa de la nueva fuente de ingresos del doctor Grenoy. Y el día menos pensado ella se largaría de Francia y recuperaría su identidad original en su chalet de Bognor Regis. Constance Sugg no era un nombre que hubiera elegido ella, pero tenía la gran ventaja de figurar en su partida de nacimiento.

Mientras conducía la pequeña furgoneta hacia el castillo, su pensamiento estaba concentrado en un nuevo problema. En otros tiempos, resultaba imposible sacar dinero de Inglaterra y fácil sacarlo de Francia. La situación había cambiado y los pequeños lingotes de oro que había ido acumulando lentamente a lo largo de los años, aunque su valor había subido enormemente, dificultaban aún más el asunto. Quizás si sobornase a un pescador, para que se lo cruzase hasta Falmouth… por lo menos, no tendría problemas con los funcionarios de inmigración. Era inglesa nativa… pero su problema nunca se llegaría a resolver.

Cuando entró en el patio y vio la ambulancia, su pensamiento pasó a centrarse en la posibilidad terrible de que uno de los visitantes hubiera sido víctima de una intoxicación. Aquellas setas que había utilizado en el *coq au vin*… Se bajó de la furgoneta y entró rápidamente en el vestíbulo, donde la detuvo el doctor Grenoy.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—No puedo explicarlo aquí —dijo Grenoy, empujándola al comedor y cerrando la puerta—. La han localizado a usted. Anoche estuvo aquí un individuo armado buscándola.

La condesa se sentó. Le vino un mareo.

—¿A mí?

—Preguntó a los huéspedes dónde estaba usted. Preguntó concretamente por la condesa.

—Pero nadie sabe… salvo usted y Marie-Louise y algunos sirvientes —dijo

—. Todo esto es culpa suya. Deben haberme localizado a través de usted, por sus estúpidas investigaciones en Estados Unidos.

—No hice ninguna investigación directamente. Contraté los servicios de un detective. Ni siquiera él sabía quién era yo.

—Sabía que era usted francés. Y seguro que le pagó con un cheque.

—Le pagué en efectivo. No soy tan imprudente. ¿Cree usted que quería que la familia de mi esposa se enterase de que tenía relaciones con gente así?… Tenga presente que tengo que pensar en mi reputación.

—Y yo en mi vida.

—Exactamente —dijo el doctor Grenoy—. Debe salir de aquí inmediatamente. Váyase a París. Váyase a donde sea. Este asunto podría convertirse en un escándalo internacional. Ya ha habido que rescatar al profesor Botwyk del río, y el delegado ruso y ese maldito inglés, Hodgson, han sido atacados. Por no mencionar otros acontecimientos más desagradables relacionados con la esposa del señor Rutherby y el señor Coomb. La situación es sumamente embarazosa.

Deirdre sonrió. Se le había ocurrido de pronto que había otra explicación a todo el asunto. Querían alejarla del Château y ella no tenía ninguna intención de salir de allí hasta el momento previsto.

—Doctor Grenoy —dijo—, con su influencia estoy segura de que estaré bien protegida. Entretanto, nadie sabe quién soy y si lo que usted dice es correcto, nadie tiene por qué saberlo. Hablaré con el servicio. No tiene por qué preocuparse. Sé cuidarme muy bien.

Bajó a la cocina y se encontró al doctor Voisin sirviéndose alegremente café del puchero que había al fuego.

—Ah, Madame la Comtesse —dijo—. Las ilusiones de toda una vida destruidas. Yo siempre había creído que las mujeres francesas y mi querida esposa en particular, eran las más posesivas del mundo. Pero ahora ya sé que no. Madame Voisin, y doy gracias al buen Dios por ello, sólo está interesada en la posesión de cosas materiales. Ciertamente, uno puede considerar cosa material el órgano masculino, aunque, por mi parte, prefiero un enteque más personalista. Monsieur Coomb comparte mi punto de vista. Pero Madame Rutherby… ¡qué mujer! Pasión

y posesividad hasta ese grado son algo que, por fortuna, no conozco por experiencia propia. Y hay quien habla de la liberación de las mujeres…

—¿Pero qué demonios está usted diciendo? —preguntó la condesa, que no podía entender ni una palabra—. Tengo entendido que ha estado aquí un pistolero…

Se interrumpió. Cuanto menos hablase sobre el propósito de la visita de aquel individuo, mejor.

—Los ingleses —continuó el doctor Voisin—. Una especie asombrosa. No se les puede considerar una raza. Y ¿quién afirmaría que Madame Rutherby es una mujer especialmente deseable? Es todo un misterio. Y, finalmente, descubrir que el norteamericano ha sido rescatado por un excéntrico inglés tuerto que dice que estaba de excursión en plena noche. No, tampoco eso es explicable. Y cuando le ofrecí un sedante, fue como si intentara envenenarle.

—¿Dice usted que un inglés tuerto rescató al señor Botwyk? ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Creo que dijo que se llamaba Pringle. Era difícil entenderle, estaba muy nervioso. Y otro misterio es cómo llegó el norteamericano al fondo de ese acantilado. Pero, en fin, he de irme. Tengo que pensar en mis otros pacientes, a ver si logro quitarme de la cabeza de una vez a los ingleses.

Y, mascullando algo sobre los bárbaros, salió y se metió en el coche y se alejó del Château. En la cocina, la condesa se consagró a los preparativos del desayuno, pero sus pensamientos aún seguían centrados en los extraños sucesos de la noche. ¿Un inglés tuerto? ¿Dónde había oído ella hablar antes de aquella persona? El rompecabezas no se aclaró hasta que Marie-Louise trajo las ropas de dos hombres para que las lavasen y secasen. Y, al mismo tiempo, el asunto se hizo aún más misterioso. En la camisa y en la ropa interior de Glodstone, había unas pequeñas etiquetas cosidas con su nombre. Era algo que la lavandería del colegio exigía y que él había olvidado por completo.

16

El señor y la señora Clyde-Browne, en cambio, jamás olvidarían nada de sus vacaciones en Italia. Habían sido un auténtico desastre desde el principio. El tiempo había sido horrible; el hotel estaba lleno de cucarachas; el Adriático, lleno de aguas sucias sin depurar y todo el maldito país, en opinión del señor Clyde-Browne, contaminado por italianos omnipresentes.

—Lo lógico sería que tuvieran el sentido común de irse a pasar las malditas vacaciones a Grecia o a Turquía en vez de atiborrar estas playas —se quejaba—. Su economía está al borde del colapso y sin el dinero que ingresan del turismo, la lira estaría aún más por los suelos.

—Sí, querido —decía la señora Clyde-Browne, con su apatía habitual, cuando la política surgía en sus conversaciones.

—Quiero decir que, por ejemplo, a ningún inglés en su sano juicio se le ocurría irse en agosto a Brighton ni siquiera a Torquay. Aunque, no creas, hay más probabilidades de pisar una boñiga en las islas del Canal que aquí.

Al final, un ataque de diarrea del Adriático les había convencido de que debían limitar el desastre y regresar a casa una semana antes. El señor Clyde-Browne se apeó del avión en Gatwick llevando puesto uno de los tampones de su esposa y decidido a iniciar una acción legal contra el agente de viajes que les había engañado. Su esposa, más filosóficamente, estaba deseando volver a ver de nuevo a Peregrine.

—Apenas si hemos tenido posibilidad de verle en todo el año —decía, mientras iban en el coche hacia casa—. Y ahora que ha dejado Groxbourne…

—Andará dando vueltas todo el día por la casa, a menos que consiga meterle en el Ejército.

—De todos modos, será agradable…

—No lo será —dijo el señor Clyde-Browne—. Será un infierno.

Pero cambió de actitud cuando descubrió entre el correo que llenaba el suelo del vestíbulo, una carta del director disculpándose por la cancelación del curso de supervivencia en Gales para hiperactivos retrasados, debido a circunstancias imprevistas.

—Circunstancias imprevistas, sí, claro, qué bonito. Todas las circunstancias deberían preverse. Para eso tenemos el cerebro, para prever las circunstancias y hacer planes teniéndolas en cuenta. Si ese maldito idiota de la agencia de viajes hubiera cumplido con su deber, habría previsto que nuestras malditas vacaciones serían una completa catástrofe.

—Sí, pero, ¿dónde está Peregrine? —preguntó la señora Clyde-Browne, antes de que su esposo se embarcara en una exposición apasionada de sus reproches contra la agencia.

—¿Peregrine? ¿Qué quieres decir con eso de que dónde está? Tiene que estar en el colegio. ¿No pensarás que están tan locos como para dejarle venir solo a casa?

Pero la señora Clyde-Browne ya había entrado en el despacho y estaba marcando el número del colegio.

—Quiero hablar con mi hijo, Peregrine Clyde-Browne —le dijo a la secretaria del colegio.

La secretaria le contestó que Peregrine no estaba en el colegio.

—¿Que no está ahí? ¿Entonces dónde está?

—Lo siento, pero no tengo ni idea. Si espera usted un momento, intentaré averiguarlo.

La señora Clyde-Browne esperó e hizo señas a su marido que estaba examinando recelosamente una factura del gas.

—No saben dónde está.

—Probablemente correteando por los pantanos de alrededor del colegio.

—No está en Groxbourne. Está en otro sitio.

—Claro, si no está allí, tiene que estar en otro sitio. Es natural… ¿no?

—La secretaria ha ido a ver si puede averiguar a dónde fue.

Pero la tensión de las vacaciones y la furia que sentía contra la agencia de viajes habían sido exacerbadas por la factura de gas, así que cogió el teléfono.

—Escúcheme usted —gritó—. Exijo que me diga…

—No sirve de nada gritar así, querido —dijo pacíficamente la señora Clyde-Browne—. No hay nadie al otro lado que pueda oírte.

—¿Con quién estabas hablando, pues?

—Con la secretaria de la escuela. Ya te dije que había ido a ver si alguien sabe dónde está Peregrine.

—Maldita sea —dijo el señor Clyde-Browne, maldiciendo a causa del colegio y del estado de sus intestinos—. Entonces llámame en el momento en que…

Y se lanzó hacia el servicio del piso de abajo, dejando a su esposa al teléfono. La secretaria le dijo que Peregrine se había ido a casa de su tío.

—¿Su tío? —preguntó—. ¿No saben ustedes por casualidad cuál de ellos?

La secretaria no lo sabía. La señora Clyde-Browne colgó el teléfono, lo descolgó de nuevo y llamó a su cuñada de Aylesbury, que le dijo que Peregrine no estaba allí. Lo mismo le dijo el tío Martin, y otro tanto los demás tíos y tías. La señora Clyde-Browne se desmoronó.

—Dijeron que se había ido con uno de sus tíos, pero no es verdad —gimió a través de la puerta del lavabo.

Dentro, se oyó mascullar al señor Clyde-Browne que no le sorprendía; luego dio rienda suelta a sus sentimientos paternales descargando la cisterna.

—Parece que no te preocupa —gimió ella cuando salió, dirigiéndose hacia el botiquín—. ¿Es que no tienes sentimientos de padre normales?

El señor Clyde-Browne se tomó dos cucharadas de caolín y morfina antes de contestar.

—Considerando que he recorrido media Europa con uno de tus tampones

en el trasero para contener mis efusiones, los sentimientos que pueda tener como padre no podrían considerarse muy normales. Cuando pienso en lo que podría haber sucedido si el funcionario de aduanas, al que intentaste engañar con esas cosas de seda, me hubiera hecho un registro corporal, se me hiela la sangre. De hecho, la tengo helada en este instante.

—En tal caso, si no piensas hacer nada, voy a llamar a la policía —dijo la señora Clyde-Browne, comprendiendo que, por vez primera en su vida matrimonial, se hallaba en una posición fuerte.

El señor Clyde-Browne, que se dirigía hacia la escalera camino de la cama, se detuvo.

—¿La policía? ¿Por qué demonios vas a llamar a la policía?

—Porque Peregrine es una persona desaparecida.

—Hombre, yo utilizaría algunas matizaciones en lo de «persona». Pero si crees por un instante que la policía va a intervenir…

Fue un intercambio bastante agrio que sólo concluyó por la incapacidad del señor Clyde-Browne de estar al mismo tiempo en el lavabo e impedir que su esposa hablase por teléfono.

—Muy bien —aceptó frenético—. Prometo hacer todo lo humanamente posible por encontrarle, en cuanto me sienta capaz físicamente, siempre que tú no llames a la policía.

—No puedo comprender por qué no he de llamar a la policía. Me parece lo más razonable.

—Porque —replicó el señor Clyde-Browne— si hay algo que un posible empresario (y Dios sabe que hay pocos posibles en el caso de Peregrine) detesta como referencia a la hora de proporcionar puestos de trabajo, son los antecedentes policiales.

—Pero Peregrine no tendría antecedentes policiales. Sería sólo…

—Incluido en la computadora de personas desaparecidas del nuevo Scotland Yard. Y, en lo que respecta al ejército y a los bancos, no cabe duda de que eso constituye un peligroso antecedente. Oh, maldita sea.

Volvió tambaleante al lavabo y se sentó allí envuelto en lúgubres pensamientos sobre la disentería y los hijos imbéciles. Cuando salió, se encontró a su mujer parada junto a la puerta principal.

—Nos vamos inmediatamente —le dijo.

—¿Nos vamos? ¿A dónde nos vamos?

—A Groxbourne. Dijiste que harías todo lo posible por encontrar al pobre Peregrine y tienes que cumplir lo prometido.

El señor Clyde-Browne se detuvo vacilante en el umbral de la puerta.

—Pero no puedo conducir hasta allí en el estado en que me encuentro…

—Tal vez no —dijo la señora Clyde-Browne—. Pero yo sí puedo. Y como no hemos deshecho el equipaje, podemos seguir directamente hasta Groxbourne.

El señor Clyde-Browne ocupó sumisamente el asiento a su lado.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —masculló—. Y será mejor que estés dispuesta a parar con bastante frecuencia.

—Por supuesto —dijo ella, con una concisión muy poco propia de ella.

Al cabo de una hora, las experiencias de los tres servicios de carretera que su esposa le había permitido utilizar, le habían resultado tan desagradables que se encontraba casi dispuesto a juzgar con menos severidad a los italianos.

—Si hicieran falta más pruebas de que este país se está hundiendo…

—Da igual lo que le pase al país —masculló la señora Clyde-Browne, adelantando a un camión cisterna a más de ciento treinta por hora—. Lo que yo quiero saber es a dónde ha ido Peregrine. Al parecer, no te das cuenta de que nuestro hijo se ha perdido.

El señor Clyde-Browne comprobó de nuevo el cinturón de seguridad.

—No será lo único que perderemos si sigues conduciendo tú… ¡Cuidado con esa moto! ¡Dios santo!

Había sido, en conjunto, un viaje estremecedor y cuando el coche se detuvo a la entrada de las oficinas del colegio, el señor Clyde-Browne estaba en estado de shock y su esposa no estaba para bromas.

—No es que quiera bromear con usted —dijo indignada la secretaria del colegio—. Lo único que le digo es que el director está de vacaciones.

—¿Dónde?

—En la isla de Skye. Si lo desea, puedo localizar su dirección. No tiene teléfono.

Pero el señor Clyde-Browne, ya había oído suficiente. Para eludir la posibilidad aterradora de que su esposa pudiera insistir en continuar viaje a través de la noche, hasta la costa oeste de Escocia, se interpuso entre ellos.

—Nuestro hijo Peregrine ha desaparecido —dijo—. Tenía que estar en el curso de supervivencia en Gales. No ha vuelto a casa. Ahora bien, teniendo en cuenta que el mayor Fetherington estaba al cargo del curso, él se halla in *loco parentis* y, por tanto…

—No, no —dijo la secretaria—. Él está en la enfermería. Si es usted tan amable de preguntarle al ama de llaves, ella les permitirá verle. Es cruzando el patio y subiendo aquellas escaleras que hay junto a la capilla.

—Tunanta impúdica —dijo la señora Clyde-Browne, cuando salieron de secretaría.

Su marido no decía nada. Mientras cruzaban el lúgubre patio y pasaban junto a la capilla, rezaba porque no hubieran dejado en Gales a Peregrine. La idea del viaje en coche hasta allí era casi tan aterradora como la del viaje a Escocia.

—¿Hay alguien por aquí? —gritó la señora Clyde-Browne cuando encontraron la enfermería, y después de asomarse sin resultados a varias habitaciones vacías.

Por fin, al fondo del pasillo se abrió una puerta y una mujer asomó la cabeza.

—Queremos ver al señor Fetherington —dijo el señor Clyde-Browne.

La mujer les miraba vacilante.

—Es que en este momento le estoy dando un baño de cama —masculló—. Si son tan amables de esperar un momento…

Pero la señora Clyde-Browne no estaba como para esperar un momento. Apartó a su marido y se abalanzó hacia donde estaba el ama de llaves. Hubo un breve forcejeo unos instantes y el ama de llaves consiguió cerrar la puerta y echar la llave.

—¡Baño de cama, eh! —dijo la señora Clyde-Browne, cuando recuperó el aliento—. Si hubieras visto lo que he visto yo…

—Gracias a Dios no lo vi —dijo su marido—. Ahora, por amor de Dios, procura contenerte.

—¿Contenerme? Muy bonito. Has de saber que esos dos estaban…

—Ya me lo supongo —replicó el señor Clyde-Browne—. Pero si queremos que el mayor coopere con nosotros, lo mejor no es precisamente inmiscuirse en sus asuntos privados.

—¿Asuntos privados, eh? Esa criatura depravada estaba completamente desnuda, y llevaba un preservativo y si tú llamas un baño de cama a eso… Yo, desde luego, no —dijo la señora Clyde-Browne, logrando combinar un conocimiento sexual que su marido nunca había sospechado con el rencor de que éste nunca se había molestado en utilizar preservativos. Pero antes de que el señor Clyde-Browne pudiera contestar, la puerta de la habitación se abrió y apareció el ama de llaves. El señor Clyde-Browne comprobó gratamente que esta vez llevaba falda.

—Bueno, he de decir… —comenzó.

—No —suplicó el señor Clyde-Browne—. Lamentamos mucho haber…

—Yo no —interrumpió su esposa—, considerando que ese hombre asqueroso de ahí dentro…

El señor Clyde-Browne ya estaba harto.

—Cállate —le dijo violentamente y, habiéndola enmudecido, explicó al ama

de llaves la situación todo lo de prisa que pudo.

Cuando terminó, el ama de llaves estaba un poco más calmada.

—Entraré a ver si el mayor está dispuesto a verle —dijo, ignorando claramente a la señora Clyde-Browne.

—Vaya, qué bonito —explotó la señora Clyde-Browne cuando se cerró la puerta—. Pensar que he de aguantar que me mandes callar delante de una…

—¡Cállate! —aulló de nuevo el señor Clyde-Browne—. Ya has armado bastante lío. Y de ahora en adelante, dejarás el asunto en mis manos.

—¿En tus manos? Si se hubiera hecho lo que yo quería, no habría pasado nada de todo esto. En primer lugar…

—En primer lugar habrías abortado. Pero puesto que no fue así, tuviste que engañarte a ti misma, convenciéndote de que habías dado a luz a un maldito genio. Permíteme que te diga…

Después de dar rienda suelta a todos sus sentimientos respecto a Peregrine, el señor Clyde-Browne se sintió ya mejor. Pero el mayor Fetherington, en la habitación de al lado, no se sentía mejor.

—Si eso es lo que piensa sobre el pobre imbécil, no me sorprende que haya desaparecido. Lo que no logro entender es por qué ese chiflado quiere encontrarle. Estaría mejor en la Legión Extranjera.

—Sí, pero, ¿qué vas a contarles? —preguntó el ama de llaves.

—Eso sólo Dios lo sabe. Si no recuerdo mal, él me dijo que iba a estar en casa de un tío suyo y luego se largó. Esa es mi historia y voy a atenerme a ella.

Al cabo de cinco minutos, el señor Clyde-Browne, tras un análisis legal del asunto, había cambiado de idea.

—¿Pretende usted sugerir, mayor, que mi hijo fue culpable de una falsedad deliberada?

El mayor cambió incómodamente de postura bajo las sábanas.

—Bueno, no, no tal como usted lo dice. De todos modos, dijo que había hablado por teléfono con su tío y que…

—El hecho indudable sigue siendo que no lo hizo y que nadie le ha visto desde que dejó de estar al cuidado de usted.

El mayor Fetherington consideró este hecho indudable e intentó eludirlo.

—Tiene que haberle visto alguien. Es lógico. No puede haberse desvanecido en el aire.

—Por otra parte, usted era responsable personalmente de su seguridad antes de su desaparición, ¿no? ¿Puede usted negarlo?

—Antes de, amigo mío, antes de. Esa es la palabra clave —dijo el mayor.

—Son dos palabras, en realidad —dijo el señor Clyde-Browne, vengándose de que le llamase amigo mío.

—Muy bien, dos palabras decisivas. No importa. En cuanto él dijo que se iba a casa de su tío y se largó, yo no podía ser responsable de su seguridad, ¿no le parece a usted?

—¿Entonces usted no le acompañó a la estación?

—¿Acompañarle a la estación? —dijo el mayor indignado—. Yo no podía acompañar a nadie a ningún sitio. Estaba en la cama, con el coxis fracturado. Es muy doloroso y no puedo…

—Y debería estar el ama de llaves sin duda dándole un masaje, claro —interrumpió el señor Clyde-Browne, que había sacado un cuaderno y estaba tomando notas.

El mayor Fetherington palideció y decidió cambiar de táctica.

—Mire —dijo—. Hagamos un trato.

—¿Un trato?

—Nada de nombres, ninguna acusación. Usted no le dice nada al director de lo que usted sabe y… —hizo una pausa para ver cómo reaccionaba el señor Clyde-

Browne.

El abogado asintió.

—Siga, siga —dijo.

—Decía que nada de nombres, ninguna acusación. El tipo al que usted quiere ver, en realidad, es Glodstone…

Fuera, la señora Clyde-Browne tomaba a sorbitos, renuentemente, una taza de té. Era una oferta de paz del ama de llaves, pero no ablandaba a la señora Clyde-Browne. Esta se preguntaba cómo podría haber condenado su marido a su Peregrine a un lugar tan espantoso. «Yo soy la culpable», gemía en su interior.

En el despacho del colegio, las palabras de la señora Clyde-Browne habrían hallado eco en Slymne. Desde que había destrozado el Jaguar nuevo de los Blowther no cesaba de maldecirse por su estupidez. Había sido una locura planear aquella aventura para Glodstone. En un intento de procurarse una coartada, había regresado al colegio, con la disculpa de ir a recoger unos libros, y se había enterado allí de que los acontecimientos habían dado un giro que empeoraba aún más las cosas.

—Nunca había visto padres tan indignados —le dijo la secretaria del colegio —. Ni tan groseros. Ni siquiera el señor y la señora Fairchild, cuando expulsaron a su hijo por atarle un hurón en la entrepierna del pijama al señor Paignton.

—Dios santo —dijo Slymne, que recordaba las consecuencias de aquel espantoso suceso y que, desde entonces, siempre examinaba cuidadosamente el pijama antes de ponérselo.

—Y sólo porque el imbécil de Peregrine Clyde-Browne no ha ido a casa y no saben dónde está.

Los latidos cardíacos de Slymne se aceleraron alarmantemente. Ahora sabía por qué le había parecido una cara tan familiar la del joven que había visto lavando el Bentley en Mantes.

—¿Y qué les dijo usted? —preguntó tembloroso.

—Les dije que fuesen a ver al mayor. Lo que no les dije fue que la señora Brossy, la de correos, dice que vio a un chico entrar en el coche del señor Glodstone

junto a la parada del autobús el día que se marchó.

—¿Quién se marchó? —preguntó Slymne, cada vez más alarmado.

—El señor Glodstone. Volvió aquí muy nervioso y…

—Oiga —dijo Slymne—, dígame, ¿sabe todo esto el director?

La secretaria negó con un gesto.

—Dije que estaba de vacaciones en la isla de Skye. En realidad, está en su remolque en Scarborough, pero no quiere que lo sepa nadie. No parece una cosa respetable, ¿comprende?

—¿Y tiene teléfono?

—Lo hay en el lugar de acampada.

—Bien —dijo Slymne, tomando una súbita decisión—. No permitiré que la molesten a usted. Ya me encargaré yo de ello. Dígame, ¿cuál es el número del camping?

Cuando los Clyde-Browne salieron de la enfermería, Slymne ya estaba en condiciones.

—Buenas tardes —dijo, animosamente—. Me llamo Slymne. Soy el profesor de geografía del colegio. La señorita Crabley me dice que están ustedes preocupados por su hijo.

El señor Clyde-Browne se detuvo. Los informes del señor Slymne sobre la falta de capacidad académica de Peregrine le habían interesado siempre, porque demostraban que, al menos, un profesor de Groxbourne no era un imbécil de remate ni un mentiroso descarado.

—Más que preocupados —dijo—. El chico no aparece y, por lo que he podido sacarle a ese tal Fetherington, parece haber buenas razones para suponer que ha sido raptado por el señor Glodstone.

A Slymne se le secó la boca. Era evidente que el señor Clyde-Browne era un investigador experto.

—¿Que el señor Glodstone ha raptado a su hijo, dice usted? ¿Está completamente seguro? En fin, parece ser que…

—No estoy seguro, por supuesto. Si lo estuviera, ya habría llamado a la policía —dijo el señor Clyde-Browne, que tenía bien en cuenta las disposiciones legales contra la calumnia—. Yo diría que me han dado motivos suficientes para creerlo. ¿Qué opina usted del tal Glodstone?

—Preferiría no hacer comentarios —dijo Slymne, contento de poder decir la verdad por el momento—. Mis relaciones con él no son demasiado buenas, y lo que le dijese podría deberse a mis prejuicios. Creo que debería hablar usted con el director.

—Que se encuentra casualmente en las Hébridas Occidentales.

—Dadas las circunstancias, estoy seguro de que estará dispuesto a regresar de inmediato. Yo mismo le pondré un telegrama para decirle que están ustedes aquí. Dígame, ¿quieren que me encargue de buscarles acomodo aquí? Hay un hotel excelente en Leominster.

Los Clyde-Browne se hallaban mentalmente un poco más satisfechos cuando salieron del colegio.

—Gracias a Dios, parece que hay alguien por aquí que tiene la cabeza en su sitio —dijo el señor Clyde-Browne.

—Y parece ser que cree que Peregrine está en manos seguras —dijo su esposa—. Ojalá tenga razón.

El señor Clyde-Browne prefería no manifestarse sobre la cuestión. Sus esperanzas eran bastante distintas. Se estaba preguntando cuál sería el mejor medio de intimidar al director para obligarle a pagar una indemnización considerable por la pérdida de un hijo.

Slymne, en el despacho del colegio, descolgó el teléfono y marcó el número del camping de Scarborough. El único punto luminoso casi que podía divisar en el horizonte era que los Clyde-Browne se mostraban claramente reacios a avisar a la policía.

17

El director no llegó hasta media mañana; se encontró al llegar con un Slymne macilento y desesperado. Su conversación de la noche anterior con el mayor y en compañía de una botella de whisky, le había dejado sobrecogido. Glodstone había explicado sus planes al mayor. Y si había hecho semejantes confidencias, era muy probable que hubiera conservado intactas aquellas malditas cartas. Slymne se había pasado la noche en vela, intentando idear algún medio de distanciarse de todo aquel terrible asunto. Le pareció que la mejor estrategia sería mostrar que él estaba actuando de un modo responsable.

—He comprobado en la estación de ferrocarril y con los de los autobuses —le dijo al director—. Es evidente que Clyde-Browne no se fue de aquí ni en autobús ni en tren el día treinta y uno, que fue el día que desapareció.

—Eso nos será de gran ayuda —dijo el director—. Lo que quiero saber, es a dónde fue. Tengo que decirles algo a sus malditos padres.

—Bueno, la señora Brossy, de la oficina de correos, cree que vio a Glodstone recoger al chico a la salida de su establecimiento, hacia el mediodía.

El director se derrumbó en la butaca que había tras su mesa escritorio.

—¡Oh, santo cielo! ¿Y nadie tiene una idea de a dónde ha podido llevarle ese chiflado?

Slymne jugó su as.

—Le diré, en confianza, señor, que logré que el mayor Fetherington me revelase que Glodstone le dijo que se iba a Francia vía Ostende.

—¿Que se iba a Francia vía Ostende? Ostende está en Bélgica. ¿Pretende usted decirme en serio que ese tuerto chiflado se ha llevado al extranjero al hijo de un famoso abogado sin pedir permiso a sus padres?

—No digo exactamente eso, señor —objetó Slymne—. Lo único que hago es

repetir lo que el mayor me contó en confianza y le agradecería que no mencionase para nada mi nombre en relación con este asunto… Quiero decir que…

—Ese maldito mayor Fetherington. Si el imbécil de Glodstone se ha ido a Francia con ese chico, estamos apañados todos. Ya podremos olvidarnos de la enseñanza.

—Sin duda —dijo Slymne—. De todos modos, basándome en la confidencia del mayor, telefoneé a los servicios del transbordador de Dover del Canal para ver si podían confirmármelo.

—¿Y lo confirmaron?

—En realidad, no. Querían saber quién llamaba y por qué estaba interesado en saberlo y pensé que era preferible no decirles nada hasta hablar con usted. Me parece que el señor Clyde-Browne no es el tipo de individuo que se tomaría muy bien la noticia de que su hijo se ha ido con Glodstone al extranjero.

El director cerró los ojos y se estremeció. Por sus anteriores relaciones con el padre de Peregrine, tenía la clara impresión de que la cordialidad no figuraba entre sus puntos fuertes.

—¿Así que ésa es toda la información de que disponemos? ¿Es eso lo que quiere usted decirme?

Slymne caviló.

—Yo no puedo hablar con el mayor, pero tengo la impresión de que sabe más de lo que llegó a decirme.

—Santo cielo, le aseguro que a mí sí me lo dirá —dijo furioso el director—. Vaya usted a buscarle y tráigamelo aquí.

Slymne salió furtivamente del despacho y cruzó el patio en dirección a la enfermería.

—El viejo quiere verle —le dijo al mayor, cuya condición física no había mejorado precisamente con la horrorosa resaca en que se hallaba sumido—. Y si yo estuviera en sus zapatos, le diría todo lo que supiera.

—¿Zapatos? —dijo el mayor—. Si tuviera zapatos y no estuviera en una silla

de ruedas, me habría largado de aquí hace mucho. En fin, vamos a la línea de fuego.

Era una metáfora muy apropiada. El director estaba dispuesto a matar.

—Vamos a ver, tengo entendido que Glodstone le contó que se iba a Francia vía Ostende —dijo, ignorando la petición de Slymne de que fuese discreto.

El mayor asintió con aire desdichado.

—¿Le contó también que pensaba llevarse a Clyde-Browne con él?

—Por supuesto que no —dijo rápidamente el mayor—. No se lo hubiera permitido.

—¿No le habría permitido que se lo dijese o que se llevase al chico? —preguntó el director, contento de poder desahogarse con alguien por quien nunca había sentido gran estima.

—Que se lo llevara, por supuesto.

—¿Qué más le contó?

El mayor miró reprobatoriamente a Slymne.

—Bueno, si es imprescindible contarlo, le diré que me contó que le habían pedido que realizase una misión secreta, algo extremadamente peligroso. Y en caso de que la cagara…

—¿Qué dice usted, por amor de Dios?

—Bueno, si la cosa iba mal y le mataban o algo así, quería que yo velase por sus intereses.

—¿Intereses? —masculló el director, prefiriendo no adentrarse en lo de que «le mataran»—. ¿Qué intereses?

—La verdad es que no lo sé. Supongo que se referiría a que se lo contara a la policía o a que me encargara de que le hicieran un funeral decente. Lo dejó un poco en el aire.

—No tenía por qué preocuparse. Ya me encargaré yo del funeral —dijo el director—. Continúe.

—En realidad, no hay mucho más que decir —dijo titubeante el mayor; pero el director no estaba dispuesto a dejarse engañar.

—Todo, Fetherington. Lo quiero todo. Si se guarda usted algo, irá cojeando a engrosar las filas de los parados y ahora mismo.

El mayor intentó cruzar las piernas y fracasó.

—Está bien, ya que quiere saberlo usted, me dijo que la Condesa de Montcon había pedido que la socorriese.

—¿La Condesa de Montcon?

—La madre de Wanderby. Un chico del internado de Gloddie. El que tiene alergias y esas cosas; le pidió que fuese a su Château… No va usted a creérselo…

—No importa, no importa —dijo el director, que también parecía víctima de alguna horrible alergia.

—Bueno, pues al parecer ella quería que Glodstone la rescatase porque estaba en poder de una banda.

—¿Una banda, dice usted? ¿Quiere decir que… ese hombre está completamente chinado?

—Eso fue lo que yo le dije —contestó el mayor—. Le dije: «Escuche, amigo, alguien le está tomando el pelo, baje a secretaría y llámela por teléfono y verá como tengo razón». Pero ya sabe usted cómo es Glodstone.

—Estoy empezando a hacerme una idea bastante clara —dijo el director—. Está más loco que una liebre en marzo. Pero continúe usted, continúe.

—En realidad eso es todo. Yo no tenía idea de que fuera a llevarse a Perry consigo.

—Ya lo ha dicho antes; acabe de desembuchar.

El mayor intentó concentrarse.

—Bueno, lo único que consigo recordar es que me pidió que le dejara llevarse un par de revólveres de la armería. Naturalmente yo no podía…

—¿Un par de revólveres de la armería del colegio? ¡Santo cielo! ¿Y eso no le dice a usted nada?

—Únicamente que Glodstone estaba convencido de que todo el asunto era en serio. Me refiero a que, evidentemente…

—Un par de revólveres… ¡es usted subnormal! —gritó el director—. No uno, no, ¿para quién demonios se cree usted que era el segundo?

—Ahora que usted lo dice…

—¿Que lo digo? ¿Que lo digo? —gritó el director—. Lo que quiero saber es por qué no lo dijo usted en el momento.

—Bueno, como no los cogió no me pareció que fuese imprescindible —dijo el mayor—. Si Glodstone quería ir a cazar patos silvestres era asunto suyo y…

—Slymne —interrumpió el director antes de que el mayor pudiera decir que él no era responsable de lo que hiciera Glodstone—, llévele a la armería y compruebe si faltan dos revólveres y media docena de rifles. Quiero que cuenten todas las armas por ver si falta alguna.

—Pero yo sólo le he dicho…

—Ya sé lo que me ha dicho, y no voy a correr ningún riesgo en esto. Vamos, de prisa.

Mientras Slymne cruzaba el umbral de la puerta del despacho empujando la silla de ruedas del mayor, el director se echaba las manos a la cabeza. La situación era mucho peor de lo que había imaginado. Ya era bastante grave la hipótesis de que Glodstone se hubiera limitado a llevarse a aquel maldito chico a hacer una excursión por el campo, pero la casi absoluta certeza de que se había ido al extranjero con aquel mocoso en una supuesta «misión secreta» para rescatar a la madre de otro chico, bordeaba la demencia.

El director se corrigió a sí mismo. Nada de bordes, *era* una locura. Por último, calmándose un poco, descolgó el teléfono.

—Póngame con Investigaciones Internacionales y póngame también con la madre de Wanderby, Francia. Se llama Condesa de Montcon. Encontrará usted la dirección en el fichero. Y páseme la comunicación inmediatamente.

Cuando colgaba violentamente el aparato, vio llegar el coche de los Clyde-Browne. Se acercaba el momento que tanto había temido. ¿Qué demonios iba a decirles? Algo tranquilizante, algún comentario suave… No, eso no resultaría. Con una sonrisa de orate, se levantó para recibirles. Pero el señor Clyde-Browne había ido a que le oyeran, no a escuchar. Estaba pertrechado con todo un arsenal de argumentos.

Peregrine se encontraba al cuidado del colegio; se le había visto por última vez en el recinto del colegio (el director decidió no mencionar que la señora Brossy le había visto en el pueblo); el colegio, y, a un nivel más personal, el director, habían sido y seguían siendo los responsables de su seguridad; el señor Clyde-Browne había pagado la suma exorbitante de 10.000 libras como adelanto de honorarios. Y si, tal como parecía probable, su hijo había sido raptado por un profesor posiblemente paidofílico, estaba dispuesto a que el nombre de Groxbourne pasase a la historia legal y fuese expurgado del *Anuario de colegios privados*, donde, en su opinión, jamás debía haber figurado.

¿Y qué tenía que decir el director a esto?

El director no encontraba palabras.

—Estoy seguro de que tiene que haber una explicación perfectamente simple y directa… —comenzó sin ninguna convicción, pero los gemidos de la señora Clyde-Browne le interrumpieron; parecía haber iniciado un duelo prematuro—. Sólo puedo prometer…

—No me interesan las promesas —dijo el señor Clyde-Browne—. Mi hijo ha desaparecido y quiero encontrarlo. Vamos a ver, ¿tiene usted alguna idea de dónde puede estar?

El director empezó a pensar, tembloroso; su agitación aumentó al sonar el teléfono.

—No puedo conseguir el número —dijo la secretaria—. Investigaciones Internacionales dice que no hay ninguna condesa de…

—Gracias, señorita Crabley, pero en este momento estoy ocupado —dijo,

para apagar cualquier revelación peligrosa—. Dígale por favor al obispo que ya le llamaré en cuanto esté libre.

Y, con la esperanza de haber impresionado a los Clyde-Browne, colgó el aparato y se apoyó en la mesa.

—En realidad, no creo que tengan ustedes que preocuparse por… —comenzó, y se dio cuenta de que se había equivocado.

Por la ventana, pudo ver a Slymne cruzando el patio. Llevaba dos revólveres. Sólo Dios sabía lo que podía pasar si entraba allí y… El director se levantó.

—Si me disculpan ustedes un momento —dijo, con aspereza—. Me temo que mi vientre… ejem… mi estómago, me está jugando una mala pasada.

—También a mí el mío —dijo el señor Clyde-Browne con brusquedad, pero el director ya había salido del despacho y había interceptado a Slymne—. Por amor de Dios, guarde en algún sitio esos malditos chismes —cuchicheó ferozmente.

—El asunto es… —comenzó Slymne, pero el director le metió en el lavabo y cerró la puerta— …que sólo son imitaciones.

—No me importa lo que… ¿Que son qué? —dijo el director.

—Dije que son imitaciones —dijo Slymne, apoyándose nervioso en el lavabo.

—¿Imitaciones? ¿Quiere usted decir que…?

—Que faltan dos revólveres. Esto era lo que había en su lugar.

—¡Mierda! —dijo el director, dejándose caer en el inodoro. Ahora sí que sus tripas estaban realmente jugándole una mala pasada.

—El mayor está comprobando las municiones —continuó Slymne—. Pensé que querría usted saberlo.

El director contemplaba lúgubremente un cartel de yerbas medicinales que su mujer había colgado en la pared para dar al lugar un aire botánico. Ni siquiera la albahaca tenía ya encanto para él. En algún lugar de Europa, Glodstone y el hijo idiota de aquel picapleitos insoportable andaban armados con revólveres que

pertenecían al Ministerio de Defensa. Y si los Clyde-Browne lo descubrían… No debían saberlo.

Incorporándose rápidamente, alzó la tapa de la cisterna.

—Meta ahí dentro esos malditos chismes —dijo.

Slymne enarcó las cejas e hizo lo que le mandaban. Si el director quería tener armas de fuego de imitación en el inodoro, era asunto suyo.

—Y ahora, vuelva inmediatamente a la armería y dígale a Fetherington que no se mueva de allí hasta que yo me libre de los padres. Ya iré yo allí a verle.

El director abrió la puerta y se vio frente a frente con el señor Clyde-Browne, al que la mención del estómago y de lavabos había provocado otro ataque de diarrea adriática.

—Ejem… —dijo el director. Pero el señor Clyde-Browne le apartó de un empujón, aunque hubo de retroceder ante la aparición de Slymne—. El lavabo no funciona. Aquí el señor Slymne estaba ayudándome a arreglarlo.

—¿De veras? —dijo el señor Clyde-Browne, con una inflexión que reservaba para los casos de corruptores de menores acusados de uso impropio de los urinarios públicos, y antes de que el director pudiera invitarle a utilizar los servicios del piso de arriba, había vuelto a entrar y había cerrado la puerta.

—No pensará usted… —dijo Slymne imprudentemente.

—Lárguese —dijo el director—. Y procure que… que el mayor no se mueva.

Slymne entendió la insinuación y volvió corriendo a la armería. El mayor contemplaba desconsolado varias cajas vacías del armario de las municiones.

—Malas noticias, Slymne, amigo mío —dijo—. Faltan doscientos peines. Al Ejército esto no le va a gustar nada. Tendré que responder yo de todo.

—Pero no es culpa suya —dijo Slymne—. Si Glodstone decide volverse loco y robar la llave…

—Pero no fue así. Lo hizo Peregrine. Y pensar que me caía simpático ese chico.

—Bueno, el director está ocupado con los Clyde-Browne y no creo que le resulte fácil.

El mayor casi sentía simpatía por él.

—No entiendo cómo va a poder evitar despedirme. En su lugar, yo lo haría, dadas las circunstancias. Esa maldita pareja es algo que no hay quien lo aguante.

Se dirigió en su silla de ruedas hasta un anaquel con bayonetas.

—No me diga que también se han llevado bayonetas —dijo Slymne.

—Ojalá se las hubiesen llevado —dijo el mayor—. Eso al Ejército no le preocupa tanto. La verdad es que me da miedo pensar lo que podría hacer Perry. Es un bayonetero nato. Tendría que ver lo que es capaz de hacer con un fusil y una bayoneta a un saco de paja. Se le revolverían las tripas. Y, hablando de tripas, supongo que si yo fuera japonés, el dire esperaría que me hiciera el Mata Hari.

Slymne ignoró el error. Empezaba a darle mucha lástima el mayor. Después de todo, aquel hombre podía ser un majadero, pero nunca había sido tan malévolo como Glodstone y el que le despidieran no había formado parte del plan de Slymne.

—Lo más probable es que no usen las municiones —dijo, intentando consolarle, y se preguntó qué podría hacer para evitar que se quedara sin trabajo.

No era ésta una consideración de prioridad máxima para el director. La irrupción del señor Clyde-Browne, que salió del servicio esgrimiendo los dos revólveres de imitación que había sacado de la cisterna, tras vanas tentativas de hacerla funcionar, había templado hasta un nivel de filo de cuchilla el único don del director, la capacidad para las evasiones extemporáneas.

—En fin, no sé —dijo—. ¿Lo creería usted si se lo dijese?

—No —dijo el señor Clyde-Browne.

—Los chicos siempre son chicos —continuó el director, en vista de aquella negativa directa a aceptar su retórica—. Siempre andan gastando bromas.

El señor Clyde-Browne hizo girar los revólveres peligrosamente. Aún no se había dado cuenta de que eran de imitación.

—Y sin duda los locos serán siempre locos. ¿Desde cuándo tienen usted y ese tal Slymne la costumbre de ocultar armas de fuego en la cisterna del inodoro?

—Acaso quiere usted decir que…

—No. No es que quiera decir. Lo digo —dijo el señor Clyde-Browne—. Me propongo mostrar estas armas de fuego a la policía como prueba de que ustedes no pueden, a causa de su locura o de sus tendencias criminales, estar al cargo de otra cosa que no sea un matadero o una fábrica de ladrillos.

El director pensó en ambas alternativas, pero el señor Clyde-Browne continuó hablando.

—¡Marguerite! —gritó—. Ven aquí inmediatamente.

La señora Clyde-Browne salió del despacho.

—Sí, querido —dijo suavemente.

—Quiero que seas testigo de que he descubierto estos dos revólveres en la cisterna de este…

Pero la visión de su marido apuntando con los revólveres al director era testimonio suficiente.

—¡Estás loco, loco, loco! —aulló, e inmediatamente sufrió un ataque de histeria.

El director aprovechó la ocasión.

—Fíjese lo que ha hecho usted —dijo, apelando en vano a los mejores sentimientos del señor Clyde-Browne—. Su pobre esposa…

—Aparte las manos de esa mujer —masculló el marido—. Le he avisado…

Y esgrimió los revólveres mientras el director intentaba calmarla.

—Vamos, vamos —dijo—, venga y siéntese y…

El señor Clyde-Browne fue el más directo. Posó los dos revólveres en una mesita que había a un lado, cogió de dicha mesita un cuenco con rosas marchitas e

hizo lo que llevaba muchos años deseando hacer. No fue un acto prudente. Con la cabeza empapada, la histeria de la señora Clyde-Browne se convirtió en furia desatada.

—Hijoputa —aulló, y, cogiendo uno de los revólveres, apuntó a su marido y apretó el gatillo. Se oyó un leve clic y el señor Clyde-Browne se encogió contra la pared.

Intervino el director, que le quitó el revólver a la señora Clyde-Browne.

—Son de juguete —explicó—. Ya le dije que sólo era una broma.

El señor Clyde-Browne guardaba silencio. Ahora sabía de dónde había sacado Peregrine sus dones demoníacos y ya no le preocupaba lo más mínimo dónde pudiera estar el muy zoquete.

—Vamos al despacho —dijo el director, aprovechando al máximo la pelea doméstica—. La secretaria del colegio se ocupará de atender a la señora Clyde-Browne y estoy seguro de que a todos nos vendrá bien un trago.

El respiro fue sólo temporal. Cuando los Clyde-Browne salieron en su coche al cabo de media hora, la señora Clyde-Browne había amenazado con divorciarse si no localizaban a Peregrine; y el señor Clyde-Browne había transmitido la amenaza en términos que incluían indemnizaciones, el final de la carrera del director y la publicidad resultante de que el *News of the World* se enterase de que el mayor Fetherington, en vez de estar *in loco parentis* había estado *in loco matronae*, y con un preservativo puesto, además. El director contempló su partida y luego cruzó el patio de una carrera en dirección a la armería.

—Muevan el culo —gritó, inspirado, evidentemente, por el lugar a utilizar el lenguaje cuartelario y a ignorar la patente incapacidad del mayor para otra cosa que no fuera arrastrarse en su silla de ruedas—. Van a irse ustedes a Francia y van a traerme a ese maldito muchacho esta misma semana, aunque tengan que drogar al muy cabroncete.

—¿Francia? —dijo Slymne, con un estremecimiento; aquel país aún le inspiraba terror—. Pero, ¿por qué yo? Yo tengo que…

—Porque ese maníaco sexual estúpido no puede conducir. Mañana a esta hora, estarán ustedes en ese maldito Château.

—Eso es más de lo que yo puedo hacer —dijo el mayor—. Puede usted echarme de inmediato, pero maldita sea si voy a poder cruzar media Europa en una condenada silla de ruedas. Eso es todo lo que puedo decirle.

—Yo puedo decirle más —dijo el director, que había aprendido algo del señor Clyde-Browne, en lo referente a las expresiones contundentes—. O bien usa usted su despreciable influencia sobre su despreciable protegido, el amigo Peregrine Clyde-Browne, y ojalá asesine usted a Glodstone en el proceso, o el cabronazo del padre del cabroncete hará intervenir a la policía; en cuyo caso, no sólo perderá usted su puesto de trabajo, sino que tendrá que explicarle al CID y al Ejército por qué les dio esos revólveres a un par de lunáticos.

—Pero si no se los di. Ya le dije…

—¡Cállese! Yo se lo diré —dijo el director—. Porque estaba usted tirándose al ama de llaves y Glodstone le amenazó con contarlo todo.

—Eso es una mentira como una casa —dijo el mayor, sin gran convicción.

—Quizá —gritó el director—. Pero, evidentemente, la señora Clyde-Browne no opina lo mismo y dado que su marido afirma ser amigo personal de todos los jueces de los tribunales del país, por no mencionar al Lord Canciller, no creo que en el banquillo tenga usted muchas posibilidades.

—Pero no podemos telefonear a la condesa y explicar… —comenzó Slymne.

—¿Qué? ¿Que el colegio contrata maníacos como Glodstone para que vayan de repente a rescatarla? De cualquier modo, he de decirles que la secretaria lo intentó y esa mujer no figura en la guía telefónica.

—Pero y el costo…

—Lo pagaremos con dinero de la misión del colegio en la Isla de los Perros, que al fin y al cabo está destinado a la redención de delincuentes; nadie podrá decir que no se le da un uso adecuado.

Aquella misma tarde, a última hora, una vez más Slymne bajaba por la autopista camino de Dover. A su lado, iba el mayor sentado sobre una cámara hinchada, maldiciendo la intervención de las mujeres en los asuntos humanos.

—Fue idea de ella utilizar aquel chisme absurdo —se quejaba—. Yo no podía

impedírselo. Me tenía a su merced, y de todos modos yo no sentía nada.

Slymne prefería no revelar sus sentimientos. Se preguntaba con horror qué diría la condesa de aquellas cartas que ella no había escrito.

18

No tenía por qué haberse preocupado, en realidad. De momento, la condesa tenía otros problemas de qué preocuparse. En realidad, el día había sido pródigo en problemas. El señor Hodgson se había negado a pasar otra noche en un lugar donde podrían acogotarle cada vez que fuera al lavabo y había dejado la cuenta sin pagar. El señor Rutherby había aumentado las pequeñas dificultades de su esposa y del señor Coomb, amenazando con cometer un *crime passionnel* si volvía a verles juntos, y el señor Coomb le había dicho en términos muy claros que él no podía saber lo que era de verdad un *crime passionel* hasta que no se viese atrapado dentro de la señora Rutherby durante tres malditas horas con gente tirándole de las piernas para sacarle.

Pero habían sido los delegados los que habían causado más problemas. El doctor Abnekov aún sostenía que había sido víctima de una conspiración de la CIA destinada a silenciarle, mientras que el profesor Botwyk, por su parte, afirmaba que un grupo terrorista había intentado asesinarle y exigía un guardaespaldas de la embajada norteamericana de París. El doctor Grenoy había conseguido contemporizar. Si el delegado norteamericano deseaba protección, lo haría llevar en helicóptero al hospital militar más próximo, pero podía estar seguro de que no se repetirían los horribles sucesos de la noche anterior. El Château había sido registrado, se había avisado a la gendarmería local, que tenía vigiladas todas las entradas y se había instalado en el patio. Si el profesor Botwyk quería abandonar el simposium era cuestión suya, y Grenoy había venido a insinuar que su ausencia no se percibiría. Botwyk, algo irritado por la insinuación había insistido en quedarse siempre que se le permitiese utilizar un arma de fuego. El doctor Abnekov había exigido derechos similares, con lo que había alarmado tanto a Botwyk que éste había abandonado su pretensión.

—De todos modos, en caso de que me liquiden, haré plenamente responsable de ello al gobierno francés —le dijo al doctor Grenoy, con una falta de lógica que confirmó al agregado cultural en su creencia de que los anglosajones eran incapaces de pensamiento racional y civilizado. Una vez resuelto el problema temporalmente, había tomado otras medidas, tras consultar con la condesa.

—Si se niega usted a irse —le dijo a ésta—, procure, al menos, servir una

cena que les haga olvidar este embarazoso incidente. Los mejores vinos y los mejores platos.

La condesa se había esforzado todo lo posible; cuando los delegados acabaron de devorar una cena de siete platos y se reunieron a analizar el futuro del mundo, la indigestión se había añadido a sus restantes preocupaciones. El tema previsto en el programa era «El hambre en el Tercer Mundo: un enfoque multimodular», y hubo, como siempre, desacuerdos. En este caso, respecto a la definición del Tercer Mundo:

El profesor Manake, de la Universidad de Ghana, se opuso al término basándose en el razonable argumento de que, hasta donde él supiese, sólo había un mundo. El delegado saudí alegó que el hecho de que su país poseyese más petróleo y prácticamente más capital en Europa y América que ninguna otra nación, situaba a Arabia en el Primer Mundo, y a todo el que no estuviera familiarizado con el Corán en ninguna parte. El doctor Zukacs replicó, pese a las amenazas del doctor Abnekov de que estaba dejándose manejar por el imperialismo sionista-occidental, señalando el principio marxista-leninista de que la Arabia saudí aún no había salido de la era feudal, y Sir Arnold Brymay, aunque secretamente de acuerdo, agradeció a Dios en silencio el que nadie hubiese sacado a colación el asunto del Ulster.

Pero el conflicto principal surgió, como siempre, de la interpretación discrepante del doctor Abnekov y el profesor Botwyk. El doctor Abnekov se sintió particularmente ofendido por la acusación esgrimida por Botwyk de que la Unión Soviética era por definición un país subdesarrollado, debido a que no era siquiera capaz de alimentarse de un modo autónomo ni de satisfacer las demandas de los consumidores.

—Exijo que se retracte usted de esa ofensa a los triunfos del sistema socialista —gritó Abnekov—. ¿Quién fue el primero en el espacio? ¿Quién apoya los movimientos de liberación contra el capitalismo internacional? ¿Y los millones de proletarios que sufren desnutrición en Estados Unidos?

—¿Y quién tiene que comprarnos el trigo? —gritó Botwyk—. ¿Y qué dan ustedes a los millones de hambrientos de África y Asia? Fusiles y cohetes y tanques. ¿Ha probado alguna vez a comerse un cohete?

—Cuando todos los pueblos sean libres…

—¿Como Afganistán y Polonia? ¿Y Checoslovaquia y Hungría, qué? ¿Llama usted liberar a la gente a matarla?

—¿Y lo de Vietnam fue liberar a la gente? ¿Y cuántos asesinatos hay en Norteamérica al año? Hay tantos que ni siquiera lo sabe.

—Sí, bueno, pero eso es distinto. Eso es libertad de elección —dijo Botwyk, que era contrario a la venta libre de armas de fuego, pero no tenía ganas de explicarlo.

El doctor Grenoy intentó llevar la discusión de nuevo al tema original.

—Creo que deberíamos enfocar el problema racionalmente —alegó, pero el profesor Manake le preguntó qué cometido racional estaba desempeñando la Legión Extranjera francesa en África Central y qué problemas estaba resolviendo, aparte de los relacionados con la afición de los presidentes franceses a los diamantes.

—Supongo que la Legión Extranjera absorbe parte de la escoria de Europa —dijo Sir Arnold, intentando apoyar al doctor Grenoy—. Recuerdo una vez cuando yo todavía estaba en Tanganica…

—Tanzania —dijo el profesor Manake—. Ustedes los ingleses ya no son los propietarios de África, no sé si se ha dado cuenta.

El doctor Zukacs aportó su grano de arena.

—Falso. El neocolonialismo y el imperialismo financiero son el nuevo…

—Cállese, maldito magiar —gritó el doctor Abnekov, que veía venir la ofensa a Ghana—. No todos los países de África son neocolonias. Algunos son muy progresistas.

—Como Uganda, supongo —dijo Botwyk—. ¿Y quién prestó apoyo al caníbal de Idi Amin? Conserva las cabezas en el congelador para tomarse un tentempié.

—La deficiencia de proteínas es un problema generalizado en el Congo Belga —dijo Sir Arnold.

—Zaire —dijo el profesor Manake.

El doctor Grenoy lo intentó de nuevo.

—Examinemos el estructuralismo de la distribución económica —dijo con firmeza—. Es un hecho funcional el que las naciones subdesarrolladas del mundo tienen mucho que aportar en una base sociocultural y espiritual al pensamiento moderno. Lévi-Strauss ha demostrado que en ciertas partes del…

—Escuche, amigo —dijo Botwyk, que supuso que el doctor Grenoy iba a sacar a colación el tema de Israel—. No estoy dispuesto a asignar al cabrón de Jomeini ninguna base espiritual. Si cree usted que retener a ciudadanos norteamericanos inocentes es un acto cristiano…

En el tumulto que siguió a esta ofensa al mundo musulmán, el delegado saudí acusó a Botwyk y a Lévi-Strauss de sionistas y el pastor Laudenbach abogó por un enfoque ecuménico del Holocausto. Por una vez el doctor Abnekov guardó silencio. Estaba lamentando en silencio la muerte de su hijo, que había sido capturado y desollado vivo en Afganistán, y de todos modos despreciaba a los alemanes. Hasta el doctor Grenoy se incorporó al altercado.

—¿Podría el delegado norteamericano explicarnos cuántos norteamericanos más van a ir a demostrar su integridad espiritual bebiendo zumo de naranja mezclado con cianuro en Guayana? —preguntó.

Sólo Sir Arnold parecía feliz. Se había dado cuenta de pronto de que Zaire no era el Eire y que el asunto del Ulster no se incluiría en el menú.

La condesa terminó de recoger la cocina. Podía oír aún las voces destempladas, pero hacía ya un buen rato que había llegado a conclusiones propias sobre el futuro del mundo y sabía que las lindas ideas sobre la paz y la prosperidad no lo alterarían. Para ella era más importante su propio futuro y tenía que decidir qué hacer. El hombre que decía llamarse Pringle era, sin lugar a dudas, Glodstone. Le había echado un vistazo detenido cuando subió a su habitación con la bandeja de la cena y había vuelto luego a su propia habitación a comparar aquel rostro macilento con la fotografía del colegio que Anthony había traído consigo. ¿Por qué había mentido, entonces? ¿Y por qué había irrumpido alguien en el Château buscándola a ella? Había rechazado ya la idea de Grenoy de que la gente de Las Vegas la había localizado. Aquella gente no actuaba de aquel modo. Y menos por cien mil miserables dólares. Eran hombres de negocios y para recuperar su dinero habrían utilizado medios más sutiles, como el chantaje. Quizás hubiesen enviado primero a alguien para asustarla, pero si ése era el caso, habían utilizado a

un individuo notablemente inepto. No tenía sentido.

Sentada allí, a aquella mesa grande, cenando sola, se sentía cansada. Cansada de satisfacer las necesidades de los hombres, cansada de las fantasías de sexualidad, éxito y codicia y de aquellas otras fantasías, las ideológicas, sobre las que estaban discutiendo aquellos imbéciles. Ella había sido toda su vida una actriz de las películas soñadas por otros, o, aún peor, una acomodadora del local donde se proyectaban esas películas ajenas. Nunca había sido ella misma. En realidad, no sabía qué era eso de ser «ella». Ya era hora de descubrirlo. Terminó de cenar y lavó los platos, preguntándose por qué los seres humanos necesitaban el sustento de lo irreal. No conocía ninguna otra especie que lo necesitase. De cualquier modo, descubriría cuál era el propósito real de Glodstone.

Subió las escaleras hacia la habitación de éste y le encontró sentado en la cama, envuelto en una sábana, con un aire de desconcierto y de temor. Fue el temor lo que la decidió a elegir la táctica.

—¿Y qué está haciendo Glodstone ojo-de-cristal en este lugar? —preguntó, con su acento norteamericano más tosco.

Glodstone la miró boquiabierto.

—Pringle —dijo—. Me llamo Pringle.

—Eso no es lo que dice en su ropa interior. La chaqueta dice Glodstone. Y lo mismo la camisa. ¿Qué me dice?

Glodstone intentó inventar una excusa sin conseguirlo.

—Es que… esa ropa interior me la prestó un amigo —murmuró.

—¿Y también el ojo de cristal?

Glodstone se encogió en la sábana. Aquella mujer sabía demasiado sobre él. El comentario siguiente lo confirmó.

—Mire —dijo—, no intente engañarme. Dígame exactamente qué hacía usted rondando en plena noche por aquí y rescatando gente.

—Es que pasaba por casualidad.

—¿Pasaba qué? ¿Por el río? No me venga a mí con ese cuento. Un indeseable entra aquí de noche, golpea a los clientes, tira a uno de ellos al río y usted pasaba casualmente por aquí.

Glodstone apretó la dentadura postiza. Fuese quien fuese aquella mujer brutal, no estaba dispuesto a decirle la verdad.

—Puede usted pensar lo que quiera, pero el hecho es…

—Que dirige usted el internado de mi hijo y que me parece que mi hijo no se equivocaba mucho cuando dijo que era usted un chiflado.

Glodstone se sentía inclinado a aceptarlo. Sentía síntomas de claro desequilibrio. Aquella mujer no podía ser la condesa.

—No lo creo. Su hijo le dijo… Es imposible. Usted no es la condesa.

—Muy bien, pruébeme —dijo la condesa.

—¿Que la pruebe? —dijo Glodstone, pensando que ojalá aquella mujer no quisiera decir lo que él pensaba. Protegido sólo por una sábana, se sentía particularmente vulnerable.

—Pregúnteme usted lo que quiera. Por ejemplo, puedo decirle que Anthony está circuncidado, que es alérgico a la col, que tuvo un forúnculo el curso pasado y que logró aprobar cuatro asignaturas sin su ayuda. Pregunte.

Una oleada de alivio vacilante inundó a Glodstone. Quizás el lenguaje de aquella mujer no se ajustase a la idea que tenía él de cómo debían hablar las condesas, pero parecía saber mucho de Wanderby.

—¿No quiere decirme usted alguna otra cosa? —preguntó al fin, para ponerla a prueba respecto a lo de las cartas.

—¿Decirle? ¿Qué más quiere usted saber? ¿Si tiene paperas o algo así? ¿O si se lo han tirado? Lo primero, puede verlo usted por sí mismo, o puede preguntárselo a Miss Universo 1914. Y lo segundo, a usted no le importa. ¿O sí? —le miró detenidamente con un aire de especialista en perversiones sexuales—. ¿No será usted maricón, verdad?

—Perdón, ¿cómo ha dicho? —dijo Glodstone, ofendido por el insulto.

—No hay nada que perdonar —dijo la condesa en tono desagradable—. No es mi esfínter el que está en juego, desde luego. Pero si descubriese que ha estado usted sodomizando a mi hijo, esté usted seguro de que se irá de aquí sin el asunto.

—Santo cielo —dijo Glodstone cruzando las piernas frenéticamente—. Le aseguro que no se me ha pasado jamás por la cabeza semejante idea. De eso puede estar usted segura. Yo no tengo nada de raro.

—Quizás me engañe —dijo la condesa, relajándose un poco—. ¿Qué es lo que tiene usted en la cabeza, entonces?

—Cartas —dijo Glodstone.

—¿Cartas?

Glodstone apartó su ojo de ella. Este era el punto principal. Si no sabía nada de las cartas, no podía ser la condesa. Por otra parte, con su asunto en peligro, no iba a andar dando palos de ciego.

—Las que me escribió usted —dijo.

—¿Yo le escribo a usted cartas sobre las alergias de Anthony y viene usted hasta aquí para hablarme de ellas? Invente usted algo mejor. Eso no me lo creo.

Pero antes de que a Glodstone pudiera ocurrírsele otra cosa, se oyó el ruido de un disparo, un grito, más disparos, una algarabía de voces y los focos del patio se apagaron. Peregrine atacaba de nuevo.

Peregrine, a diferencia de todos los demás, había pasado un día tranquilo. Había dormido hasta el mediodía, había engullido luego judías y carne en conserva y había estado observando con interés los movimientos de los habitantes del Château. Como sabía ya que Glodstone estaba vivo, no estaba preocupado. En las novelas, los malos siempre capturaban a la gente y luego no pasaba nada. De hecho, no podía recordar ni un solo libro en el que liquidasen al héroe, salvo *El día del Chacal*, y no estaba seguro del todo de que el Chacal fuese un héroe. Pero había sido muy listo y muy cuidadoso y había estado a punto de salirse con la suya. Peregrine tomó mentalmente nota de que debía ser aún más listo y cuidadoso. A él nadie iba a liquidarle. Todo lo contrario.

Y así, a lo largo de toda la cálida tarde, estuvo observando cómo instalaban los focos y cómo se situaba la furgoneta de la policía junto al puente en la carretera

y elaboró sus planes. Evidentemente no podría subir por el acantilado como se había propuesto, y tendría que asegurarse de que no habían localizado el conductor del pararrayos como su ruta de acceso. Pero lo principal era idear alguna manera de distracción y conseguir que todos centraran su atención en un lugar distinto. Luego tendría que localizar a Glodstone y escapar antes de que se dieran cuenta de lo ocurrido. Tendría que actuar con mucha rapidez y, sabiendo lo patoso que era Glodstone en lo de andar por el monte con rapidez y en la escalada, eso constituiría un problema. Lo mejor sería atrapar a los puercos en el Château para que no pudieran seguirle. Pero con los guardias en el puente… tendría que idear un medio de engañarles. Puso su mente a trabajar y decidió su estrategia.

Cuando la noche cayó sobre el valle, bajó por la ladera y se deslizó entre los matorrales hasta llegar junto a la furgoneta de la policía. Había tres gendarmes fumando y charlando, mirando el río. Eso favorecía sus planes. Se deslizó entre los matorrales hasta que los gendarmes quedaron bloqueados por la furgoneta. Luego cruzó la carretera y se deslizó entre las ruedas buscando el depósito de gasolina. Arriba, dentro de la cabina, gorjeó la radio y uno de los gendarmes se acercó al vehículo y habló. Peregrine observó sus pies y apretó la culata del revólver. Pero el tipo se bajó de la furgoneta y los tres gendarmes subieron por la rampa hacia el puente y se perdieron de vista. Peregrine buscó en la mochila y sacó un pequeño infiernillo de gas y lo colocó bajo el depósito de gasolina. Antes de encenderlo volvió a comprobar, pero los gendarmes estaban demasiado lejos para oír, y además el ruido del agua del río amortiguaba el silbido del gas. Dos segundos después el infiernillo ardía y él había vuelto a cruzar la carretera y corría entre los matorrales río arriba. Tenía que cruzar el río antes de que la furgoneta explotara.

Había cruzado ya el río a nado y había subido ya hasta la mitad de la ladera cuando el infiernillo hizo sentir su presencia. Después de poner lentamente a hervir el depósito de gasolina, prendió el vapor con un estruendo que superó las más locas esperanzas de Peregrine. Hizo aún más. Cuando el depósito estalló, el infiernillo también lo hizo, la gasolina se derramó por la carretera llameante y los tres gendarmes, uno de los cuales se disponía a examinar una de las ruedas traseras para averiguar si la causa de aquel silbido era un fallo de la válvula, quedaron envueltos en una cortina de fuego y retrocedieron aterrados hacia el río.

Peregrine vio alzarse una bola de llamas y de humo frente al crepúsculo, y apresuró su marcha. Si alguien en el Château lo estaba viendo tendría qué pensar y desviaría su atención del conductor del pararrayos, situado en la torre norte. Desde luego, había desviado la atención de los gendarmes de cualquier cosa que pudiera relacionarse con torres. Sólo vagamente agradecidos de no haber perecido

incinerados, intentaban desesperadamente mantenerse a flote entre las tumultuosas aguas del río. Pero el infiernillo no había concluido su labor de destrucción. Al extenderse las llamas, estalló un neumático, desparramando más fragmentos de material incendiario por el puente. Un asiento ardía en medio de la carretera como en un cuadro surrealista, y la radio graznaba más incomprensiblemente que nunca.

Pero a Peregrine no le interesaban en absoluto estos efectos secundarios. Había llegado a la torre y subía ya por el conductor del pararrayos. Cuando llegó arriba, se detuvo, se apoyó en el tejado y se dirigió hacia la claraboya, revólver en mano. No había nadie a la vista, así que bajó al corredor vacío y cruzó hasta la ventana. Abajo, el patio estaba también vacío y, al parecer, nadie había advertido el humo que subía del río. Durante unos instantes, Peregrine se quedó desconcertado. No había pensado en ningún momento que los gendarmes fuesen realmente policías. Cualquiera podía ponerse un uniforme, y los bandidos, evidentemente, no iban a llamar a la justicia para que les protegiese; pero, de todos modos, él había supuesto que estarían de vigilancia y se había tomado muchas molestias para desviar su atención del Château. Pero nadie parecía mostrar el menor interés. Qué raro. De cualquier modo, estaba en el Château y, si eran tan tontos como para no estar vigilando, era asunto suyo. La misión de Peregrine era rescatar a Glodstone y esta vez no se entretendría con nadie en los corredores y en los dormitorios.

Bajó por la torre hasta el sótano y buscó en las habitaciones de allí otra vez. No había ni rastro de Glodstone. Pero en la cocina abandonada, pudo oír voces de personas que discutían. Se acercó al montaplatos y escuchó; pero las voces eran muchas y demasiado confusas para poder entender lo que decían; ya estaba a punto de irse de allí cuando se le ocurrió que estaba en una situación magnífica para matar a todos los puercos de una sola pasada. Aunque lo de una sola pasada, término aeronáutico, no era la palabra que quería, porque no podía calificarse así el hecho de subir en un diminuto ascensor, pero, desde luego, les cogería por sorpresa si aparecía por la abertura de arriba y empezaba a disparar contra ellos. Claro que eso no ayudaría a Glodstone a escapar. Peregrine comprendió de pronto su error. En realidad, tenían a Glodstone como rehén. Esa era la causa de que sólo hubieran puesto tres guardias de vigilancia en el puente y hubieran colocado los focos. Sabían que él volvería; pero, como tenían a Glodstone, Peregrine no podría hacer más que entregarse. Eso explicaba todo aquello que le había parecido tan desconcertante.

En la oscuridad, la mente de Peregrine rumiaba aquel problema, tan mortífera como un hurón en una madriguera de conejos: y halló una solución.

19

En el gran salón, los miembros del simposium habían abandonado hacía mucho el tema del hambre en el mundo. No había entre ellos especialistas en nutrición o en técnicas agrícolas y ni siquiera el doctor Grenoy había logrado reagruparles en torno al tema recurriendo a aquellas generalidades que, como agregado cultural, y por añadidura francés, eran su fuerte. En realidad, su tentativa no había hecho más que empeorar las cosas. Sólo se mantenía en pie el enfoque multimodular y, gracias a la descomunal cena y luego al coñac, hallaban creciente expresión los prejuicios nacionales y los sentimientos personales.

Se habían establecido lazos curiosos. La antipatía del doctor Abnekov por el capitalismo norteamericano había quedado superada gracias al comentario del profesor Botwyk al delegado saudí de que un individuo que no fuera capaz de saber beber debía dejar de farfullar sobre la fuerza de los productos del petróleo, y el pastor Laudenbach les había aproximado aún más apoyando la negativa de los musulmanes a probar el alcohol. Incluso el profesor Manake y Sir Arnold habían hallado un interés común en la caza mayor. Sólo el doctor Zukacs seguía manteniéndose obstinadamente doctrinario, explicando, sin dirigirse a nadie en concreto, que los países subdesarrollados sólo podían librarse del imperialismo desarrollando la industria pesada y colectivizando las explotaciones agrícolas. Como se sentaba junto al delegado polaco (que tenía órdenes de no abrir la boca y que sabía cuáles habían sido los resultados de la agricultura colectivizada en su país, y a quien fastidiaba que dijeran que Polonia era un país subdesarrollado), sólo la amenaza del doctor Abnekov de machacarles a todos la cabeza si no dejaban de gritar impidió una pelea. Cuando el pastor Laudenbach abogó por la paz, Botwyk se levantó.

—Oiga, usted, sucio alemán —gritó—. No sé por qué habla usted tanto de paz. Su maldito país inició dos guerras mundiales en este siglo, no crea que lo hemos olvidado. Seis millones murieron en las cámaras de gas y no me extrañaría nada que hubiera sido usted el médico del campo de Auschwitz.

—Eso es una mentira —masculló imprudentemente el pastor—. Yo me pasé cuatro años en el Frente Oriental, en una brigada de Panzers. Estuve en la batalla de Kursk mientras ustedes mataban a cientos de miles de civiles inocentes en los

bombardeos. Yo sé lo que es la guerra, lo aprendí en Kursk y…

Esto era demasiado para el doctor Abnekov:

—Hitleriano asesino —gritó—. Como le ponga las manos encima le enseñaré lo que le hicimos a los carniceros como usted. ¿Así que estuvo usted en Kursk? Bien, pues…

—Caballeros —suplicó el doctor Grenoy—, procuremos olvidar el pasado y…

—Cállese usted, franchute de mierda —gritó Botwyk—. Sin los muchachos que murieron en la playa de Omaha, estarían ustedes aún haciendo lo que aquí Heinie les dijese, si es que no fue usted un maldito colaboracionista, cosa que habría que saber.

—Yo tenía cinco años por entonces… —comenzó a decir el doctor Grenoy, pero ni Botwyk ni Abnekov estaban dispuestos a dejarse silenciar. Abnekov se lanzó beodamente contra el pastor, mientras que Botwyk maldijo al doctor Grenoy por largarse de Vietnam y de la OTAN, y aún más por juntarse con un montón de hunos en el Mercado Común. ¿Y del Plan Marshall qué?

—Increíble —comentó el profesor Manake a Sir Arnold—. Ustedes los europeos parecen que no se dan cuenta jamás de lo increíblemente bárbaros que son.

—Yo no me considero exactamente europeo, sabe —dijo Sir Arnold—. Nosotros somos una raza isleña, con una tradición marítima…

Pero mientras decía esto, Peregrine, siguiendo otra tradición inglesa, actuó. Disparando con toda la mortífera precisión que el mayor Fetherington le había transmitido, hizo que su primera bala atravesara limpiamente la frente del profesor Botwyk; luego, con otros dos disparos apagó las luces y con dos disparos más sumió en la oscuridad también el patio. Mientras los gritos y alaridos de los delegados resonaban en el Château, fue a ponerse rápidamente a cubierto a la torre de acceso. Allí había un despachito y desde él podía tener una visión completa de la terraza y el patio del establo, donde había coches aparcados en la parte de atrás. En suma, nadie podía salir de los edificios sin ponerse a su alcance. Y sobre todo, tenía a los puercos atrapados en el Château; y no pensaba largarse de allí hasta que no liberasen a Glodstone.

Tres plantas más arriba, la condesa coincidía en no querer largarse. Al oír los disparos, los gritos y la confusión que se organizó abajo, se dio cuenta de su error. El doctor Grenoy sabía bien lo que decía. La noche anterior había estado allí buscándola un pistolero; debía largarse mientras estuviera a tiempo. En aquel momento preciso era condenadamente difícil. Corrió hacia la puerta, la cerró con llave y apagó la luz.

—Si viene alguien, no diga ni una palabra —le dijo a Glodstone—. Y empuje esa cama contra la puerta.

Estuvieron un rato sentados en silencio escuchando, atentos a posibles rumores de lucha o gritos de pánico y preguntándose, cada uno por su lado, cómo diablos saldrían de aquel lío.

—Debe haber liquidado a uno de los clientes —susurró por fin la condesa.

—¿Clientes? —dijo Glodstone.

—Uno de ellos o los mercaderes intelectuales.

—¿Mercaderes intelectuales?

—Los futurólogos. Aunque no saben nada sobre el futuro. Pero, en fin, pagan bien. O pagaban. Después de esta noche, no creo que éste sea el lugar más popular del mundo para conferencias y simposios.

Glodstone pensaba lo mismo, aunque no entendía quiénes podían ser los futurólogos. Desde luego, los gángsters internacionales procurarían evitar aquel lugar.

—Lo que no entiendo —continuó la condesa—, es por qué el tipo de anoche me buscaba a mí y ahora está disparando contra esos pobres cabezas de huevo. A menos que los que disparan sean los gendarmes.

—¿Los gendarmes? —dijo Glodstone—. ¿Quiere usted decir que han tenido el valor de llamar a la policía?

—¿No creerá usted en serio que una reunión internacional de algunos de los intelectuales más eminentes del mundo van a quedarse sentados sobre el trasero cuando anda suelto un asesino a sueldo? Es un milagro que no hayamos llamado ya a la Infantería de Marina de los Estados Unidos, tal como se ha puesto el

profesor Botwyk esta mañana. Quería telefonear a la embajada.

—¿La embajada?

La condesa le miró recelosa, en la oscuridad.

—¿Siempre repite usted lo que le dicen? —preguntó.

—No, pero… En fin, uno no se imagina que hombres así tengan el valor de pedir protección al gobierno.

—No entiendo por qué no.

Glodstone sí, pero, dadas las circunstancias, no parecía aconsejable decirlo. Por otra parte, tenía la creciente certidumbre de que había habido algún terrible error y, por un momento, empezó a preguntarse si no se habrían equivocado de castillo, hasta que recordó que aquella mujer le había dicho que era la madre de Wanderby. Quizás toda aquella charla sobre intelectuales internacionales y sobre la policía fuesen sutiles medios de hacerle hablar a él.

—Parece todo muy raro —murmuró.

—Y que lo diga usted —dijo la condesa, al oírse otro tiro abajo.

Peregrine acababa de alcanzar al doctor Abnekov, que había cometido el error de ponerse a mear por una de las ventanas y había comprobado los efectos de ser circuncidado con una bala de revólver. Cuando los gritos se aplacaron, la condesa se puso en pie.

—¿Dónde tiene el coche? —preguntó.

Glodstone vaciló. Aún no sabía a qué atenerse con aquella mujer; pero nada adelantaba con mentirle.

—Lo dejé escondido en una vieja serrería. No quería que me lo robasen.

—Sí, bien, yo diría que demostró usted sentido común —dijo la condesa—. Tendremos que ir a buscarlo. Este lugar está empezando a parecer la celda de un condenado y no estoy dispuesta a quedarme aquí sentada esperando. Ayúdeme a retirar la cama. Pero con cuidado. Sin ruido.

Glodstone se levantó, bien enrollado en una sábana. Empezaba a parecerle una mortaja prematura.

—¿Lo cree usted prudente? —preguntó mientras sonaba otro tiro—. En fin, parece que hay una batalla ahí fuera.

—Ese es precisamente el motivo de que nos larguemos. Mientras estén ocupados, tendremos una posibilidad.

Retiraron la cama; la condesa abrió, la puerta y salió al corredor. Glodstone la siguió renuente y luego se detuvo.

—Vamos, ¿qué espera usted? —preguntó la condesa—. ¿Se le han enfriado los pies o algo por el estilo?

—Es que no he cogido ropa y… en fin… no querría comprometerla —murmuró.

—Jesús. En un momento así, se pone a hablar de comprometer. Si no nos damos prisa, voy a quedar comprometida por una bala.

Glodstone cedió al fin y bajó torpemente las escaleras tras ella.

—Por aquí —susurró la condesa cuando llegaron a un rellano amplio, directamente sobre la entrada. La condesa abrió una puerta y le empujó al interior.

—Encontrará usted ropa de mi marido en el dormitorio. Su talla debía ser casi dos veces la de usted, pero tendrá mejor pinta con algo oscuro. Esa sábana es del mismo tono que su cara.

Glodstone cruzó tambaleante la alfombra, pasó a la habitación contigua y encontró algunos trajes en un guardarropa. Fuese quien fuese el marido de aquella mujer, era indudable que no le había mentido respecto a su corpulencia. El muy animal debía medir uno noventa descalzo y tenía una cintura descomunal. Aun así, cualquier cosa era preferible a la sábana. Glodstone se puso una camisa, mientras la condesa trajinaba en la otra habitación. Cuando ya estaba vestido y podía moverse sin caerse (había tenido que remangarse las perneras de los pantalones más de un palmo para conseguir tal hazaña), ella había terminado de hacer la maleta.

—Bien —dijo, sujetando una escalerilla de cuerda a un gancho que había

sobre la ventana que daba al camino y a la avenida de los nogales—. Salida para una condesa seguida por el oso. Cuando esté fuera, me da usted la maleta. Y luego iremos a donde está su coche.

—Pero no conseguiré llegar con esta indumentaria —dijo Glodstone—. ¿Dónde está mi ropa?

—Si la han traído de la lavandería, debe estar en el despacho de abajo, pero yo no le aconsejaría que intentara recuperarla. Por ese camino, sólo llegaría usted al infinito. Vamos, huyamos por la escalera de incendios.

Y soltó la escalerilla por la ventana y se encaramó en el alféizar.

—Ahora la maleta —dijo.

Glodstone se la entregó. Era notablemente pesada. Cuando la condesa desapareció, Glodstone permaneció indeciso unos instantes. Ya no le cabía duda de que era la condesa y, en cierta medida, podría decirse que la estaba rescatando. Pero la idea de intentar caminar quince kilómetros con aquella ropa y arrastrando aquella maleta le abrumaba. ¿Y dónde estaba Peregrine? El tiro que sonó abajo debería habérselo indicado. Desde luego, le hizo tomar una decisión. Se encaramó también en el alféizar y se deslizó por la escalerilla.

Peregrine, abajo, en el despachito, estaba muy animado. Aquello era vida. Aquello era el mundo, la acción. La aventura, la emoción, lo que había leído y soñado y para lo que se había preparado. Ya no era imaginario. Era real y emocionante, un asunto de vida o muerte y, en caso de que fuera lo último, habría triunfado, sin duda. Estaba seguro de haber liquidado a un puerco y herido a otro que se había asomado a una ventana. Lo único que le desconcertaba era que nadie hubiera respondido a sus disparos. Le habría gustado mucho un intercambio. Pero no había habido ni un solo disparo de respuesta y estaba cavilando sobre lo que significaría esto cuando un ruido que oyó fuera le dio la respuesta. Algo acababa de golpear contra la pared del Château; oyó voces. ¿Así que los cabrones habían logrado rodearle y se disponían a atacarle por la retaguardia? Muy astuto. Iban a ver lo que era bueno.

Comprobó que el patio aún seguía vacío, y se acercó a la ventanita que daba al camino. Nada más ponerse a mirar, apareció alguien con una maleta. Iban a liquidarle con una bomba. Peregrine apuntó con el revólver desde la ventana y luego vaciló. Era una mujer. A él no le habían enseñado a matar mujeres. De todos

modos, no podía correr riesgos. Se deslizó hasta las puertas y las abrió con suavidad. Ahora vio también a un hombre. Le oía cuchichear. Ahora sí atacaría. Abrió la puerta con el pie y apuntó, sosteniendo el revólver con ambas manos.

—Bien, amigos, quietos —gritó, identificándose ahora con los héroes de todas las novelas norteamericanas de aventuras que había leído—. Las manos en la cabeza y nada de moverse.

Pero la mujer ya lo había hecho. Corría camino adelante lo más deprisa que podía. Por un segundo, Peregrine se sintió tentado, pero Bulldog Drummond prevaleció. Por lo menos tenía al hombre, y éste no iba a causarle ningún problema. Gemía y balbuceaba pero tenía las manos levantadas.

—Por amor de Dios, no dispare —suplicó.

Peregrine reconoció la voz.

—Gloddie —dijo—. ¿Es usted?

—Claro que soy yo —dijo Glodstone, con un gemido, y luego se sentó en la maleta—. ¡Oh, Dios mío!

—¿Se encuentra bien?

Glodstone sintió su corazón y pensó que no.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Peregrine.

—La condesa.

—Y la hemos rescatado. Es pistonudo.

Glodstone no contestó. A su modo de ver, el adjetivo era absolutamente inadecuado.

—Entonces podemos irnos —dijo Peregrine—. ¿O quiere que me cargue antes a todos esos puercos?

Glodstone intentó incorporarse y se pisó los bajos del pantalón y se cayó de bruces.

—No quiero que hagas nada más —dijo furioso, mientras Peregrine le ayudaba a levantarse—. Salvo mirar si mi ropa está en un despacho que hay ahí dentro y traérmela. Y deprisa. Va a haber muertes.

—Oh, no sé —dijo Peregrine—. Ellos…

—Maldita sea, yo sí lo sé —dijo Glodstone.

—Bueno, está bien —dijo Peregrine ceñudo—. Precisamente cuando empezaba a resultar divertido…

Pese a todo fue hasta el despacho y regresó con un paquete de papel marrón.

—Sólo una cosa más —dijo, y antes de que Glodstone pudiera argüir que incluso una sola cosa sería demasiado para su corazón, había desaparecido.

Glodstone bajó por el camino con el paquete de ropa. Si lo que él esperaba ocurría, cuando sucediese quería estar detrás de un nogal. Todo estuvo tranquilo unos minutos, luego sonó una andanada de disparos y Peregrine salió corriendo del Château.

—Eso les contendrá mientras salimos —dijo—. He descolgado la escalerilla y he cerrado las puertas.

—Y te habrás cargado a alguien, supongo.

—No había nadie.

—Bien, vamos, ocúpate de esta maldita maleta —dijo Glodstone. Estaba deseando poner la mayor distancia posible entre él y el Château. El lugar ya no tenía nada de romántico.

En el gran salón, los delegados estaban encogidos en la oscuridad, rodeados de cristales rotos. Su preocupación por el futuro de la humanidad había adquirido una dimensión personal y más interesada; pero aun así, no había acuerdo entre ellos. El doctor Abnekov se oponía particularmente a la insistencia de Sir Arnold Brymay en que el único medio de tratar un pene gravemente herido era aplicar un torniquete.

—Pero no alrededor de mi escroto —gritaba Abnekov.

—Impide que el veneno pase al flujo sanguíneo —decía Sir Arnold, con una extraña lógica procedente de su experiencia en el tratamiento de las víctimas de las mordeduras de serpientes en los Trópicos.

—No es lo único que impide —gritó el ruso—. ¿Quiere usted castrarme, o algo por el estilo?

—Supongo que también podríamos intentar cauterizarlo —dijo Sir Arnold, vengándose de las acusaciones del delegado soviético de que él era personalmente responsable de las atrocidades cometidas por el ejército inglés en Irlanda.

Intervino entonces la doctora Keister.

—Quizás yo pueda ser útil en este asunto —dijo—. En Dinamarca, he tenido experiencias con los genitales de delincuentes sexuales y…

—Yo no soy un delincuente sexual, vaca asquerosa. Puede hacer usted lo que le venga en gana en su podrida nación de mierda, atiborrada de pornografía, pero si se atreve a tocarme va a enterarse de lo que es un delito sexual.

—En África —dijo el profesor Manake—, algunos de los pueblos menos progresistas aún siguen practicando la circuncisión femenina. Esto en Ghana, claro está, es desconocido, pero he estudiado los ritos de iniciación entre los varones en el resto de los países. Son una preparación simbólica para la edad viril.

—¿Y qué coño tiene eso que ver conmigo, eh, hechicero de mierda? —gritó Abnekov—. Mi virilidad no tiene nada de simbólico. Y usted deje ya de retorcer ese trozo de cuerda, puerco imperialista.

—Pero si es mi última escobilla para limpiar la pipa —dijo Sir Arnold—. Pero en fin, si quiere usted morir desangrado, imagino que está en su derecho.

El doctor Grenoy y el profesor Badiglioni discutían debajo de la mesa la teoría y los orígenes del terrorismo internacional. El italiano echaba la culpa directamente a Robespierre, Babeuf, Blanqui, Sorel y todos los demás franceses que se le ocurrían, mientras que le doctor Grenoy replicaba con los carbonarios, la Mafia, Mussolini y Gramsci, al que jamás había leído. La muerte de Botwyk había apartado por completo de su mente cualquier relación de la condesa con los gángsters de Las Vegas.

Sólo el pastor Laudenbach y el jeque Fahd bin Riyal, unidos por su fe en el

futuro espiritual y ciertos prejuicios no expresados, permanecían impasibles.

—Es la voluntad de Alá. El mundo occidental es decadente y sin duda el infiel Botwyk era un sionista. Se negaba a admitir que la devolución de Jerusalén y de todas las tierras árabes sólo puede lograrse por la fuerza de las armas. Sucede lo mismo con Berlín y la orilla oriental ocupada de su país.

—No lo había considerado nunca así hasta ahora —dijo el pastor—. Tenemos mucho por lo que sentirnos culpables.

El delegado saudí sonrió en la oscuridad. Pensaba con nostalgia en Eichmann.

Hacia el norte, lejos, Slymne conducía por la N-l a más de ciento treinta kilómetros por hora. No quería perder tiempo en carreteras secundarias e ignoraba las propuestas del mayor, formuladas a intervalos frecuentes, de parar para pasar la noche en un hotel.

—Ya oyó lo que dijo el director —le dijo al mayor—. Esto podría ser la ruina de todos nosotros.

—No quedará mucho de mí para entonces, a este paso —dijo el mayor, cambiando de postura, encima de la cámara de neumático.

20

La condesa se detuvo en su huida a mitad del sendero. Había pasado demasiados días en la cocina y eso no la había preparado para carreras prolongadas y, de cualquier modo, no le habían disparado. Tampoco la perseguía nadie. Se sentó en el muro para recuperar el aliento y consideró lúgubremente la situación. Había salvado la vida, pero había perdido los ahorros de su vida. Los siete lingotes de oro de la maleta constituían su garantía de independencia. Sin ellos, estaba atada al maldito Château y a la cocina. Peor todavía, quizás tuviese que ir a otro sitio y esforzarse por satisfacer los caprichos y deseos de los hombres, en la cocina de otro, como ama de llaves y criada para todo o, aún peor, como esposa. Perdería la casita de Bognor Regis y la posibilidad de recuperar su interrumpida identidad de Constance Sugg, y con ello la seguridad de dejar verdadera y definitivamente atrás su pasado. Era una perspectiva abrumadora, que no aliviaba en nada el hecho de ser gorda, ordinaria y cuarentona. No es que le preocupase su aspecto, pero no le ayudaría mucho en un mundo dominado por hombres lujuriosos.

Lo más irritante era que se habría salvado de no haber sido por la torpeza de Glodstone. Otro condenado hombre que había frustrado sus planes y que, además, era imbécil. Exasperada por todo el asunto, estaba ya a punto de continuar cuando le asaltó otra idea. Alguien había estado buscándola, sin duda, y después de encontrarla la habían dejado escapar. ¿Por qué? A menos que hubiesen conseguido lo que querían en su maleta. Eso tenía mucho más sentido. Claro que sí. Con resolución nueva y furiosa, la condesa bajó del muro y volvió a subir por el camino. Había recorrido unos veinte metros cuando oyó pasos y voces. Así que, después de todo, venían. Se ocultó entre los matorrales y se acuclilló.

—No me importa lo que pienses —decía Glodstone, al pasar—, si no hubieras aparecido con ese maldito revólver y hubieses gritado «Quietos», ella no habría echado a correr así.

—Pero es que yo no sabía que era la condesa —dijo Peregrine—. Yo creí que era uno de los puercos que intentaba sorprenderme. De cualquier modo, la hemos rescatado y eso es lo que ella quería, ¿no?

—¿Sin la maleta y sin su ropa?

—Pesa mucho para ser ropa, eh. Lo más seguro es que esté esperando en el puente, y entonces podremos devolvérsela.

—Asustas a la pobre mujer —masculló Glodstone—, y luego esperas que esté por ahí esperándome. Seguro que se cree que estoy muerto.

Ya no podía oírles. Allí entre los matorrales, la condesa no entendía lo que acababa de oír. ¿Rescatarla? ¿Y qué es lo que ella quería? ¿Que ella quería su maleta y el loco del revólver había dicho que podían devolvérsela? Estas frases le planteaban interrogantes demenciales.

«Debo estar volviéndome loca», murmuró, mientras se desembarazaba de los matorrales y salía al camino intentando decidir qué hacer. La decisión no era difícil. El joven gángster tenía su maleta y, pensase lo que pensase, la condesa no estaba dispuesta a dejarle desaparecer con ella. Cuando la pareja doblaba la curva, se quitó los zapatos, y con ellos en la mano corrió por el camino para darles alcance. Cuando llegaron al puente, ella estaba veinte metros atrás, oculta por el muro que daba sobre el río.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Glodstone, contemplando los restos de la furgoneta de la policía y del asiento del conductor, que, tras arder, se había convertido en un esqueleto de alambre en el centro del puente.

—Es que pusieron ahí a unos guardias —dijo Peregrine—, pero me deshice en seguida de ellos.

—Santo cielo —dijo Glodstone—. Cuando dices «me deshice de ellos»… no, mejor no me lo expliques.

Hizo una pausa y miró receloso a su alrededor.

—De todos modos —añadió—, me gustaría estar seguro de que no hay ninguno por aquí.

—Yo creo que no. La última vez les vi todos en el río.

—Será lo último que se sepa de ellos antes de que lleguen al mar, por la experiencia que tuve con ese maldito torrente.

—Me adelantaré a comprobar, por si acaso —dijo Peregrine—. Si no hay problemas, silbaré.

—Y si hay problemas, supongo que oiré un disparo —murmuró Glodstone, pero Peregrine cruzaba ya tranquilamente el puente con la maleta. Al cabo de un minuto silbó, pero Glodstone no se movió. Tenía la vaga impresión de que había alguien detrás suyo.

—Soy otra vez yo, querido —dijo la condesa—. No se librará de mí tan fácilmente.

—Nadie quiere librarse de usted. Yo desde luego…

—Las explicaciones para después. Ahora, usted y yo cruzaremos juntos y si ese delincuente empieza a disparar, recuerde que estoy detrás y que tendrá que atravesarle primero a usted para alcanzarme.

—Pero no disparará. En fin, ¿por qué habría de hacerlo?

—Dígamelo usted —dijo la condesa—. Yo no sé leer el pensamiento, aun suponiendo que usted pueda pensar. Así que vamos.

Glodstone avanzó. En el cielo, hacia el este, había empezado a aclarar, pero él no tenía ojos para las bellezas de la naturaleza. Estaba concentrado en un paisaje interior, en el que no existía ni significado ni orden y todo era distinto de lo que él había creído tiempo ha. El romanticismo había muerto y, a menos que tuviera sumo cuidado, él seguiría muy en breve el mismo camino.

—Le diré que no haga estupideces —dijo, cuando llegaron a la rampa.

—Es un poco tarde para eso, nene, pero puede intentarlo —dijo la condesa.

Glodstone se detuvo.

—Peregrine —dijo—, la condesa está conmigo, así que no hay problema. No hay por qué alarmarse.

Detrás de la destrozada furgoneta de la policía, Peregrine amartilló el revólver.

—¿Cómo sé que dice la verdad? —gritó, apartándose rápidamente hacia la

cuneta para poder tener una línea de fuego clara, viendo recortada la silueta de la figura achaparrada contra el cielo.

—Porque te lo digo yo, imbécil. ¿Qué más quieres?

—¿Y por qué está tan pegada a usted? —dijo Peregrine, desde un punto distinto.

Glodstone se volvió y la condesa hizo lo propio.

—Porque no confía en ti con ese revólver.

—¿Por qué nos pidió que la rescatásemos? —preguntó Peregrine.

Pero Glodstone había llegado al límite de su paciencia.

—Eso ahora importa un pimiento. Ya lo hablaremos luego. Ahora sal de ahí y quítate de en medio.

—Está bien, está bien —dijo Peregrine, un tanto desilusionado porque esperaba liquidar a otro—. Si usted lo dice.

Salió de la cuneta y Glodstone y la condesa pasaron ante el esqueleto de la furgoneta de la policía.

—Bueno, ¿qué es esta historia de que yo quería que me rescataran? —preguntó la condesa, deteniéndose para ponerse los zapatos—. ¿Y quién es nuestro amigo del gatillo?

—Se llama Peregrine —dijo Glodstone—. Peregrine Clyde-Browne. Es un chico de mi internado. Bueno, de hecho ya ha terminado. Pero en realidad…

—No necesito su curriculum vitae. Quiero saber lo que está haciendo aquí. Eso es todo.

Glodstone miró inquieto a un lado y otro de la carretera.

—¿No sería mejor que fuéramos a un sitio más… discreto? —dijo—. Quiero decir, que cuanto más rápido salgamos del distrito menos oportunidades habrá de que nos sigan.

Ahora le tocaba vacilar a la condesa. No estaba nada segura de querer ir a ningún sitio especialmente discreto con aquellos maníacos. Por otra parte, era muy razonable alejarse de vehículos de policía incendiados. No le apetecía gran cosa que la interrogasen muy detenidamente sobre los lingotes de oro que llevaba en la maleta o sobre la finalidad de los diversos pasaportes, por no mencionar a aquel profesor del colegio de su hijo y a un condiscípulo que andaban por allí disparando contra la gente. Tenía ardientes deseos de dejar atrás por fin este último rastro de su pasado. Bognor Regis la llamaba.

—No hay nada como quemar los puentes —dijo la condesa—. Adelante MacDuff.

Y, cogiendo la maleta, siguió a Glodstone cruzando el puente y luego ladera arriba. Peregrine se quedó atrás; se había tomado al pie de la letra las palabras de la condesa y cuando llegaron al cerro y se detuvieron a tomar aliento, el humo había empezado a concentrarse en el valle y llegó hasta ellos el crepitar de la madera ardiendo.

—Eso les mantendrá tranquilos un ratito —dijo, cuando les alcanzó. Glodstone miró hacia atrás desesperado. Sabía lo que iba a ver. El Château parecía abandonado pero el puente de madera estaba en llamas.

—¿Tranquilos? ¿Tranquilos? De aquí a veinte minutos, antes de que podamos levantar el campamento, estarán ahí abajo todos los bomberos y policías que hay de aquí a Boosat. La idea era llegar al coche antes de que iniciaran la caza.

—Sí, pero ella dijo…

—Cierra el pico y muévete —replicó Glodstone, y se metió entre la maleza para ponerse su ropa.

—Te voy a decir algo, muchacho —dijo la condesa—. Así me gusta, cuando hagas algo, hazlo hasta el final. Aun así, él tiene razón, ¿comprendes? Hay que espabilar, la mierda puede salpicarnos de un momento a otro.

Echó un vistazo al pequeño campamento.

—Y si los perros dan con el rastro —añadió—, nos estarán pisando los talones antes de que nos demos cuenta.

—¿Perros? —dijo Peregrine.

—Sí, esos perros que utiliza la policía, que tienen muy buen olfato. Yo creo que lo mejor sería enterrarlo todo junto al río.

—Muy bien —dijo Peregrine. Y cuando Glodstone salió al fin de entre la maleza, contemplando su maltrecha estampa, Peregrine había desaparecido y la condesa estaba sentada en su maleta.

—Ha ido a destruir las pruebas —dijo—. Al río. Así que ahora puede explicarme qué es todo este asunto.

Glodstone miró a su alrededor, la hondonada vacía.

—Pero usted tiene que saberlo —dijo—. Usted me escribió pidiéndome que viniera a rescatarla.

—¿De veras? Bien, para su información le diré…

Pero se interrumpió. Si aquel loco creía que le había escrito pidiéndole que la rescatase, y por su actitud era evidente que lo creía, no iba a ponerse a discutir el asunto con él, dadas las circunstancias.

—Bien, de acuerdo, creo que éste no es el momento de discutir. Y hay que hacer algo con el traje de Alphonse. Apesta a naftalina.

Glodstone contempló la ropa que sostenía.

—¿No podemos dejarla aquí sin más?

—Acabo de explicarle al joven Lochinvar que si la policía trae perros nos localizarán en seguida.

Pero fue Peregrine quien apareció con la solución cuando volvió del río.

—Ustedes vayan delante y yo les dejaré un rastro que les llevará en dirección contraria —dijo—. Ya les alcanzaré antes de que lleguen a la serrería.

Y quitándole a Glodstone de la mano el traje de Alphonse, bajó de nuevo a la carretera.

Glodstone y la condesa se pusieron en marcha y, al cabo de dos horas, habían llegado a la zona llana demasiado preocupados por sus propios y profusos

pensamientos como para poder hablar. El sol estaba ya alto y sudaban; pero Glodstone, por una vez, no tenía intención alguna de pararse a hablar. La pesadilla por la que había pasado seguía asediándole. Aún seguía con él, en la forma de una mujer que evidentemente no sabía que le había escrito pidiéndole ayuda. Incluso más evidente era el hecho de que ella no necesitaba ayuda y que si alguien podía decir que había sido rescatado, Glodstone tenía que admitir que aquella mujer le había salvado a él. Por último, cuando llegaron a los bosques del final de la Causse de Boosat, Glodstone se volvió y miró hacia atrás. Un manchón de humo vagaba por el cielo límpido y, por un instante, le pareció oír un lejano rumor de sirenas. Luego siguieron bregando con árboles y matorrales y, tras otra media hora, llegaron a la pista abandonada que llevaba a la serrería.

Sobre la maquinaria oxidada y los edificios medio en ruinas, imperaba la misma atmósfera de soledad y de abandono prolongado, pero ya no evocaban a Glodstone sentimientos de emoción. Por el contrario, el lugar le parecía siniestro y lúgubre, infectado de muerte y de crímenes aún no descubiertos. No es que Glodstone tuviera tiempo para analizar estos sentimientos. Surgían en su interior maquinalmente, mientras se abría paso hacia el cobertizo. Dio gracias a Dios porque el Bentley todavía se hallase allí. Mientras abría las puertas, la condesa posó la maleta y se sentó en ella. Había ignorado hasta entonces el dolor del brazo derecho y de sus pies llagados, y procuró seguir ignorándolo. Al menos tenían un coche, pero ¡qué coche! Sí, claro, era de esperar. Un Bentley antiguo. Material de época. No podía haber nada más fácil de identificar. Un hombre con un ojo de cristal en un Bentley. Aunque no instalasen controles en las carreteras, los policías les darían el alto nada más verles. Por otra parte, los propietarios de coches de época no solían andar por ahí liquidando profesores. Y no había vuelta atrás, de todos modos. Tendría que decir simplemente que la habían raptado y confiar en la suerte.

Glodstone, en el cobertizo, colocó las bujías en el Bentley y lo puso en marcha. Acababa de sacarlo del cobertizo, cuando apareció Peregrine jadeando y chorreando sudor.

—Siento haberme retrasado —dijo—. Pero tenía que asegurarme de que no vendrían en esta dirección. Fui un par de kilómetros río abajo, y encontré a un viejo pescando, así que metí la ropa aquella en su bolsa y esperé a que se fuese. Eso les distraerá durante un par de horas. Luego tuve que nadar un rato antes de volver. No quería dejar mi rastro.

—Adelántate y retira esos árboles del camino —dijo Glodstone, bajándose

del coche y cerrando las puertas del cobertizo.

La condesa subió al asiento trasero y al cabo de cinco minutos estaban en marcha. Pero por la izquierda.

—Vaya por la derecha, por amor de Dios —cloqueó la condesa—. No estamos en Inglaterra, y a este paso no lo estaremos nunca. ¿A dónde se propone usted ir?

—Otra vez a Calais —dijo Glodstone.

—¿Entonces por qué va en dirección a España?

—Es que pensé… —dijo Glodstone, desmoronado.

—De ahora en adelante, no lo haga —dijo la condesa—. Déjeme pensar a mí. Tal vez España no fuera mala idea, pero será la primera frontera que vigilarán.

—¿Por qué? —preguntó Peregrine.

—Pues porque es la más próxima, imbécil. Así que Calais puede que sea lo más sensato. Sólo hay un problema. El problema es que no sabemos si Nuestro Anciano Padre, el Tiempo, podrá resistir tanto tiempo sin borrarnos de su lista.

—Claro que puedo —dijo en seguida Glodstone, sintiéndose oscuramente insultado.

—Entonces, gire a la izquierda en la próxima desviación. Y déme ese mapa.

Durante unos kilómetros, examinó el mapa mientras Glodstone se concentraba en mantenerse a la derecha.

—Bien —dijo la condesa, después de haberse desviado por una carretera que atravesaba espesos robledales—. La cuestión siguiente es ésta: ¿Alguien vio este coche cuando llegaron?

—Yo diría que no. Hicimos los últimos doscientos cincuenta kilómetros de noche y seguimos por carreteras que iban hacia el sur.

—Bien. Eso es una ventaja. Así que no andarán buscando este coche. Está reluciente y es demasiado aparatoso para que alguien lo utilice para huir. Pero si

nos paran, esos revólveres os costarán mucho tiempo de cárcel, mucho. Así que lo mejor es enterrarlos.

—Pero si nos deshacemos de los revólveres no tendremos con qué defendernos. Y además tenemos que devolverlos a la armería del colegio.

A Glodstone se le pusieron blancos los nudillos sobre el volante.

—Escucha, maldito subnormal —masculló—. ¿Es que aún no te ha entrado en ese espeso cerebro que no podremos ni siquiera volver al colegio si no utilizamos el ingenio? Nos pasaremos treinta años en una sucia cárcel francesa por asesinato.

—¿Asesinato? —dijo Peregrine, claramente desconcertado—. Pero si sólo matamos a un puerco y…

—¿Y cuántos gendarmes hiciste volar con aquella furgoneta? ¡Eso es todo, dice! En fin, mantén cerrada esa boquita de asesino y haz todo lo que te diga la condesa.

La condesa, en el asiento trasero, escuchaba la discusión con interés. Estaba empezando a comprender que comparado con Peregrine, Glodstone era prácticamente un genio. Más aún, estaba asustado y dispuesto a seguir sus órdenes.

—Pare ahí —dijo, para comprobar su autoridad—, y apague el motor.

Glodstone así lo hizo, y la miró inquisitivamente.

—Este es un lugar tan bueno como cualquier otro —dijo ella, cuando llevaban un minuto en silencio escuchando—. Vamos, tú, métete en el bosque, anda doscientos metros, y entierra esos revólveres antes de que aparezca alguien.

Peregrine miró a Glodstone.

—¿Debo hacerlo?

La expresión de Glodstone fue suficiente.

—No es una forma de vida muy avanzada —dijo la condesa mirando a Peregrine mientras se alejaba.

Glodstone no contestó. De las profundidades de su mente agotada, había aflorado de nuevo la pregunta. ¿Cómo había caído él bajo el poder de aquella extraña mujer? No iba a planteárselo ahora, pero si alguna vez lograban llegar a Inglaterra, querría una respuesta.

—Uno muerto, otro mutilado, ¿y cuántos desaparecidos? —preguntó el inspector Roudhon.

—Dos —dijo el doctor Grenoy, mirando con tristeza por la ventana del pequeño helicóptero encaramado sobre la terraza—. Madame la Comtesse y un inglés llamado Pringle.

—¿Un inglés llamado Pringle? Descríbamelo.

—Mediana edad. Talla media. Con entradas. Bigote pequeño. Un inglés típico de una cierta clase.

—¿Y se hospedaba aquí?

—No exactamente. Fue quien sacó del río al norteamericano muerto ayer por la mañana, y estaba agotado, así que le dimos habitación y cama.

—Si rescató al hombre que resultó muerto, no creo que fuera un asesino —dijo el inspector.

—Claro que no era un asesino. Pregunte a sus propios hombres. Tuvieron que ayudarle a cruzar el río con el profesor Botwyk. Iba de excursión.

—Y, sin embargo, ha desaparecido.

—Dadas las circunstancias, es muy razonable, inspector —dijo el doctor Grenoy— Si usted hubiera estado aquí anoche, habría intentado marcharse.

Estaba empezando a irritarle la incapacidad del inspector para apreciar las consecuencias internacionales de los sucesos de la noche. Estaba en juego la gloria de Francia, y, además, su propia carrera.

—Y la noche anterior estuvo aquí un hombre buscando a Madame la Comtesse —continuó el inspector.

—Eso me han dicho. Pero he de añadir que entonces se atentó por primera

vez contra el profesor Botwyk. Anoche mataron al profesor de un tiro a sangre fría. Y sus hombres tenían que estar haciendo guardia para protegerle.

—Eso es lo que hacían, pero no sabían que iban a atacarles unos terroristas. Usted dijo que era Madame la Comtesse quien estaba en peligro.

—Naturalmente. ¿Qué otra cosa va a pensar uno si un inglés con un revólver… o un norteamericano, exige saber dónde está? Era responsabilidad de ustedes.

—Si nos hubieran dicho que eran terroristas, nos habría sido de gran ayuda, Monsieur. Sólo podemos operar de acuerdo con la información que se nos facilita. Y las carreteras estaban vigiladas. No vinieron ni de Boosat ni de Frisson.

—¿Y el río qué? Pudieron pasar en canoa, burlando el control de carretera que ustedes instalaron.

—Quizás. Es evidente que era una operación bien organizada. El objetivo era asesinar al norteamericano, Botwyk, y…

—Castrar al delegado soviético. Probablemente para impedir que se formalizase el acuerdo sobre el gas siberiano —dijo el doctor Grenoy.

Pero el inspector no entendía sus sarcasmos.

—Pero son los norteamericanos los que se oponen a ese acuerdo. Es más probable que estén implicados los iraníes.

En el comedor, los exhaustos delegados pasaban por el interrogatorio. También ellos estaban convencidos de que habían sido víctimas de un ataque terrorista.

—La crisis del capitalismo se pone de manifiesto en la barbarie de estos actos —explicaba el doctor Zukacs a un perplejo gendarme—. Son síntomas de la degenerada mentalidad burguesa y de la alianza entre el fascismo monopolista y sectores del lumpenproletariado. Hasta que nazca una nueva conciencia…

—¿Y cuántos disparos se hicieron? —preguntó el policía, intentando volver a los hechos.

El doctor Zukacs no lo sabía.

—Quince —dijo el pastor Laudenbach, con la precisión de un especialista en cuestiones militares—. Arma corta calibre medio. Velocidad de tiro, buena. Excelente puntería.

El policía tomó nota. Le habían dicho que tratara con suavidad a aquellos intelectuales. Debían estar muy afectados por los hechos. Evidentemente, el pastor Laudenbach no lo estaba.

—¿Su nombre, Monsieur?

El pastor juntó sonoramente los talones:

—Obergruppen… ejem… pastor Laudenbach. Pertenezco a la Iglesia Luterana.

El policía tomó nota.

—¿Vio alguien al atacante?

La doctora Hildegard Keister empujó hacia adelante a Badiglioni.

—Usted se encontró con él en el corredor —dijo la doctora.

El profesor maldijo entre dientes.

—Eso fue la noche anterior. Quizás no fuera el mismo hombre.

—Pero usted dijo que llevaba revólver. Lo sabe muy bien. Y cuando usted…

—Sí —dijo Badiglioni, para evitar que dijese que se había refugiado en su habitación—. Era un joven inglés.

—¿Un inglés? ¿Puede describirle?

El profesor Badiglioni no podía hacerlo.

—Estaba oscuro.

—Entonces, ¿cómo supo usted que era un joven inglés?

—Por el acento. Era inconfundiblemente inglés. He hecho un estudio de la interrelación entre fonética e infraestructura socioeconómica en la Inglaterra

postimperial y aseguraría categóricamente que el hombre que ustedes buscan es de extracción clase media superior baja con influencias protestantes de tendencia extrema derecha.

—Vamos, vamos, qué dice usted —dijo Sir Arnold; si las cosas seguían así, acabaría planteándose de nuevo el tema del Ulster—. Pero si usted entró en la habitación de la doctora Keister antes de que él pudiera dirigirle la palabra. Usted mismo me lo confesó.

—Oí lo que le dijo al doctor Abnekov. Me bastó con eso.

—¿Y dónde adquirió usted esa asombrosa capacidad para analizar el idioma inglés? Sin duda, como prisionero de guerra…

—Pues ha de saber que fui intérprete de prisioneros ingleses de guerra en Italia —dijo secamente el profesor Badiglioni.

—Anotaré que era inglés —dijo el policía.

Sir Arnold protestó.

—Ni hablar. Tuve una discusión bastante prolongada con ese individuo y, en mi opinión, tenía un acento claramente extranjero.

—El inglés es una lengua extranjera en Francia, Monsieur.

—Sí, desde luego, yo diría que lo es —dijo Sir Arnold, ruborizándose—. Lo que quería decir es que su acento no era europeo, no sé si me entiende usted.

El policía no le entendía.

—¿Pero hablaba inglés?

Sir Arnold lo admitió a regañadientes.

—Pero eso no significa que sea inglés. Puede ser una táctica deliberada para ocultar su verdadera nacionalidad.

Repiqueteó otro helicóptero, lo cual impidió que continuase el interrogatorio.

En Burdeos, el doctor Abnekov era sometido a microcirugía sin anestesia general. Quería asegurarse de que conservaría lo que le quedaba del pene.

21

—Mierda, lo que faltaba —dijo el mayor Fetherington cuando se detuvieron en un control de carretera, pasado Boosat.

Tres gendarmes con metralleta rodearon el coche, mientras otro apuntaba con una pistola a Slymne y les pedía los pasaportes. Mientras pasaba las páginas de los documentos, Slymne miraba fijamente al frente. Había recorrido cientos de kilómetros mirando al frente, sin apartar la vista de la carretera, mientras el mayor dormitaba a su lado, y ahora todo sería en vano. Era evidente que había sucedido algo catastrófico. Ni siquiera la policía francesa establecía controles de carretera y apuntaba a los usuarios de los vehículos con metralletas sin una buena razón; pero Slymne estaba tan exhausto que apenas se preocupaba. Deberían haber enviado un telegrama al director, buscar después un hotel y haber dormido algo. Eso habría sido un cierto alivio. Lo que pudiera suceder ya no importaba. No le preocupaban ni siquiera las cartas. Si Glodstone las había conservado, nadie podría demostrar que él las había enviado. Y, en cierto modo, se sentía aliviado. Todo había terminado.

Pero no había terminado todo. Le despertó de esta rapsodia de fatiga y agotamiento el ruido de las puertas del coche que abrían los gendarmes que les apuntaban con las armas y les ordenaban bajarse.

—No puedo —dijo con firmeza el mayor—. Ce n'est pas possible. Ma condenado derrière est blessé et je m'assis sur une tube de pneu.

Mas, pese a sus protestas, le sacaron a rastras y le pusieron de pie contra una pared.

—Malditos franchutes —murmuró, mientras le cacheaban—. ¡Me gustaría ver a un poli inglés intentando hacerme una cosa así! ¡Maldita sea!

—Silence —dijo el sargento.

Les tuvieron allí mientras registraban el coche y sacaban su equipaje dejándolo en la carretera. Incluida la cámara de neumático y una botella que el

mayor había usado para ahorrarse el calvario de bajarse a orinar. Al cabo de cinco minutos, aparecieron dos coches celulares que pararon al otro lado del control y varios hombres vestidos de paisano avanzaron hacia ellos.

—Parece que se interesan por nuestros pasaportes —dijo el mayor, y rápidamente le dieron orden de mantener la boca cerrada.

Slymne miraba fijamente por encima del paredón una hilera de álamos que había a la orilla del río e intentaba mantener los ojos abiertos. Hacía calor al sol; las mariposas planeaban y descendían sobre el prado en el aire quieto, posándose sin razón aparente en una flor pequeña cuando había una mayor a sólo unos centímetros de distancia. Slymne se consolaba contemplando su elección al azar. El azar lo es todo, pensaba. Y yo no soy responsable de lo que ha sucedido. No digas nada, y nada podrán hacer.

El pequeño grupo de policías que examinaban su pasaporte veían las cosas de un modo muy distinto. Con el pasaporte estaba el billete del transbordador.

—Entraron en Francia ayer y ya están aquí… —dijo el comisario Ficard—. Tienen que haber viajado toda la noche sin parar.

Examinó con interés la botella del mayor y su extraño contenido.

—Profesión, profesor. Puede ser un dato falso. ¿Hay algo sospechoso en el equipaje?

Dos policías de paisano vaciaron las maletas en la carretera y examinaron el contenido.

—Nada.

—¿Y qué hace ahí esa cámara de neumático?

—El otro tipo iba sentado en ella, Monsieur le Commissaire. Dice que tiene una herida en el trasero.

La mención de heridas decidió al commissaire Ficard.

—Llévenselos para interrogarles —dijo—. Y quiero que registren meticulosamente el coche. Nadie viaja tan rápido hasta aquí desde Calais sin una buena razón. En cualquier caso, es evidente que han sobrepasado el límite de

velocidad. Y comprueben en los transbordadores. Me interesan estos dos tipos.

Cuando le empujaron al interior del coche celular, el mayor empeoró aún más las cosas.

—Quítame las zarpas de encima, imbécil —masculló, y se vio tumbado en el suelo. Slymne no opuso resistencia. El que le detuvieran había sido finalmente un alivio.

A la salida de Poitiers, la condesa remató la operación.

—Necesitamos gasolina. En fin, si usted quiere parar en la próxima gasolinera sabiendo que tienen la descripción de un hombre con un ojo de cristal circulando, es problema suyo. Yo no quiero saber nada. Puede dejarme usted aquí y ya seguiré andando.

—¿Qué propone usted? —preguntó Glodstone. Hacía mucho que había renunciado a intentar pensar por sí mismo.

—Que doble usted en el próximo desvío y que usted y Al Capone Junior esperen allí, yo iré a llenar el depósito de gasolina.

—No es fácil conducir un coche como éste, ¿sabe? Hay que tener experiencia en cambios no sincronizados, y…

—No se preocupe, ya practicaré.

—Bueno, creo que no sería mala idea —admitió Glodstone, desviándose por una carretera lateral.

Al cabo de diez minutos, la condesa conducía mientras Peregrine iba sentado atrás y Glodstone rezaba por el cambio de marchas de su automóvil.

—¿Vale? —preguntó ella, al fin.

Glodstone asintió, pero Peregrine seguía teniendo sus reservas.

—¿Cómo sabemos que volverá usted? En fin, podría usted largarse y…

—¿Dejar que los polis cazaran a un chico listo como tú? Tengo más sentido común. Además, quería que me rescataran, y eso es lo que están haciendo ustedes

dos. Pero si eso te tranquiliza, puedo dejarte el pasaporte.

Bajó del coche, buscó en la maleta y encontró el pasaporte válido.

—De paso, compraré algo de comida —dijo—. Ahora tranquilícense y descansen. Duerman un poquito; y si no he vuelto de aquí a dos horas, llamen a la policía.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Peregrine, mientras la condesa se alejaba. Glodstone se apoyó en la cancela de un campo.

—Bromeaba —dijo, esperando que fuese cierto, y tumbándose en la yerba.

—Aún así, yo creo… —dijo Peregrine.

—¡Cállate de una vez!

Cinco kilómetros adelante, la condesa se desvió de nuevo de la carretera principal y pasó un rato ocultando los lingotes de oro detrás del asiento trasero. Luego, se puso un vestido de verano y gafas de sol. Su mente se afanaba sin cesar barajando posibilidades. Aún podían agarrarles, pero si habían llegado tan lejos sin que les pescaran, lo más probable era que no hubiese orden de detener a dos hombres y a una mujer que viajaban en un Bentley de época. Para asegurarse más, sacó dos lingotes y, tras cerciorarse de que no había nadie a la vista, los ocultó en el seto detrás de un poste de teléfonos.

Al cabo de una hora, estaba de vuelta. El depósito estaba lleno, había comprado todos los alimentos que necesitaban, y además traía un poco de café muy cargado en un termo, y una pala. Con la pala hizo un agujero junto al seto y enterró los dos lingotes de oro. Quería disponer de una reserva por si los aduaneros descubrían los del coche; de lo contrario, siempre podría recogerlos después. Pero lo mejor de todo fue que, cuando se dirigía a donde estaba Glodstone dormido y Peregrine aún receloso, pasaron dos policías en moto que ni siquiera la miraron.

—En marcha otra vez, muchachos —dijo—. No tenemos de qué preocuparnos. Los *flics* no nos buscan. Acabo de ver a dos. No hay problema.

Luego la condesa sirvió a Glodstone una taza de café con azúcar.

—Es tan fuerte que un trago le mantendrá despierto una semana. Y puede ir

comiendo por el camino.

—De todos modos, no seré capaz de llegar a Calais —dijo Glodstone—. Hoy no podré.

—Si vamos por Cherburgo, podrá llegar.

A medianoche, estaban en el aparcamiento de la estación del transbordador y Glodstone dormía apoyado en el volante. La condesa le sacudió para despertarle.

—Galahad y yo pasaremos de noche como pasajeros de a pie —le dijo—. Usted pasará en el primer transbordador de la mañana. ¿De acuerdo?

Glodstone asintió.

—Le estaremos esperando —continuó la condesa, y salió con Peregrine, hacia el despacho de billetes. Pero hasta dos horas después no pasó por aduana e inmigración con un pasaporte norteamericano, a nombre de la señora Natalie Wallcott. Delante de ella, un joven llamado William Barnes se acomodó en la cafetería y pidió una Coca-Cola. También él estaba dormido cuando zarparon. La condesa compró una botella de whisky libre de impuestos y subió a cubierta con la bolsa de plástico; se apoyó con ella en la barandilla. Cuando volvió a bajar, la bolsa y la botella y todos los documentos que pudieran haber indicado que había sido la condesa de Montcon, o Anita Blanche Wanderby, se hundían con la botella de whisky en el fondo del canal. Volvía a ser Constance Sugg. Amanecía. Se sentía exhausta.

Slymne no estaba cansado. Había pasado ya la barrera del agotamiento y entrado en una nueva dimensión de aturdimiento en la que no sabía si estaba dormido o despierto. Desde luego, las preguntas que le hacían los detectives que se sentaban frente a él parecían indicar lo primero. Le interrogaban muy amablemente, pero las preguntas en sí eran horribles. El contraste le producía una sensación de mayor irrealidad aún.

—No pertenezco a ninguna organización subversiva; de todos modos, el servicio secreto inglés no es subversivo —dijo.

—¿Entonces, admite usted que pertenece a una rama del mismo?

—No —dijo Slymne.

Los dos hombres le dieron otra taza de café y consultaron la ficha que tenían sobre la mesa.

—Monsieur Slymne, el 12 de abril entró usted en Francia y el 22 volvió a salir. El 27 entró usted otra vez, y volvió a marcharse el 3 de agosto. Anteanoche volvió usted y recorrió novecientos kilómetros en coche sin descansar. Le agradeceríamos que nos explicara todo esto.

Slymne estaba de acuerdo con aquella versión de los hechos, pero un sector aparentemente remoto de su mente tomó el mando.

—Enseño geografía y me gusta Francia. Como es natural, vengo de visita con frecuencia.

—Quizás eso explique por qué habla usted con tanta fluidez nuestra lengua —dijo con una sonrisa el inspector Roudhon.

—Eso no tiene nada que ver. Se me dan muy mal los idiomas.

—Pero es usted un estudiante de geografía fabuloso, dedicarse a observar el país recorriendo novecientos kilómetros sin parar… Y además de noche. A menos que…

El inspector hizo una pausa y encendió un cigarrillo. La habitación apestaba a tabaco rancio.

—A menos, Monsieur Slymne, y es sólo una hipótesis, comprende usted, a menos que estuviera usted ya en Francia y alguien le proporcionara una coartada cruzando hasta Calais con su nombre.

—¿Una coartada? ¿Y para qué iban a hacerlo? —preguntó Slymne, intentando centrar la vista. La situación resultaba cada vez más desquiciante.

—Eso es lo que tiene usted que explicarnos. Usted sabe lo que ha estado haciendo aquí. La misión que tienen usted y el mayor Fetherington.

—No puedo hacerlo —dijo Slymne—, porque no tenemos ninguna misión. Pregúntenle al mayor.

—Ya lo hemos hecho. Y él ha tenido el buen sentido de decírnoslo.

—¿Decirles qué? ¿Qué les ha dicho? —Slymne se había despertado del todo.

—¿De verdad quiere saberlo?

Slymne quería saberlo, lo deseaba desesperadamente. El detective salió de la habitación y volvió a los pocos minutos con una declaración firmada.

—El mayor Fetherington admite ser miembro del Servicio Aéreo Especial. Descendió en paracaídas en un bosque cerca de Brive. Llegó en un avión de hélice…

—¿Un avión de hélice? —dijo Slymne, dominado por una locura galopante.

—Sí, Monsieur, como usted muy bien sabe. Ha dicho incluso de qué tipo era, y nos ha dado el nombre del aeropuerto del que despegó. Era un Gloster Gladiator y salió de Bagshot el martes a las cuatro de la mañana…

—Pero… pero no se fabrican Gladiators desde sabe Dios cuándo —dijo Slymne. ¿Qué demonios se propondría el mayor? Y no podía haber un aeropuerto cerca de Bagshot. El mayor debía haberse vuelto loco.

—Al tocar tierra se lesionó en la espalda, pero enterró el paracaídas y llegó hasta la carretera sobre Collonges, donde le recogió usted —prosiguió el inspector —. Usted tenía que darle las instrucciones…

—¿Las instrucciones? —cacareó Slymne—. ¿Pero qué instrucciones, por amor de Dios?

El inspector sonrió.

—Eso es lo que tiene que decirnos usted, Monsieur.

Slymne miró a su alrededor desesperado. El mayor Fetherington le había metido en el lío hasta las pestañas. Le había cargado a él con el muerto.

—No sé lo que andan ustedes buscando —murmuró—. No he estado cerca de Brive, y… —renunció.

—Si quiere usted un consejo, Monsieur Slymne —dijo el inspector—, díganos ya lo que sabe. Así se ahorrará tener que ver a ciertos señores de París. Ellos no son policías, comprende usted, y utilizan métodos diferentes. Yo no les

conozco y espero no tener nunca tratos con ellos. Creo que no son buena gente.

Slymne se desmoronó. Pero cuando al cabo de una hora firmó la declaración y el inspector abandonó la estancia, siguieron negándole la posibilidad de entregarse a un sueño que anhelaba desesperadamente. El comisario Ficard no estaba dispuesto a dejarle dormir.

—¿Es que ese payaso se cree que somos deficientes mentales? —gritaba—. Tenemos entre manos el asesinato de uno de los principales teóricos políticos de Norteamérica y la mutilación de un delegado soviético y nos pide que creamos que el responsable es un profesor inglés. Y el otro ha admitido ya que pertenece al Servicio Aéreo Especial. No, ni hablar, no me doy por satisfecho. El ministro no se da por satisfecho. El embajador norteamericano exige una actuación inmediata. Y lo mismo el ruso. Y aquí tenemos a este payaso diciéndonos… —Sonó el teléfono —. No, no diré nada más a la prensa. Y me gustaría saber quién les filtró ayer la noticia. Están llegando sin parar periodistas en helicóptero…

Colgó el teléfono y se puso de pie.

—Déjenme ponerle las manos encima a ese inglés de mierda… Le arrancaré la verdad como sea.

—Monsieur le Commissaire, ya le hemos dicho que vienen unos agentes especiales de París —dijo el inspector.

—No tienen por qué molestarse. Cuando yo termine con él, no les quedará con qué jugar.

El mayor Fetherington estaba echado boca abajo con la cabeza vuelta a un lado, contemplando la pared indeciso. Como todos los que estaban en la gendarmería de Boosat, no tenía ni la más mínima idea de lo que había pasado en realidad en el Château Carmagnac; de momento, se había ahorrado el calvario por el que indudablemente estaba pasando Slymne. Al mayor, aquello le parecía una especie de anticipación del infierno y daba gracias a Dios por haber dado a aquellos puercos lo que querían: un montón de cuentos fantásticos. Por otra parte, estaba satisfecho. El amigo Gloddie debía haber hecho algo muy gordo para que por su causa estableciesen controles de carretera y utilizasen helicópteros y les acusasen a Slymne y a él de ser agentes del servicio secreto. En fin, el mayor le deseaba buena suerte. Nunca le habían caído bien los franceses y si Gloddie les había dado duro, pues enhorabuena. No estaba dispuesto a denunciarle a un

montón de polis franchutes que le estaban haciendo aquello que le estaban haciendo (el mayor prefería no pensar en ello) a Slymne. Volviéndose hacia un lado de la cama, buscó los calcetines e intentó taparse los oídos con ellos, lográndolo parcialmente, cuando Slymne dejó ya de gritar y se abrió la puerta de la celda.

—¿Dónde está mi ropa? —preguntó el mayor, con un escalofrío mientras le ponían bruscamente en pie a empujones.

El comisario Roudhon examinó con repugnancia los calcetines sucios.

—No va a necesitarlos en el sitio al que va a ir —dijo suavemente—. Pero necesitará zapatos. Denle una manta.

—¿Pero qué pasa? —dijo el mayor, aterrado.

—Nos va a llevar usted al lugar donde enterró el paracaídas.

—Oh, santo cielo —gimió el mayor.

Ahora comprendía que había cometido un terrible error.

22

La condesa estaba sentada en la cafetería de Weymouth esperando a que el Bentley pasase la aduana. Había enviado a Peregrine junto a la estatua de Jorge III; ella también se habría largado de no ser por los lingotes de oro. Había comprado el *Daily Telegraph* y se había enterado de que el asesinato del profesor Botwyk estaba causando ya una tempestad internacional. Al igual que Slymne, conocía la eficiencia de la policía francesa; y tenía que apechugar con aquellos dos memos. Sin ella para pensar las cosas, acabarían en manos de Scotland Yard; y con el gobierno norteamericano participando en la investigación, el FBI rastrearía sus antecedentes hasta California y, a través de sus diversos alias, hasta su llegada a Estados Unidos y su personalidad de señorita Surrey y, por último, hasta Selsdon Road y Constance Sugg. Se daba cuenta de que resultaría un proceso fácil. Anthony en Groxbourne, los revólveres desaparecidos (en esto había cometido un error terrible), lo que le había dicho Glodstone de sus «cartas» y lo orgulloso que Peregrine estaba de su buena puntería… Y lo peor de todo era que, fuese quien fuese el que le había preparado aquella trampa, había hecho un trabajo espectacular.

Maldecía una vez más a los hombres. Había tenido que luchar durante toda su vida para mantener su independencia y, precisamente ahora, cuando lo tenía todo dispuesto para poder asumir una sosegada personalidad de señora respetable, se veía obligada a pensar implacablemente. Y eso es lo que hacía. Cuando el Bentley asomó el morro saliendo del transbordador, había tomado una decisión. Se levantó y bajó por la carretera hasta donde Glodstone pudiera verla y le esperó.

—¿No hubo ningún problema en aduana? —preguntó mientras se subía en el asiento trasero.

—No —dijo lúgubremente Glodstone—. ¿Dónde está Peregrine?

—Junto a la estatua. Puede esperar. Usted y yo vamos a tener una charla tranquila.

—¿Sobre qué?

—Sobre esto —dijo la condesa, y le puso el periódico delante.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Glodstone, matando casi a un peatón en un paso cebra en su anhelo de poner tierra de por medio.

—No mucho. Sólo que el gobierno francés ha asegurado al Departamento de Estado que los asesinos del profesor Botwyk serán capturados y comparecerán ante la justicia. Parece que los rusos también se están poniendo muy serios. Al parecer, su chico alcanzó también al delegado ruso, lo cual complica aún más las cosas.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Glodstone, y giró por una calle lateral y paró—. ¿Por qué demonios escribió usted aquellas malditas cartas?

—No se detenga. Ya le diré cuándo tiene que hacerlo.

—Sí, pero…

—No hay peros que valgan. Haga lo que digo o aviso al primer policía que vea, y usted y su amiguito se enfrentarán a una petición de extradición en menos de una semana. Gire por ahí a la derecha. Hay un aparcamiento al doblar la esquina.

Glodstone giró y aparcó; la miró hoscamente.

—En primer lugar, yo no escribí esas cartas —dijo la condesa—. Y quiero verlas. ¿Dónde las escondió?

—¿Esconderlas? No las tengo. Usted me decía que las quemara y eso hice.

La condesa suspiró aliviada. Pero no reveló su alivio.

—¿Así que no tiene usted pruebas de que hayan existido?

Glodstone negó con la cabeza. Estaba casi demasiado agotado y asustado para poder hablar.

—Bueno, aclaremos esto de una vez. Usted puede pensar lo que quiera, pero si de verdad creyó que yo necesitaba que me rescataran, es que está loco. Ahora es usted que necesita una operación de rescate, y, con lo que tiene entre las orejas, no va a ser fácil. Todos los polis de Europa andarán tras sus huellas antes de que

termine el día.

Glodstone pugnaba por salir del estupor mental en que estaba sumido.

—Pero nadie sabe que estuvimos en el Château, y…

—Quien escribió las cartas lo sabe, ¿no cree? Le han tendido una trampa; y sólo falta una llamadita anónima a la policía para meterle a usted en el saco. Tiene tantas posibilidades de salvarse como una bolsa de plástico en el infierno. Un ojo de cristal, este viejo cacharro y un joven con un coeficiente mental de subnormal. Es usted la persona ideal para ser identificado y, si quiere saber mi opinión, creo que lo eligieron por eso.

Glodstone contemplaba fijamente una bolera en el césped y veía sólo policías, juzgados, abogados y jueces y el resto de su vida en una prisión francesa.

—¿Qué propone usted que hagamos? —preguntó.

—Que haga *usted*. A mí no me incluya. No me importa pensar por usted, pero eso es todo a lo que estoy dispuesta. Primero desaparecer; yo diría que la mejor solución sería hacer una operación Lord Lucan, pero no creo que tenga usted dinero para eso, ni amigos. Y, de cualquier modo, aún está ese delincuente juvenil por ahí suelto. ¿Quién es su familia?

Glodstone se lo explicó.

—Pues entonces hay un eminente abogado que va a tener una sorpresa muy desagradable —dijo la condesa cuando Glodstone terminó de informarle—. Aunque, por lo que he visto de su retoño, yo diría que o bien le han puesto los cuernos, o bien su mujer tuvo antojos de pelotas de plomo durante el embarazo. Eso no mejora mucho su situación. El señor Clyde-Browne alegará que su hijo está loco y le cargará a usted el muerto.

—¿Y qué diablos puedo hacer entonces? —gimió Glodstone.

La condesa vaciló. Si le proponía acudir a la policía, él sería capaz de aceptar, cosa que ella no podía consentir.

—¿No hay algún sitio a donde pueda ir a pasar unos días, un sitio a donde no vaya nunca nadie?

Glodstone intentó concentrarse.

—Tengo un primo cerca de Malvern —dijo—. Quizás no esté en casa y, de todos modos, nos ocultaría.

—Hasta que llegara la policía. Procure pensar, por amor de Dios. Piense dónde no iría usted.

—A Margate —dijo en seguida Glodstone—. No iría allí ni atado.

—Pues ahí es a donde va a ir —dijo la condesa—. Y se comprará unas gafas oscuras y se afeitará el bigote. Y si yo estuviera en su lugar, vendería este tesoro al primer comprador que encontrara.

—¿Vender el Bentley? —dijo Glodstone; eso era la última gota—. No podría hacerlo.

—En tal caso, prepárese para pasar el resto de sus días en una mazmorra francesa. Parece que no se da cuenta de lo que le espera. En fin, ya se lo digo. No verá la luz hasta el Día del Juicio. Amén.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Cómo ha podido suceder esto? ¡Es demasiado horrible para ser real!

Por un instante, la condesa sintió un poco de lástima. El mundo estaba lleno de gente como Glodstone, que jugueteaban con la vida y sólo descubría la realidad cuando les golpeaba en la cara.

—¡Oh, Dios mío! —repitió Glodstone; luego, hizo una pausa y la miró—. ¿Qué va a hacer usted?

—Pensar en el asunto. Vaya a buscar al amigo Butch Cassidy. A pie. Si no estoy aquí cuando vuelva, inscríbase en el Marine Hotel de Margate como señor Cassidy. Me pondré en contacto con usted.

—¿Hay un Marine Hotel en Margate?

—Si no lo hay, busque uno de tres estrellas y yo ya le localizaré.

Glodstone salió desconsolado del aparcamiento y fue a buscar a Peregrine, al que encontró comiendo un helado y examinando con un interés casi saludable a

unas chicas en bikini. Cuando regresaron al coche, la condesa había desaparecido. Estaba en la estación de autobuses, esperando uno que la llevara a Bournemouth; allí tomaría un tren para Londres.

—No confío en esa mujer —dijo hoscamente Peregrine.

—Pues será mejor que lo hagas —dijo Glodstone—. Ella es lo único que se alza entre nosotros y la reimplantación de la guillotina.

—Le aseguro a usted que todo era una broma —dijo el mayor—. No vine en avión ni me lancé en paracaídas, así que no puedo saber dónde está enterrado.

Estaba de pie a un lado de la carretera, rodeado de gendarmes armados. Era el único en pensar que se trataba de una broma.

—Así que Monsieur quiere jugar con nosotros —dijo el comisario—. Muy bien, también nosotros podemos jugar. Volvamos a la comisaría.

—Bueno, un momento —dijo el mayor—. Yo no sé lo que ha hecho Glodstone, pero…

—¿Glodstone? ¿Quién es ese Glodstone?

—¿No se lo ha dicho Slymne? Yo creía…

—¿Qué creía usted? No, quiero saber quién es ese tal Glodstone.

El mayor Fetherington se lo explicó. No estaba dispuesto a pasar por la experiencia que había debido pasar Slymne antes de enloquecer. Y era evidente que Glodstone se lo había ganado a pulso.

—Corresponde a la descripción del que dijo llamarse Pringle —dijo el inspector cuando el mayor Fetherington terminó—. Pero él rescató a Botwyk. ¿Por qué iba a matarle después?

—¿Quién sabe por qué los ingleses hacen las cosas que hacen? Eso sólo Dios lo sabe. De momento, lo mejor es dar la voz de alarma para que le capturen. Hay que comunicarlo a todos los aeropuertos y puestos fronterizos, a todos sin excepción.

—¿Pedimos ayuda a Scotland Yard?

El comisario Roudhon vaciló.

—Primero tendré que consultarlo con París. Y quiero que saquen a estos dos toda la información posible. Deben saber más de la operación de lo que han confesado hasta ahora, no estarían aquí si no.

Y se alejó rápidamente en su coche; al mayor le metieron a empujones en la parte de atrás de un coche celular y le llevaron otra vez a Boosat. Pasó el resto del día sentado contestando preguntas; al final del día, el asunto seguía igual de oscuro. El inspector Ficard comunicó su informe a un comisario incrédulo.

—¿Una aventura? ¿Que la condesa le escribió pidiendo que la rescatara? ¿Que vino en un Bentley de época? ¿Y que ellos venían a buscar a un chico llamado Peregrine Clyde-Browne porque su padre quería que regresara? ¿Pero qué clase de locura es ésta?

—Es lo que nos contó Slymne.

—Así que tenían una historia preparada. Tenemos que aclarar un importante asesinato político y usted espera que me crea que lo hizo un profesor inglés que…

El teléfono le interrumpió. Cuando colgó, el comisario ya no sabía qué pensar.

—Un individuo que respondía a esa descripción y que conducía un Bentley cruzó la frontera por Cherburgo esta mañana. El billete se despachó a nombre de Glodstone. Informaré a París. Ellos decidirán cómo se lleva este asunto a partir de ahora. Yo soy un policía, no un maldito político.

—¿Y qué hacemos con esos dos?

—Métanles juntos en una celda y graben todo lo que digan. Mejor aún, instalen una cámara de vídeo. Si se transmiten mensajes quiero saberlo. En cualquier caso, es el tipo de cosas que impresionan a los americanos. Van a llegar por avión de Frankfurt diez de sus especialistas en lucha antiterrorista, y querrán algo convincente.

Cuando entraron a buscarle, Slymne aún seguía farfullando. Estaba demasiado débil para oponer resistencia y lo que decía tenía aún menos sentido que lo que había dicho antes. Pero le llevaron corredor adelante y le metieron en una celda mayor.

—Dios santo —dijo el mayor cuando le metieron también en la celda—. Pobre tipo. ¿Qué le han hecho esos cabrones? ¿Le han puesto electrodos en los huevos o algo parecido?

—No me toque —gritó Slymne, mirándole de reojo.

—No pretendo hacerlo, amigo. No se me ha pasado por la cabeza. En lo único que estaba pensando es que a Glodstone se le va a caer el pelo.

En la habitación del hotel de Margate, Glodstone se contemplaba en el espejo. Sin bigote y con gafas oscuras tenía un aspecto distinto; parecía muchísimo más viejo. Lo cual no serviría de nada, en caso de que le capturaran. Tendría más de ochenta para cuando le soltasen… si es que se molestaban en dejar salir a gente que hubiera sido parcialmente responsable del asesinato de asesores políticos norteamericanos. Él más bien lo dudaba. Tenía también bastantes dudas sobre si habría sido razonable seguir el consejo de la condesa, pero se hallaba demasiado exhausto y ofuscado por el terror del día anterior, para poder pensar por sí mismo. Y Peregrine no había ayudado gran cosa. Había complicado aún más el problema con su pretensión de que se ocultaran en un seto como el protagonista de *El forajido.*

—A nadie se le ocurriría buscar en un sitio así —dijo—. Y cuando todo se calme…

—Pero si no se va a calmar, condenado —dijo Glodstone—. Y de todos modos, tendríamos que salir apestando como un par de hurones hediondos.

—No si buscáramos un sitio que estuviera cerca de un arroyo y llevásemos un poco de jabón. Podríamos hacer un buen acopio de latas de conserva y excavar una cueva bastante profunda y nadie se enteraría.

—Salvo todos los campesinos del distrito. Además, pronto empezará la temporada de caza y, la verdad, no me gustaría verme perseguido por el campo o acorralado en la madriguera por una jauría. Usa la cabeza.

—De todos modos, creo que no deberíamos hacer lo que dice esa mujer. A lo mejor nos está engañando.

—Y supongo que crees que el *Daily Telegraph* también miente —dijo Glodstone—. Ella nos dijo que era una reunión internacional y tenía toda la razón.

—¿Entonces por qué le mandó aquellas cartas? Ella nos pidió que…

—Ella no pidió nada. ¿Es que no te das cuenta? Fue una trampa que nos tendieron; las cartas eran falsas. Y querían hacerla caer también a ella en la trampa.

—No entiendo por qué. Quiero decir que…

—Porque si nos capturasen y dijésemos que ella había escrito esas cartas, ella no podría demostrar que no las había escrito.

—Pero usted las quemó.

Glodstone suspiró. Deseaba ardientemente no haberlo hecho.

—Ella no lo sabía. Por eso supe que dice la verdad. Ella no tenía ni idea de esas malditas cartas. Y si quisiera entregarnos no habría tenido más que ir a la policía cuando fue a echar gasolina al coche. ¿No estás de acuerdo en eso?

—Sí, claro —dijo Peregrine, pero inmediatamente planteó el asunto de los revólveres—. El mayor se va a cabrear muchísimo cuando descubra que faltan los revólveres de la armería.

Glodstone se contuvo y no dijo que lo que pudiera pensar el mayor Fetherington era el menor de sus problemas. Si aquel maldito individuo no hubiera adiestrado a Peregrine convirtiéndole en un asesino tan eficiente, quizás no estuvieran metidos en aquel lío. Y lo de lío era decir muy poco. Sus huellas dactilares estaban por todo el Château, la policía francesa estaría buscando a un inglés con un ojo de cristal, y, aun en el caso de que no encontrasen los revólveres, los técnicos forenses podrían indicarles fácilmente la bala que había matado al profesor Botwyk. Por último, lo que demostraba que era una locura el pensar siquiera en la posibilidad de reanudar su vida anterior, o el pretender no haber estado en Francia, era lo que había dicho la condesa: fuese quien fuese quien les había tendido aquella trampa, era indudable que se pondría en contacto con la policía. Después de todo, para eso lo había hecho. Él no había matado a nadie y ellos sí, y eso le libraría a él del problema. Y sólo la condesa podía salvarles el cuello… si es que quería hacerlo.

Así que Glodstone había ido en coche a Londres, cambiado los cheques de viaje, dejado el Bentley con un vendedor respetable de coches de época, con orden de venderlo en cuanto recibiese la documentación, y vuelto a Margate en tren. Peregrine había viajado en otro vagón y le había buscado una habitación en una

pensión. Glodstone se pasó media hora cambiándose y afeitándose en unos servicios públicos y se inscribió luego en el primer hotel de tres estrellas en el que había una habitación libre. Desde entonces no había salido del hotel. Se había limitado a bajar al bar; había visto las noticias por la televisión y leído el último reportaje de los periódicos sobre el atentado terrorista de Francia. Pero había pasado la mayor parte del tiempo en la habitación, hundido en un abismo de pesar y terror. La vida no podía ser así. Él no era un delincuente. Él siempre había detestado a los asesinos y a los terroristas. La policía tenía siempre razón y no debían haber abolido la pena de muerte. Pero todo había cambiado y ahora agradecía especialmente que se hubiera abolido en Francia la pena capital. También había perdido la fe en la policía. Había sido muy fácil lo de hablar de salirse de la ley, pero ahora que estaba fuera sabía que ningún policía respetable creería su historia y que, aunque la creyese, no significaría nada. Y estar en la cárcel era estar en la cárcel. A pesar de todo lo que aquel maldito poeta imbécil hubiera dicho de los muros de piedra y de las rejas de hierro; a Glodstone no se la daban con queso. La cárcel era la cárcel; y además sería una cárcel francesa. Ya no podría animar a su equipo en el campo, ni jugar con el trenecito en el sótano… le conocerían como Glodstone el Asesino y su nombre quedaría en Groxbourne como un nombre infame equivalente al de Jack el Destripador. Y cómo disfrutaría Slymne… Estaba sondeando justamente este nuevo infierno, cuando sonó el teléfono de la mesita.

Glodstone descolgó y oyó una voz ya familiar.

—Vaya, vaya, hermano John, no sabes lo que me ha costado encontrarte.

—Sí, bueno, el asunto es… —comenzó Glodstone, antes de que la condesa le cortara. Ella pensaba en las telefonistas.

—Estoy junto al puerto, así que baja hasta aquí en cinco minutos y comeremos juntos. Solo.

—Sí —dijo Glodstone.

La condesa había colgado. Con la mayor despreocupación que pudo aparentar, Glodstone bajó las escaleras y salió a la claridad del día.

El paseo estaba lleno del tipo de gentes que normalmente él habría evitado a toda costa; pero ahora agradecía su presencia. La condesa sabía muy bien lo que se hacía al haber elegido Margate. De todos modos, Glodstone se acercaba al muelle

receloso, cauto, con la horrible creencia de que quizás estuviese metiéndose en una trampa.

Pero la condesa estaba sentada en un banco y se levantó al verle.

—Querido —dijo, para sorpresa de Glodstone, y le cogió del brazo—. Vaya, qué alegría volver a verte.

Le hizo cruzar y entrar luego por una calle lateral y caminar hasta un coche.

—¿Dónde está Peregrine? —preguntó, ya en el coche.

—Seguramente en el parque de atracciones, en el tiro al blanco —dijo Glodstone—. Le llaman el País de los Sueños.

—Muy apropiado —dijo la condesa—. Ahí puede seguir, de momento, mientras le desprogramo.

—¿Desprogramarme? —dijo Glodstone, sin saber cómo interpretar la palabra después de aquel «querido».

—Como a los astronautas y a los que han estado prisioneros. En algún punto de la historia tiene que haber una conexión.

—¿Entre qué? dijo Glodstone, más confuso que nunca.

—Entre usted y yo. El señor escritor de cartas. Alguien que quería fastidiarnos a los dos y que lo consiguió. Volvamos otra vez a esas cartas. ¿Había algo raro en ellas?

—Sí —dijo Glodstone, con vehemencia—. Desde luego que sí. Tenían…

—No, querido, no me entiende. ¿Se fijó usted dónde estaban selladas?

—En Francia. De eso no hay duda. Y los sobres eran los suyos. Los que tenían el timbre heráldico atrás.

—Y la letra era la mía. Todo eso ya me lo contó usted, pero, ¿cómo puede estar tan seguro?

—Por las otras cartas que usted me había escrito sobre las alergias de

Anthony. La letra era idéntica.

—Así que eso vuelve a poner la pelota en mi campo. Ahora dígame qué decían exactamente.

Mientras salían lentamente del pueblo en el coche, Glodstone fue detallando el contenido de las cartas y las instrucciones con precisa memoria fotográfica, fruto del pavor.

—¿Tenía usted reservadas habitaciones en hoteles? ¿Tenía que cruzar el Canal por Ostende? ¿Toda la ruta estaba programada? ¿E hizo usted exactamente lo que le decían?

—Hasta que llegamos a Ivry. Allí había otra carta que decía que tenía que volver atrás, porque si no la matarían.

—Así que usted siguió hacia el castillo —dijo la condesa, cabeceando tristemente—. Y ésa era la única carta sensata.

—Aquella noche intentaron pararnos echando aceite en la carretera en el bosque. Podríamos habernos matado. Y un hombre intentó asaltarnos…

—Hagamos un alto aquí. ¿Puede usted describir a ese hombre?

Glodstone evocó la imagen del señor Blowther cubierto de aceite y de hojas. Le resultaba difícil.

—¿Pero era inglés? ¿Está usted seguro?

—Creo que sí. Desde luego, lo parecía por el acento. Y en Calais otro tipo dijo a los del transbordador que mi esposa había muerto. Yo no tengo esposa.

—Lo creo, lo creo —dijo la condesa—. Pero eso no nos sirve de nada. O sea que alguien utilizó mi papel de cartas y conocía mi letra y echó las cartas en Francia, reservó para usted habitaciones en los hoteles, intentó detenerle… Tienen que estar locos. ¿Y cómo sabían que iría usted? En realidad, ¿por qué *lo hizo* usted?

Glodstone se ruborizó.

—No podía dejarla en la estacada —murmuró—. En fin, siempre la consideré a usted una dama y, bueno… es difícil de explicar, realmente.

—¿Y ahora qué piensa usted? ¿Aún sigo siendo una «dama»?

—Es usted una persona muy buena, desde luego —dijo Glodstone, sensatamente—. Habría acudido a la policía si no lo fuera.

La condesa suspiró. Aquel pobre imbécil todavía no había comprendido que lo habría hecho de no haber tenido algo que ocultar. Como, por ejemplo, siete lingotes de oro y un pasado que haría ponerse de punta el romántico cabello de Glodstone.

Menudo caballero andante. Sólo en Inglaterra los fabrican tan inocentes.

—Y usted es también muy bueno —dijo, dándole una palmadita en la rodilla. Usted no tiene la culpa de que le tendieran esa trampa. Así que no podemos permitir que le metan en la cárcel.

—Ojalá —dijo Glodstone, estremecido por una nueva devoción bajo la influencia de la palmada en la rodilla y el tono maternal. Lo que la condesa dijo a continuación le desconcertó totalmente.

—Así que vamos a buscar a ese salvaje y a apretarles las tuercas a los Clyde-Browne.

—¿A qué?

—A presionarles. Usted necesitará dinero, y si son lo que dice usted que son, creo que pagarán por no salir en los periódicos. No creo que a papá C-B le interese un escándalo como éste.

—Ni hablar —dijo Glodstone—. No lo haré. Peregrine no tiene la culpa de que…

—¿De que en estos momentos le persiga la policía de todos los países de este lado del telón de acero? Él fue quien mató, no usted. Así que el señor Clyde-Browne tendrá que trabajar de firme para sacarles las castañas del fuego a los dos. Y no le faltan influencias. Ya he investigado, y no hay la menor duda. Su hermano es subsecretario adjunto del Ministerio de Comercio y asesor del comisario de Regulación, Reglamentación y Control de productos alimenticios elaborados, de la Comunidad Económica Europea. Tiene que ser un pez gordo.

—¡Válgame Dios! ¿Pero cómo se ha enterado usted de eso?

—Yendo a una biblioteca pública y pidiendo el *Quién es quién*. Así que tenemos que prepararnos. Iremos a verle esta noche.

23

Eran casi las dos de la madrugada cuando aparcaron el coche al final de Pine Tree Lane y llamaron al timbre de la puerta de The Cones. En lo alto encendió una luz y por fin se abrió la puerta con la cadena; el señor Clyde-Browne atisbó el exterior. Había pasado una difícil velada escuchando a su esposa argumentar que ya era hora de que llamaran a la policía, y sólo había logrado dormir después de tomarse una taza de Horlicks con otro whisky más y dos mogadones.

—¿Quién es? —masculló.

—Yo, papi —dijo Peregrine, colocándose bajo la luz del porche.

Por un instante, el señor Clyde-Browne fue presa del horroroso pensamiento de que dos mogadones y un cuarto de botella de whisky no hacían buena mezcla. Desde luego, tenía que estar alucinado. La voz parecía espantosamente exacta. Pero la cara, y en particular el pelo, no se ajustaban a su recuerdo de Peregrine. La última vez que había visto a aquel haragán, tenía el pelo rubio y la cara sonrosada. Ahora parecía algo con unas connotaciones raciales realmente… Se detuvo a tiempo. Había una ley contra los que decían cosas así.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó, y desenganchó la cadena—. Has vuelto a tu madre loca de preocupación por ti… ¿Y quién…?

La condesa y Glodstone entraron detrás de Peregrine.

—Pasemos al salón —dijo la condesa—. A algún sitio agradable y recogido. No queremos que se enteren los vecinos.

El señor Clyde-Browne vaciló. La llegada de su hijo con el pelo teñido de negro, en compañía de una mujer de gafas oscuras y un hombre alto y demacrado que le resultaba vagamente familiar y decididamente siniestro, y además a aquellas horas, parecía sugerir que podría necesitar a todos los vecinos de los alrededores.

El lenguaje y el tono de la condesa no eran precisamente tranquilizadores. Con la sensación de estar en una película de James Cagney, pasó al salón y

encendió la luz.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió, intentando dar sensación de autoridad.

—Cuéntale, muchacho —dijo la condesa, comprobando que las persianas estaban bajadas y poniendo aún más nervioso al señor Clyde-Browne.

—Bueno, el asunto es éste, papi —dijo Peregrine—. Resulta que yo fui y va y maté a un profesor.

Al señor Clyde-Browne se le saltaban los ojos de las órbitas.

—No oigo bien —murmuraba—. Son esos jodidos mogadones. Fuiste y va y… ¿dónde demonios aprendiste a hablar así?

—Se llamaba Botwyk y era norteamericano y creímos que era un gángster y yo le pegué un tiro en la cabeza —dijo Peregrine—. Con un treinta y ocho de la armería del colegio.

Al señor Clyde-Browne se le doblaron las rodillas y se desplomó en un sillón.

—No lo creo —gimió—. Esto no está pasando.

—No, ahora no —dijo Peregrine—. Pero pasó. Ha salido en todos los periódicos. Le pegué también un tiro a un ruso, pero no se murió. Al menos, todavía no.

El señor Clyde-Browne cerró los ojos, intentando convencerse de que se trataba de una pesadilla. No lo consiguió. Cuando volvió a abrirlos, Peregrine y aquellas dos horribles personas seguían allí. La condesa le entregó un ejemplar de *The Times.*

—Está subrayado lo más interesante —dijo—. En este momento, están buscando a un terrorista. Pues bien, ahí lo tiene, sentado frente a usted.

El señor Clyde-Browne tiró el periódico. Había leído todo lo del asesinato en el tren el día antes y había mostrado su indignación. Se puso en pie, sintiendo una indignación distinta.

—Si se trata de una broma pesada —gritó—, yo…

—Calma, amiguito —dijo la condesa—. Si quiere que venga la policía, siga dando gritos. Es asunto suyo. O puede telefonearles. Creo que el número aún es 999.

—Sé perfectamente cuál es el número —gritó Clyde-Browne, bastante más sosegadamente.

—Es su hijo. Si quiere usted que le acusen de asesinato y le juzguen por ello, llámeles. No es asunto mío. Yo no me dedico a andar por ahí matando a la gente.

El señor Clyde-Browne la miró y luego miró a Peregrine. Luego volvió a mirarla a ella.

—Está usted mintiendo. Él no ha matado a nadie. Todo eso es mentira. Está usted intentando chantajearme. Bien, permítame que le diga…

—Oh sí, claro, adelante, telefonee. Dígales que tiene aquí a dos chantajistas y a un hijo que es un asesino y que no sabe qué hacer con él. Esperaremos aquí. No se preocupe.

Al señor Clyde-Browne empezó a llenársele la frente de gotitas de sudor.

—Dime que no lo hiciste —le dijo a Peregrine—. Quiero que lo digas y quiero oírlo.

—Maté a un profesor, papi. Ya te lo he dicho.

—Sé que lo has…

Le interrumpió la aparición de su esposa, que durante un largo instante se quedó quieta en el umbral, contemplando a Peregrine.

—Oh, mi pobre hijo —gritó, corriendo hacia él y abrazándole—. ¿Qué te han hecho?

—Nada, mami. Nada en absoluto.

—Pero dime, ¿dónde has estado y por qué tienes el pelo de ese color?

—Eso es parte del disfraz. He estado en Francia…

—Y mató a un profesor norteamericano. Le pegó un tiro en la cabeza, ¿no es así? —dijo el señor Clyde-Browne, sirviéndose más whisky. Ya no le importaban los efectos que pudiera hacerle el whisky mezclado con los mogadones. Era preferible una muerte pacífica.

—Oh mi pobre y querido niño —dijo la señora Clyde-Browne, que aún no se hacía cargo de la situación. Me has tenido tan preocupada.

En el rincón se oyó murmurar al señor Clyde-Browne que ella no sabía lo que era una auténtica preocupación. Aún no.

La condesa se levantó y se dirigió a la puerta. El señor Clyde-Browne llegó primero.

—¿A dónde coño piensa usted ir? —le gritó.

La señora Clyde-Browne se volvió hacia él.

—¡Cómo te atreves a hablar así en mi casa! —gritó—. Y delante de Peregrine y de estos… ejem…

La condesa sonrió dulcemente.

—Permítame presentarme —dijo—. Me llamo Deirdre, condesa de Montcon. Y no tiene usted que disculpar a su marido por el lenguaje. Está un poco nervioso. Y ahora, si nos disculpan…

El señor Clyde-Browne no cedía.

—Ustedes no se van de aquí hasta que hayamos llegado al fondo de este… este…

—¿Asesinato? —preguntó la condesa—. Y, por supuesto, está también el pequeño asunto del rapto. Aunque no creo que eso sea muy importante.

—Yo no la rapté a usted —dijo Peregrine, dejando a su padre aún más desconcertado. Si aquel imbécil estaba dispuesto a negar el rapto y a admitir abiertamente que había cometido un asesinato, tenía que estar diciendo la verdad.

—Está bien —dijo—. ¿Cuánto quieren?

La condesa vaciló y tomó la decisión de no volver al tono americano. El inglés de Kensington afectaría más al sentido del decoro de la señora Clyde-Browne.

—Realmente —dijo—, si no fuera por el obvio hecho de que está usted desquiciado, su actitud me parecería sumamente despreciable.

—¿Sí? ¿De veras? Bien, pues permítame que le diga que conozco lo despreciable en cuanto lo veo. Y conozco a los chantajistas; y eso sumado a que dice usted ser una condesa y…

—Es una condesa —dijo Peregrine, cuando su padre se interrumpió—. Le vi el pasaporte y vive en un Château grande muy bonito. Se llama castillo de Carmagnac y es precioso. Allí es donde maté al profesor.

—Oh, tú no lo hiciste —dijo la señora Clyde-Browne en tono de reproche—. Lo estás inventando.

—¡Santo cielo! —dijo el señor Clyde-Browne, apurando el whisky—. Tú no intervengas. Ya tenemos bastantes…

—Claro que intervendré —replicó la señora Clyde-Browne… Soy su madre…

—Y él es un maldito asesino. A-S-E-S-I…

—Sé cómo se deletrea, muchísimas gracias. Y no lo es. ¿Lo eres, querido?

—Claro que no —dijo Peregrine—. Lo único que hice fue matarle. No sabía que era…

—¿Saber? ¿Saber? Tú no distinguirías un asesinato en masa de un simple hurto —gritó su padre, y cogió el periódico—. En fin, el resto de este maldito mundo sabe…

—Si me permite intervenir —dijo la condesa—. El resto del mundo no sabe… aún. Claro que la policía francesa acabará poniéndose en contacto con Scotland Yard. Pero si pudiéramos arreglar las cosas…

—Ya le he preguntado cuánto pide, zorra chantajista. Suéltelo, vamos.

La condesa le miró aviesamente, pero mantuvo la calma.

—Para ser un hombre tan prestigioso dentro de su profesión es usted bastante obtuso —dijo—. Si sigue hablándome en ese tono, yo misma llamaré a la policía.

—Oh, no debe hacerlo —gimió la señora Clyde-Browne, en cuya torpe inteligencia había alboreado lentamente que Peregrine corría un peligro real. El señor Clyde-Browne se apoyó en una butaca.

—Está bien —dijo—. ¿Qué es lo que propone usted?

—Inmunidad —dijo ella sencillamente—. Pero primero me gustaría tomar una taza de té. Hemos pasado dos días muy duros para conseguir sacar a su hijo de Francia. Y…

—Prepáralo —dijo el señor Clyde-Browne a su esposa.

—Pero Harold…

—He dicho que lo prepares y no me repliques. Y deja ya de gimotear, por amor de Dios. Quiero saber lo que esta… esta señora tiene que decir.

Aún sollozando, la señora Clyde-Browne salió de la habitación. Cuando volvió con la bandeja de té, el señor Clyde-Browne miraba a la condesa con algo parecido a respeto. Por otra parte, no le quedaba más emoción que el terror. En una vida consagrada a la idea de que todas las mujeres eran una subespecie intelectual, cuyo único objetivo era cocinar y tener hijos, nunca se había tropezado hasta entonces con una inteligencia tan poderosa.

—¿Y qué me dice usted de ése? —preguntó, mirando con horror a Glodstone.

—Ya he pensado en su futuro —dijo la condesa—. No diré dónde, aunque puede ser en Brasil…

—Pero yo no quiero ir a Brasil —cacareó Glodstone, que recibió orden inmediata de cerrar el pico.

—O puede ser en cualquier otro sitio. La cuestión es que el señor Glodstone se va a morir.

El señor Glodstone gimoteó en el sofá. El señor Clyde-Browne se reanimó. Aquella mujer sabía realmente lo que se traía entre manos.

—Y ya es hora, además —dijo.

—¿Y no es hora de que telefonee usted a su hermano? —preguntó la condesa —. Cuanto antes ponga usted el asunto en marcha, antes podremos terminar. Y ahora, si nos disculpan ustedes…

Esta vez, el señor Clyde-Browne no intentó detenerla. Sabía cuándo estaba derrotado.

—Cómo podré ponerme en contacto con usted si…

—No podrá, querido —dijo la condesa, dándole una palmadita en la cenicienta mejilla—. A partir de ahora, la pelota está en su campo.

—¡Pues vaya! —dijo la señora Clyde-Browne—. Ni siquiera ha probado el té.

—Olvídate del té. Lleva a ese asesino desgraciado arriba y aclárale el pelo.

—Pero no tenemos agua oxigenada, y…

—Usa cualquier cosa que puedas bajar por el lavabo. Aunque se le caiga el pelo, será mejor que nada.

Y se alejó por el pasillo en dirección al despacho, desde donde telefoneó a su hermano.

La condesa conducía el coche tranquilamente hacia Londres. No quería que la parase un coche patrulla y quería volver a sumergirse en la metrópolis y el anonimato, por si el hermano del señor Clyde-Browne se negase a cooperar.

—Le he reservado habitación en Heathrow —dijo.

—Pero yo no quiero ir a Brasil —dijo Glodstone.

—Pues no irá. Llegó usted en un avión de las líneas aéreas danesas de

Zimbabwe; hora de llegada, las seis. Se llama usted Harrison. Y no deben molestarle. Está todo preparado. Le recogeré hacia el mediodía para ir al funeral.

—¿Funeral? ¿Qué funeral?

—El suyo, querido. El señor Glodstone se va a morir. Oficialmente. No se lo tome así. Ya se acostumbrará usted a la otra vida.

Glodstone lo dudaba.

Slymne no. Si le hubiesen dado a elegir, hubiera elegido gustoso estar muerto. Le estaban interrogando de nuevo. Esta vez tres agentes norteamericanos de Frankfurt, que estaban convencidos de que él había estado un tiempo en Libia. En otra habitación, el mayor Fetherington estaba recibiendo el mismo tratamiento. Él sí que había estado, por desgracia.

—En la guerra —gimió—. En la maldita guerra.

—¿Yom Kippur o los Siete Días?

—En el Octavo Ejército. Una rata del desierto, Dios santo.

—Y que lo diga, amigo. Usted y Gadafi.

—Yo hablo de la guerra, la verdadera guerra. La guerra contra el Afrika Korps.

—¿Cómo dice? —preguntó uno de los tipos, que evidentemente no había oído hablar de ninguna guerra anterior a Vietnam.

—Los alemanes. Tiene que haber oído hablar de Rommel.

—Háblenos usted. ¿Le adiestró él?

—Casi me mata —dijo el mayor, pensando que ojalá lo hubiera hecho.

—Así que le obligaron a entrar en esto con amenazas, ¿es eso lo que quiere decirnos?

—No, no es eso. Yo no estoy metido en esto, sea lo que fuere. A mí me mandó venir el director para intentar encontrar a Clyde-Browne…

—Cuéntenos algo nuevo. Eso ya nos lo ha contado antes.

—Pero es que no hay nada más que contar. Y ¿qué demonios hacen con esa maldita jeringuilla?

Fuera, en el pasillo, el comisario Roudhon y el hombre del Quai d'Orsay escuchaban con interés.

—El suero de la verdad y toda la pesca, y ni una palabra de la historia —dijo Monsieur la Ponce—. Ni una palabra. El presidente estará encantado.

—¿Monsieur? —dijo el comisario, que no entendía qué demonios estaba diciendo el representante del ministerio de Asuntos Exteriores.

—Entre Londres y Washington. Estamos al final de una era. El comisario Roudhon miró por el pasillo, arriba y abajo.

—Si usted lo dice, monsieur —dijo. Las eras no significaban nada para él.

—De ahora en adelante, Inglaterra será lo que siempre debió haber sido, una dependencia de Francia —continuó Monsieur La Ponce, entregándose a su pasión por la retórica—. Los idiotas de Whitehall han jugado nuestro juego.

—¿Cree usted realmente que el gobierno inglés envió a esos hombres?

—Lo que yo crea no es lo que importa, comisario. Lo que importa es lo que esos encantadores norteamericanos que hay ahí dentro informen a Washington.

—Pero Gadafi…

—… no tiene nada que ver con esto. Ni las Brigadas Rojas, ni ningún otro grupo terrorista. Fue una estratagema para empeorar nuestras relaciones con Estados Unidos. Y ha fracasado.

—Nunca lo habría enfocado de ese modo —dijo el comisario.

—Lo hará, lo hará usted, Monsieur Roudhon. De ahora en adelante, lo hará usted. No lo olvide. Y nada de declaraciones a la prensa. A la prensa limítese a decirle que se trata de un asunto de carácter diplomático, demasiado delicado para que pueda hablarse de él, dado que funcionarios del servicio secreto inglés… entonces se interrumpe, como si se sintiese confuso y pedirá que no comuniquen al

público lo que acaba de decirles. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Si falla usted en esa misión, le habrá fallado a Francia —dijo Monsieur La Ponce—. Recuérdelo. Y ahora, para evitar oír ese terrible ruido, informaré al ministro.

En la sala del interrogatorio, el mayor Fetherington bajo la influencia de las drogas que le habían administrado, hacía honor a la máxima de Henry Ford de que la historia es palabrería.

—Les diré una cosa —dijo el jefe de investigación norteamericano, cuando el mayor farfulló por décima vez sobre los cerotes de perro de Shrewsbury—. Podrán decir lo que quieran de los ingleses, pero cuando salen duros, salen realmente duros.

—El otro no —dijo el especialista médico—. Es un loco de atar. Si le ponen una inyección de este material, quedará psicótico para toda la vida.

—¿Qué es toda esa mierda de las cartas?

—No lo entiendo. Tiene el cerebro como huevos revueltos.

—Así que, ¿qué es lo que hemos conseguido? Dos nombres. Glodstone y Clyde-Browne. En Washington esto no les va gustar.

En Whitehall, el subsecretario adjunto Cecil Clyde-Browne, caballero del Imperio Británico, estaba sentado mirando desmayadamente a una paloma que había en el tejado de enfrente y preguntándose qué se estaría decidiendo. En algún lugar próximo, el ministro del Interior, el ministro de Asuntos Exteriores, el jefe supremo de la policía y el director del MI 5 tenían en sus manos su futuro. Más concretamente, tenían un télex del embajador inglés en París.

—¿Bueno? —preguntó el ministro de Asuntos Exteriores, informados todos de las terribles noticias—. ¿Entregamos a ese cabroncete o no?

El jefe de policía y el director del MI 5 negaron con la cabeza.

—Imposible —dijo el director del MI 5—. He echado un vistazo a ese imbécil y si los franceses le ponen las manos encima, estoy seguro de que pueden

programarle para que diga cualquier cosa. No es que necesiten que diga mucho. Nadie se creería su historia, de todos modos.

—No estoy seguro —murmuró el ministro de Asuntos Exteriores—. Esto podría ser algún horrible complot de la CIA, ¿no? Nunca me he fiado del todo de sus colegas norteamericanos desde que intentaron colocarle aquellas malditas almejas explosivas a Castro.

—No veo qué podían ganar con eso. Es más probable que haya sido la KGB.

El ministro de Asuntos Exteriores miró nostálgicamente un globo terráqueo en el que aún figuraba la India como parte del Imperio.

—¿Dónde han llevado a ese animal? —preguntó.

—En un lugar seguro en Aldershot.[7]

El nombre inspiró al ministro de Asuntos Exteriores.

—¿Creen que podrían preparar las cosas como si tuviera un accidente, o una infección imparable o algo por el estilo?

—Es factible, pero con ese Glodstone suelto…

Intervino el ministro del Interior.

—No estoy dispuesto a participar en una ejecución extraoficial —dijo apresuradamente—. Quiero decir que si esto se divulga…

—Maldita sea, ya lo está. Sea lo que sea. Y tenemos que decidir algo. El embajador norteamericano llegará a las dos. Y con esos malditos franceses diciendo que hay un comando del Servicio Especial Aéreo realizando una campaña de asesinatos para empeorar las relaciones franco-norteamericanas, he de decirle a ese tipo algo creíble. Sé que es de Arkansas, pero…

—¿La verdad, quizás? —murmuró el ministro del Interior—. Dicen que al final siempre se descubre.

—Pueden decir lo que les parezca, pero no me he pasado cuarenta años en el Servicio Exterior para creérmelo. Y por lo que yo sé, la verdad nadie la sabe.

—Supongo que siempre podríamos echarle la culpa al IRA —dijo el director del MI 5—. Es una solución tan buena como cualquier otra, y no creo que fuera mala cosa darle una patada en los dientes al *lobby* irlandés de Washington.

—¿Y qué demonios hacemos con Clyde-Browne? ¿Bautizan al cabroncete como O'Brian? Sé que este tipo de Arkansas cree que Bombay es una pieza de un B-52, pero no se tragará una cosa tan tonta como una conexión irlandesa.

Fue el jefe de policía el que aportó la solución:

—Yo había pensado que lo inmediato sería meter al tipo en los Servicios Aéreos Especiales. Evidentemente, es un asesino nato y es en el último sitio donde pueden buscar.

—El primero, querrá usted decir —dijo el ministro de Asuntos Exteriores. Pero el jefe de policía se mantuvo en sus trece.

—El último. Si hubiéramos organizado un comando, siguiendo esas directrices disparatadas con Bentleys de época y hombres con ojos de cristal, nadie creería que había participado los Servicios Aéreos Especiales. Son especialistas y profesionales.

—Pero ese chiflado mayor Fetherington ya admitió…

—Lo cual contribuye a que nadie se lo tome en serio. El tipo tiene cincuenta y tantos años. En cualquier caso, no tenía nada que ver con eso. Estaba en Inglaterra en el momento del asesinato.

El ministro del Interior le oyó.

—Lo mismo sucede con Slymne. El director les envió a los dos.

—Espléndido —dijo el ministro de Asuntos Exteriores—. ¿Así que cómo le explico a ese barón del *steak* de Arkansas que ese maldito muchacho no está en los Servicios Aéreos Especiales si en realidad lo está?

El hombre del MI 5 sonrió.

—Creo que de eso puedo encargarme yo sin problemas —dijo. El ministro de Asuntos Exteriores tenía sus dudas. Pensaba en Blake, Philby y Blunt.

—¿Sin problemas? —preguntó.

El hombre del MI 5 asintió.

Cuando llegó el embajador norteamericano, había en la antecámara un individuo encapuchado.

—Por supuesto, no revelaríamos la identidad de ninguno de nuestros hombres de los Servicios Aéreos Especiales —dijo el ministro de Asuntos Exteriores, tras preguntar delicadamente por la salud del ganado del embajador y enterarse de que en realidad estaba en el negocio del gas natural y era de Tejas— en circunstancias normales, claro está. Pero estamos dispuestos a hacer una excepción en este caso.

Pulsó un timbre que había en la mesa y el individuo encapuchado entró.

—Sargento Clyde-Browne, descúbrase —dijo.

—Querremos más identificación que eso —dijo el embajador mirando fijamente a un individuo alto, de bigote de morsa.

—¿Huellas dactilares? Tengo entendido que los franceses han conseguido las del asesino, ¿no?

—Supongo que sí.

Aún seguía suponiendo cuando aquel hombre, después de dar sus huellas dactilares, el peso, el número del calzado y la altura en centímetros (para embrollar aún más las cosas) volvió a colocarse el capuchón y se fue.

—¿No le he visto en algún otro sitio? —preguntó el embajador.

—Posiblemente —dijo con altivez el ministro de Asuntos Exteriores—. Le diré confidencialmente, que tengo entendido que está al cargo de unas ciertas… ejem… operaciones de seguridad no mencionables en el palacio de Buckingham.

—Supongo que eso lo explica. Parece que esos malditos franceses han estropeado otra vez las cosas. Haré que nuestro jefe de seguridad compruebe los detalles, pero no se ajustan a la descripción que me han dado. El asesino era más bajo y tenía unos veinte años menos.

—Y sin duda era francés —dijo el ministro de Asuntos Exteriores, y le acompañó hasta la puerta.

—¿Quién demonios era ese tipo tan espeluznante? —preguntó el del MI 5 cuando el embajador se alejaba en su coche blindado—. ¿Y qué son esos deberes no mencionables en el Palacio de Buckingham?

—En realidad, es capitán de los servicios de la reina —dijo el del MI 5—. Me pareció un detalle simpático.

—Capitán de… ¿quiere usted decir que es un auxiliar de los retretes del Palacio? Santo cielo, hombre, no me extraña que ese maldito yanqui pensase que lo había visto antes —se detuvo y miró receloso al del MI 5—. No es otro cerdo como Blunt, ¿verdad? ¿Se han comprobado sus antecedentes?

—Oh, absolutamente. Procede de una familia católica eminentemente respetable, de la zona de Falls Road, de Belfast. De todos modos, sólo está a cargo de los lavabos para visitantes. No creo que haya puesto la vista encima de Su Majestad.

—Espero que no, desde luego. Y, si yo estuviera en su lugar, procuraría que la reina no se fijara en él. No le reprocharía el que azuzase los perros contra ese animal. De cualquier modo, gracias a Dios esto está arreglado. Ni siquiera la actual administración norteamericana tendría él valor de empezar a investigar en Palacio.

24

Mientras el cortejo fúnebre salía lentamente del crematorio, Glodstone miraba con tristeza la nuca del chófer. Una de las ironías de haber asistido a su propio funeral era el recordar ahora que «chófer» venía del término francés «fogonero». Era de suponer que incluso los hornos modernos tuvieran que ser atendidos por alguien encargado de sacar la ceniza. Fuese quien fuese el individuo a quien acababan de incinerar, probablemente un vagabundo no identificado o algo con lo que hubiera concluido en una sala de disección de algún hospital clínico, había ido a presentarse a su Hacedor con el nombre de Glodstone. Figuraba allí, en el certificado de defunción, y pronto aparecería una notita necrológica en el *Old Groxbournian*. La Gran Aventura había acabado en humo.

—Sé cómo se siente —dijo la condesa, dándole una palmadita en la mano—. *Mourir c'est partir un peu*.

—¿Qué? —dijo Glodstone.

—Morir es partir un poco. Pero no será por mucho tiempo. Cuando el cirujano termine con usted, será un hombre nuevo.

—¿Cirujano? —dijo Glodstone—. ¿A qué cirujano se refiere?

—Al plástico. Dicen que es extraordinariamente bueno con las quemaduras.

—¿Quemaduras? Joder, considerando dónde teóricamente estoy, tendría que ser milagroso.

—No tiene por qué usar ese lenguaje conmigo —dijo la condesa con aspereza—. No me he tomado tantas molestias y he hecho tantos gastos para que luego me venga usted hablando como un carretero.

Glodstone consideró el cambio operado en el lenguaje de la condesa, y no dijo nada. Había algo en aquella extraordinaria mujer que le asustaba y sólo cuando detuvo el coche en Hampstead Heath y bajaban hacia la estación de metro sacó a colación el asunto de las quemaduras y de la cirugía plástica.

—¿Para qué demonios necesito yo cirugía plástica? Aparte de quién fuese el que ocupaba ese ataúd…

—Bueno, no entremos ahora en eso —dijo la condesa—. Eso es cosa del pasado y está liquidado ya. Usted tiene que mirar el futuro, y como se niega a ir a Brasil, tendrá que hacer exactamente lo que yo le diga. Lo principal será cambiar la forma de las orejas. Son lo más peligroso. Y es lo que la policía siempre mira primero. Luego…

—Pero si con esta peluca nadie puede verme las malditas orejas —dijo Glodstone.

—No estoy dispuesta a casarme con un hombre que lleve peluca. Es indecoroso. Y además, no se ajusta a su imagen. En cuanto al resto de su persona…

Pero Glodstone ya no la escuchaba.

—¿Ha dicho «casarme»? —preguntó.

—Claro que sí. ¿Acaso se imagina que voy a vivir con usted en pecado?

Al cabo de media hora, Glodstone ingresaba en una clínica cerca de Portland Place. La placa de bronce que había en la puerta parecía indicar que su principal actividad eran los abortos, pero a Glodstone ya le daba lo mismo. Le bastaba con saber que iba a casarse. Era infinitamente preferible a pasar el resto de su vida en Brasil.

—Héroe mío —dijo la condesa, besándole levemente en la mejilla—. Ahora no te olvides de firmar como señor Smith.

—¿Que Slymne está *dónde*? —dijo el director cuando el mayor Fetherington regresó al cabo de una semana, acompañado de dos agentes del Servicio Especial.

—En Rampton —dijo el mayor.

—¿Rampton? Pero eso es un horrible hospital para locos, ¿no? ¿Y qué diablos le ha pasado a usted en la cara?

—Un cerote de perro en Shrewsbury —dijo el mayor, que no se había recuperado totalmente de los efectos de la droga de la verdad ni de horas de interrogatorio.

—Pero ¿qué dice?

—Un cerote de perro de Shrewsbury —dijo el mayor.

—Santo cielo —dijo el director.

Si Slymne estaba tan chiflado como para ingresarle en Rampton, también al mayor le hacía falta un tratamiento, no cabía la menor duda.

—¿Y qué ha sido de Glodstone?

—Eso es lo que hemos venido a preguntarle a usted —dijo uno de los agentes, y sacó la tarjeta de identidad. El director la examinó cautamente.

—¿Servicio Especial? —preguntó, con voz débil.

El agente asintió.

—Ahora, respecto al señor Glodstone, caballero —dijo—, tendremos que inspeccionar sus habitaciones, y nos gustaría que contestase usted unas cuantas preguntas. Por ejemplo, ¿sabía usted que tenía tendencias comunistas?

—Tendencias comu… Creí que el desgraciado pertenecía al Monday Club. Desde luego, leía el *Daily Telegraph.*

—Eso podría ser una tapadera. ¿Tendencias homosexuales? ¿Bebía demasiado? ¿Resentimientos sociales? ¿Algo de ese género?

—Todo —dijo fervorosamente el director, mirando por la ventana.

Había subido por el camino de coches una camioneta con muchos soldados que estaban ahora saliendo.

—¿Qué demonios hacen aquí esos soldados? —preguntó.

—Si tiene usted la bondad de firmar esto —dijo el agente del Servicio Especial, y colocó sobre la mesa un documento.

El director lo leyó con alarma creciente.

—¿La ley de Secretos Oficiales? ¿Quiere usted que firme…?

—Es sólo una simple precaución, caballero. Nada más. Claro que si prefiere usted enfrentarse a un proceso penal en relación con ciertos delitos contra las personas, cometidos en Belfast…

—¿Belfast? Nunca he estado allí —dijo el director, que empezaba a pensar que no tardaría en unirse a Slymne en una celda acolchada—. Viene usted aquí y me dice que firme la ley de Secretos Oficiales porque si no me acusarán… Santo cielo, ¿dónde está esa pluma?

Garrapateó su firma al final del documento.

—Y ahora, la llave de la armería del colegio, si tiene la bondad.

El director se la entregó y, mientras uno de los agentes se la llevaba al oficial que estaba al mando de la patrulla, el otro se acomodó en un sillón.

—Creo que debemos advertirle que si alguien hiciese investigaciones sobre el señor Glodstone o un cierto ex-alumno, no le interesaría a usted decir nada —dijo—. Las acusaciones de Belfast aún siguen en pie y, habiendo firmado la ley de Secretos Oficiales, las consecuencias podrían ser un tanto desagradables. ¿Necesito decir más?

—No —dijo confusamente el director—. Pero ¿qué voy a decirle al señor Clyde-Browne?

—¿A quién, caballero?

—Dios mío —dijo el director. Fuera, los soldados habían empezado a cargar en el camión todas las armas de la armería. En realidad, era un alivio. Nunca le habían gustado aquellos malditos chismes.

—Y ahora, si me acompaña usted a las habitaciones de Glodstone…

Cruzaron el patio y subieron por la escalera.

—No es que crea que vayamos a encontrar nada de interés —dijo el agente del Servicio Especial—. Cuando los rusos utilizan un «durmiente», hacen las cosas a conciencia. Es probable que reclutasen al traidor cuando estaba en Cambridge.

—¿Cambridge? Nunca imaginé que Glodstone hubiera pisado una universidad. Desde luego nunca lo comentó.

—Claro, evidentemente. No hay duda de que se trata de un especialista. Basta mirar el tipo de libros de los que se rodeaba para darse cuenta de eso.

El director contempló las obras completas de Sapper y sintió una extraña sensación.

—La verdad es que ni siquiera ahora puedo creérmelo —dijo—. Glodstone era un hombre horrible, pero no tenía el cerebro suficiente para ser un… ¿cómo le llamó usted?

—Un durmiente —dijo el agente del Servicio Especial, metiendo en una bolsa de plástico la caja de puros donde estaban las cartas de la condesa—. Probablemente esté cifrado.

El director intentó enfocar las cosas por el lado positivo.

—En fin, al menos ya no tendremos a ese maldito individuo por aquí —dijo —. Después de todo, es un alivio. ¿Tienen ustedes idea de dónde está?

El agente del Servicio Especial vaciló.

—Ya no importa que lo sepa. Ayer encontramos su Bentley aparcado cerca de Tilbury. El miércoles por la noche zarpó un carguero de la Alemania Oriental.

Volvieron al despacho del director.

—Creo que eso será lo que necesitaremos de momento, caballero. Si se le ocurre algo que pudiera sernos útil, le agradeceríamos que nos lo comunicase, llamando a este número. Es un registro telefónico, así que basta con que deje su nombre.

—¿Y qué me dicen de él? —preguntó el director, mirando con angustia al mayor Fetherington.

—¿Qué quiere decir?

—No puedo tener un profesor que anda por ahí mascullando «cerote de perro de Shrewsbury» delante de los chicos todo el tiempo. Está como una cabra.

—Pues tendría usted que ver al señor Slymne —dijo el agente del Servicio Especial—. El mayor está muy bien. En comparación con Slymne es un portento. Y

siempre puede usted utilizarle como jardinero.

Pero era en Pine Tree Lane donde los sentimientos estaban más confusos.

—Nunca te lo perdonaré. Jamás —gemía la señora Clyde.

Browne, haciendo caso omiso de los diez agentes especiales ataviados con monos que habían instalado ya vidrio doble y estaban redecorando toda la casa—. ¡Pensar que nunca volveré a ver al pobre Peregrine!

—Oh, no se sabe —dijo alegremente el señor Clyde-Browne—. Probablemente le den algún permiso de vez en cuando. No pueden mantener a una guarnición todo el tiempo en la Antártida.

—Pero él no está acostumbrado al frío y tiene el pecho tan delicado…

—Desde luego —dijo el señor Clyde-Browne, casi alegremente—. Pero siempre puedes ir a poner flores en su tumba. Y, desde luego, no necesitará que le embalsamen. En el hielo, las cosas se conservan eternamente.

—Eres un asesino… No, no quiero ese papel aterciopelado de flores de lis en la cocina —gritó, cuando uno de los agentes interpuso con mucho tacto un libro de muestra de empapelados entre ellos—. Y usted deje de pintar el vestíbulo de rosa. Eso es un diseño de William Morris.

El señor Clyde-Browne se escabulló. Tenía que estudiar un caso interesante de divorcio que incluía la custodia de un gato doméstico, y ahora que se había librado de Peregrine podría ser ventajoso pinchar un poco más a su propia esposa.

En Bognor, Regis Glodstone contemplaba su rostro en el espejo del cuarto de baño; era incapaz de reconocerse. No era la primera vez, pero aún le conmovía ver a alguien a quien no conocía mirándole con aquel horrible desconcierto. Horrible era la palabra exacta. La condesa había tenido razón al decir que el cirujano plástico era bueno con las quemaduras, aunque para ser preciso, según la lívida opinión de Glodstone, debería haber dicho «para» ellas.

—Ya verá el tipo ese cuando le ponga las manos encima —había gritado Glodstone cuando le quitaron las vendas y le permitieron al fin utilizar el espejo—. Ha debido usar un lanzallamas. ¿Dónde demonios están mis cejas?

—En el cubo de los desperdicios —dijo la Hermana que estaba a cargo—. De

todos modos, usted pidió concretamente una cirugía total de alteración irreconocible.

—¿Irreco…? ¡maldita sea, yo no pedí nada de eso! Yo vine aquí con la idea de que me arreglarían las orejas, no que me convertirían en un monstruo. ¿Y por qué estoy calvo como un huevo?

—Hicimos un trasplante de cuero cabelludo con otro paciente. Él tenía alopecia total. Ha prendido muy bien.

—Joder, ¿y yo qué he conseguido? ¿Una tiña galopante?

—Así no tendrá que volver a peinarse.

—Ni a afeitarme —dijo Glodstone—. ¿Y con quién me han intercambiado la cara, con un leproso?

—Eso se llama el efecto Spitfire —dijo la Hermana—. Muchos de los pilotos que se estrellaron en la Batalla de Inglaterra, quedaron así.

—En tal caso, yo creo que hubiese sido más apropiado llamarle el efecto Messerschmidt —dijo Glodstone—. ¿Voy a tener que pasarme el resto de mi vida con estas pústulas? Esta del lado izquierdo de la nariz, además, se me hincha…

—Eso son sanguijuelas. Las utilizamos para limpiar…

—Mierda —dijo Glodstone, y tuvieron que sujetarle para evitar que se las arrancara.

—Si no se porta como un buen muchacho tendremos que darle un sedante.

—Señora —dijo Glodstone, logrando conservar cierta dignidad ante la amenaza de la aguja—, he tenido una considerable experiencia con muchachos y ninguno en su sano juicio permitiría que utilizasen su cara como abrevadero de sanguijuelas carroñeras. Podría contraer el tétanos, o morir desangrado.

—Tonterías. Le aseguramos que son perfectamente saludables y que sólo están limpiándole el tejido cicatrizado.

—En tal caso, van a coger una buena indigestión —dijo Glodstone—. Tienen ahí material para un buen banquete. Y quítenme esa maldita del lado izquierdo. Yo

no puedo, porque tengo las manos vendadas. ¿Y por qué me las han vendado?

—Para eliminar las huellas dactilares —dijo la Hermana, y dejó a Glodstone considerar una vida sin medios físicos de identificación. Ya no podrían reconocerle ni siquiera sus amigos más íntimos. Ni querrían.

Pero al menos a la condesa le pareció estupendo.

—Querido —le dijo cuando llegó a buscarle—. Estás maravilloso.

—Joder, vaya gustos que tienes, la verdad —dijo Glodstone amargamente. Y recibió una reprimenda por utilizar palabras soeces.

—Realizaste una misión especial en la guerra y preferirías no hablar de ello: ésa es la actitud que tienes que adoptar —le dijo—. Y de ahora en adelante me llamarás Bobby.

—Pero es un nombre masculino —dijo Glodstone, preguntándose si estaría a punto de casarse con una lesbiana con macabras aficiones por los hombres desfigurados. Menos mal que no le habían hecho una operación de cambio de sexo.

—Es bonito y muy años treinta. Entonces había muchas chicas que se llamaban Bobby. Y además irá muy bien con la pequinesa.

Glodstone se estremeció: odiaba a los pequineses y era evidente que ya no le permitirían llamar suya a su propia vida, por no mencionar su propia cara.

Y había resultado tristemente cierto. Tras un matrimonio rápido en el registro civil, en el que había tenido que declarar que se llamaba Clarence Sopwip Hillary, una combinación de nombres que a Glodstone le parecían innecesariamente ridículos y provocativos, se había dirigido en el bonito Mini de Bobby («no debemos permitir que se piense que nos consideramos un poquito distintos de los vecinos, Clarence», le había dicho la condesa, que sabía muy bien que él era muy distinto a todos ellos) al chalet de Bognor Regis. Este respondía a sus expectativas más horrendas. Desde el tejado de tejas verdes a las petunias que bordeaban el pradillo sin matorrales y la alfombra cubista del salón, representaba todo lo que él había despreciado más en la vida.

—Pero si es puro art decó, Clarence. Piensa que es nuestro.

—Puede ser tuyo —dijo Glodstone—; pero mío, ni hablar. ¿Y no puedes

llamarme por otro nombre que no sea Clarence? Es casi tan estúpido como Cecil.

—Te llamaré Soppy, querido. Y ésta es Beatrice.

—Demonios —dijo Glodstone, a quien la perra pequinesa acababa de morder en el tobillo.

Cuando contempló su no-entidad en el baño, comprendió que estaba derrotado. Jugarían al bridge toda la velada con los Shearer y le regañarían por jugar mal y tendría que hacer el café y debería sacar a aquella maldita Beatrice a hacer pipí antes de irse a la cama. Y sabía lo que beberían. Crème de menthe. Constance Sugg había vuelto a sus raíces.

En un seto del sur de Armagh, Peregrine, ahora el número 96041, observaba por la mira nocturna del rifle al individuo que se movía en el campo de abajo. No iba a escapársele. Se había anotado ya cinco hombres del IRA, dos cazadores furtivos y un agente del RUC fuera de servicio, además de un Land Rover del ejército, lo que había tenido como consecuencia que incluso los protestantes de la zona se habían unido al IRA declarando sus dieciséis millas cuadradas Área Prohibida, y hasta el ejército evitaba el lugar. A Peregrine no le importaba. Se encontraba en su elemento haciendo aquello para lo que le habían adiestrado. Y cada pocas semanas un globo no tripulado (había habido un incidente desdichado con un helicóptero) llegaba hasta allí para que él lo derribara y recogiera municiones y provisiones.

No es que necesitara estas últimas. Ya se había hecho con un cordero para la cena y lo tenía metido en la madriguera que había cavado a media altura de un pozo viejo y estaba deseando hincarle el diente. El mayor había dicho que había que vivir de la tierra y así lo hacía. Apretó el gatillo y vio cómo caía el intruso. Luego obedeció otro de los consejos del mayor, el de que un ejército debe marchar sobre su estómago; y recorrió arrastrándose los tres kilómetros que había desde allí hasta su escondite.

Cuando llegó, muy satisfecho por el convencimiento de que hacía exactamente lo que le habían dicho que debía hacer, desarmó el rifle y lo engrasó y se dispuso a devorar una pierna de cordero.

* * *

NOTAS

[1] Juego de palabras con *Slymne* (nombre del profesor) y *slyme* (en inglés «fango», «légamo hediondo»), de parecida pronunciación. El juego se repite a lo largo del libro. (N. *de los Ts*)

[2] Oso, especialmente en los cuentos infantiles. (N. *de los Ts.*)

[3] En inglés, oso. (N. *de los Ts.*)

[4] *Iron rations* es el nombre que en inglés se da a las raciones de emergencia que llevan encima los soldados en campaña, y que sólo pueden utilizarse como último recurso. (N. *de los Ts.*)

[5] Juego de palabras. Literalmente, Montcon significa «Monte coño». (N. *de los Ts.*)

[6] En inglés, *Aunt Heeb* (Tía Heeb) se pronuncia casi igual que el nombre de la ciudad francesa de Antibes. (N. *de los Ts.*)

[7] *Shot*, en inglés, significa «disparo». (N. *de los Ts*.)